BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 314

JÁMBLICO

# VIDA PITAGÓRICA

•

# PROTRÉPTICO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

MIGUEL PERIAGO LORENTE



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JORGE CANO CUENCA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2003.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 38867-2003.
ISBN 84-249-2397-9.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2003.
Encuadernación Ramos.

# VIDA PITAGÓRICA

# INTRODUCCIÓN

## 1. DATOS BIOGRÁFICOS DE JÁMBLICO

Poco se sabe de la vida de Jámblico[1]. Nacido en Calcis, en Celesiria[2], fue discípulo de Porfirio (quince años mayor que Jámblico, aproximadamente), aunque los contactos entre estos dos filósofos debieron de ser escasos, dado que Jámblico apenas salió de su Calcis natal. Hay quien duda incluso que fuera discípulo suyo[3]. No obstante, algunos datos dis-

---

[1] Con el número 242 de esta colección, se ha publicado una traducción, con introducción y notas, de la obra de Jámblico, *Sobre los misterios egipcios,* debida a E. A. Ramos Jurado; en las págs. 15-21 de su introducción, hace un estudio de la vida y obras del autor, que refunde y amplía la introducción que ya hizo sobre la vida y obra de Jámblico en su traducción de la *Vida pitagórica* de este autor (Edit. Etnos, Madrid, 1991). En consecuencia, no nos extenderemos demasiado en este apartado sobre la vida, obras y filosofía de Jámblico, para centrarnos, a continuación, en el estudio de su *Vida pitagórica* y, más adelante, en el *Protréptico* que conforman el presente volumen.

[2] Esto es, la *Siria Profunda.* Se refiere a la depresión existente entre el Líbano y la cadena montañosa conocida como Antilíbano (hoy, Dschebel Esscharki)

[3] Concretamente, piensa así G. Mau, en Pauly-Wissowa-Kroll, *Real Encyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, VIII, I 645, 1 (en lo

persos sobre su vida (aunque poco fiables) se conocen gracias a la obra de Eunapio de Sardes[4]. Sobre la fecha concreta de su nacimiento (hacia la segunda mitad del siglo III de nuestra era) se piensa que pudo tener lugar en el año 250 e incluso cinco o siete años antes[5]; en cuanto a su muerte,

sucesivo, citado *RE).* También, por otra parte, según Eunapio *(vid.* n. sig.) parece que Jámblico primeramente fue discípulo de Anatolio, un peripatético, de formación matemática, cuyas enseñanzas dejaron una gran huella en sus obras; después, en Roma, de Porfirio, cuando éste andaba ya en edad avanzada. Tras distanciarse del maestro, dejó Roma (no se sabe exactamente cuándo) y abrió escuela en Apamea, donde ejerció su magisterio.

[4] Datos que MAU *(vid.* n. ant.) considera «historias fantásticas». Véase EUNAPIO, *La vita dei sofisti,* ed. de I. GIANGRANDE, Roma, 1956, y la correspondiente edición de W. C. WRIGHT, en The Loeb Class. Libr, Londres, 1952. La obra de Eunapio *(Vitae sophistarum)* está consagrada especialmente a los filósofos neoplatónicos; hay también, en la colección Didot, una edición de esta obra, París, 1849. En español hay una versión debida a Francisco de P. SAMARANCH con el título de *Vida de filósofos y sofistas,* Buenos Aires, Aguilar, 1975; las páginas consagradas a Jámblico, en esta obra, son las comprendidas entre la 43 y 51. Otros testimonios de autores antiguos como los de Juan MALALAS *(Chronographia,* edic. L. DINDORF, Berlín, 1831) o los del Léxico *Suda* también son poco fiables.

[5] Véase la introducción a la vida y obras de Jámblico de E. DES PLACES, en su edic. del *Protréptico,* Les Belles Lettres (texto griego y traducción), París, 1989, donde se precisan todos los datos biográficos sobre nuestro autor. La traducción inglesa de la *Vida pitágorica* de JÁMBLICO (con introducción y notas sobre la vida y obras del autor) de G. CLARK es del mismo año (aunque ésta cita, en su bibliografía, la edición del *Protréptico* de DES PLACES del año 1986) y lleva por título *On the pythagorean life,* Liverpool; estudia la vida y obra de Jámblico, incidiendo en sus relaciones con el cristianismo, entre otros aspectos, aunque, en su introducción (pág. xv), manifiesta que no se debe suponer que Jámblico escribió su *Vida pitagórica* «como un manual para el clero pagano». También M. VON ALBRECHT ha publicado una edición bilingüe (griego-alemán) de la *Vida pitagórica* con este título, *Pythagoras, Legende, Lehre, Lebensgestaltung.* Artemis, Zúrich-Stuttgart, 1963. Este autor no intenta (en el prólogo de su obra) profundizar sobre las fuentes de la *Vida* porque, en su opinión, ya lo han hecho consagrados investigadores, sino abordarla como documento de una época y testimonio del propio Jámblico.



debió ocurrir hacia el año 325[6]. A tenor de estas fechas, su vida activa docente se enmarca esencialmente en Siria, en Antioquía, donde vivió rodeado de sus discípulos (pero no es seguro que residiera y ejerciera en Alejandría) y su fallecimiento se produce en el reinado del emperador Constantino I el Grande[7].

Durante el reinado de los emperadores Diocleciano y Constantino, ejerció la dirección de la escuela que fundó en Siria[8] (primero en Apamea y, después, en Dafne), cuando se separó, por discrepancias, de su maestro Porfirio en Roma. A su muerte, fue sustituido por su discípulo y colaborador Sópatro de Apamea, según refiere el léxico *Suda*[9]. También fueron colaboradores de Jámblico Teodoro de Asine y De-

[6] Insiste en esta fecha E. DES PLACES *(ibid.,* n. a) frente a otros estudiosos que piensan que su muerte ocurrió en el año 330, como B. DALSGAARD LARSEN, *Jamblique de Chalcis. Exégète et philosophe,* Aarhus, 1972, pág. 42, y J. BIDEZ, «Le philosophe Jamblique et son école», *Revue des Études Grecques,* 32 (1919), 29-40, trabajo muy importante este último, a pesar del mucho tiempo transcurrido, para conocer la vida y filosofía de nuestro autor, traducido también al alemán, muchos años después de su aparición, en una obra que lleva por título *Die Philosophie des Neuplatonismus,* Darmstadt, 1977, que comprende diversos artículos, y coordina como editor C. ZINTZEN. El artículo de J. BIDEZ, «Der Philosoph Jamblich und seine Schule» figura en la pág. 281.

[7] Cuya muerte tuvo lugar en el año 337, el día de Pentecostés.

[8] La fundación de la escuela y la fama que Jámblico consiguió entre sus discípulos, lo testimonia Eunapio, *Vitae phil.,* págs. 457-458 (edic. DIDOT).

[9] Véase el artículo correspondiente en la relación de filósofos del léxico. Posteriormente, Sópatro abrió escuela en Constantinopla y allí fue condenado a muerte por practicar la magia.

xipo[10]. Cabría añadir que mereció el entusiástico aprecio del emperador Juliano[11] (el Apóstata, entre los cristianos), que llegó a considerarlo tan importante como Platón. Hay que tener en cuenta que tanto este emperador como Jámblico eran unos fervientes partidarios de restaurar la religión tradicional con las innovaciones que aportaba el neoplatonismo y la armonía cósmica del pitagorismo (en el caso de Jámblico), a pesar de que el cristianismo ganaba adeptos en las escuelas filosóficas y entre los mismos amigos de Jámblico.

En cuanto a la filosofía en sí de Jámblico, habría que precisar, en principio, sus diferencias respecto a su maestro Porfirio. En efecto, mientras que éste encarna una concepción filosófica basada en la piedad, el respeto a los seres animados y en la creencia en un Dios supremo (frente al que se encuentran los dioses parciales e inteligibles), que todo lo ve y gobierna, y al que el ser humano, con un alma pura y castos pensamientos, debe intentar asimilarse, amén de una observancia de los preceptos pitagóricos (que, a su vez, enraizan en las doctrinas órficas[12]), Jámblico, por su parte, respeta también las doctrinas pitagóricas[13], sobre todo en su

[10] Sobre fragmentos e información de estos dos autores (y también de Sópatro), véase Friedrich Ueberweg, *Grundriss der Geschichte der Philosophie,* 2 vols., Basilea-Stuttgard, 1926 (1.ª, 1909), I, pág. 613

[11] *Disc.* IV 146a y *Disc.* VII 217b.

[12] Lo que ya se ha puesto de manifiesto por K. Kerényi, *Pythagoras und Orpheus. Präludien zu einer zukünftigen Geschichte der Orphic und des Pythagoreismus,* Zúrich, 1950.

[13] No se presenta aquí una visión general de la doctrina y ciencia pitagóricas, por haberlas tratado ya el traductor en la introducción a la *Vida de Pitágoras* de Porfirio, págs. 13-18, en esta misma colección. En notas al pie de página se plantearán las observaciones pertinentes, bien referidas a la presente obra de Jámblico, bien a su confrontación con la obra de su maestro Porfirio.



concepción de la armonía cósmica que influye positivamente en los humanos, y en el simbolismo y en la matemática, pero insiste, sobre todo, en el poder rector del intelecto, de la mente *(ho noûs),* en la renuncia a todo lo material e incorpóreo y en la existencia de un alma inmaterial y eterna, entre otras cosas, que más adelante se precisará, sobre todo a propósito de su obra *Protréptico.*

Y por otra parte, dentro de esta diferenciación entre maestro y discípulo, se debe destacar también la teúrgia de Jámblico frente a la religiosidad escueta de Porfirio[14].

## 2. LA «VIDA PITAGÓRICA»

Esta obra, propiamente, no es una biografía de Pitágoras, sino una especie de recomendación para ajustar nuestra

[14] La teúrgia y la filosofía de Jámblico han sido estudiadas, entre otros, por B. Dalsgaard Larsen en «La place de Jamblique dans la philosophie antique», *Entretiens sur l'antiquité classique (Fondation Hardt, XXI): De Jamblique à Proclus,* Ginebra, 1974. Resalta este autor, al comienzo de este trabajo, la doble consideración que mereció Jámblico entre sus contemporáneos: por un lado, pasaba por ser «un teúrgo, fanático y crédulo sin originalidad alguna»; por otro, se le tenía por «un auténtico filósofo, un exégeta de valor». Por aducir otro testimonio, debe citarse el artículo de E. des Places (en las mismas *Entretiens)* que lleva por título «La religion de Jamblique», donde hace una análisis del término *teúrgia,* sus orígenes y antecedentes en la antigüedad tardía. Otros autores estudian la teúrgia en el neoplatonismo tardío, en general, y en Jámblico, en particular, como, p. ej., S. Eitrem («La théurgie chez les néoplatoniciens et dans les papyrus magiques» *Simboloe Osloenses,* 22 [1942] 48-78), E. des Places («Jamblique et les Oracles Chaldaïques», *Comptes rendus de l'Acd. des InsCr.,* 1964, pags. 178-184), B. Nasemann *(Theurgie und Philosophie in Jamblicus De misteriis*; Stuttgart, 1991) y G. Shaw, *Theurgy and the soul: the neoplatonism of Iamblichus,* Univer. de Pensilvania, 1995; en los repertorios bibliográficos de estas obras (y otras que omitimos) se encuentran amplias referencias al tema.

vida al modo de vida pitagórico; un estilo de vida útil para el cuerpo y para el alma[15]. La *Vida pitagórica* formaba parte de un conjunto de diez libros, que recibía el nombre de *synagōgḗ (Synagōgḗ tôn Pythagoreíōn dogmátōn*[16]), como si se tratara de un cuerpo de doctrina pitagórica. De los diez libros se perdieron seis, y los cuatro que se han conservado pasan por ser los primeros de esa decena. Los títulos de los cuatro libros que se han conservado son los siguientes: *Vida pitagórica, Protréptico, Ciencia común matemática* e *Introducción a la aritmética de Nicómaco.* En cuanto a la temática y títulos de los seis libros desaparecidos son éstos: el libro quinto versaba sobre *Física;* el sexto sobre *Ética;* el séptimo, sobre *Teología aritmética;* el octavo era una especie de introducción a la teoría musical de los pitagóricos; el noveno era igualmente una introducción a la *geometría* y el décimo era una especie de tratado de *astronomía.* Estas tres últimas obras son como una especie de continuación de la *Introducción a la aritmética* de Nicómaco[17].

Formaban, pues, estas diez obras, como hemos dicho anteriormente, un cuerpo de doctrina pitagórica, relacionadas entre sí, de manera que podría decirse que constituían una especie de programa de enseñanza pitagórica, del que las dos primeras obras, objeto del presente trabajo, *Vida pitagórica* y *Protréptico,* venían a ser una parte introductoria. Pero se debe matizar también que, dentro de la conexión existente entre las diez obras, el *Protréptico* (orientación y exhortación a la filosofía en general) guarda una relación temática muy estrecha con la *Vida pitagórica,* al igual que ocurre con el tratado *Sobre la abstinencia* respecto a la *Vida de Pitágoras,* obras ambas de su maestro Porfirio[18].

Pero centrándonos en la *Vida pitagórica,* podemos señalar en principio su considerable extensión frente a la biografía sobre el sabio de Samos de su maestro Porfirio, *Vida de Pitágoras*[19], que Jámblico, sin duda, debió tener en cuenta. En efecto, la obra de Jámblico se divide en treinta y seis capítulos, que comprenden, a su vez, doscientos sesenta y seis parágrafos, lo que supone ciento cincuenta páginas de texto griego[20], mientras que la biografía de Porfirio contiene treinta y seis páginas de texto griego[21]. En consecuencia, el contenido de doctrina y enseñanzas pitagóricas en la obra de Jámblico es mucho más rico que en la biografía de su maestro Porfirio. Sin embargo, el texto de Jámblico adolece de oscuridad y desorden sin cuidar con rigor la ilación del relato. Quizá no tuvo tiempo de elaborar un material disperso

---

[15] Lo que no impide que algún estudioso, a propósito de la *Vita pythagorica,* la mencione, como si se tratara de una biografía. Así, por ejemplo, J. Pépin, en *Mythe et allégorie,* París, 1976, pág. 95, traduce el título por *Vie de Pythagore* y V. Capparelli, en *La sapienza di Pitagora,* CEDAM, 2 vols., Padua, 1941, I, pág. 592, lo vierte por *Vita di Pitagora.* Omitimos la mención de otros estudios, recientes y no recientes, que plantean así el título de la obra

[16] Esta calificación se debe a Siriano, en sus comentarios a la *Metafísica* de Aristóteles *(In metaphisicam,* 103-107, ed. Kroll). Sobre la significación y origen del término *synagōgḗ,* véase B. Dalsgaard Larsen, *Jamblique de Chalcis. Exégète et philosophe,* Aarhus, 2 vols., 1972, I, pág. 67.

[17] Como indica el propio Jámblico al final de esta obra, *In Nicomachi Arithmetica introductio liber,* ed. H. Pistelli, Teubner, Leipzig, 1894, págs. 125, 23 y sigs.



[18] Así lo entiende V. Capparelli, en su ya citada obra *La sapienza di Pitagora,* vol. I, Padua, 1941, pág. 595.

[19] Cf. nuestra mencionada traducción de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio *(supra* n. 13) pág. 10 (a ella haremos referencia cuando la ocasión lo requiera). Existe, por otra parte, otra biografía del sabio de Samos en la antigüedad, la de Diógenes Laercio (que encabeza el libro VIII de sus *Vidas de los filósofos más ilustres).*

[20] En la edición de L. Deubner, *Iamblichi de vita pythagorica liber,* Teubner, Leipzig, 1937.

[21] En la edición de E. des Places, «Les Belles Lettres», París, 1982.

que había recopilado[22]. Por lo demás, algunos escritos de la época mostraban también estos defectos, evidenciando falta de rigor y conexión interna.

Habría que aludir, por último, en este apartado, al hecho de que los treinta y seis capítulos de la obra van especificados al comienzo de la misma, para poner al lector en antecedentes de su contenido, pero no siempre se sintetiza la temática del capítulo.

### A) *Fuentes de la «Vida pitagórica»*

El primer estudioso de las fuentes de la *Vida pitagórica* de Jámblico fue K. Meiners, hace ya más de dos siglos[23]. Para este investigador, esta obra es un conglomerado de diversa procedencia. En primer lugar, según su punto de vista, los cinco primeros capítulos pertenecerían a Apolonio de Tiana (hasta el parágrafo 29 inclusive) por su unidad de estilo; después, hasta el parágrafo 37, atribuía su procedencia a Nicómaco. Y sucesivamente asignaba la pertenencia de las demás partes de la obra a otros autores, tales como Aristóxeno, Dicearco, Heráclides Póntico, Antonio Diógenes, Hermipo, Clearco, Neantes e Hipóboto[24]. Con posterioridad

[22] El hecho lo resaltó ya, en la antigüedad, su biógrafo EUNAPIO, 460, como señala G. CLARK *(op. cit.,* pág. XI).

[23] Cf., al respecto, la citada obra de CAPPARELLI, *La sapienza di Pitagora,* vol I, pág. 602, donde se detalla el análisis y estudio que hizo el erudito alemán, cuya obra manejó Capparelli en versión francesa *(Histoire de l'origine des progrès et de la décadence des sciencies dans la Grèce,* París, 1799).

[24] De estos autores destacamos a: Aristóxeno de Tarento, discípulo de Aristóteles, cuya *akmḗ* la sitúa el Léxico *Suda* en 316 a. C.; fueron numerosos sus escritos sobre armonía musical, y en su teoría de las almas si-



a Meiners, es muy conocido el estudio que hizo sobre las fuentes de esta obra de Jámblico el filólogo E. Rohde[25], que esencialmente concluía que Jámblico se había basado en Nicómaco y Apolonio de Tiana. La cuestión está, pues, abierta y no hay una opinión unánime ni definitiva sobre las fuentes de la *Vida pitagórica* de Jámblico.

guió a Pitágoras; Dicearco de Mesina, también discípulo de Aristóteles, autor de varias biografías, entre ellas una de Pitágoras, y Neantes, historiador originario de Cícico, que vivió hacia el año 200 a. C. y escribió una extensa obra de la que quedan escasos fragmentos.

[25] Hace bastante tiempo también (más de un siglo), en su artículo «Die Quellen des Jamblichus in seiner Biographie des Pythagoras», *Rhein. Mus.* 26 (1871), 554-576 y 27 (1872), 23-61. Posteriormente, MEAUTIS, en *Recherches sur le Pythagorisme,* Neuchatel, 1922, en el apéndice de la obra, *Les sources de la Vie du Pythagore par Jamblichus d'aprés Erwin Rhode,* rechazó la opinión del estudioso alemán. En tiempos más recientes (relativamente), rechaza también la fuente de Nicómaco, como autor de una biografía sobre Pitágoras, J. A. PHILIP en «The biographical tradition-Pythagoras», *Transactions and procedings of the American Philological Association* 90 (1959), 185-194. Piensa también este autor que se basa esencialmente en la biografía de Porfirio y presenta, además, un planteamiento muy completo de las fuentes de la *Vida pitagórica* de Jámblico, según diversos críticos, al igual que analiza los temas comunes que trata este autor y su maestro Porfirio. Este análisis, de las coincidencias entre Porfirio y Jámblico, también lo ha llevado a cabo E. A. RAMOS JURADO, en «Jámblico de Calcis y el género biográfico». *Habis* 22 (1991), 283-295, 288-290. La cuestión ciertamente es compleja y, por aducir un último testimonio, referimos la opinión de P. GORMAN, en «The Apollonios of the neoplatonic biografies of Pythagoras», *Mnemosyne* 38 (1985), 130-140. Piensa este crítico que la ajudicación del § 254 de Jámblico y el § 2 de Porfirio a Apolonio de Tiana es falsa, y que hacer depender la cuarta parte de la obra de Jámblico de este mismo autor no es una suposición ni aceptable ni válida. Piensa, en definitiva, que el autor de la obra es Jámblico y que sus múltiples fuentes quedan aún por determinar.

Son muchos más los estudios que podríamos aportar acerca de las fuentes[26], pero damos por terminada la cuestión con el breve planteamiento que hemos expuesto.

## B) *El texto de la «Vida pitagórica»*

En la historia de la transmisión del texto de las obras de Jámblico, se está de acuerdo, en general[27], en que el códice originario del que partieron otros es el *Florentinus Mediceus Laurentianus* 86.3 (F). Precisamente la primera parte de este códice (escrito en el siglo XIV) contiene los cuatro primeros libros de la *synagōgḗ*, esto es, los cuatro libros que se han conservado de los diez de que constaba. Al no incluirse en el presente trabajo el texto griego, no insistimos más sobre los códices existentes[28] de la obra de Jámblico.

[26] Entre ellos, por aducir algún testimonio más, podemos citar a W. BERTERMANN, *De Iamblichi Vitae Pythagorica fontibus*, Diss., Könisberg, 1913, y a W. BURKERT, en una obra muy importante sobre pitagorismo, en general, *Weisheit und Wissenschaft. Studien zu Pythagoras, Philolaos und Platon*, Nuremberg, 1962, págs. 86-94 (sobre las fuentes de Jámblico). Más reciente aún es el ya citado trabajo de E. A. RAMOS JURADO, art. cit. en n. anterior, pág. 295. En su opinión, tras analizar las distintas biografías sobre Pitágoras, concluye que el género biográfico de Jámblico está enmarcado «en la categoría de hombre divino», de acuerdo con «un modelo alejandrino gramatical y suetoniano».

[27] A. NAUCK se mostró reticente a admitir este hecho, en el prólogo de su edic., de la *Vita Pythagorica*, San Petersburgo, 1884, pág. XLIV. Sin embargo, el humanista Lucas Holstein (1596-1661) ya había considerado que este códice era el arquetipo, como observa L. DEUBNER en el prefacio (pág. v) de su edición (ya mencionada) de la *Vita*, Teubner, Leipzig, 1937 (Stuttgart, 1975, revisada por U. KLEIN).

[28] Para el lector interesado en el estudio de los códices y familias, véase la edición de DEUBNER, pág. v y sigs. de su prefacio y la de E. DES PLACES, pags. 20-24 de su introducción.



## C) *Ediciones y traducciones de la «Vida pitagórica»*

La *editio princeps* de la obra (juntamente con el *Protréptico)* se debe a Johannes Arcerius Theodoretus, humanista holandés (1538-1604), *Iamblichi Chalcidensis De vita pythagorica et Proptrepticae orationes ad philosophiam.* Fechada en 1598, en Franeker, y va acompañada de versión latina. La siguiente edición, fechada en 1707, Amsterdam, se debe a L. Kuster y va acompañada de la versión latina que en 1700 realizó L. Obrecht. La misma traducción latina corregida acompaña a la edición de T. Kiessling, Leipzig, 1815. Igualmente, la versión latina de Obrecht, de nuevo corregida, figura en la edición de A. Westermann, París, 1862 (con un apéndice de la obra de Diógenes Laercio). La primera edición crítica en importancia es la de A. Nauck, San Petersburgo, 1884.

En el pasado siglo, la edición más importante es la de L. Deubner, *De vita pythagorica liber,* Teubner, Leipzig, 1937, revisada y corregida por U. Klein, Stuttgart, 1975. Ésta es la edición que hemos seguido para nuestra traducción de la obra de Jámblico, al igual que otros traductores de esta misma obra en los últimos tiempos.

En cuanto a las traducciones latinas que se han mencionado, conviene destacar la de U. Obrecht pues, según Deubner, la tuvieron en estima los editores posteriores (como se ha visto por su inclusión en algunas ediciones del texto de Jámblico); la versión se publicó en 1700, sin el nombre del autor y sin determinar el lugar[29].

[29] Véase al respecto, la edición de DEUBNER, pág. XIV y n. 2.

Importante parece ser también la versión latina de Scutelio[30], *Pythagorae vita ex Iamblicho collecta,* Roma, 1556.

En lenguas modernas, siguiendo un orden cronológico, recogemos las siguientes:

T. TAYLOR, *Iamblichus. Life of Pythagoras, or Pythagoric life,* Londres, 1818; reimpres., 1965, debida a J. M. WATKINS.

M. VON ALBRECHT, *Iamblichos. Pythagoras. Legende, Lehre, Lebensgestaltung* (griego-alemán), Zúrich-Stuttgart, 1963.

G. CLARK, *Iamblichus: On the Pythagorean Life,* Liverpool University Press, Liverpool, 1989.

J. DILLON, J. HERSHBELL, *On the Pythagorean way of life.* Society of Biblical Litterature. Texts and translations núm. 29, Atlanta, 1991.

M. GIANGIULIO, *Giamblico, La vita pitagorica: testo greco a fronte,* con introd. y not., Biblioteca Universali Rizzoli, 1991.

L. BRISSON, A. PH. SEGONDS, *Jamblique. Vie de Pythagore.* Intr. trad. y n., Les Belles Lettres, París, 1996.

En español tenemos una versión debida a E. A. Ramos Jurado, *Vida pitagórica,* con introducción y notas, Etnos, Madrid 1991. Se observa alguna omisión del texto griego, pero es correcta y elegante en algunas ocasiones.

Esta versión pretende ser fiel al texto griego original de la edición de Deubner-Klein, que es el que se ha seguido, dentro de las limitaciones que impone la comprensión de cualquier lector. Aunque no se ofrece el texto griego, hemos señalado la razón o procedencia de los términos o expresiones entre ángulos y corchetes por la fidelidad que, creemos, se debe al texto original. Por último, en lo que respecta a las notas, cuando se trata de un hecho muy conocido (sobre todo, en mitología), y los testimonios son muy abundantes, no se aporta su procedencia.

[30] Propiamente, no se dispone de ella. Se menciona esta versión en los prefacios de ediciones de otras obras de Jámblico (del *Protréptico,* Leipzig, 1888, debida a H. PISTELLI y de la *Ciencia común matemática,* editada por N. FESTA, Leipzig, 1891); por otra parte, se duda de si tradujo toda la obra o parte de ella. Véase la problemática de esta versión en la ya citada edición de DEUBNER-KLEIN (en lo sucesivo, así citada) de la *Vita pythagorica,* págs. XX–XXI.



## 3. BIBLIOGRAFÍA

Ya se ha mencionado bibliografía importante en las páginas procedentes, sobre todo en el apartado anterior («Ediciones y traducciones de la *Vida pitagórica»).* También es importante, hasta el año de su publicación (1975), el repertorio bibliográfico que ofrece la edición de la *Vida pitagórica* de Deubner-Klein, en sus *addenda* (XX-XXVIII). En principio, habría que destacar aquí las obras más relevantes, entre las reseñadas, y otras que no se han mencionado en aspectos parciales y concretos del pitagorismo.

E. BALTZER, *Pythagoras, der Weise von Samos* (repr. facs. de la ed. de Nordhausen de 1868), Walluf de Wiesbaden, 1973. Una nueva reimpresión (Heilbronn, 1991) añade un cuadro sinóptico.

W. BURKERT, *Weisheit und Wissenschaft. Studien zu Pythagoras, Philolaos und Platon,* Nuremberg, 1962. (Hay una versión inglesa, debida a E. L. MINAR, JR., Cambridge [Massachusets], 1972, con el título de *Lore and Science in Ancient Pythagoreanism.*

V. CAPPARELLI, *La sapienza di Pitagora,* CEDAM, 2 vols., Padua, 1941 (I) y 1944 (II).

B. CENTRONE, *Introduzione ai Pitagorici,* Bari, 1996.

A. DELATTE, *Études sur la Littérature Pythagoricienne,* París, 1915.

—, *Essai sur la Politique Pythagoricienne,* París, 1922.

M. DETIENNE, *Homère, Hésiode et Pythagore,* Bruselas-Berchem, 1962.

—, *La Notion de Daimon dans le Pythagorisme antique,* París: Université de Liège, 1963.

J. DUPUIS, «Note sur le serment des Pythagoriciens», *REG* 7, 1894.

K. VON FRITZ, «Pythagoras und die Pythagoreer», en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Klassischen Altertumwissenschaft,* vol. XXIV, 1 (1963), cols. 171-268.

—, *Grundprobleme der Geschichte der antike Wissenschaft,* Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1971.

A. GIANOLA, *La fortuna di Pitagora presso i Romani dalle origini fino al tempo de Augusto,* Catania, 1921.

J. HAUSLEITER , *Der Vegetarismus in der Antike,* Berlín, 1935.

K. KERÉNYI, *Pythagoras und Orpheus,Präludien zu einer zukünftigen Geschichte der Orphik und des Pythagorismus,* Zúrich, 3.ª ed., 1950.

G. E. R. LLOYD, *Ancient Culture and Society. Early Greek Science: Thales to Aristotle*, Londres, 1970. La ciencia pitagórica se estudia en el cap. III.

J. PÉPIN, *Mythe et allegorie,* Études Augustiniennes, París, 1976.

E. S. STAMATIS, Πυθαγόρας ο Σάμιος, Atenas, 1981 (resumen en Inglés).

J. C. THOM, *The Pythagorean golden verses,* Leiden-Nueva York, 1995.

C. J. DE VOGEL, *Pythagoras and Early Pythagoreanism,* Assen, 1966.

E. ZELLER, R. MONDOLFO, *La Filosofia dei Greci nel suo sviluppo storico,* La Nuova Italia, 3 vols., Florencia, 1967 (versión italiana, revisada y complementada, a cargo de R Mondolfo, de la obra original alemana de E. Zeller, cuya edición se inicia en el año 1892) La visión de Pitágoras y del pitagorismo comprende las páginas 386-685 del vol. II.

# SINOPSIS

1. Proemio sobre la filosofía de Pitágoras, al que precede una invocación a los dioses y se pone de manifiesto, a la vez, la utilidad y dificultad de la tarea.
2. Sobre Pitágoras, su origen, su patria, su crianza, su educación, viaje y regreso a casa, su salida de allí hacia Italia y, en general, sobre toda su vida.
3. Sobre su viaje por mar a Fenicia, sobre su actividad allí y sobre su partida de este lugar hacia Egipto y el modo en que tuvo lugar.
4. Sobre su ocupación en Egipto y el modo en que se trasladó de allí a Babilonia, cómo allí entró en contacto con los magos y cómo regresó de nuevo a Samos.
5. Sobre su actividad en su estancia en Samos, y cómo instruyó a un homónimo suyo con un método admirable, su viaje a Grecia y el modo de actividad en Samos.
6. Motivos por los que se trasladó a Italia, sobre este viaje, planteamiento general sobre la personalidad de Pitágoras y sobre su filosofía.
7. Algunos aspectos generales de su actuación en Italia y el tipo de palabras que, públicamente, dirigió a la gente.
8. Cuándo y cómo se trasladó a Crotona, y qué actuación tuvo en su primer encuentro y qué palabras dirigió a los jóvenes.
9. En qué términos se expresó entre los Mil, que presidían el gobierno, sobre las mejores palabras y modos de vida.

10. Qué consejos dio a los niños de Crotona en el templo de Apolo Pitio, en su primera estancia.
11. Qué refirió a las mujeres de Crotona, en el templo de Hera, en su primera estancia.
12. Sobre su disertación acerca de filosofía, y que fue el primero que se dio a sí mismo el nombre de filósofo y por qué motivo.
13. Sobre la facultad educativa de las palabras de Pitágoras que se extendía tanto a las fieras como a los animales irracionales, y los numerosos testimonios de ello.
14. Sobre el principio de su educación que consideraba como el recuerdo de vidas anteriores, que las almas habían vivido anteriormente, antes de encarnarse en los cuerpos en que casualmente residen.
15. Sobre su inducción a la educación, comenzando por la percepción sensible y sobre el modo en que enderezaba las almas de sus discípulos por medio de la música y cómo poseía ese perfecto enderezamiento.
16. Sobre la práctica purificadora que él mismo utilizaba, sobre la práctica completa de la amistad, y la forma en que ésta predispone a los discípulos para la filosofía.
17. Cómo Pitágoras efectuaba el examen de los discípulos que se le acercaban por primera vez, y qué pruebas de carácter les aplicaba antes de introducirlos en la filosofía.
18. En qué categorías y de qué modo distribuyó Pitágoras a sus discípulos, y por qué motivo los clasificó así.
19. Sobre los muchos caminos de educación útil de la humanidad que Pitágoras descubrió, su relación, según se dice, con Ábaris, y cómo lo condujo hasta la cima más alta de la filosofía por otras vías educativas.
20. Cuáles eran las prácticas específicas de la filosofía pitagórica y cómo las proporcionaba Pitágoras y cómo ejercitaba a los que iban constantemente a participar en la filosofía.
21. Sobre el modo de vida que Pitágoras estableció y planteó a sus discípulos para que lo realizaran cuidadosamente durante todo el día, y determinados consejos acordes con el modo de vida.



22. Sobre el modo de educación por medio de sentencias pitagóricas, que atañen a la vida y suposiciones *hypolēpseis* humanas.
23. Sobre la exhortación a la filosofía por medio de símbolos, el significado inefable y oculto de sus doctrinas, que fue transmitido por Pitágoras únicamente a los que recibieron instrucción, de acuerdo con la práctica de los egipcios y de los teólogos más antiguos entre los griegos.
24. De qué alimentos se abstuvo en general Pitágoras, y de cuáles ordenó a sus discípulos abstenerse, y como promulgó diversas leyes al respecto de acuerdo con la vida privada de cada uno y por qué motivos.
25. De qué modo, a través de la música y del canto, educó a las gentes en determinados momentos, precisamente cuando los padecimientos las agobiaban, y qué purificaciones de las enfermedades del alma y del cuerpo realizó por medio de la música y de qué modo las efectuaba.
26. De qué modo y por qué método logró Pitágoras el hallazgo de la armonía y de las proporciones armónicas y cómo transmitió a sus discípulos toda la ciencia sobre estos temas.
27. Cuántos bienes, políticos y de utilidad pública, transmitió él mismo y sus discípulos a los hombres a través de obras, palabras, el establecimiento de constituciones, la promulgación de leyes y otras muchas y bellas actuaciones.
28. Cuántos hechos divinos y admirables llevó a cabo, y cuántos que tienen que ver con la piedad y que por la misericordia de los dioses proporcionan a los hombres el más grande beneficio, que también fueron enviados al linaje humano gracias a Pitágoras.
29. Sobre la filosofía de Pitágoras, cuál era y en qué clase de géneros y especies se dividía, y cómo logró la rectitud y exactitud de los primeros hasta los últimos poderes cognoscitivos y lo transmitió a los hombres.
30. Sobre la justicia, y la gran contribución que hizo Pitágoras a ella para los hombres, y cómo se ocupó de ella desde los géneros extremos hasta las últimas clases, y lo transmitió a todos.

31. Sobre la templanza, cómo la practicó Pitágoras y la transmitió a los hombres a través de palabras, obras y de toda clase de actividad creadora, y cuántas y qué especies de ella determinó entre los hombres.
32. Sobre el valor, cuántas y qué clase de recomendaciones transmitió Pitágoras a los hombres, y cuántas prácticas y labores nobles realizó él personalmente y otras que hizo que llevaran a cabo sus discípulos.
33. Sobre la amistad, cuál era, y cuál era su dimensión en Pitágoras y cómo la hizo extensiva a todos, y cuántas clases de ella estableció, y qué labores concordes con sus ocupaciones realizaron los pitagóricos.
34. Algunos relatos dispersos sobre lo que dijo e hizo el propio Pitágoras o los que recibieron de él la filosofía; cuantos no se han mencionado en la ordenada exposición de las virtudes sobre su persona.
35. Sobre el levantamiento que se produjo contra los pitagóricos, y dónde estaba Pitágoras y por qué motivo hombres despóticos y desalmados los atacaron.
36. Sobre la sucesión de Pitágoras y de su muerte, y nombres de hombres y mujeres que recibieron su filosofía.

# VIDA PITAGÓRICA

Al comienzo[1] de toda filosofía, al menos para toda la gente sensata, es costumbre sin duda invocar a la divinidad, pero con mayor razón, por supuesto, conviene hacerlo con la filosofía que lleva el nombre del divino Pitágoras. En efecto, al haber sido transmitida aquélla en un principio por los dioses, no se puede comprender más que con la ayuda de éstos, porque, además de ello, su belleza y grandeza sobrepasa la capacidad humana para captarla de repente; solamente, al menos, bajo la dirección de un dios benévolo, se podría asir algo de ella, acercándosele poco a poco, con suavidad. 1 1

Pues bien, por todas estas razones invoquemos a los dioses como guías, encomendémonos a nosotros mismos y a nuestra exposición a ellos y sigámoslos por donde nos lleven, sin reparar en que esta escuela, durante mucho tiempo, ha sido descuidada, encubierta de enseñanzas extrañas y de algunos símbolos secretos, ensombrecida por muchos escri- 2

[1] El comienzo de la obra nos recuerda el principio del *Timeo* de Platón. Ya hemos visto en la Introducción que la crítica atribuye estos primeros capítulos a Apolonio de Tiana y a Nicómaco de Gerasa, escritores del siglo I d. C., aproximadamente.

tos falsos y espurios, pero además se ha visto entorpecida por otras muchas dificultades de este tipo. Porque nos basta la voluntad de los dioses, con la que es posible soportar dificultades todavía más pesadas que éstas. Y después de los dioses, propondremos como guía nuestro al fundador y padre de la filosofía divina, una vez que nos hayamos remontado un poco sobre su linaje y patria.

2 3 Según se dice, Anceo, que vivió en Same de Cefalonia[2], descendía de Zeus; esta fama bien pudo deberse a su virtud o a una especie de grandeza de alma, pero en inteligencia y reputación superaba a los demás cefalonienses. La Pitia le había vaticinado que debía reunir un contingente de ciudadanos de Cefalonia, Arcadia y Tesalia, añadirle otros ciudadanos de Atenas, Epidauro y Calcis, colonizar, al mando de todos ellos, una isla llamada Melánfilo, por la calidad de su suelo y de su tierra[3], y denominar Samos a la ciudad, como réplica de Same, la de Cefalonia.

4 En efecto, éste fue el oráculo:

*Anceo, la marítima isla de Samos, en lugar de Same,*
*pido que colonices. Pero su nombre es Filis.*

La prueba de que se agruparon colonos de los lugares antes mencionados no sólo se basa en las honras y sacrificios que tributaron a los dioses —porque se da la circunstancia de que son originarios de los lugares de procedencia de las gentes que se congregaron—, sino también en las relaciones de parentesco y en las reuniones que suelen celebrar los samios. Dicen, en efecto, que Mnemarco[4] y Pitaide, los padres de Pitágoras eran de esta casa y de la estirpe de Anceo, el fundador de la colonia.

Siendo comentado, entre sus conciudadanos, este noble 5 linaje, un poeta oriundo de Samos, afirma que era hijo de Apolo con estas palabras:

*Pitágoras lo engendró con Apolo, grato a Zeus,*
*Pitaide, que era la más bella entre las samias*[5].

Merece la pena mencionar cómo prevaleció esta tradición. A este Mnemarco de Samos, que se hallaba comerciando en Delfos en compañía de su esposa, cuando su embarazo todavía no era evidente, la Pitia le vaticinó, en una consulta que efectuó por medio de un oráculo sobre un viaje por mar a Siria, que sería extraordinariamente grato y provechoso, que su mujer estaba ya embarazada y que daría a luz un niño que sobresaldría por su belleza y sabiduría sobre todos

[2] Isla jonia de la costa noroeste de Grecia.

[3] Es decir, «de negro follaje», «frondosa». Con esta denominación aparece en varios autores.

[4] Heráclides Póntico, discípulo de Aristóteles sustenta la opinión de que Pitágoras había sido Etálides (diestro arquero que participó en la expedición de los Argonautas), hijo de Hermes y de Eupolemia, hija de Mirmidón. De todos modos, según varios escritores de la Antigüedad, el nombre del padre de Pitágoras era Mnesarco. Así lo estima en concreto su maestro Porfirio, en cuya biografía, al comienzo de la obra, § 1, apunta además la idea (basándose en el historiador Neantes de Cícico) de que Mnesarco pudo ser un comerciante sirio de Tiro que llegó a Samos con un cargamento de trigo para ponerlo en venta. La versión inglesa de G. Clark recoge este nombre de Mnesarco, a pesar de que en el texto de la edición de Deubner-Klein este nombre figura como variante. Aunque se ha puesto en duda la existencia de Pitágoras, en general se piensa que existió, pero, ciertamente, su vida está envuelta en la leyenda. Cf. I. Lévy, *Recherches sur les sources de la légende de Pythagore,* París, 1926.

[5] La *Vida de Pitágoras* de Porfirio (§ 2) recoge también este dístico y se atribuye igualmente a un poeta samio.

los que hasta la fecha habían existido, y que sería, para el linaje humano, de grandísima utilidad durante toda su vida.

6 Mnemarco considerando que la divinidad no le habría profetizado sobre su hijo, sin haberle hecho él la consulta, salvo que realmente estuviera destinado a ser una especial eminencia en sí y un don divino, cambió entonces inmediatamente el nombre de su esposa, Parténide[6], por el de Pitaide, por el hijo y la profetisa.

7 Cuando dio a luz a su hijo en Sidón de Fenicia, lo llamó Pitágoras[7], porque había sido profetizado por Apolo Pitio. Debe rechazarse, en efecto, en este punto la suposición de Epiménides, Eudoxo y Jenócrates[8], en el sentido de que Apolo se unió con Parténide, que ésta quedó encinta, sin estarlo previamente, y que lo contó a través de la profetisa. Esto, pues, de ninguna manera debe admitirse.

8 Sin embargo, nadie podría poner en duda, que el alma de Pitágoras, bajo la dirección de Apolo[9], bien era compañera suya, bien mantenía una especial afinidad con este dios,

[6] Hay una referencia clara, en la etimología del nombre, a *parthénos*, para marcar la virginidad y doncellez de la madre en el sentido de señalar que no había habido contacto con Apolo.

[7] Esto es, «que habla por boca de la Pitia» o «que habla como la Pitia».

[8] Epiménides de Creta fue uno de los Siete Sabios, del siglo VI a. C. y se le atribuyen prodigios como a Pitágoras y Empédocles; Eudoxo de Cnido, famoso matemático (discípulo de Arquitas de Tarento) del siglo IV a. C. y Jenócrates, sucesor de Platón en la Academia.

[9] Apolo será el dios que inspira todos los actos de Pitágoras. Los rasgos apolíneos de la *Vida pitagórica* de JÁMBLICO, el carácter divino de Pitágoras y su contraposición a la figura de Cristo, como forma de propaganda religiosa frente a los ataques a la religión tradicional pagana, ha sido puesto de relieve por E. A. RAMOS JURADO en «Rasgos jambliqueos en la biografía de Pitágoras», *Excerpta philologica*, Universidad de Cádiz, 1991, págs. 699-703 (del 2.° vol. de los dos que consta la publicación *in memoriam* de Antonio Holgado Redondo).



y que había sido destinada a la humanidad, si ello se argumenta con este mismo nacimiento y con la sabiduría de toda índole de su alma. Tales son los hechos sobre su nacimiento.

Cuando Mnemarco regresó a Samos procedente de Siria 9 con una abundante ganancia y copiosos recursos, edificó un santuario a Apolo, bajo la advocación de Pitio, y educó a su hijo en variadas e importantes disciplinas, porque lo confió y lo puso en manos ya de Creófilo, ya de Ferécides de Siro[10], ya de casi todos los sabios en temas sagrados, para que fuera instruido suficientemente, en la medida de sus posibilidades, en los asuntos divinos. Y creció, afortunado, el más hermoso de los que se tiene noticia y el más divino.

Cuando murió su padre, creció en gran seriedad y pru- 10 dencia, y siendo todavía muy joven merecía ya de los de mayor edad la consideración y el respeto, y cuando se le veía hablando, a todos atraía, y a todo aquel que le dirigía su mirada le parecía admirable, de tal modo que por la mayoría se aseguraba con razón que era hijo de un dios. Fortalecido por semejante notoriedad, por la educación recibida desde su cuna y por su natural apariencia divina se desarrolló aún más, mostrándose digno de los privilegios que poseía. Or-

[10] El primero (*vid. infra* §. 11) pasa por ser contemporáneo y rival de Homero en la recitación poética, según testimonio, por ejemplo, de DIÓGENES LAERCIO, VIII 2. Cf. También E. WELLMANN, en *RE* VIII, col. 859. En cuanto a Ferécides de Siro, se trata de un filósofo jonio del siglo VI a. C., autor de una cosmogonía mítica. Faltan detalles fidedignos sobre su vida; se le atribuyen hechos prodigiosos, como a su pupilo Pitágoras: predicciones de terremotos, naufragios, etc. Cf. EUSEBIO, *Preparación Evangélica*, X 4, 14. Para el conocimiento de su concepción filosófica-teológica, véase F. L. LISI, «La teología de Ferécides de Siro», *Helmantica* 36 (1985), 251-276, donde se estudian la vida y el pensamiento de este autor, y se analizan y traducen sus fragmentos, con un repertorio bibliográfico.

denaba su existencia por medio de prácticas religiosas, por las ciencias, por selectas normas de vida, por la firmeza de su alma, por la continencia corpórea, por la serenidad de sus palabras y actos, por una inimitable calma, sin verse jamás poseído por la cólera, la risa, la envidia, la pendencia ni por ninguna otra perturbación o arrebato, como si se tratara de una divinidad buena que se hubiera aposentado en Samos.

11 Por ello, siendo aún un muchacho, su gran fama llegó hasta los sabios, hasta Tales, en Mileto, y hasta Bías, en Priene, y se extendió a las ciudades vecinas y muchos ya en muchos lugares, proverbialmente, celebrando al joven samio de larga cabellera [11], lo divinizaban y lo divulgaban. Pero cuando estaba a punto de gestarse la tiranía de Polícrates, previendo, a la edad de dieciocho años, aproximadamente, a dónde se encaminaba ésta y cómo sería un obstáculo para su propósito y afán de aprender, por el que se esforzaba por encima de todo, de noche sin que nadie lo notara, en compañía de Hermodamante, de nombre, y de sobrenombre Creófilo, del que se decía que era descendiente del Creófilo que mantuvo vínculos de hospitalidad con el poeta Homero (de quien parece fue amigo y maestro de todo), se trasladó por

[11] Debe de haber habido una confusión, porque Pitágoras contaba con dieciocho años cuando tuvieron lugar estos acontecimientos, y esa fama extendida entre las gentes debe referirse a un vencedor en el pugilato en la Olimpiada 48.ª (588-585 a. C.), según testimonio de Eratóstenes y Teeteto en DIÓGENES LAERCIO (VIII 47-48, donde se añade que llevaba también «un manto de púrpura»). Véase igualmente J. HAUSSLEITER, *Der Vegetarismus in der Antike,* 1945, pág. 123. Por otra parte, a juzgar por el dato concreto de la Olimpiada y de la edad de Pitágoras en este momento preciso de su vida, el filósofo debió de nacer entre 588 y 584 a. C., y el pugilista entre 620 y 600.



mar con Ferécides, junto a Anaximandro, el filósofo de la naturaleza, y junto a Tales [12], en Mileto.

12 Se presentó a cada uno de ellos, alternativamente, y se relacionó de tal modo, que todos lo apreciaron, admiraron sus dotes naturales y lo hicieron partícipe de sus reflexiones. Y especialmente Tales lo acogió complacido, al admirar también la diferencia que presentaba respecto a los demás jóvenes, porque superaba con mucho la fama que le había precedido. Le hizo partícipe de cuantos conocimientos pudo, y aduciendo como pretexto su vejez y mala salud le instó a que se embarcara rumbo a Egipto y se relacionara especialmente con los sacerdotes de Menfis y Diópolis [13]. En efecto, de ellos obtuvo aquello por lo que la gente lo tiene por sabio. Afirmaba que él no estaba dotado, ni por la naturaleza ni por la práctica, de tantas facultades como observaba en Pitágoras. Así, por todo ello, se difundió la buena nueva: si Pitágoras se relacionaba con los sacerdotes mencionados, sería el más divino y el más sabio por encima de todos los hombres.

13 3 Entre otras cosas, sacó provecho de Tales por ahorrarse especialmente tiempo, al renunciar por ello a beber vino, a comer carne e incluso antes a la gula, y atenerse a la comida de cosas suaves y de fácil digestión, y consiguiendo con ello un sueño corto, vigilia, pureza de alma y una salud corporal perfecta e inquebrantable, se hizo a la mar rumbo a Sidón, pues sabía que era su patria natal y pensaba con razón que desde allí le sería más fácil la travesía a Egipto.

[12] De los personajes que aquí se mencionan, Tales y Anaximandro son dos famosos filósofos presocráticos y Bías uno de los Siete Sabios de Grecia.

[13] Es decir «ciudad de Zeus», la Tebas egipcia.

14 Allí se encontró con los descendientes de Moco[14], el filósofo de la naturaleza y profeta, y con los demás hierofantes fenicios, y se inició en todos los rituales sagrados que en especial se celebraban en Biblos, Tiro y en muchas partes de Siria, sin emplearse en tal cometido por superstición, como ingenuamente se podría suponer, sino más bien por deseo y afán de asistencia a la ceremonia y por la precaución de que se le escapara algo digno de aprenderse, que se salvaguarda en los cultos secretos o misterios de los dioses. Comprendió, además, que los rituales sagrados de allí son, en cierto modo, importados y originarios de Egipto y confió, por ello, en participar en rituales más bellos, más divinos y más puros en Egipto y, maravillado por las enseñanzas de su maestro Tales, se embarcó sin demora con unos marineros egipcios que, en un momento muy oportuno, habían llegado a la costa que se extiende al pie del Monte Carmelo de Fenicia, donde muchas veces Pitágoras se retiró en soledad por la zona del templo. Aquéllos lo recibieron complacidos, pues preveían sacar provecho de su juventud y, si lo vendían, un alto precio.

15 Después, sin embargo, durante la navegación, al comportarse con moderación, seriedad y de un modo congruente con su habitual forma de vida, mejoraron su disposición respecto a él, y observando, por la modestia del muchacho, algo sobrehumano, recordaron que fue visto por ellos, nada más anclar, descendiendo de la cima del Monte Carmelo (sabían que era el más sagrado entre los montes y que era inaccesible para la mayoría), caminando tranquilamente y sin volverse, sin que se le interpusiera en su camino roca alguna escarpada o impracticable, y deteniéndose ante la nave

[14] Según ESTRABÓN (XVI, 757), vivió antes de la Guerra de Troya y fue el creador de la teoría de los átomos.



tan sólo dijo: «¿El viaje es a Egipto?». Al asentir ellos, embarcó y se sentó en silencio donde especialmente no iba a ser un estorbo para los marineros.

16 A lo largo de toda la navegación, permaneció en una única y misma postura durante dos noches y tres días, sin comer ni beber ni dormir, salvo que, sin que nadie lo advirtiera, según estaba en su perseverancia sedentaria e inalterable, durmiera un poco. Además, aconteció que la navegación fue para ellos, en contra de lo esperado, ininterrumpida y de un impulso directo, como si estuviera presente un dios. Comparando tales hechos y sacando, en consecuencia, sus conclusiones, se convencieron de que realmente viajaba con ellos de Siria a Egipto algo así como un dios. Y completaron el resto del viaje con un profundo respeto y con expresiones y actitudes más respetuosas de lo que acostumbraban y empleaban entre sí y con él, hasta que el barco, con las circunstancias más favorables y la ausencia total de olas, llegó a la costa egipcia[15].

17 Allí, al desembarcar, todos lo sostuvieron respetuosamente y, acogiéndolo de uno a otro, lo situaron sobre la arena más limpia y ante él improvisaron un altar y, amontonando sobre él cuantos frutos tenían, como si depositaran una especie de primicias por la carga, cambiaron el fondeadero del barco al lugar donde tenían fijada la meta de su viaje. Por su parte, Pitágoras, que padecía una gran debilidad corporal a causa de tan prolongado ayuno, no se opuso entonces a su desembarco, a la ayuda de los marineros y a la conducción de mano en mano, ni, cuando aquéllos se fueron, se abstuvo por mucho tiempo de probar los frutos que se hallaban expuestos, sino que cogió convenientemente

[15] Toda esta peripecia de su viaje a Egipto y su relación con los marineros, durante el mismo, no las cuenta PORFIRIO en su biografía.

parte de ellos, repuso fuerzas y se puso a salvo por las poblaciones cercanas, manteniendo en todo momento el mismo carácter tranquilo y sosegado.

4 18 Desde allí frecuentó todos los santuarios con muchísima diligencia y con un riguroso estudio, siendo admirado y apreciado por los sacerdotes y profetas con que se relacionaba y, recibiendo un aprendizaje muy detallado sobre cada asunto, no desdeñó ni una enseñanza de los que en su época merecían estima ni persona de renombre por su inteligencia ni rito iniciático, donde quiera que fuera, que mereciera la pena, ni lugar sin visitar que, con su llegada, creyera encontrar algo extraordinario. En consecuencia, visitó a todos los sacerdotes, sacando provecho, junto a cada uno, de sus particulares conocimientos.

19 Veintidós años[16] permaneció en Egipto en centros sagrados, estudiando astronomía y geometría e iniciándose —no por un repentino impulso ni por casualidad— en todos los rituales de los dioses, hasta que, apresado por las tropas de Cambises, fue llevado a Babilonia. Allí se relacionó gustoso con los magos que lo recibieron con el mismo agrado y fue instruido en lo que ellos veneraban y aprendió perfectamente el culto de los dioses, llegando junto a ellos a la cumbre de la aritmética, de la música y de las demás disciplinas y, habiendo transcurrido otros doce años, regresó a Samos a la edad, aproximadamente, de cincuenta y seis años.

5 20 Reconocido por algunas personas de edad avanzada y admirado no menos que antes (pues les pareció más bello, más sabio y más semejante a los dioses), su patria públicamente le pidió que ayudara a todos y los hiciera partícipes de sus inquietudes y, sin rehusarlo, se dispuso a realizar un modo de enseñanza simbólico, semejante del todo a la educación de Egipto en la que había sido instruido, aunque los samios no asumieron entusiásticamente tal sistema ni se adaptaron a él ordenadamente y según convenía.

21 Pues bien, como nadie se presentó ni deseó propiamente las disciplinas que, de cualquier modo, intentaba inculcar a los griegos, sin mostrarse arrogante ni menospreciar a Samos, por el hecho de ser su patria, quiso que sus compatriotas disfrutaran de la belleza de las ciencias, aunque fuera en contra de su voluntad; en consecuencia, se valió de un madurado plan. Habiendo observado con atención, en el gimnasio, a un joven —de los que se dedican a ejercicios gimnásticos y corpóreos, pero, por otra parte, pobre y sin recursos— que, bien dotado y en acompasados movimientos, jugaba a la pelota, pensó que lo convencería si se le proporcionaban abundantes medios de vida que lo libraran de preocupaciones. Llamó al joven después de su baño y le prometió que le procuraría recursos suficientes para el desarrollo y práctica de sus ejercicios gimnásticos de un modo continuo, si gradualmente, sin esfuerzo y de un modo constante, aceptaba (de manera que no supusiera incesantemente una sobrecarga) algunas enseñanzas que él mismo, cuando era un muchacho, había aprendido de extranjeros, pero que ya las estaba perdiendo a causa de su vejez y la falta de memoria que ésta conlleva.

22 El joven se avino a ello y, con la esperanza de medios de vida, aceptó y Pitágoras intentó introducirlo en la enseñanza de la aritmética y de la geometría, efectuando las demostraciones de cada caso en un ábaco y, durante la enseñanza de cada esquema que había diseñado, le ofreció al joven por su esfuerzo tres óbolos como salario. Pasó en esta ocupación mucho tiempo, empleándolo en el estudio con

[16] No parece ser muy riguroso Jámblico en sus precisiones cronológicas. Véase al respecto, K. von Fritz, *RE* XXIV 1, 1963, col. 180.

mucho empeño, seriedad y un orden perfecto, otorgándole por la comprensión de cada esquema tres óbolos.

23 Pero cuando el joven, encauzado en un recto camino, captó la excelencia, el goce y el progreso de la ciencia, el sabio comprendió lo que sucedía y que el joven no se retiraría ya voluntariamente ni renunciaría a la ciencia, aunque le pasara lo peor, y simuló la pobreza y la falta de los tres óbolos.

24 Y una vez que aquél le dijo: «Pero incluso sin éstos estoy dispuesto a aprender y a recibir tus enseñanzas», le respondió: «Pues ni siquiera yo mismo tengo ya víveres para mi sustento. En consecuencia, he de emplearme en la procura de las necesidades del día y del sustento diario y no está bien que uno se distraiga con el ábaco y actuaciones vanas e inútiles». Así que el joven, que no estaba dispuesto a desvincularse de la ciencia, dijo: «Yo también, en lo sucesivo, te abasteceré y, en cierto modo, te mostraré mi afecto filial como hace la cigüeña con sus padres; por cada esquema, pues, yo mismo te ofreceré a cambio tres óbolos».

25 Y a partir de este momento, quedó tan prendado de las ciencias, que fue el único de los samios que acompañó a Pitágoras. Era tocayo suyo e hijo de Eratocles. Como es sabido, se conocen sus estudios sobre gimnástica y su dieta para alimentar a los atletas de entonces a base de carne en lugar de higos secos, y su imputación indebida a Pitágoras, el hijo de Mnemarco.

Se dice que, por la misma época, despertó la admiración en Delos, cuando se acercó al altar llamado incruento, consagrado a Apolo Engendrador, y le tributó honores. Desde allí se dirigió a todos los oráculos. También permaneció en Creta[17] y en Esparta por causa de sus leyes. Se hizo estudio-

[17] También hace referencia PORFIRIO (*Vida* 17) a su estancia en Creta, pero no a su llegada a Delos ni a Esparta.



so e investigador de todas éstas, regresó a casa y se aplicó al estudio de las tareas que se habían quedado abandonadas.

26 Y en primer lugar fundó en la ciudad una escuela, el llamado todavía hoy Hemiciclo de Pitágoras, en el que ahora los samios deliberan sobre asuntos públicos[18], considerando que es necesario que se realice el estudio sobre lo bello, lo justo y lo útil en este lugar, que fundó el que se aplicó al cuidado de todos estos temas.

27 Fuera de la ciudad, apropió una gruta para impartir su filosofía; en ella pasó la mayor parte del día y de la noche, y llevó a cabo el estudio de los temas útiles de las ciencias, discurriendo del mismo modo que Minos[19], el hijo de Zeus. Y tanto se diferenció de los que posteriormente utilizaron sus enseñanzas, que aquéllos se vanagloriaban grandemente de pequeños planteamientos y, en cambio, Pitágoras perfeccionó la ciencia sobre los fenómenos celestes y la definió con demostraciones completas aritméticas y geométricas.

28 6 Mas, con todo, aún hay que admirarlo más por sus últimas realizaciones. En efecto, al tener su filosofía una gran difusión y decidir toda Grecia admirarle, los mejores y más sabios acudieron a Samos por su causa y quisieron participar en su sistema de educación. Promovido por sus conciudadanos a todas las embajadas y obligado a tomar parte en los actos públicos, no sólo comprendió que le resultaba difícil, obediente a las leyes de su patria, permanecer allí y consagrarse a la filosofía, sino también que los que anteriormente se habían dedicado a la filosofía habían pasado su

[18] En parecidos términos se expresa PORFIRIO, *Vida* § 9, en lo referente al Hemiciclo y a la cueva acondicionada *(infra,* § 27).

[19] Cada nueve años, el rey Minos se dirigía a la cueva del monte Ida, en Creta, donde se crió Zeus, a recibir de éste sus leyes. Cf. VALERIO MÁXIMO *(Hechos y dichos memorables* I 2) que, aunque se basa en muchos autores, es una gran fuente de información.

vida en el extranjero; reflexionando todas estas cosas consigo mismo evitó los cargos públicos, también, como algunos aseguran, por echar en cara el poco aprecio por la educación de sus conciudadanos de aquel entonces de Samos, se dirigió a Italia, considerando como su patria el territorio que comprendía un amplio contingente de personas que estaban dispuestas a aprender.

29 Y primeramente, en la muy famosa ciudad de Crotona[20], consiguió muchos seguidores con sus exhortaciones. [Se cuenta que se ganó seiscientos partidarios, que no sólo por su causa se movieron a la filosofía, que él impartía, sino también por lo que se cuenta, que se convirtieron en seguidores del método de vida comunitaria, tal como lo prescribió.

30 Eran éstos los que filosofaban, pero la mayoría eran oyentes, a los que llaman «acusmáticos».][21]. En una sola lección, según dicen, la primera que públicamente pronunció nuestro hombre, nada más pisar Italia, se le adhirieron por sus palabras más de dos mil, siendo ganados con tanta fuerza que ya no regresaron a casa, sino que juntamente con sus hijos y mujeres fundaron un enorme auditorio y poblaron la llamada unánimemente Magna Grecia. De él recibieron leyes y normas, como si se tratara de preceptos divinos, que regían todos sus actos, y se mantuvieron en concordia en toda reunión de condiscípulos, siendo alabados y felicitados por las gentes de su entorno. Consideraron comunes sus pa-

[20] Donde sólidamente, como sede principal, se estableció la secta y donde, con posterioridad, fue aniquilada.

[21] El texto entre corchetes piensa Deubner que está fuera de lugar. Renunciamos a exponer las posibles soluciones, porque aquí no se presenta el original griego. No obstante, por aducir una opinión, tendría sentido el texto si los 600 de que se habla fuera una porción de los 2000 que vienen a continuación, a juicio de E. L. Minar, en *Early Pythgorean Politics in Practice and Theory,* Baltimore, 1942, págs. 29-30.



trimonios, como se ha dicho anteriormente, y catalogaron a Pitágoras en lo sucesivo entre los dioses, como una deidad buena y muy benefactora de la humanidad. Unos lo celebraban como Apolo Pitio, otros como Apolo de los hiperbóreos; otros como Peán, otros incluso como una de las deidades que habitan la luna; unos, en fin, lo estimaban como una divinidad olímpica determinada y otros como otra distinta, [manifestando] que se había aparecido a las gentes de entonces, en figura humana, para ayuda y corrección del genero humano, para obsequiar a la naturaleza mortal con la chispa salvadora de la felicidad y de la filosofía; un bien mayor que éste —donado por los dioses a través de este Pitágoras— ni se ha presentado ni se presentará jamás. Por eso, todavía hoy, el proverbio proclama «la cabellera de Samos» con el más grande respeto[22].

31 Y cuenta también Aristóteles, en sus escritos *Sobre la filosofía pitagórica*[23], que, entre los temas más secretos, fue guardada por los hombres de la secta la siguiente distinción: Dios forma parte del ser vivo racional, también el ser humano, y, por así decirlo, Pitágoras. Y muy razonablemente pensaron que era un ser de tal clase, por cuya mediación se introdujo una concepción recta y acorde con la realidad acerca de los dioses, los héroes, los démones, el universo, el vario movimiento de las esferas y astros, eclipses, declinaciones, anomalías, excentricidades, epiciclos, y acerca de todo lo existente en el universo: cielo, tierra y naturalezas intermedias, visibles e invisibles. Así se introdujo una concepción correcta y acorde con la realidad que no se contradice, en

[22] Los §§ 29-30 se corresponden con el § 20 de la *Vida* de Porfirio. La fuente de inspiración (para ambos, lógicamente) es Nicómaco que, a su vez, se basó en Neantes.

[23] W. D. Ross, *Aristotelis Fragmenta Selecta,* fr. 192, Oxford, 1955).

modo alguno, con ninguna de las evidencias o de las percepciones intelectuales. Se implantaron también entre los griegos las ciencias, tanto las contemplativas como todas las que dependen del conocimiento, que originan realmente la visión del alma y purifican la mente de la ceguera que motivan otras ocupaciones, con la finalidad de poder ver los principios auténticos y las causas de todo, en general.

32 La mejor constitución, la concordia entre los ciudadanos, «las cosas de los amigos son comunes»[24], el culto a los dioses, la piedad con los difuntos, la promulgación de leyes, la educación, la prudencia en el lenguaje, el respeto a los demás seres vivos, la continencia, la templanza, la sagacidad, la práctica divina y todo aquello, por decirlo de una vez, que es ambicionado y ansiado por los amantes del saber tuvo su aparición gracias a él. Con razón, pues, por todo esto, que ahora exponía, admiraban a Pitágoras tan intensamente.

7 33 A continuación, se debe ahora explicar cómo se estableció en el extranjero y entre quiénes habló, en primer lugar, qué palabras pronunció, sobre qué temas y a quiénes las dirigió; pues, de ese modo, se harán comprensibles para nosotros las circunstancias de su actividad y las que tuvieron lugar en la vida de su época. Se dice, en efecto, que, cuando se estableció en Italia y Sicilia, encontró ciudades que estaban sometidas unas a otras, unas durante años y otras recientemente, y, concibiendo una decisión libertadora, a través de sus partidarios en cada una de ellas, las redimió y las hizo libres, en concreto, Crotona, Síbaris, Catania, Regio,

[24] Más adelante (§ 92), repite esta expresión, y exactamente igual su maestro PORFIRIO, *Vida* 33, aunque éste añade, además, «que el amigo era una réplica de uno mismo». También Jámblico alude de nuevo al uso comunitario de bienes y a las relaciones entre pitagóricos en §§ 72, 81 y 168.



Hímera, Acragante, Tauromenio y algunas otras, para las que promulgó leyes, valiéndose de Carondas de Catania y Zaleuco de Locro[25]; mediante tales leyes continuaron por mucho tiempo con una legislación eficacísima, provocando la envidia de las gentes de su entorno.

34 Eliminó de raíz la sedición, la discordia y, sencillamente, la división de opiniones, no sólo entre sus compañeros y sus descendientes por muchas generaciones, según se cuenta, sino también en general entre todas las ciudades de Italia y Sicilia, tanto dentro de ellas mismas como entre unas y otras. Con frecuencia, la siguiente sentencia suya se divulgaba para todos en cualquier lugar, tanto para muchos como para pocos, semejante al oráculo de un dios que se hubiera obtenido mediante consulta, como si fuera una especie de resumen y recapitulación de sus opiniones [el siguiente apotegma][26]: «Hay que desterrar y cercenar con cualquier medio, con el fuego, con la espada y con todos los recursos posibles la enfermedad del cuerpo, la ignorancia del alma, el despilfarro del vientre, la sedición de la ciudad, la discordia del hogar y, en general, la desmesura de todo»[27]; por medio de

[25] La constitución para la ciudad de Locro, redactada por Zaleuco, se promulgó hacia el año 663 a. C.; sobre la figura de este legislador hay una gran incertidumbre y una carencia casi total de datos fidedignos. En cuanto a Carondas, algunos lo creen discípulo de Zaleuco (ARISTÓTELES, *Política* 1274a29) o, incluso, del propio Pitágoras (DIÓGENES LAERCIO, VIII 16); sus leyes fueron utilizadas en Regio antes de la tiranía de Anaxilao (494-476). Cf., en parecidos términos, el correspondiente pasaje de PORFIRIO (§ 21), donde se relata este hecho. Para un estudio más detallado de estos dos legisladores, véase la obra de J. J. TORRES RUIZ, *Legisladores de la Magna Grecia*, Universidad de Granada, 1976.

[26] El texto entre corchetes es expletivo. Siempre nos referimos a la edición de DEUBNER-KLEIN.

[27] Cf. H. THESLEFF, «The Pythagorean Texts of the Hellenistic Period, *Acta Academiae Aboensis*, Abo, 1965, págs. 114,18-115, 1.

esto, con muchísimo afecto, le recordaba a cada uno sus preceptos más valiosos.

35 Así, pues, era su modo común de vida, en aquella época, en sus palabras y en sus hechos.

8 Pero si hay que recordar particularmente lo que hizo y dijo, hay que decir que llegó a Italia en la sexagésima segunda olimpiada, en la que obtuvo la victoria en el estadio Erixias de Calcis, e inmediatamente se hizo famoso y se agolpaban a su alrededor con admiración, como anteriormente, cuando viajó a Delos. En efecto, allí con sólo acercarse a orar al altar de Apolo Progenitor, que es el único incruento, recibió la admiración de los isleños.

36 Y por aquel tiempo, cuando caminaba de Síbaris a Crotona, se encontró en la costa con unos pescadores, que arrastraban del fondo del mar una red ya cargada, y les dijo conocer la cantidad que portaba, precisándoles el número de peces. Y los hombres estaban decididos a hacer lo que les pidiera, si acertaba; entonces les ordenó que dejaran los peces vivos hasta que los contaran exactamente. Lo más asombroso fue que ninguno de los peces que se habían quedado fuera del agua durante el recuento pereció, al menos mientras él estuvo presente[28]. Después de pagar a los pescadores por los peces, se marchó a Crotona, y aquéllos difundieron lo sucedido y, cuando supieron su nombre por unos muchachos, lo divulgaron a toda la gente. Y los que lo oyeron desearon ver al forastero, cosa que ciertamente no les ofreció dificultad, pues uno se podía quedar estupefacto, si miraba su rostro, y suponer su verdadera naturaleza.

37 A los pocos días entró en un gimnasio. Los muchachos se agolparon a su alrededor y se cuenta que les dirigió unas

[28] Este episodio de los peces aparece también en PORFIRIO *(Vida* 25), en parecidos términos.



palabras[29], por las cuales los invitaba a expresar su respeto a los mayores, manifestando que en el universo, en la vida, en las ciudades y en la naturaleza es más estimado lo que precede en el tiempo que lo que sigue, como, por ejemplo, lo es más el levante que el poniente, el amanecer más que el atardecer, el principio más que el fin, la creación más que la destrucción y, de un modo semejante también, los autóctonos más que los foráneos, y, a su vez, los dirigentes en las colonias y los fundadores en las ciudades y, en general, los dioses más que los démones, y éstos más que los semidioses, y los héroes más que los hombres, y entre éstos son más estimados los progenitores que los descendientes.

38 Dijo esto para inducirlos a un aprecio mayor de sus padres que de sí mismos. Les aseguró que les debían un agradecimiento tan grande como sería el de que, una vez muertos, tendrían que pagar al que fuera capaz de traerlos a la luz. En consecuencia, era justo que amaran, más que a todos, a sus primeros y mayores benefactores, y que jamás los hicieran sufrir. Sólo nuestros padres nos preceden por los beneficios que reporta el nacimiento, y de todos los éxitos que consiguen los hijos son responsables los progenitores, que nos hacen un gran beneficio, cuando muestran que no es posible pecar contra los dioses. Pues también es natural que los dioses puedan perdonar a los que honran a sus padres por encima de todo, porque igualmente, el honrar a la divinidad lo hemos aprendido de ellos.

39 Por lo cual también Homero ensalzó con idéntica denominación al rey de los dioses, al llamarle «padre de los de

[29] Estas palabras corresponden a discursos tardíos; por su estructura, en torno al siglo IV a.C.: véase, al respecto, H. THESLEFF, *An introduction to the Pythagorean Writtings of the Hellenistic Period.* Acta academiae Aboensis, 1961, pág. 107, y C. DE VOGEL, *Pythagoras and Early Pythagoreanism,* Assen, 1966, cap. 6.

los dioses y de los mortales»[30], y muchos otros mitógrafos han referido que los soberanos divinos disputaban por apropiarse el afecto de los hijos, que era compartido, en cuanto correspondía a la existencia de una pareja de padres y, por este motivo, desempeñaban al mismo tiempo el papel de padre y de madre: uno engendró a Atenea y la otra a Hefesto, con una naturaleza distinta a la suya propia, a fin de participar en un afecto más distante de ellos.

40 Y estando de acuerdo todos los presentes en que el juicio de los inmortales era el más sólido, declaró a los crotoniatas, por el hecho de que Heracles era el héroe patrio de los colonizadores[31], que era necesario obedecer de buen grado los preceptos de nuestros progenitores y que sabían por tradición que la misma divinidad, que obedecía a otra mucho mayor, había afrontado penosos trabajos y había fundado en honor de su padre el certamen olímpico victorioso como celebración victoriosa de sus gestas[32]. Manifestó también que, en sus relaciones mutuas, podían conseguir de ese modo que jamás hicieran enemigos a sus amigos, y, a su vez, convirtieran lo más rápidamente posible en amigos a sus enemigos, y ejercitaran, con la cortesía con sus mayores,

[30] En *Il.* IV 68 *et passim.*

[31] De hecho, lo era también de otras ciudades del sur de Italia, que visitó el héroe cuando conducía los bueyes de Gerión a través de Italia al Peloponeso, en su décimo trabajo. Véase HESÍODO, *Teogonía* 979-983 y DIODORO SÍCULO, IV 17 y sigs.

[32] Al parecer (según numerosos poetas y mitógrafos), el fundador del certamen olímpico fue realmente Pélope, hijo de Tántalo y protegido de Posidón, que contendió con Enomao, rey de Pisa, en una carrera de carros, para conseguir como premio la mano de Hipodamía, la hija del rey, y en recuerdo de esta victoria instituyó el certamen. Según otra leyenda, de la que aquí se hace eco Jámblico, el fundador de los juegos, por su victoria sobre Augias, rey de Élide, fue Heracles «como celebración victoriosa de sus gestas».



el afecto a sus padres, y, por el respeto humano a los demás, la concordia con los hermanos.

41 A continuación, habló sobre la templanza, asegurando que la edad de los muchachos representaba una prueba de la naturaleza, por ser la época en que poseen los deseos más intensos. Después, indujo a reflexionar [dignamente][33], porque al niño, a la muchacha, a la mujer y a los ancianos conviene aspirar únicamente a esta virtud, y en especial a los jóvenes. Y manifestaba incluso que era la única que compendiaba los bienes del cuerpo y del alma, porque preservaba la salud y el deseo por las más valiosas ocupaciones.

42 Pero se evidenciaba también por una situación contrapuesta. En efecto, tanto los bárbaros como los griegos, cuando se enfrentaron en torno a Troya, cayeron en las más terribles desgracias por la intemperancia de uno solo[34], unos en la guerra, otros a su regreso por mar, y sólo por ⟨esta⟩[35] injusticia aplicó la divinidad el castigo, por un decenio y un milenio más, cuando vaticinó la toma de Troya y el envío de las doncellas por los locrios al templo de Atenea troyana[36]. Invitaba también a los jóvenes a recibir educación, incitándoles a considerar que sería raro juzgar la mente como lo más efectivo de todo y con ésta reflexionar sobre lo demás, y a no consumir tiempo alguno ni esfuerzo en ejercitarla, y en esto se asemeja el cuidado del cuerpo a los malos ami-

[33] Lo suprime Küster.

[34] No es exactamente, con esta condena moral, como concibe el neoplatonismo y el neopitagorismo el tema de la Guerra de Troya. Véase F. BUFFIERE, *Les mythes d'Homère et la pensée grecque,* pág. 393 y sigs., donde la problemática de las almas prima sobre el mundo de los dioses, en medio de un simbolismo, con Homero como teólogo, y de una superación del mundo sensible por la aspiración al mundo de las ideas.

[35] Añadido por Corsen.

[36] Cf. C. ROBERT, *Griechischen Heldensage,* Berlín, 1920-1926 , pág. 1269 y sigs.

gos, en que rápidamente se pierde, mientras que la educación permanece hasta la muerte, como los hombres de buena condición; para algunos, en cambio, incluso después de la muerte, se conserva como fama imperecedera.

43 Y otras cosas por el estilo instituyó, unas recogidas de historias y otras de preceptos, proclamando que la educación es una buena disposición común a los que destacan en cada generación. Estos hallazgos suyos, en efecto, han supuesto la formación para los demás. Y esto es tan importante por naturaleza que, entre las cosas que son elogiadas, unas no es posible transferirlas, como, por ejemplo, la fuerza, la belleza, la salud, el valor; en cambio, el que entrega otras ya no las posee, como, por ejemplo, la riqueza, los cargos públicos y otras muchas que omitimos. La educación, sin embargo, se puede traspasar y el que la otorga nada pierde.

44 De modo semejante, algunas cosas no están a disposición de los hombres para su adquisición, pero reciben la educación y la aceptan de acuerdo con su particular preferencia. Después, de esta forma, cuando uno se dedica a las tareas de la patria, se hace notorio no por su desvergüenza, sino por la formación recibida. Pues casi por una formación recibida difieren los hombres de las bestias, los griegos de los bárbaros, los hombres libres de los siervos, los filósofos de los hombres corrientes, y en general poseen una supremacía tan grande, que hombres que corran más rápidos que otros en Olimpia, de una sola de sus ciudades, se encuentran siete[37]; en cambio, que sobresalgan por su sabiduría, en todo el orbe habitado, solamente se cuentan siete. Y en el tiempo en que vivió fue el único que superó a todos en la

[37] Curiosamente, refiere ESTRABÓN (III 262) que en una carrera olímpica los siete primeros corredores del estadio eran todos de Crotona.



filosofía. Y, en efecto, este nombre de filósofo se lo dio a sí mismo, en lugar de sabio.

Estos temas de conversación mantuvo con los jóvenes en el gimnasio. 45

Pues bien, cuando los jóvenes comunicaron a sus padres lo que había dicho, los Mil[38] llamaron a Pitágoras a la sede del gobierno y, alabándolo por las palabras que había dirigido a sus hijos, le pidieron que, si tenía algo útil que decir a los crotoniatas, lo manifestara a los que estaban al frente del gobierno. Entonces él les aconsejó, en primer lugar, que fundaran un santuario en honor de las Musas, para conservar la concordia existente. Pues todas estas deidades tienen también la misma advocación, por tradición forman un conjunto entre sí, se alegran especialmente por los honores comunes y, en general, el coro de las Musas es uno solo y el mismo, pero incluso comprende el consenso, la armonía, el ritmo y todo lo que predispone a la concordia. Mostraba el poder de las Musas no sólo para aplicarse a las más bellas reflexiones, sino también para la concordia y armonía de los seres. 9

A continuación les indicó que debían considerar que tenían su patria como un depósito dejado por la mayoría de sus conciudadanos. En efecto, debían administrarla de tal modo que crearan una confianza que se transmitiera a sus descendientes. Y que esto resultaría más seguro, si eran ecuánimes con todos los ciudadanos y prestaban su atención solamente a lo justo, porque todos los hombres, sabedores de que toda comarca precisa de la justicia, crearon el mito de que la misma posición puede ocupar Temis junto a Zeus, Dike junto a Plutón y la ley en las ciudades, para que, el que 46

[38] Poco se sabe de este consejo de gobierno de Crotona. No menciona Porfirio este órgano; habla, en cambio, del «consejo de ancianos», *Vida* § 18.

no obrara en justicia en aquello que se ordenara, se manifestara al mismo tiempo como delincuente del universo entero.

47 Pero convenía que los miembros del consejo no abusaran de dios alguno para realizar un juramento, sino que emplearan unas fórmulas tales, que incluso sin juramentos inspiraran confianza y organizaran su propia casa de tal modo que fuera posible compaginar su ocupación pública con la actividad privada. Y que mantuvieran una actitud digna ante sus descendientes, por ser los únicos entres los seres vivos que han obtenido la percepción de esta actitud y que se relacionaran ante la esposa, partícipe de su vida, en la idea de que, si los pactos con los demás se consignan en tablillas y estelas, los que se conciertan con las esposas se refrendan en los hijos. E intentaran ser amados por sus descendientes no por los vínculos naturales, de los que no eran responsables, sino por su libre elección, puesto que este beneficio era voluntario.

48 Y que ellos se esforzaran, por su parte, por tener contacto únicamente con sus mujeres, y que éstas, a su vez, no engendraran hijos bastardos por el desprecio o la perversidad de sus esposos. Además, que, al tomar un varón esposa del hogar con libaciones, considerara que se la llevaba ante sí como a una suplicante ante los dioses; también que, por su posición y prudencia, fuera un ejemplo para los de la casa que gobernaba y para sus conciudadanos. Debían procurar que ninguno cometiera delito alguno, en la idea de que no se sustrajeran al delito sólo por temor al castigo legal, sino que tendieran hacia la justicia por respeto a la nobleza de su manera de ser.

49 Y animaba a rechazar la pereza en sus actuaciones, porque no había más bien que la oportunidad en cada acción. Y precisaba que la mayor de las injusticias era separar entre sí a los hijos y a los padres. Debían considerar que el mejor era aquel que tenía capacidad por sí de prever lo conveniente, y el segundo en calidad el que, por lo acaecido a otros, consideraba la utilidad, y el peor, aquel que se demora, hasta experimentar un sufrimiento, para darse cuenta de lo que es mejor. Afirmaba también que los que quieren prosperar no se equivocan si imitan a los que son coronados en las carreras, pues no causan daño a los que son sus rivales; simplemente, desean obtener la victoria. Y convenía a los que se dedican a la política no desagradar a sus oponentes, sino ser útiles a sus oyentes. Animaba al que aspiraba a un auténtico renombre a ser tal como quisiera mostrarse a los demás. Pues el consejo no es una cosa tan sagrada como el elogio, ya que el uso del primero pertenece exclusivamente a los hombres, y el del segundo es más propio de los dioses.

50 Después se dirigió a todos de esta forma: «Vuestra ciudad fue fundada, como dicen, por Heracles[39], cuando, injuriado por Lacinio[40], condujo los bueyes a través de Italia, y dio muerte a Crotón, que acudía en su ayuda, durante la noche, por desconocimiento, al creer que se trataba de un enemigo y, después de ello, anunció ante su tumba que se fundaría una ciudad con su nombre, si él llegaba a conseguir la inmortalidad». De manera que añadió: «Por el favor del be-



[39] Propiamente, según Diod. Síc., IV 24, 7, Heracles prometió la fundación de la ciudad que se llevó a cabo por medio de Miscelo, un aqueo de la ciudad de Ripes, a quien el dios Apolo dio la orden, mediante un oráculo, de hacerlo, aunque Jámblico aquí da por fundador a Heracles y el motivo de la fundación es la expiación por la muerte que dio, inadvertidamente, a Crotón.

[40] Héroe epónimo del cabo Lacinio (distante 150 estadios de la ciudad de Crotona, según Estrabón, III 262) que intentó robar los bueyes a Heracles cuando éste era agasajado por Crotón, el héroe mítico, en recuerdo del cual se fundó la ciudad, según se explica.

neficio concedido conviene que ejerzáis un gobierno con justicia». Ellos lo escucharon y fundaron un templo en honor de las Musas y expulsaron a las concubinas que habitualmente tenían y le pidieron que diera charlas por separado: a sus hijos, en el templo de Apolo Pitio; a sus esposas, en el templo de Hera.

10 51 Dicen que, una vez persuadido, imbuyó a los muchachos tales recomendaciones: que no iniciaran una injuria ni se defendieran de los que los injuriaran. Y les animó a esforzarse por recibir la educación que correspondía a su edad. Sostenía que un buen muchacho estaba mejor dotado para mantener, durante toda la vida, un buen carácter, pero al que no estaba bien dotado en esta edad se le hacía difícil. Mejor dicho, resultaba imposible encaminarse desde un mal comienzo a un final feliz. Además de esto, manifestó que los muchachos eran los preferidos de los dioses, y por este motivo afirmó que, en las épocas de sequía, eran enviados por las ciudades a pedir agua a los dioses, por entender que la divinidad escuchaba especialmente a aquéllos y que eran los únicos, por mantenerse completamente puros, que tenían permiso para pasar su tiempo en los templos.

52 Por este motivo también todos pintaron y representaron a los dioses más propicios a los hombres, Apolo, Eros, con la edad de unos niños. También es conocido que ⟨algunos⟩[41] juegos en los que se corona al vencedor se instituyeron por motivo de niños: los juegos píticos porque Pitón[42] fue vencido por un niño; los juegos de Nemea y los ístmicos se celebraron también por un niño, por la muerte de Arquémo-

[41] Añadido por Küster.

[42] Según la tradición, Apolo dio muerte al monstruo Pitón cuando todavía era un niño; algunas fuentes aseguran que a los tres días de su nacimiento.



ro[43] y de Melicertes[44]. Y aparte de lo que se ha dicho, en la fundación de la ciudad de Crotona, Apolo anunció al jefe de la fundación que tendría descendencia, si llevaba una colonia a Italia.

53 Como consecuencia de esto, era necesario comprender que Apolo, por una parte, asumía la previsión de su descendencia y, por otra, todos los dioses, el desarrollo de los muchachos. Debían ser dignos del afecto de aquéllos y ejercitarse en escuchar, a fin de poder hablar, pero partiendo ya sin demora por la senda que van a transitar hasta la vejez, debían seguir a los que se han ido y no replicar cosa alguna a los mayores. En efecto, de este modo pretenderían después, probablemente, que los jóvenes no se les enfrentaran. A causa de las recomendaciones se reconoce que nadie pronunció su nombre, sino que todos lo llamaban «divino».

54 11 Se dice que, acerca de los sacrificios, reveló a las mujeres en primer lugar que dado que otra persona iba a efectuar las súplicas por ellas, aspiraran a que aquél fuera una perso-

[43] En su marcha hacia Tebas, los Siete, a su paso por Nemea, pidieron a Hipsípila, esclava que tenía a su cargo la custodia de Ofeltes, hijo de Licurgo, rey de Nemea, que les mostrara una fuente para saciar su sed. La esclava dejó por un momento al niño en el suelo (un oráculo había ordenado no depositar nunca al niño en tierra hasta que pudiese andar), junto a la fuente, a la que había llevado a los Siete. La serpiente que guardaba la fuente se precipitó sobre el niño y lo ahogó. Anfiarao, el adivino de la expedición contra Tebas, interpretó el hecho como un mal presagio, vaticinando que la campaña sería un fracaso. No obstante, en honor de Ofeltes, instituyeron unos juegos que, con el tiempo, serían los Juegos de Nemea. Ofeltes pasó a llamarse Arquémoro («el comienzo del destino»).

[44] Fue hijo de Atamante e Ino. Sus padres enloquecieron y le dieron muerte arrojándolo a un caldero de agua hirviendo. Según unos fue el padre; según otros, la madre, que cuando se dio cuenta se suicidó arrojándose al Istmo de Corinto. Un delfín llevó el cuerpo del niño a la costa, donde Sísifo, rey de Corinto y hermano de Atamante, le dio sepultura.

na de bien, por entender que los dioses atienden a estas personas, y que, de este modo, prestaran mucha atención a la buena compostura, a fin de tenerlos bien dispuestos a atender sus súplicas. En segundo lugar, que lo que iban a ofrendar a los dioses lo elaboraran con sus manos y lo llevaran a los altares sin ayuda de sirvientes, como, por ejemplo, tortas, pasteles de cebada, miel e incienso, pero que no tributaran honores a la divinidad con sacrificios y matanzas y que, en una sola ocasión, no hicieran un gran gasto, como si ya no se fueran a acercar jamás al altar. En sus relaciones con los maridos, les pedía que tuvieran en cuenta que comúnmente los padres, en consideración a la condición femenina, les habían concedido amar más a los que estaban casados con ellas que a los que las habían engendrado. Por ello, era correcto no oponerse a sus esposos, o bien estimar entonces que ellas dominaban, cada vez que los maridos las sometían.

55 Incluso proclamó en la reunión —lo que se hizo célebre— que, en el mismo día en que cohabitaran con su marido, era lícito, por la ley divina, que se acercaran a los templos, pero jamás si la relación no era lícita. También anunció que a lo largo de toda su vida fueran discretas en sus palabras y que cuidaran de que los otros, cuantas veces hablaran sobre ellas, también lo fueran y no perdieran la fama adquirida y no refutaran a los mitógrafos que tienen en cuenta la justicia de la mujer por el hecho de ceder vestidos y adornos, cuando alguien los necesita, sin testigos, sin que surjan pleitos ni controversias por ese reconocimiento de confianza. Así crearon el mito de las tres mujeres que usaban un solo ojo a causa de una afable cooperación[45]. Si se trasladara este hecho a

[45] Se trata de las Grayas, las «Ancianas», que jamás fueron jóvenes. Nacieron ya viejas y sus padres fueron Forcis y Geto. Sus nombres son Enio, Pefredo y Dino. Son hermanas de las tres Gorgonas y participan también en el mito de Perseo. Tenían un solo ojo y un solo diente para las



los varones, a saber, que el que ha tomado antes alguna cosa la ceda de buen grado, con una disposición incluso a repartir las cosas propias, nadie se lo creería, porque no es propio de su naturaleza.

56 Pero incluso Pitágoras, que es llamado el más sabio de todos, que había modulado la voz de los hombres, y que, sobre todo, llegó a ser el inventor de los nombres, bien se trate de un dios, de un demon, o ya de un ser humano de carácter divino, en el convencimiento de que el género femenino es el que más propende a la piedad, asignó a cada edad suya la denominación de una divinidad: a la soltera llamó «kore»; a la que se daba en matrimonio, «ninfa»; a la que había dado a luz hijos, «mater» y a la que había tenido un nieto, en dialecto dorio, «maia». En consonancia con esto está el hecho de que los oráculos de Dodona y Delfos se daban a conocer por medio de una mujer. A raíz de sus elogios a la piedad, es tradición que se estableció, en razón a la sencillez, un cambio tan grande en el modo de vestir, que ninguna se atrevió a ponerse lujosos vestidos, sino que todas depositaron en el templo de Hera un sinnúmero de vestidos.

57 Se dice también que propagó lo siguiente: por el territorio de Crotona se difundió de boca en boca la virtud de un varón para con su esposa, la de Ulises cuando no aceptó de Calipso la inmortalidad, a cambio de abandonar a Penélope, y, en consecuencia, se reservaba a las esposas el demostrar la nobleza de su conducta para con sus maridos, a fin de merecer idéntica alabanza. Simplemente, se recuerda que por las conversaciones mencionadas se originó una enorme consideración y respeto por Pitágogas y no sólo en la ciudad de Crotona, sino también, a través de esta ciudad, en Italia.

tres, que se prestaban por turno, de ahí la «afable cooperación». Véase Hesíodo, *Teog.* 270 y sigs. y Esquilo, *Promet.* 794 y sigs.

12 58 Se dice que Pitágoras fue el primero en darse a sí mismo la denominación de filósofo[46], no por el hecho de hacer únicamente uso de un nombre nuevo, sino también por dar a conocer útilmente un tema apropiado. Pues, dijo, el acceso de los hombres a la vida se asemeja a la multitud que acude a las grandes concentraciones porque, al frecuentarlas hombres de todas clases, cada uno acude a ellas por una necesidad distinta (uno se apresura con su cargamento para comerciar y obtener unos beneficios, otro llega, en busca de la fama, para demostrar su fuerza física; hay también una persona, de una tercera categoría, ciertamente más liberal, que se presenta a esas reuniones para contemplar el paisaje y las bellas realizaciones, esto es, por la calidad de las obras o palabras, que suelen darse en estas concentraciones solemnes). En consecuencia pues, así también, en la vida, se congregan hombres de todas clases en un mismo lugar con sus inquietudes. En efecto, domina a unos el deseo de riquezas y lujo, y a otros, el ansia del mando y poder y las ambiciones obsesivas por la gloria. Pero el modo más auténtico de hombre es el que acepta la contemplación de lo más bello, al que otorgamos la denominación de filósofo.

59 Pues bien, bella era la observación de todo el firmamento y del curso de sus astros, si se contempla su orden. Sin embargo, se produce por la participación en lo primario y en lo inteligible de tal modo: lo primario es la naturaleza de los números y de las proporciones —que se extiende a través de

[46] Véase M. Dixsaut, «La tradition sur l'origine des termes φιλοσοφία, φιλόσοφος et les occurrences pré-platoniciennes», art. perteneciente a la obra *Le naturel philosophe. Essai sur les Dialogues de Platon*. Les Belles Lettres et Vrin, 1985, págs. 365-369. Se puede ver una relación de estos términos que la tradición atribuye a Pitágoras. Dentro de la propia antigüedad clásica, cf. Dióg. Laerc., I 12 y VIII 8.



todas las cosas— con arreglo a las cuales todas estas cosas están establecidas cuidadosamente y ordenadas convenientemente, y la sabiduría es realmente una especie de conocimiento que se ocupa de las cosas bellas, primarias, divinas y puras que siempre se mantienen en sí de la misma manera, por cuya participación también las demás cosas pueden llamarse bellas. Y la filosofía es el deseo de tal contemplación. Por consiguiente, también la inquietud por la educación era bella al propender por medio de Pitágoras al enderezamiento de los hombres.

60 13 Pero también, si hay que creer a importantes historiadores suyos, antiguos y, a la vez, dignos de crédito, Pitágoras había conseguido en sus palabras el poder de relajar tensiones y de aconsejar hasta en los animales irracionales, demostrando con ello, que, por la enseñanza que se recibe, todos se convierten en seres racionales, lo que es de aplicación para los que se consideran indómitos e irracionales. En efecto, según dicen, retuvo a la osa de Daunia[47], que causaba grandes estragos a los lugareños, la acarició durante mucho tiempo, le dio de comer torta de cebada y frutos secos y la soltó, tras haberla comprometido bajo juramento a no tocar ya un ser vivo. Se retiró inmediatamente a los montes y a los encinares y, desde entonces, ya no se la vio atacar ni siquiera a un ser irracional.

61 En Tarento vio un buey, en un prado de variadas hierbas, que había agarrado unas matas de habas y, acercándose al boyero le recomendó que le dijera al buey que se abstuviera de las habas. El pastor se chanceó de él por lo de «di-

[47] Ciudad de Sicilia, en la ladera del Etna. Vuelve aquí Jámblico a coincidir con su maestro Porfirio *(Vida* 23-24), en parecidos términos, en la atribución de estos hechos prodigiosos de la osa y del buey de Tarento.

jera» y le indicó que no sabía decirlo en la lengua de los bueyes, pero que si él sabía, su recomendación resultaba inútil; que él debía aconsejar al buey. Se acercó, pues, él mismo y durante un gran rato susurró al toro al oído, y entonces no sólo lo apartó de buen grado, sin problemas, de las habas, sino que dicen que nunca más, en modo alguno, aquel buey probó las habas y que por muchísimo tiempo permaneció en avanzada edad por el templo de Hera, en Tarento, y todos lo llamaban «el buey sagrado de Pitágoras», alimentado con la comida que le ofrecía la gente que se lo encontraba.

62 Mientras conversaba casualmente, en unas olimpiadas, con sus discípulos sobre los augurios de las aves, los presagios y las señales celestes, pues algunas son también en sí mensajes para aquellos hombres que realmente son gratos a los dioses, se dice que un águila, que sobrevolaba el lugar, descendió a donde estaban y, tras acariciarla, la dejó ir de nuevo[48]. Por estos y parecidos hechos, demostró que tenía el dominio de Orfeo sobre las fieras, al hechizarlas y dominarlas con el poder de su voz.

14 63 Con todo, de su preocupación por los hombres hizo su principalísimo comienzo, que debían asumir también los que iban a aprender la verdad sobre otros temas. En efecto, de un modo muy evidente y claro, recordaba, a la mayoría de los que con él se encontraban, la vida anterior, que su alma había vivido entonces, en otro tiempo, antes de vincularse al cuerpo actual y demostraba, con testimonios irrefutables, que había sido Euforbo, el hijo de Pántoo, y debelador de Patroclo, y especialmente de los versos de Homero celebraba, entonaba armoniosamente al son de la lira y a menudo declamaba los siguientes, los del epitafio de Euforbo:

*Se mancharon de sangre sus cabellos, semejantes a los de [las Gracias*
*y sus rizos, entrelazados con oro y plata.*
*Y cual frondoso plantón de olivo cuida un hombre,*
*en un lugar solitario, donde brota el agua en abundancia,*
*crece hermoso, y lo sacuden corrientes*
*de toda clase de vientos, y se cubre de flores blancas,*
*pero de repente se presenta un viento acompañado de una [gran tormenta,*
*lo arranca de su hoyo y lo tiende por tierra.*
*Así al hijo de Pántoo, Euforbo, de buena lanza de fresno,*
*el Atrida Menelao, después que le dio muerte, lo despojó de [su armadura.*

Pues lo que se cuenta sobre el escudo de este frigio Euforbo ⟨expuesto⟩[49] en Micenas, juntamente con los despojos troyanos en honor de la argiva Hera, lo omitimos por considerarlo muy popular[50]. Pero lo que queremos mostrar por medio de todos estos testimonios es el hecho de que él mismo conocía sus anteriores vidas y empezó, a partir de ahí, en atención a los demás, a traerles a la memoria la vida que anteriormente habían tenido.

[48] También este episodio del águila nos lo ofrece PORFIRIO (*Vida* 25).

[49] Añadido por Ritterhus, basándose en PORFIRIO (*Vida* 27). Según DIODORO, X 6, 2, el escudo lo reconoció Pitágoras en Argos.

[50] Desde casi el comienzo del parágrafo («recordaba, a la mayoría»...) hasta este punto, incluyendo los versos de Homero, coincide con Porfirio (*Vida* 26-27). Vuelve, no obstante, Porfirio, más adelante (§ 45), a repetir que Pitágoras había sido Euforbo, pero añade *(ibidem)* otras reencarnaciones, antes de ser Pitágoras, que no menciona Jámblico, a saber, Etálides, Hermótimo y Pirro.

15 64 Considerando que el cuidado que se ejerce sobre los hombres se inicia a través de la percepción sensible (si se contemplan esquemas y bellas apariencias, y se pueden escuchar bellos ritmos y melodías), estableció como primordial la educación artística recibida a través de ciertas melodías y ritmos, y a partir de éstos se producían las curaciones de las actitudes y pasiones humanas, y se restituían las armonías originales de las potencias del alma. El control y curación de las enfermedades, tanto de las que afectan al cuerpo como de las que afectan al alma, fueron también concepciones suyas. Y, por Zeus, lo que, por encima de todo, es especialmente notable: prescribió y estableció para sus discípulos las llamadas adaptaciones y terapias, ideando de manera divina combinaciones de ciertos sones diatónicos, cromáticos y armónicos, por medio de los cuales fácilmente orientaba y reconducía a una situación contrapuesta las pasiones del alma, que recientemente habían aparecido y desarrollado entre ellos de un modo inconsciente, a saber, aflicciones, arrebatos de cólera, compasiones, envidias extrañas, temores, deseos de todo tipo, ambiciones, apetitos, orgullos, debilidades y violencias. Por medio de melodías apropiadas enderezaba hacia la virtud cada una de estas afecciones, como si se tratara de una combinación de remedios salvadores.

65 Y cuando al anochecer sus discípulos se encaminaban a dormir, los apartaba de los ajetreos y alborotos diarios, purificaba su mente del desorden en que estaba envuelta y les proporcionaba sueños apacibles, tranquilos e incluso proféticos. A su vez, al levantarse del lecho, los liberaba del sueño pesado, de la modorra y de la pereza por medio de algunos modos específicos de cantos y melodías interpretados con una ejecución simple, valiéndose de la lira y de la voz. Ya no adaptaba o se proporcionaba para sí mismo tal solución de la misma manera, por medio de instrumentos o incluso de la voz, sino que, valiéndose de un carisma divino indecible e impensable, aplicaba sus oídos y ajustaba su mente a las sublimes sinfonías del universo, escuchando él solo y comprendiendo, según se manifestaba, la universal armonía y consonancia de las esferas y de los astros que se mueven entre ellas; armonía que produce una especie de melodía mucho más profusa y abundante que las humanas, a causa del movimiento y de su órbita, muy rítmica y, a la vez, de una perfección muy bella y variopinta, porque se compone de sones disímiles y diferenciados por su gran variedad, velocidad, tamaño y posición, situados entre sí en una proporción muy armoniosa.



66 Como rociado por esta melodía y bien ordenado mentalmente y, por así decir, ejercitado físicamente, ideó ofrecer a sus discípulos algunas imágenes de estos temas, en la medida de lo posible, imitándolas con ayuda de instrumentos y, simplemente, de la voz. Pues creía que era el único en sí, entre todos los seres de la tierra, que podía comprender y escuchar los sonidos cósmicos, y por su misma fuente y raíz natural, se consideraba a sí mismo digno de aprender, investigar e igualarse, por su aspiración y facultad mimética, a los seres celestiales, como si afortunadamente él solo hubiera sido dotado para ello por la divinidad que lo engendró. Y sostenía que los demás hombres, a la vista de su persona y de los beneficios que de él habían recibido, debían de estar satisfechos por su ayuda y enmendarles por medio de imágenes y consejos, al no poder ellos apropiarse realmente de los modelos primarios y genuinos.

67 Del mismo modo, ciertamente, se hace con aquellos a los que no les es posible fijar la vista continuamente en el sol a causa de la intensidad lumínica de sus rayos: discurrimos mostrarles los eclipses en aguas profundas o bien tam-

bién a través de pez fundido o de un espejo ennegrecido, en atención a la debilidad de su vista, e ideando una alternativa de percepción para los que desean tal cosa, aunque sea demasiado floja. Parece también que Empédocles se expresó enigmáticamente sobre Pitágoras y sobre su constitución corpórea, extraordinaria y donada por los dioses, que superaba a los demás, cuando dice:

*Había entre ellos un varón, poseedor de sólidos conoci-*
*[mientos,*
*que había adquirido una enorme riqueza de inteligencia,*
*señor de toda clase de obras, especialmente de las sensatas,*
*pues cada vez que se aplicaba con toda su inteligencia,*
*fácilmente, por supuesto, dilucidaba cada tema del universo,*
*en diez o en veinte generaciones humanas*[51].

En efecto, las expresiones «extraordinario», «dilucidaba cada tema del universo» y «riqueza de inteligencia» y otras de parecida índole son propias, particularmente, de una personalidad extraordinaria y muy competente, con relación a los demás, en visión, en percepción auditiva y en pensamiento.

16 68 Pues bien, éste es el perfeccionamiento de las almas que llevó a cabo a través de la música. Y otro tipo de purificación de la mente, y por igual de toda el alma, practicó por medio de toda clase de ejercicios, del modo siguiente. Creía que se debía comenzar naturalmente por el esfuerzo de los aprendizajes y los ejercicios e instituir, para todos aquellos

[51] Fragmento 31 B 29 de DIELS-KRANZ *(Die Fragmente der Vorsokratiker,* Berlín, 1954). Este mismo fragmento lo presenta PORFIRIO *(Vida* 30), pero el verso, que aquí figura en tercera posición, en el maestro de Jámblico figura en segundo lugar. Diels, sin embargo, dudó que este fragmento fuera auténtico, no así Kranz, que fue el que reeditó varias veces la obra, a partir de 1934, con adiciones.



que instintivamente cometieran desenfrenos y avaricias, pruebas severas, castigos de todo tipo y reprensiones que se ejercieran con el fuego o la espada, que no pudiera aguantar ni resistir ninguna persona de mala condición. Además de esto, enseñó [entre][52] sus discípulos la abstinencia de todos los seres vivos e incluso de determinados alimentos, que imposibilitaban la lucidez y claridad mental; la continencia verbal y el silencio total, que se ejercitaba por muchos años por el dominio de la lengua, y la continua e incesante investigación y reasunción de los temas más difíciles de comprender.

Y por los mismos motivos, también aleccionó sobre la abstinencia del vino, la sobriedad en los alimentos, la parvedad en el sueño, y sobre el natural desprecio y repudio de la fama, de la riqueza y de otros temas semejantes, y también sobre el respeto sincero para con los que nos han precedido, una igualdad sin reparos y benevolencia con nuestros coetáneos, y una atención e incitación hacia los más jóvenes exentas de envidia. Igualmente, sobre la amistad de todos para con todos: de dioses para los hombres a través de la piedad y la sabia veneración; de las creencias entre sí; en general, del alma con el cuerpo; de lo racional hacia ⟨los modos de⟩[53] lo irracional a través de la filosofía y de su contemplación; de los hombres entre sí, esto es, de los ciudadanos por medio de una norma saludable, por un lado, y, por otro, de los miembros de distintas comunidades por medio de una concepción natural correcta. Además, del esposo para con la esposa o para con los hermanos y parientes por medio de una concordia justa y, en concreto, de todos para todos y, además, con algunos seres irracionales por la justi- 69

[52] Suprimido por Küster.
[53] Adición de Hirschig. En griego *eíde* No figura en el texto de la edición de DEUBNER-KLEIN, pero sí en el aparato crítico.

cia, la natural relación y solidaridad, ya también sobre la amistad del cuerpo humano consigo mismo, la pacificación y conciliación de potencias ocultas que le son contrarias por medio de la salud y el régimen de vida que a ésta lleva y de la templanza en la imitación del bienestar de los elementos cósmicos.

70 En la síntesis y recapitulación de estos nombres, ⟨que es⟩[54] uno solo y el mismo, esto es, el de amistad, el inventor y legislador, de un modo generalmente aceptado, fue Pitágoras. En resumen, para sus discípulos fue el máximo responsable de la relación más conveniente con los dioses tanto en estado de vigilia, como en sueños, lo que jamás se produce en un alma perturbada por la cólera, ni enajenada, por supuesto, por la aflicción, por el placer o por algún otro deseo indecoroso, ni tampoco por la ignorancia que es el más impío y pernicioso de todos ellos. Valiéndose de todos estos recursos de un modo divino sanó y purificó su alma, reanimó y preservó lo que en ella había de espíritu divino y condujo su mirada divina hacia lo inteligible, porque, según Platón[55], su preservación es más valiosa que diez mil miradas humanas. Sólo con la mirada penetrante, y fortalecido y provisto de las ayudas convenientes se percibe la verdad sobre todos los seres. Fijándose este objetivo, llevó a cabo la purificación de la mente, y se impuso tal modelo de educación, poniendo su mirada en estos fines.

17 71 Una vez que adoptó estas disposiciones para la educación de sus discípulos, se le acercaban los jóvenes y querían ser sus discípulos, pero no accedía inmediatamente a ello.

[54] Observación de DEUBNER, en *Bemerkungen zum Text der Vita Pythagorae des Iamblichos,* Sitzungsberichte der Berlin Akademie, 1935, 612 y sigs., 824 y sigs., pág. 670. En lo sucesivo, cuando se exprese «observación» de DEUBNER, se está aludiendo a esta obra.

[55] Cf. *Politico* 527d.



Antes les imponía una prueba y un juicio crítico, indagando, en primer lugar, cómo se relacionaban con sus padres y demás familiares y, en segundo lugar, observando si su risa era destemplada, si guardaban silencio y si su charla era improcedente, e incluso la índole de sus pasiones, los amigos con que se trataban y su convivencia con ellos y en qué ocupaban especialmente el día y qué era lo que les causaba alegría y tristeza. Examinaba, además, su figura, su andar, y todo el movimiento de su cuerpo, y llevaba a cabo un examen fisiognómico, por medio de sus rasgos naturales, ya que consideraba que eran pruebas que ponían de manifiesto el carácter oculto de su alma.

Y al que examinaba de esa manera, lo despedía para ser menospreciado por tres años, poniendo a prueba su constancia, su auténtico deseo de aprender y si estaba suficientemente preparado para la gloria como para despreciar la honra. Después de esto, a los que se le sumaban les ordenaba que mantuvieran silencio por cinco años, poniendo a prueba su control, por entender que esto era mucho más difícil que las demás limitaciones, es decir, la continencia verbal, tal como se nos ha manifestado por los que han instituido los misterios. Como es sabido, en este tiempo las posesiones de cada uno, esto es, sus haciendas, eran bienes comunes[56], de modo que las entregaban, para este fin, a personas significadas, que, en su condición de administradores y legisladores, se denominaban «políticos». Y si los candidatos eran considerados dignos de participar en los preceptos, una vez que se les juzgaba por su vida y por otras actitudes suyas, después de un silencio por cinco años se convertían, en adelante, en «esotéricos» y, dentro de su velo de lino, escuchaban y veían a la vez a Pitágoras. Pero antes de esto, sin esa 72

[56] Véase, *supra*, § 32, n. 24.

prenda, participaban de sus lecciones sin verlo, escuchándolo sólo, dando prueba, durante mucho tiempo, de sus comportamientos particulares.

73 Pero si resultaban rechazados en el examen, recibían una hacienda doble, y una sepultura, como si sus «cooyentes»[57] (pues así se llamaban los seguidores de Pitágoras) levantaran un túmulo a cadáveres, y cuando se encontraban con ellos, se comportaban como si se encontraran con otros cualquiera, y decían que aquellos que habían formado en la esperanza de que fueran hombres de bien gracias a las ciencias estaban muertos. Creían que los que tenían dificultades para aprender eran unos disminuidos y, por así decir, unos imperfectos y unos estériles.

74 En consecuencia, después del examen fisiognómico a que los sometía, en su figura, su caminar, el resto de sus movimientos y su configuración natural, les comunicaba buenas esperanzas de su parte. Y tras el silencio por cinco años, tras los rituales iniciáticos inherentes a disciplinas tan importantes, tras las limpiezas y purificaciones tan frecuentes e importantes del alma, que se han originado de variados planteamientos especulativos de esta clase; por medio de las cuales la perspicacia y buena disponibilidad del alma se fijan en todos por completo, si alguno todavía se evidenciaba lento e incapaz de comprender, tras levantarle a tal individuo una estela y un monumento funerario en el ámbito de la escuela (como se dice que ocurrió con Perilo de Turios y Cilón, el caudillo de Síbaris, que fueron desaprobados por los pitagóricos) lo expulsaban del auditorio, dotándole de una cantidad de oro y plata (entre ellos estaba establecido que éstos eran comunes, siendo administrados comunitariamente por algunas personas adecuadas para ese cometido, a

[57] En griego, *homakóoi.*



las que denominaban, por su oficio, «administradores»). Y si alguna vez coincidían con él ocasionalmente, consideraban que era una persona completamente distinta, en vez de aquella otra que, para ellos, estaba muerta.

Por lo cual también Lisis, replicando a un tal Hiparco 75 que hacía partícipes de sus lecciones a los que no habían sido iniciados y se habían sumado sin aprendizaje científico y educación, dice: «Cuentan además que tú filosofas en público con los que te encuentras, lo que precisamente desaprueba Pitágoras, como tú, Hiparco, aprendiste, con esfuerzo, pero no lo cuidaste, querido amigo, al disfrutar del lujo de vida siciliano, al que no tenías necesidad de rebajarte. Si has cambiado de idea, me alegraré, pero si no, estás muerto. En tal caso, dice, es ley divina confiar a la memoria los preceptos sagrados y humanos y no hacer partícipes de los beneficios de la sabiduría a los que ni siquiera en sueños tienen purificada su alma. Pues no es lícito ofrecer a los que uno se va encontrando lo que se ha conseguido con esfuerzo, a costa de grandes sacrificios, ni proporcionar los misterios de las dos diosas de Eleusis[58] a profanos: los que llevan a cabo estas acciones son por igual injustos e impíos.

Es bello considerar cuánto espacio de tiempo empleamos en limpiar ⟨las suciedades⟩[59] que han arraigado en nuestro pecho, hasta que un día, con el paso de los años, nos hacemos receptores de sus doctrinas. En efecto, al igual que los tintoreros, una vez que hacen una limpieza previa, tratan con cáustica las partes a teñir de los vestidos, para que reabsorban la tintura de un modo indeleble y jamás desaparezca, del mismo modo también este hombre divino preparaba las almas de los que deseaban la filosofía, para no verse defrau- 76

[58] Deméter y su hija Perséfone.

[59] Añadido por Küster.

dado por alguna persona de las que se esperaba que fueran hombres de bien. Y ello debido a que no proporcionaba palabras engañosas ni argucias, con las que muchos sofistas atrapan a los jóvenes, sin emplear su tiempo en cosa alguna de valía, sino que era conocedor de los asuntos divinos y humanos. Por ello éstos, considerando su enseñanza como un pretexto, hacen muchas y terribles cosas, capturando en sus redes a los jóvenes de un modo inadecuado y planificado.

77 Por consiguiente, a los oyentes los hacen difíciles y ariscos. En efecto, mezclan, a los caracteres alborotados y turbulentos, esquemas de enseñanza y discursos divinos, como si alguien en una profunda cisterna, llena de fango, vertiera agua pura y transparente; remueve, en efecto, el fango y enturbia el agua. Naturalmente, el sistema es el mismo en los que enseñan que en los que aprenden; la maleza es espesa y densa en la mente y, en el corazón de los que no se han iniciado ritualmente en la ciencia con pureza, ensombrece toda la docilidad, mansedumbre y racionalidad del alma e impide abiertamente que lo inteligible se desarrolle y progrese. Yo podría, en primer lugar, yendo en pos de ellas, darle nombre a las madres de esa maleza: el desenfreno y la avaricia. Y ambas son, por su propia índole, prolíficas.

78 Del desenfreno se originan matrimonios ilícitos, corrupciones, borracheras, placeres antinaturales y ciertas pasiones violentas que arrojan a simas y precipicios, porque ya las pasiones forzaron a algunos a no respetar a madres ni a hijas y, por supuesto, se consolidan mediante el desprecio de la ciudad y de la ley, al modo de un tirano, amarrando los brazos por la espalda a sus víctimas, como si de prisioneros se tratara, llevándolas con violencia a una perdición extrema. Y de la avaricia se engendran robos, rapiñas, parricidios, saqueos de templos, envenenamientos y todo lo que está hermanado con esto. Por consiguiente, es preciso en primer



lugar dejar limpio, con fuego, hierro y con toda clase de recursos científicos, el bosque en el que moran estas pasiones y, manteniendo la razón libre de tantos males, plantarle entonces algo útil de las enseñanzas que transmitimos.

79 Tan grande y tan cuidadosa atención de las ciencias creía Pitágoras que debía de hacerse de ese modo antes de abordar la filosofía; consideraba de un alto valor y muy rigurosa la investigación sobre su enseñanza y la transmisión de sus conocimientos, probando y analizando las opiniones de los que le salían al paso con temas variados e innumerables aspectos de teoría científica.

80 **18** Después de esto, digamos cómo a cada uno de los elegidos los clasificaba según su valía: porque no era justo que todos participaran por igual en lo mismo, si no eran de una naturaleza semejante, ni tampoco era justo que unos participaran en todas las audiciones más valiosas y otros absolutamente en nada. Esto sería, en efecto, insolidario e injusto. Sin embargo, por el hecho de dar a cada uno la parte apropiada de las lecciones que le atañían, asignó beneficios a todos, en la medida de sus posibilidades y salvaguardó la racionalidad de la justicia, al otorgar muy especialmente una enseñanza digna a cada uno. En consecuencia, por este procedimiento, a unos los llamó «pitagóricos», y «pitagoristas»[60] a otros, del mismo modo que llamamos «áticos» a unos y «aticistas» a otros. Distinguió así de un modo conveniente las denominaciones, y estableció que unos eran auténticos, y determinó que los otros se mostraran como aspirantes de aquéllos.

[60] Parece corresponder a una distinción tal como «exotéricos» y «esotéricos». Y debe corresponderse también con la división en grupos de «acusmáticos» y «matemáticos», que más adelante se menciona.

81 Estableció, por consiguiente, que la hacienda de los pitagóricos fuera común y que a la vez la convivencia continuara a lo largo de todo el tiempo[61]; en cambio, ordenó que los otros tuvieran posesiones privadas, pero que fueran a un mismo lugar, unos con otros, a estudiar.

Y de este modo, en ambas especialidades, se estableció esta transmisión de saberes por parte de Pitágoras. Por lo demás, había de otra manera dos especialidades de filosofía. En efecto, había también dos categorías de los que se dedicaban a ella: los «acusmáticos» y los «matemáticos»[62]. De ellos, los matemáticos eran reconocidos por los otros como pitagóricos; en cambio, éstos no aceptaban a los acusmáticos, ni tampoco que su temática perteneciera a Pitágoras sino a Hípaso. El tal Hípaso, dicen unos que era crotoniata y otros que metapontino.

82 La filosofía de los acusmáticos consiste en sentencias indemostrables y sin argumentación[63]: «así deben practicarse». Y las demás, que fueron pronunciadas por él, intentan conservarlas como enseñanzas divinas. Y no pretenden hablar por sí mismos ni que se deba hablar, sino que asumen que, entre ellos, los que posean el mayor número de sentencias están mejor dotados para la sabiduría. Todas las sentencias así ⟨llamadas⟩[64] se dividen en tres clases: la primera, en efecto, corresponde a la pregunta «¿Qué es?», la segunda «¿Qué es en más alto grado?», la tercera «¿Qué se debe hacer o no hacer?». Tales eran, pues, las sentencias, como, por ejemplo, de la primera clase, «¿Qué son las islas de los bienaventurados?, el Sol y la Luna»[65]; «¿Qué es el oráculo de Delfos?, la *tetraktýs*»[66]; «¿Qué es exactamente la armonía de las Sirenas?»[67]. En cuanto a las de «¿Qué es en más alto grado?», por ejemplo, «¿Qué es lo más justo?, hacer sacrificios»; «¿Qué es lo más sabio?, el número y, en segundo lugar, lo que pone denominaciones a las cosas». Así: «¿Qué es lo más sabio entre nosotros?, la medicina»; «¿Qué es lo más bello?, la armonía»; «¿Qué es lo más poderoso?, el pen-

---

[61] Véase, *supra*, § 32, n. 24.

[62] Mas clara es en PORFIRIO *(Vida* 37) la distinción entre estos dos grupos. Cf. K. VON FRITZ, «Mathematiker und Akusmatiker bei den alten Pythagoreen», *Sitzungsberichte der bayerischen Akademie der Wissenschaften*. Phil.-hist. Kl., 1960, Heft 11. Véase también, para esta distinción, W. BURKERT, *Weisheit und Wissenschaft. Studien zu Pythagoras, Philolaos und Platon,* Nuremberg, 1962, pág. 187.

[63] Explicaciones teóricas sin más con un trasfondo oculto. Se trataba de *akoúsmata,* «las cosas que se escuchaban», una especie de lecciones o sentencias teóricas, que son, propiamente, los *sýmbola* que más adelante veremos (a partir del § 103) y que JÁMBLICO, en su segunda obra, *Protréptico* 21, 4 y sigs., relaciona ordenadamente y comenta como símbolos pitagóricos.



[64] Añadido por Nauck.

[65] Según la mitología, era el lugar donde iban las almas de los héroes o de las personas que habían realizado grandes obras. Eran también el Sol y la Luna como sedes de las almas.

[66] El *tetraktýs* («el cuaternario» o «serie de los cuatro primeros números») constituye la esencia de la doctrina pitagórica, los números 1, 2, 3, 4, con las proporciones armónicas que con ellos pueden formarse (véase *infra* § 115 y sigs.) y cuya suma es diez, definido por el pitagorismo como número perfecto. En definitiva, consideraban los pitagóricos que tanto el oráculo de Delfos como el *tetraktýs* constituían la verdad suprema. Realmente, quien da la definición del *tetraktýs* es SEXTO EMPÍRICO, en sus escritos *Contra los matemáticos* (más bien, *Contra la enseñanza de las ciencias:* gramática, geometría...), sobre todo en el libro VII, donde aclara que la suma de los cuatro números da el número perfecto, el diez.

[67] Aquí se trata de la interpretación pitagórica, que asume el neoplatonismo, según la cual «la armonía de las Sirenas» era el movimiento mismo de las esferas (ARISTÓTELES, *Acerca del cielo* II 9, 290b12). Para PROCLO *(In Remp.* II 237 y sigs.) incluso las Sirenas son las almas de las esferas, causantes de su movimiento. Ya PLATÓN *(Rep.* III 617 b) se inspira en la armonía de las Sirenas, cuando describe el acorde que forma su canto.

samiento». «¿Qué es lo más valioso?, la felicidad». «¿Cuál es el dicho más verdadero?, que los hombres son malvados». Por ello también dicen que elogió al poeta Hipodamante de Salamina[68], que compuso estos versos:

*Oh dioses, ¿de dónde procedéis?, ¿por qué habéis llegado a [ser tales?*
*Hombres, ¿de dónde procedéis?, ¿por qué os habéis hecho [tan perversos?*

83 Éstas y otras de este tipo son las sentencias de esta segunda categoría. En efecto, cada una de ellas responde especialmente al modelo «¿Qué es en más alto grado?». Y esta sabiduría es la misma que la llamada de los siete sabios. Pues tampoco aquéllos investigaban qué es el bien, sino qué lo es especialmente; no qué es lo difícil, sino qué es lo más difícil (que es el conocerse a sí mismo[69]); ni tampoco qué es lo fácil, sino qué es lo más fácil (que es seguir la costumbre). En efecto, las sentencias de este tipo suelen coincidir con el tipo de sabiduría de los Siete Sabios. Éstos, en efecto, fueron anteriores a Pitágoras. En cuanto a las sentencias del tercer tipo que plantean «qué se debe hacer o no se debe hacer» son de esta clase. Por ejemplo, «Es necesario procrear» (pues hay que dejar en nuestro lugar cuidadores de la divinidad) o «Es necesario, en primer lugar, calzarse el pie derecho» o bien «No hay que caminar por los caminos que transita la gente», «Ni meter la mano en un recipiente de agua lustral», «Ni bañarse en un baño público». En todos estos casos, en efecto, no se sabe si los usuarios comunes son puros.

[68] No se tienen noticias fidedignas de este poeta.

[69] Viene a ser lo mismo que el «Conócete a ti mismo» que figuraba en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos.



84 También otras sentencias son de esta índole: «No hay que ayudar a depositar una carga a otra persona» (pues no hay que hacerse responsable de la comodidad), sino cooperar a levantarla. «No unirse a una mujer rica, para tener hijos». «No hablar sin luz». «Ofrendar libaciones a los dioses por el asa de la copa»: por tratarse de un augurio, y para no beber por la misma parte. «No llevar en un anillo como adorno la figura de un dios»: para que no se mancille. Pues es una estatua la que debe plantarse en la casa. «No hay que maltratar a la mujer propia», porque es una suplicante, y por ello la conducimos desde el hogar, y la tomamos de su mano derecha. «Ni ⟨sacrificar⟩[70] un gallo blanco, pues es un suplicante, consagrado a Men[71], por lo que también indica la hora».

85 «No aconsejar nada al que pide consejo salvo que sea lo mejor, porque el consejo es sagrado». «Los esfuerzos son un bien y los placeres, de cualquier modo que sea, un mal». «Es necesario que seamos castigados, si venimos con la intención de castigar». «Es necesario hacer sacrificios y acercarse a los templos con los pies descalzos». «No hay que desviarse para ir a un templo, pues no se debe tratar a un dios de una manera accesoria». «Bueno es morir resistiendo y con heridas en el pecho; con las heridas por detrás, lo contrario». «El alma humana únicamente no accede a aquellos animales a los que es lícito sacrificar». Por este motivo «se debe comer exclusivamente aquellos animales aptos para el sacrificio, que sean comestibles, pero no ningún otro ser vivo». Pues bien, así son una clase de sentencias; otras, que poseen una considerable extensión, proponen de qué modo es necesario actuar en torno a los sacrificios en cada

[70] Añadido por Escalígero.

[71] Divinidad de origen babilonio; en griego, es el nombre del mes.

ocasión, el resto de los ⟨honores a los dioses⟩[72], el cambio de residencia de este mundo y qué ritual se debe seguir en los enterramientos.

86 En algunas sentencias, por lo demás, se añade el dicho de «⟨por⟩[73] qué motivo es necesario». Por ejemplo: «Es necesario procrear para dejar a otro como adorador suyo de los dioses», pero ningún razonamiento se añade en otras. Y algunas de las explicaciones parecerán originarias, y otras tardías. Por ejemplo, sobre «No partir el pan, porque no conviene al juicio que tenga lugar en el Hades». Las explicaciones verosímiles que se aducen a tales sentencias no son pitagóricas, sino de algunos estudiosos de fuera de la secta que imaginan e intentan conseguir un razonamiento verosímil, como, por ejemplo, sobre lo que se acaba de decir: «por qué motivo no se debe partir el pan». En efecto, unos dicen que no se debe dividir lo que está unido (en su origen, al modo bárbaro, todos los amigos se reunían ante un pan único), otros, en cambio, aseguran que no es necesario considerar un presagio el hecho de que se parta el pan y se haga pedazos al principio.

Sin embargo, todo lo que estas sentencias definen sobre el hacer o no hacer busca el objetivo de lo divino; y éste es su principio, y toda su vida está estructurada para acompañar a la divinidad, y ésta es la justificación de esta filosofía.

87 Pues la gente se comporta ridículamente cuando busca el bien en un sitio distinto al de los dioses, del mismo modo que si alguien, en un territorio gobernado por un monarca, reverenciara de entre los ciudadanos a un gobernador y descuidara a su soberano absoluto; tal cosa, en efecto, creen también los pitagóricos que hacen los hombres. Puesto que

[72] Observación de DEUBNER, 673.

[73] Añadido por Kiessling, aunque no se ve del todo necesario.



ciertamente Dios existe y es el señor de todo, se está de acuerdo en que es necesario pedirle el bien al señor, porque a todos aquellos a los que aman y con los que se alegran, a ésos les otorgan los bienes; en cambio, con los que manifiestan una actitud adversa, lo contrario.

Ésta, y de tal índole, era la filosofía de los acusmáticos. Pero había un tal Hipomedonte, pitagórico de la ciudad de Ásine, [en Argos][74], que decía que Pitágoras habló de justificaciones y demostraciones de estas sentencias, pero que, a causa de transmitirse a través de muchas personas y siempre bastante torpes, se había suprimido la justificación, y quedaron los planteamientos escuetos. Los matemáticos pitagóricos reconocen que éstos, por lo que respecta a sus enseñanzas, son también pitagóricos, pero aseguran que es incluso más verdadero lo que ellos proclaman. Y afirman que la causa de semejante discrepancia es la siguiente.

88 Procedente de Samos, en Jonia, en la tiranía de Polícrates, llegó Pitágoras, cuando Italia estaba en su apogeo, y se hicieron amigos suyos los gobernantes de las ciudades. Entre éstos, con los de mayor edad, que no disponían de tiempo libre por ocuparse en los asuntos políticos, dado que le era difícil relacionarse con ellos por medio de las ciencias y sus demostraciones, mantenía conversaciones sencillas, considerando que era igualmente útil saber qué era necesario hacer aunque no se conociera el motivo, del mismo modo que los que están bajo el cuidado de los médicos, por no oír las causas de cada cosa que tienen que hacer, no dejan de conseguir su salud. Y con cuantos jóvenes se encontraba, que tenían capacidad para esforzarse y aprender, se relacionaba con ellos por medio de demostraciones y sesiones científicas. Ellos, por su parte, los matemáticos, surgieron de éstos

[74] Observación de DEUBNER, 673.

y los otros, los acusmáticos, a partir de aquellos. Y en cuanto a Hípaso[75] se dice sobre todo que era un pitagórico, pero por el hecho de divulgar mediante un dibujo, por primera vez, la esfera de doce pentágonos[76] desapareció en el mar por impío, mas pudo coger fama de inventor, y eso que todo pertenecía «a aquel hombre»[77]. En efecto, denominan así a Pitágoras, y no lo llaman por su nombre.

89 Los pitagóricos dicen que divulgaron la geometría de esta manera. Uno de los pitagóricos perdió su hacienda y, como esto fue un hecho desgraciado, se le concedió hacer fortuna a costa de la geometría. Y la geometría recibía, por parte de Pitágoras, el nombre de *histōría*[78]. Pues bien, ésta es la información que hemos recibido sobre la diferencia entre cada una de las enseñanzas y entre cada uno de los discípulos de Pitágoras. En efecto, conviene matizar que se trata de los que oyen a Pitágoras dentro y fuera del velo, o los que lo oyen a la vez que lo ven, o los que lo oyen sin verlo, y los que están definidos como «dentro» y «fuera» no son otros que los mencionados, y, siguiendo en esta misma línea, es necesario colocar por debajo a los políticos, a los administradores y a los legisladores.

19 90 En general, merece la pena saber que Pitágoras encontró muchas vías de educación, y transmitía la parte de su saber de acuerdo con la propia naturaleza y capacidad de cada uno. Y ésta es la prueba más grande de ello: cuando, procedente de los hiperbóreos, vino Ábaris el escita[79], desconocedor de la educación griega, por no estar iniciado en ella, a una edad avanzada, no lo admitió, en aquel momento, a través de variados temas, pero en lugar del silencio por cinco años, de la escucha por un período de tiempo tan grande y de las demás pruebas, lo hizo capaz de una vez de escuchar sus enseñanzas, y en el más breve plazo le explicó el contenido de su tratado *Sobre la naturaleza* y de otro que versaba *Sobre los dioses*[80].

91 En efecto, llegó Ábaris de los hiperbóreos, sacerdote del Apolo de allí, de avanzada edad, y muy experto en temas sagrados. Regresaba de Grecia a su país, a fin de depositar, para su dios, en el templo de los hiperbóreos el oro que había recogido. Y cuando pasaba por Italia, vio a Pitágoras y lo comparó especialmente con su dios, del que era sacerdote, y convencido de que no era otro, ni tampoco alguien parecido a aquél, sino que realmente era el mismo Apolo, y por las rasgos tan venerables que había observado en él y por las características que el sacerdote le había reconocido, devolvió a Pitágoras el dardo que había traído cuando salió del templo, para que le fuera de utilidad ante las incomodidades que surgieran en tan dilatada caminata. Subido en él, pues, pasó tramos intransitables, como ríos, lagunas, terrenos pantanosos, montes y otros lugares por el estilo y por medio de las palabras que pronunciaba, según se cuenta,

[75] Pitagórico disidente que intentó, en cierto modo, difamar a Pitágoras. Cf. Diels-Kranz, I 108, 6-15.

[76] El dodecaedro.

[77] Véase *infra* § 255, donde se especifica que los pitagóricos llamaban «divino» a Pitágoras mientras vivió pero, una vez muerto, se referían a él como «aquel hombre».

[78] Esto es, «investigación».



[79] Famoso sacerdote del dios Apolo, en la mítica región de los hiperbóreos. El hecho lo menciona también Porfirio *(Vida* 28-29). Se trata igualmente de un personaje que obraba prodigios. Muy conocido es el dardo sobre el que se desplazaba por los aires.

[80] No se está de acuerdo en la autoría de Pitágoras de estos dos tratados. Por el carácter tan genérico de sus títulos son atribuibles a cualquier filósofo de la Antigüedad, en el caso de que hayan existido. Diógenes Laercio (VIII 6-8) señala que hay quien dice que Pitágoras no escribió nada. Porfirio *(Vida* 57) está de acuerdo con esta afirmación.

llevaba a cabo purificaciones y eliminaba epidemias y vendavales de las ciudades que le solicitaban su ayuda.

92 Por lo demás hemos oído decir que Lacedemonia, después de que fue purificada por Pitágoras, ya no padeció epidemias, siendo así que había contraído antes este padecimiento muchas veces a causa de la insalubridad del lugar, en que está fundada, a causa del ambiente sofocante que provocan las cumbres del Taigeto, como ocurre con Cnoso en Creta. Se cuentan otros testimonios parecidos del poder de Ábaris. Pitágoras aceptó el dardo sin sorprenderse por ello y sin preguntar el motivo por el que se lo había dado, pero, como si realmente fuera el mismo dios, se llevó aparte a Ábaris y le mostró su muslo de oro como prueba de que no mentía, le enumeró cada una de las ofrendas que se exponían en el templo, ofreciéndole un testimonio suficiente de que no lo había comparado mal, y añadió que había venido para el cuidado y bien de la humanidad, y por ese motivo había adoptado forma humana, para que, sorprendidos de su superioridad, no se alteraran y rehusaran su enseñanza. Le instó a que permaneciera allí y participara en la corrección de los que se encontraran e hiciera partícipes del oro, que había reunido, a los compañeros, que se hallaban movidos por la razón de un modo semejante, de suerte que confirmara de hecho la máxima que decía: «Los bienes de los amigos son comunes»[81].

93 Se quedó entonces, como acabamos de decir, y le adoctrinó Pitágoras, de un modo resumido, en ciencias de la naturaleza y en teología, y, en lugar del vaticinio a través de sacrificios, le transmitió la presciencia a través de los números, considerando que ésta era más pura, más divina y más apropiada a los números celestiales de los dioses, pero le dio a conocer a Ábaris unos ejercicios que se adaptaban a él.

[81] Véase, *supra*, § 32, n. 24.



Pero volvamos de nuevo al motivo por el que tuvo lugar el presente tratado. Intentó Pitágoras, como es sabido, enderezar a la gente de diferentes maneras, de acuerdo con la naturaleza y posibilidades de cada uno. Sin embargo, todo lo referente a estos temas no se ha transmitido a las gentes ni es fácil exponer lo que se ha confiado al recuerdo.

94 Pero expongamos unos pocos y bien conocidos ejemplos de conducta pitagórica y unos recuerdos de las prácticas de aquellos hombres.

20 En primer lugar, en la realización de la prueba, examinaba si podían «refrenar el habla» (era ésta la expresión que usaba) y observaba si, al aprender lo que oían, eran capaces de mantenerlo en secreto y guardarlo; en segundo lugar, si eran modestos. Ponía más empeño en que callaran que en que hablaran. Examinaba también todo lo demás, no fuera a ser que se excitaran incontroladamente ante la pasión o el deseo, reparando siempre en estas cosas con atención, como, por ejemplo, de qué manera se comportaban ante la cólera o bien ante el deseo, o si eran pendencieros o ambiciosos, o cómo se comportaban ante la rivalidad o la amistad. Y si al examinarlo todo con rigor quedaba manifiesto que estaban dotados de un buen carácter, entonces examinaba su capacidad de aprendizaje y su memoria. En primer lugar, si podían seguir sus lecciones con rapidez y destreza; en segundo lugar, si les acompañaba el afecto y la templanza por las enseñanzas que se impartían.

95 Examinaba, en efecto, si eran de una docilidad natural y a esta condición la llamaba «perfeccionamiento» *(katártysis)*[82]. Y consideraba la fiereza como contraria a tal método

[82] «Preparación», «disciplina», «doma», como si se tratara de la doma de un caballo. De hecho, es la palabra con que se designa en griego la acción de domar un caballo.

de vida: porque a la fiereza acompaña la impudicia, la desvergüenza, el desenfreno, la intemperancia, la torpeza, la anarquía, el deshonor y otros defectos por el estilo; en cambio, a la docilidad y a la mansedumbre siguen conceptos contrarios. Pues bien, en la prueba observaba tales rasgos y con ese objetivo ejercitaba a sus discípulos; escogía a los que se acomodaban a los beneficios de su ciencia y de este modo intentaba elevarlos al saber. Pero si observaba que alguno no se adaptaba, lo despedía como si fuera de una raza extraña y extranjera.

21 Acerca de las actividades, que había encomendado para todo el día a sus discípulos, hablaré a continuación, porque, bajo su dirección, así obraban los que seguían sus pasos.

96 Estos hombres hacían paseos matutinos en solitario y por parajes tales en que solía haber calma y una tranquilidad adecuada, donde había templos, bosques y sitios para regocijarse. Creían, en efecto, que era necesario no encontrarse con alguien hasta sosegar su propia alma y ordenar su mente. Y tal tranquilidad era apropiada para el sosiego de la mente, pues consideraban turbador introducirse entre la gente, nada más levantarse. Por lo cual todos los pitagóricos escogían los lugares de un carácter más sagrado. Y entonces, después del paseo matutino, se relacionaban entre sí, especialmente en los templos y, si no, en lugares de ese tipo. Y ese momento lo empleaban para la enseñanza, el aprendizaje y la corrección de la conducta.

97 Después de tal ocupación, se dedicaban al cuidado del cuerpo. La mayoría se ungía el cuerpo y se ejercitaba en las carreras y los menos en la lucha a cuerpo en jardines y bosques; otros, en saltos con pesas[83] o prácticas pugilísticas sin adversario, procurando elegir los ejercicios adecuados para

[83] Utilizaban las pesas en el salto como balanceo.



fortalecer el cuerpo. Para desayunar, tomaban pan, miel o un trozo de panal, pero durante el día no probaban el vino[84]. Y, después del desayuno, empleaban el tiempo en temas de política interna, en política exterior y en relaciones con los forasteros, de acuerdo con las prescripciones legales. En efecto, querían tratarlo todo en los momentos que seguían al desayuno. Y al atardecer, de nuevo se dirigían a los paseos, pero no hacían propiamente el paseo del mismo modo que el de la mañana, sino de dos en dos o de tres en tres, recordando las enseñanzas y ejercitándose en nobles ocupaciones.

98 Después del paseo tomaban un baño y, a continuación, comían juntos. No asistían a la comida más de diez hombres. Y una vez que estaban reunidos los comensales, tenían lugar las libaciones y las ofrendas de aromas y de incienso. Después se iban a comer, de modo que terminara la comida antes de la puesta de sol. Tomaban vino, torta de cebada, pan de trigo, companaje[85] y verduras hervidas y crudas. Y se servía carne de animales, [víctimas][86] aptas para el sacrificio y raramente [tomaban][87] pescado, pues algunos de ellos[88], en su opinión, no eran aptos para el consumo.

99 Después de esta comida, se hacían libaciones; a continuación, tenía lugar la lectura. Era costumbre que leyera el

[84] Casi con las mismas palabras se describe en PORFIRIO *(Vida* 34) la alimentación prescrita por Pitágoras para desayuno y comida.

[85] En griego, *ópson,* esto es, todo lo que se acompaña para comer con pan, generalmente carne, que puede ser fiambre, lo que se conoce en español por «companaje».

[86] Suprimido por Cobet.

[87] Suprimido por Escalígero.

[88] PORFIRIO *(Vida* 45) aconseja exactamente la abstinencia «del salmonete, de la ortiga de mar y de casi todos los otros productos del mar». El salmonete, *triglís,* en griego, puede corresponder también al pez conocido, entre nosotros, como «rubio». También JÁMBLICO *(infra* 109) aconseja abstenerse del salmonete.

más joven y que el de mayor edad dispusiera tanto la lectura como el modo en que debía llevarse a cabo. Y cuando estaban a punto de irse, el escanciador les preparaba una libación, después de la cual, el de mayor edad pronunciaba estas palabras: «No dañéis ni destruyáis una planta cultivada que produzca fruto, del mismo modo que tampoco dañéis ni destruyáis un animal que no sea perjudicial, por su propia índole, para el género humano.

100 Además de esto, tened también un pensamiento respetuoso y bueno sobre el linaje divino, demónico y heroico, y del mismo modo reflexionad igualmente sobre los padres y los benefactores, prestad ayuda a la ley y luchad contra la ilegalidad». Una vez pronunciadas estas palabras, cada uno se iba a su casa. Vestían ropa blanca y limpia, e igualmente cobertores blancos y limpios, de lino, pues no usaban la lana. No aprobaban el dedicarse a la caza, ni practicaban tal ejercicio. Tales eran los preceptos relativos a la alimentación y modo de vida que transmitían cada día a la mayoría de aquellos hombres.

22 101 También se ha transmitido otro modelo de educación a través de las sentencias pitagóricas[89] que atañen a la vida y opiniones humanas, de las que referiré algunas, de las muchas que hay. En efecto, exhortaban a excluir de la auténtica amistad la disputa y la pendencia, especialmente de toda amistad, si era posible, pero si no lo era, al menos de la paterna y, de un modo general, de la que se establecía con las personas mayores; igualmente también de la amistad con los benefactores. Pues la disputa o la pendencia con tales personas, si sobreviene la cólera o alguna otra pasión semejante, no salvaguarda la amistad existente. Afirmaban que era necesario que, en las amistades, surgieran los menos roces y rasguños posibles. Esto podía ocurrir, si ambos eran capaces de ceder y dominar su cólera, en especial el más joven de los dos y el que pertenecía a una de las categorías citadas. Y las correcciones y advertencias, que los pitagóricos llaman *pedartáseis*[90], creían que debían tener lugar, con gran discreción y respeto, en la intervención de los mayores con los jóvenes, y que en las admoniciones se pusiera de manifiesto, en gran medida, la solicitud y la familiaridad. Así, pues, surge una admonición decorosa y útil.

[89] Estas sentencias o preceptos pueden pertenecer a Aristóxeno y ser la fuente, a partir de aquí, de varios parágrafos de la presente obra de Jámblico (101-102, 180-183, etc.). Cf. F. WEHRLI, *Die Schule des Aristóteles. Texte und Comentar,* Basilea, 1945.



102 De la amistad nunca se debe excluir la confianza, ni en broma ni en serio, porque no es fácil mantener sana la amistad existente, cuando de golpe se introduce el engaño en los caracteres de los que aseguran ser amigos. No hay que renunciar a una amistad por causa de una desgracia o de alguna otra contrariedad de las que sobrevienen en la vida, sino que el único rechazo a tener en cuenta de un amigo y de una amistad ha de venir por una situación perversa, grande e irreparable. Tal era el modelo de corrección que tenía lugar entre ellos por medio de sentencias, que atañían a todas las virtudes y a la vida entera.

103 23 El método de enseñanza más frecuente era, en Pitágoras, el que se llevaba a cabo por medio de símbolos. Pues este sistema se practicaba también entre casi todos los griegos, debido a su antigüedad, como los egipcios que lo estimaban en gran medida en sus diversas variedades; igualmente también, en el caso de Pitágoras, se apreció mucho, si se explican con claridad los significados y contenidos secretos de los símbolos, haciendo ver cuánta rectitud y verdad contienen, si se despojan de su envoltorio, se liberan de su forma

[90] «Correcciones», «enderezamientos».

enigmática y se acomodan, de acuerdo con una tradición simple y sin artificios, a la grandeza de alma de estos filósofos, que sobrepasa, por su condición divina, el concepto humano.

104 En efecto, los que salieron de esta escuela, en especial los más antiguos, que pasaron mucho tiempo con él y eran jóvenes cuando recibían las enseñanzas de Pitágoras, ya anciano, a saber, Filolao, Eurito, Carondas, Zaleuco, Brisón, Arquitas el Viejo, Aristeo, Lisis, Empédocles, Zalmoxis, Epiménides, Milón, Leucipo, Alcmeón, Hípaso, Timáridas y todos sus contemporáneos, una multitud de varones famosos y extraordinarios, y tanto en sus discursos, conversaciones, recomendaciones, advertencias, como en sus propios escritos y todos los legados, cuya mayor parte se ha conservado hasta nuestros días, no los hicieron comprensibles a sus oyentes en un lenguaje común, popular y habitual para todos los demás, ni intentaron que sus palabras fueran fáciles de entender, sino que, de acuerdo con la prescripción que les impuso Pitágoras sobre el silencio de los misterios divinos, emplearon modos secretos para los no iniciados y encubrieron con símbolos sus conversaciones y escritos.

105 Y si, al seleccionar los símbolos en sí, no se descubrieran y ⟨se explicaran⟩[91] con una exposición irreprochable, su lectura, a los que la abordaran, parecería ridícula y cuento de viejas, llena de vaciedad y garrulería. Sin embargo, cada vez que se aclaran estos símbolos, a tenor de sus características, y se hacen visibles y accesibles a la mayoría en lugar de oscuros, se asemejan a los presagios y oráculos de Apolo Pitio, puesto que descubren un pensamiento admirable e infunden un espíritu divino a los estudiosos que los han comprendido. Vale la pena recordar algunos símbolos para que se esclarezca más el modelo de enseñanza. «Estando en camino, como cosa accesoria, no se debe entrar en un templo, ni en absoluto se debe hacer una reverencia, ni siquiera aunque se esté en las mismas puertas. Haz sacrificios y reverencia descalzo. Evita los caminos transitados por la gente y camina por senderos. No hables sin luz sobre los pitagóricos». Tal era, a grandes rasgos, su forma de enseñanza por medio de símbolos.

[91] El añadido figura en la edición de PISTELLI, Leipzig, 1888, pero no en el códice arquetipo F.



106 24 Y puesto que también la alimentación contribuye grandemente a la mejor educación, siempre que tenga lugar correcta y ordenadamente, consideremos también qué prescribió en torno a ella. Como es sabido, desestimó en general determinados alimentos que provocan flatulencia y alteración, y aprobó los contrarios y exhortó a que se tomaran aquellos que sustentan y conforman la estructura del cuerpo; por lo cual consideraba también que el mijo era apropiado para la alimentación. En general, desaprobó igualmente los alimentos ajenos a los dioses, por entender que nos apartaban de la familiaridad con ellos. De otro modo, a su vez, ordenó también que nos abstuviéramos de los que se consideraban muy sagrados por creer que eran merecedores de estima, pero no de un uso común entre los humanos. Y también aconsejó precaverse de los que impedían la adivinación o la pureza del alma y la santidad o la consecución de la templanza y la virtud.

107 Rechazaba lo que se oponía a la santidad y perturbaba en general la pureza del alma y las visiones en los sueños. Pues bien, estas normas prescribió en general sobre la alimentación, pero en particular a los filósofos más teoréticos, y muy especialmente a los que estaban en la más alta cima, les impidió enteramente una alimentación excesiva e injusta, induciéndoles a que jamás comieran animal alguno, ni en

absoluto bebieran vino, ni sacrificaran seres vivos a los dioses, ni los maltrataran lo más mínimo, sino que con el mayor cuidado observaran la justicia con ellos.

108 Y él mismo vivía de ese modo, porque se abstenía de la alimentación de seres vivos, reverenciaba los altares incruentos y, esforzándose para que tampoco otros dieran muerte a animales de una naturaleza semejante a la nuestra, amansaba por su parte a los animales salvajes y los domesticaba mediante la palabra y la acción, pero nunca los dañaba con el castigo. E inmediatamente también, entre los políticos, prescribió a los legisladores que se abstuvieran de los seres animados, ya que era necesario, sin duda, si querían obrar con estricta justicia, no perjudicar a los seres vivos de una naturaleza semejante a la nuestra, pues ¿cómo hubieran persuadido a los demás de obrar con justicia, si ellos mismos eran sorprendidos en prepotencia? Y la comunión con los seres vivos se debe a una naturaleza común, porque sin duda se establece con nosotros un vínculo de hermandad a causa de la afinidad de vida y de principios elementales y de la unión que surge de ello.

109 Sin embargo, permitió que probaran algunos animales a los demás cuya vida no era estrictamente pura, religiosa o filosófica; también les limitó un tiempo determinado de abstinencia. Pero les prescribió que no comieran el corazón ni los sesos[92] y que todos los pitagóricos se abstuvieran de éstos, porque esas partes son rectoras y se consideran como una especie de fundamento y sede del pensamiento y de la vida. Y han sido sancionadas como sagradas en razón a su

[92] Porfirio, en principio, no especifica tanto; dice, respecto a la carne de los sacrificios, que rara vez la comieran, «y tampoco de cualquier parte de la víctima», *Vida* 34, pero más adelante (§ 43) aclara que había que abstenerse «de los riñones, los testículos, las partes genitales, la médula, las patas y la cabeza», y da las razones de esa abstención.



naturaleza de razón divina. Del mismo modo, les ordenó también renunciar a la malva, porque es el primer mensajero y señal de la simpatía de lo celestial con lo terrenal. E igualmente ordenó abstenerse de la oblada, porque pertenece a los dioses ctónicos, ni consumir tampoco el salmonete, por motivos semejantes. También: «Abstente de las habas»[93], por muchos motivos, sagrados, físicos y que atañen al alma. Y otros preceptos semejantes a éstos promulgó, empezando a guiar a la humanidad a la virtud a través de la alimentación.

110 25 Consideraba también que la música contribuía de manera determinante a la salud, si se usaba de un modo conveniente. En efecto, solía servirse concienzudamente de tal purificación, porque también hablaba de curación a través de la música. Y en la estación primaveral interpretaba una melodía de este tipo. En efecto, en el centro sentaba a uno que tocaba la lira y, en círculo, se sentaban los que podían interpretar la melodía, y tañendo aquél la lira de ese modo se entonaban algunos peanes, con los que parecían alegrarse, y seguir en un tono melódico y rítmico. Pero también, en otros momentos, utilizaban la música como terapia.

111 Determinados cantos tenían como objetivo la curación de las pasiones del alma, los desánimos y las duras pesadumbres (que los había concebido precisamente Pitágoras

[93] La abstención de las habas la justifica Porfirio *(Vida* 43-45) con argumentos sumamente ingenuos. El hecho de la prohibición todavía no queda claro; Cf. M. Detienne, «La cuisine de Pythagore», *Arch. De Soc. des Rel.* 29 (1970), 141-162. Por otra parte, esta prohibición se daba también en los ritos de Eleusis y en la tradición órfica. Cf., al respecto, R. Parker, *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religion,* Oxford, 1985 (reimpr. de 1983), pág. 358 (para Eleusis) y pág. 302 (para el orfismo). Para mayor información, véase págs. 16-17 de la Introducción a la ya mencionada traducción de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio, en el núm. 104 de esta misma colección.

como de una gran ayuda) y, a su vez, otros para los arrebatos de cólera, la ira y todas las alteraciones del alma de este tipo; y también para los apetitos inventó otra clase de melodía. Igualmente, se practicaba la danza. Como instrumento, se servía de la lira, porque consideraba que la flauta tenía un sonido excitante y festivo que, en modo alguno, era propio del hombre libre. Empleaba también expresiones de Homero y Hesíodo, seleccionadas para la corrección del alma[94].

112 También se cuenta, entre sus hechos, que Pitágoras un día con un ritmo musical espondaico, interpretado por un flautista, había aplacado la furia de un muchacho de Tauromenio que se encontraba embriagado, en el momento en que de noche se dirigía a divertirse con su amada junto al portal de su rival y estaba a punto de provocar un incendio, pues estaba inflamado y enardecido por una melodía frigia interpretada a flauta. Rápidamente Pitágoras puso fin a esta situación. En ese momento, se encontraba contemplando los astros y sugirió al flautista el cambio a un ritmo espondaico, con ayuda del cual el muchacho se calmó del todo y se fue a casa comedidamente, aunque un poco antes no se le había podido contener y, simplemente, tampoco aguantó una posible reprimenda de Pitágoras; además, estúpidamente, lo había mandado a paseo por encontrarse allí.

113 Un joven blandía su espada contra Anquito que lo había acogido como huésped, porque públicamente había juzgado y condenado a muerte al padre del joven y, como se hallaba fuera de sí e irritado, se lanzó espada en mano para herir a Anquito, el juez que había condenado a su padre, como si fuera un asesino, y Empédocles actuó de la misma manera: como llevaba una lira, cambió el tono e interpretó una melodía tranquilizadora y sosegadora e inmediatamente declamó lo siguiente:

*sin dolor y sin ira se consigue el olvido de todas las desdi-*
*[chas*[95]

como dice el poeta, y a Anquito, que lo había acogido como huésped, lo libró de la muerte y al joven de cometer un crimen.

114 Se cuenta que, a partir de entonces, éste llegó a ser el más famoso de los discípulos de Empédocles. Además, toda la escuela pitagórica realizaba el llamado arreglo, la composición armónica y la ejecución de determinadas melodías apropiadas, que llevaban útilmente las disposiciones del alma a sus afectos contrarios: porque, cuando se iban a dormir, purificaban el pensamiento de los alborotos y estruendos diarios con determinadas melodías y cantos específicos, y por esto se procuraban sueños tranquilos de corta duración y agradable ensoñación. A su vez, cuando se levantaban del lecho, se libraban de la pereza y de la somnolencia por medio de cantos peculiares, pero hubo también ocasiones en que ello tenía lugar con música sin palabras. Y ⟨hay⟩[96] modos de curar dolencias y enfermedades, según dicen, mediante auténticos ensalmos, y es probable que de ahí haya llegado a hacerse notorio este nombre, el de ensalmo. Pues bien, de este modo tan beneficioso estableció Pitágoras la corrección de la conducta y vida humanas por medio de la música.

115 Y puesto que nos encontramos aquí examinando la sabiduría educativa de Pitágoras, merece la pena contar a continuación algo relacionado con ello, es decir, cómo en-

[94] También lo expresa así PORFIRIO *(Vida* 32).

[95] *Od.* IV 221.

[96] Observación de DEUBNER, 676.

contró la ciencia armónica y las proporciones armónicas. Empecemos brevemente por el principio.

26 En una ocasión, mientras meditaba y reflexionaba acerca de si era posible idear un instrumento de ayuda para el oído, sólido y preciso, como tiene la vista con el compás, la regla y, sin duda, el cuadrante, y el tacto con la balanza o la invención de las medidas, paseando, a instancias de alguna divinidad, junto a una herrería escuchó los golpes que propinaban los martillos al hierro sobre el yunque, que provocaban, en acorde, unos sones ⟨armoniosos⟩[97] entre sí, excepto una combinación. En ellos reconocía la consonancia de la octava, de la quinta y de la cuarta y veía el intermedio de la cuarta y de la quinta como una disonancia entre sí pero, por lo demás, completaba el gran intervalo que había entre ellos.

116 Contento por ver cumplido su propósito con ayuda de la divinidad, se dirigió corriendo a la herrería, y, tras variados intentos, encontró que la diferencia de sonido radicaba en el peso de los martillos, pero no en la fuerza de los que los golpeaban, ni en la forma de los martillos, ni en el cambio de posición del hierro tratado. Tomó exactamente pesos y tamaños totalmente iguales a los de los martillos y regresó a casa. Y de un clavo fijado en un ángulo de los muros, para que no se dejara ver diferencia alguna por ello o supusiera enteramente una singularidad por la peculiaridad de los clavos, colgó cuatro cuerdas del mismo material y componente, de idéntico grosor y trenzado, las enlazó entre sí, y les colgó además un peso por la parte de abajo, logrando que las longitudes de las cuerdas fueran exactamente iguales[98].

[97] Suplido por Rohde.

[98] Los sonidos de las cuerdas tensas los refiere Dióg. Laerc, VIII 12. Este procedimiento se lo atribuyeron también a Pitágoras, entre otros, Arístides Quintiliano, Gaudencio y Nicómaco de Gerasa.



117 A continuación, golpeando al mismo tiempo las cuerdas de dos en dos alternativamente, encontró las consonancias anteriormente mencionadas, en diferentes pares. En efecto, comprobó que la que estaba tensada por el peso mayor respecto a la que tenía suspendido un peso más pequeño producía el sonido de la octava. El peso de la primera era de doce unidades y, el de la segunda, de seis. Demostró que la octava se basaba en la proporción 2:1, justamente lo que evidenciaban los mismos pesos. En cambio, la del peso más grande con relación a la del peso más pequeño, que pesaba ocho unidades, daba la quinta, de donde demostró que ésta se basaba en la proporción 3:2, proporción en la que precisamente estaban también los pesos entre sí. También demostró que la que tenía un peso de nueve unidades (la más tensada de las demás) daba la cuarta, de una manera análoga a los pesos. Y por supuesto consideraba que la cuarta guardaba una proporción de 4:3, mientras que esa segunda cuerda más tensada por el peso, respecto a la más floja, guarda una proporción de 3:2 (porque ésta es la relación de 9 a 6).

118 De un modo semejante, la segunda más floja, la de ocho unidades de peso con relación a la de seis estaba en una proporción de 4:3, y respecto a la de doce unidades en una proporción de 2:3. Por lo demás, el intervalo entre la quinta y la cuarta, en el que la quinta supera a la cuarta, se asegura que está en una proporción de 9:8, esto es, la proporción que se establece en la de nueve con relación a ocho. Y el sistema de la octava se estableció en dos sentidos: bien por la conjunción de la quinta y la cuarta, dado que la proporción 2:1 es el producto de 3/2 y 4/3, tal como en 12:8:6, o bien, a la inversa, como una conjunción de la cuarta y la quinta, dado que la proporción de 2:1 es el producto 4/3 y 3/2, tal como en 12:9:6 y en tal orden es una octava. Y habiendo habituado sus manos y oídos a los pesos suspendidos y habiendo

asegurado, conforme a ellos, la razón de las posiciones, reemplazó ingeniosamente la suspensión común de las cuerdas, del clavo en diagonal, por el cordal de un instrumento, que llamó *chordótonos*[99], y la tensión, que se producía de una forma análoga a los pesos, por la correspondiente tensión de una vuelta, en lo alto, de las clavijas.

119 Usando esto como vía de acceso y como pauta infalible, extendió después la prueba a otros instrumentos: platillos de percusión, flautas, siringas, instrumentos de una sola cuerda, triángulos sonoros y otros semejantes; y en todos encontró una acorde y uniforme percepción a través del número. Y dio el nombre de *hypátē* al sonido que participa del número seis, y *mésē* al que participa del ocho y corresponde a la cuarta, *paramésē* al que participa del nueve, más agudo en el tono que la *mése,* precisamente en una proporción de 9:8 respecto a ella, y *nḗtē* al del 12. Completó los tramos intermedios, en la escala diatónica, con sones análogos. De este modo subordinó el octacordio a los números concordes: la proporción 2:1, 3:2, 4:3, y la diferencia entre las dos últimas, 9 a 8.

120 Encontró de este modo el paso, por cierta necesidad física, de lo más grave a lo más agudo en esta escala diatónica. En efecto, por este mismo sistema diatónico explicó claramente a su vez el sistema cromático y armónico, como será posible mostrarlo alguna vez, cuando hablemos de la música. Pero ciertamente este sistema diatónico parece contener determinadas gradaciones y progresos, semitono, tono, ⟨después tono⟩[100], esto es, una cuarta, un conjunto de dos tonos y del llamado semitono. A continuación, al añadir otro tono, esto es, al intercalar un tono, se forma el intervalo de la quinta, originándose un conjunto de tres tonos y un semitono. Acto seguido, se da el semitono, un tono, otro tono, otra cuarta, esto es, la proporción 4:3. De manera que en el antiguo heptacordio todos los sonidos cuartos, desde el más grave, producen entre sí el acorde de la cuarta, ocupando a cambio el semitono el primero, medio y tercer lugar en el tetracordio.

121 Pero en el octacordio pitagórico, que es un sistema, sin embargo, que comprende el tetracordio y el pentacordio, o bien, una separación de dos tetracordios separados entre sí por un tono, la secuencia desde la nota más grave es tal, que todos los sonidos quintos forman entre sí el acorde de una quinta, ocupando el semitono en progresión cuatro espacios: primero, segundo, tercero y cuarto. De este modo, pues, se dice que encontró la música y, una vez que la sistematizó, la confió a sus discípulos con vistas a conseguir todo lo más bello.

122 27 Se alaban también muchas actuaciones políticas de sus partidarios. En efecto, aseguran que sobrevino en una ocasión entre los crotoniatas el deseo de llevar a cabo funerales y sepelios costosos, y uno de los pitagóricos se dirigió al pueblo en estos términos: «Él había escuchado a Pitágoras hablar de los dioses, diciendo que los dioses olímpicos consideraban las actitudes de los que sacrificaban, pero no la cantidad de sacrificios; en cambio, los dioses infernales al contrario, porque les han correspondido menos posesiones y se complacen con las lamentaciones y llantos, e incluso con libaciones constantes, con ofrendas sepulcrales y ceremonias fúnebres costosas.

123 De ahí que a Hades, por su preferencia por ⟨tal⟩[101] profusión de ofrendas se le llame Plutón[102], y a quienes los hon-

[99] Puente para tensar las cuerdas.
[100] Añadido por Nauck.

[101] Observación de Deubner, 676.
[102] Esto es, «rico».

ran con sencillez los dejan por mucho tiempo en el mundo superior, y a alguno de los que tienen siempre una predisposición al derroche en los duelos, por buscar los honores que se originan en las tumbas, lo llevan al mundo inferior». Por medio de este consejo infundió en sus discípulos la concepción de que, mostrándose moderados en las desgracias, preservaban su propia salvación; en cambio, excediéndose en gastos, todos morirían prematuramente.

124 Otro pitagórico fue designado árbitro de una disputa sin testigos, y se puso a caminar, por separado, con cada uno de los litigantes; se quedó parado en una tumba y dijo que el que yacía en ella había sido un hombre bueno en el más alto grado. Uno de los querellantes deseó muchos bienes al que ya estaba muerto; el otro manifestó: «¿No tiene ya bastante?». Desaprobó a éste, y se inclinó a darle su confianza al que había elogiado su rectitud. Otro pitagórico que había asumido un arbitraje de importancia convenció a cada una de las partes a que una pagara cuatro talentos y la otra recibiera dos. Después sentenció que pagaran tres talentos y pareció que había dado a cada uno un talento. Unos individuos dejaron en depósito con mala intención un vestido a una mujer de las del ágora y le advirtieron que no se lo diera a ninguno de los dos a menos que ambos estuvieran presentes. Después de esto, idearon el siguiente engaño: uno de ellos tomó el depósito común, asegurando que el otro, que estaba cerca, estaba de acuerdo. Después, lo denunció el otro[103] que no había acudido y desveló el acuerdo inicial a los magistrados. Un pitagórico que se había hecho cargo del asunto dijo que la mujer habría hecho lo convenido, si ambos hubieran estado presentes.

[103] Literalmente, «el otro hizo de sicofante» (= delator). El texto griego reza así: *sykophantoûntos hetérou*.



125 Otros dos individuos parecían disfrutar entre sí de una sólida amistad, pero uno de ellos se vio envuelto en una intrigante sospecha a consecuencia de un calumniador que le había dicho que su mujer había sido seducida por el otro. Un pitagórico entraba casualmente en ese momento en una herrería, cuando el que se consideraba injuriado mostraba una espada afilada e increpaba al herrero porque, a su juicio, no tenía suficiente filo. Sospechando que preparaba una maniobra contra el calumniado, dijo: «Esta espada está para ti más afilada que todo lo demás, salvo la calumnia». Y una vez que dijo esto hizo que el hombre reflexionara y no cometiera un delito apresuradamente contra el amigo, que se hallaba como invitado en el interior de la casa.

126 A un extranjero, en el santuario de Asclepio, se le cayó un cinturón con dinero y, puesto que las leyes prohibían que se recogiera lo que se le había caído al suelo, el forastero se molestó por ello. Un pitagórico le ordenó que recogiera el dinero que no había caído al suelo y dejara el cinturón. Estaba éste, en efecto, sobre la tierra. Cuentan también que sucedió en Crotona un hecho que se atribuyó a otros lugares por gentes ignorantes. Se celebraba un espectáculo y unas grullas revoloteaban sobre el teatro, y habiéndole dicho uno de los que habían desembarcado a otro que estaba sentado a su lado: «¿Ves a los testigos?», un pitagórico que lo oyó los llevó ante el gobierno de los Mil, por sospechar (como probaron los esclavos que llevaron a acabo el interrogatorio) que habían arrojado por la borda a unas personas, lo que atestiguaban las grullas con sus vuelos sobre la nave. Y unos individuos que disputaban entre sí, según parece, se acababan de presentar ante Pitágoras, cuando el menor de ellos se acercó y dirimió la cuestión, afirmando que no era necesario transferir el problema a otro, sino que entre ellos debían olvidarse de su cólera, y el que estaba escuchando dijo que

especialmente le agradaba su propuesta, pero sentía vergüenza por no haberse anticipado él [que era][104] mayor.

127 Se citan aquí[105] también las historias de Fintias, Damón, Platón, Arquitas, Clinias y Proro[106]. Aparte de éstas, está también la de Eubulo de Mesina, que navegaba hacia casa y fue apresado por los etruscos y conducido a Etruria. El etrusco Nausítoo, que era un pitagórico, se dio cuenta de que era un discípulo de Pitágoras, lo liberó de los piratas y lo trasladó a Mesina con grandes medidas de seguridad.

128 Cuando los cartagineses estaban a punto de enviar a una isla desierta a más de cinco mil mercenarios, el cartaginés Milcíades vio entre ellos al argivo Posides (ambos eran pitagóricos) y, acercándose a él, no le reveló lo que iba a tener lugar, pero le pidió que regresara corriendo a su patria lo más rápidamente posible. Lo embarcó en una nave que se hacía a la mar, lo dotó de medios para el viaje y salvó a esta persona de los peligros. Si se hablara en general de todas las relaciones que mantuvieron entre sí los pitagóricos, se superaría en extensión el volumen y motivo de nuestro escrito.

[104] Suprimido por Küster.

[105] Al principio de este parágrafo, señala una laguna el texto de Deubner-Klein, que seguimos.

[106] La historia de Fintias y Damon se cuenta mas adelante (§ 234) y también la de Clinias y Poro (§ 239). Arquitas, que fue estratego en siete ocasiones, según Dióg. Laerc, VIII 79, defendió la ciudad de Tarento contra las fuerzas atacantes de otras ciudades del sur de Italia. Se trata del famoso filósofo y matemático pitagórico, amigo de Platón, que declara, en su *Carta* VII 338c, haber «establecido relaciones de hospitalidad y amistad entre Arquitas, los tarentinos y Dionisio». Véase también el artículo de B. Mathieu «Archytas de Tarente pythagoricien et ami de Platon» *Bulletin de l'Assoc. G. Budé*, París, 1987, págs. 239-255, donde, partiendo de datos biográficos fiables, se puede reconstruir su obra científica en sus diferentes vertientes y, sobre todo, en sus aspectos técnicos: astronómicos, geométricos, aritméticos, etc...



129 Pues bien, abordaré ahora aspectos como el de que algunos pitagóricos eran políticos y dirigentes, ya que algunos vigilaron el cumplimiento de las leyes y administraron ciudades de Italia, mediante las mejores opiniones y consejos en aquellos asuntos que asumían, pero absteniéndose de ingresos públicos. Mas, sin embargo, originándose muchas calumnias contra ellos, prevaleció hasta cierto tiempo la rectitud de los pitagóricos y el deseo de sus ciudades de querer que sus asuntos públicos fueran administrados por ellos. En este tiempo parece que surgieron las más brillantes constituciones en Italia y en Sicilia.

130 En efecto, Carondas de Catania, que pasa por ser uno de los mejores legisladores, era un pitagórico; Zaleuco y Timaras, de Locros, famosos legisladores, eran pitagóricos[107]. Y los que diseñaron las legislaciones de Regio, esto es, la llamada *gimnasiárquica* y la denominada de Teocles, se dice que eran pitagóricos, a saber, Fitio, Teocles, Helicaón y Aristócrates. [Y] se hicieron célebres por sus hábitos de vida y conducta que fueron adoptados por aquellas ciudades durante esa época[108].

En general, dicen que fue también el inventor de toda la educación ciudadana, cuando dijo que ninguna cosa, de las realidades existentes, era auténtica, salvo la participación de la tierra en el fuego, del fuego en el agua, del aire en éstos y de éstos en el aire; incluso de lo bello en lo feo, de lo justo en lo injusto, y todo lo demás también sucede según esta correlación (de esta suposición la razón toma su impulso en dos direcciones: dos son los movimientos del cuerpo y del alma, el uno irracional y el otro voluntario). Igualmente, tra-

[107] Véase, *supra* § 33, n. 25.

[108] Las constituciones que se promulgaron para estas ciudades retrasaron las tiranías, pero no las evitaron. Cf J. J. Torres, *op. cit.*, n. 25, pág. 23.

zó tres líneas que daban lugar a constituciones, y entre sí se tocan en los extremos, formando un triángulo rectángulo: una línea guarda una naturaleza de proporción 4:3; otra equivale a 5, y la tercera intermedia entre ambas.

131 Una vez que consideramos nosotros las coincidencias entre sí de las líneas y los espacios que se conforman, conseguimos la más bella imagen de una constitución. Y Platón se apropia de esta concepción, cuando dice claramente, en la *República*[109], que la base de la proporción 4:3, al unirse a la péntada, proporciona dos armonías. Dicen que también se ejercitó en la moderación de las pasiones, en el término medio y en que cada uno consiguiera una vida feliz con la ayuda de algún bien preeminente, y además que, en general, halló la elección de nuestros bienes y de los trabajos adecuados.

132 Se dice que apartó a los crotoniatas no sólo de sus concubinas sino, en general, del contacto con mujeres que no fueran sus esposas. En efecto, algunas mujeres de crotoniatas acudieron a Dinono, esposa de Brontino, un pitagórico, mujer de un alma sensata y excelsa, autora de un dicho bello y notable (que algunos atribuyen a Teano), a saber, que la mujer debe hacer un sacrificio cada mañana al levantarse del lecho de su esposo, y le pidieron que persuadiera a Pitágoras de que hablara con sus maridos para que mostraran moderación hacia ellas. Y así sucedió. La mujer lo prometió, Pitágoras habló y los crotoniatas decidieron apartarse enteramente del desenfreno reinante del momento.

133 Dicen incluso que Pitágoras, con ocasión de la llegada a la ciudad de Crotona de unos emisarios de Síbaris que reclamaban a los desterrados, se dio cuenta de que uno de los embajadores había dado muerte a uno de sus compañeros, y

[109] *Rep.* 546 c.



no le respondió nada. Y al preguntarle el individuo y querer entablar conversación con él, dijo que no había oráculos para ⟨tales⟩[110] personas. Por ello también, evidentemente, fue considerado Apolo por algunos. Todo esto y cuanto hace poco expusimos sobre la destitución de los tiranos y la liberación de las ciudades de Italia, de Sicilia y de muchas otras considerémoslo como pruebas del beneficio que ocasionó, en temas públicos, a los ciudadanos.

Lo que viene a continuación ya no se presenta así, de un modo general, sino que tomemos particularmente y adornemos con nuestra palabra sus actuaciones valiosas. Empecemos, en primer lugar, por los dioses, como es habitual, e intentemos mostrar su religiosidad y mostremos sus admirables obras en este campo y démosles orden con la palabra. Sea, en efecto, una sola prueba de ello lo que antes también hemos recordado, que conocía su propia alma, quién era, de dónde había accedido a su cuerpo, sus vidas anteriores y de ello ofrecía pruebas evidentes. Después de ese testimonio, también lo siguiente. En una ocasión, mientras atravesaba el río Neso en compañía de muchos discípulos, le dirigió la palabra, y el río le respondió con voz clara y penetrante que todos oyeron: «Salve, Pitágoras». Incluso, en un solo y mismo día, casi todos aseguran que en Metaponto de Italia y en Tauromenio de Sicilia se reunió y a la vez conversó con sus discípulos de uno y otro sitio, a pesar de que hay por medio, tanto por tierra como por mar, muchos estadios, que no se pueden recorrer en muchos días[111]. 134 28

También era un hecho muy divulgado lo que se cuenta de que Pitágoras mostró a Ábaris el hiperbóreo el muslo de 135

[110] Añadido por Nauck.

[111] Casi con las mismas palabras describe estos hechos PORFIRIO (*Vida* 27), pero al río que atraviesa Pitágoras lo denomina Cáucaso

oro, lo que llevó a éste a conjeturar que era el propio Apolo de los hiperbóreos, del que precisamente Ábaris era su sacerdote; Pitágoras aseguró que estaba en lo cierto y no se engañaba. E innumerables hechos semejantes, más sagrados y más admirables que éstos, se cuentan sobre nuestro hombre de idéntica manera: predicciones seguras de terremotos, eliminaciones rápidas de epidemias y de vendavales, ceses inmediatos de granizadas, calmas de oleajes fluviales y marinos para un cómodo tránsito de sus discípulos. De estas habilidades también participaron Empédocles de Acragante, Epiménides de Creta y Ábaris el hiperbóreo, que también llevaron a cabo acciones de este tipo en muchas partes.

136 Sus obras son pruebas evidentes de ello, especialmente el sobrenombre de Empédocles, «protector de los vientos», y el de Epiménides, «purificador», como el de Ábaris, «que camina por el éter», porque, como es sabido, subido en un dardo, que le había regalado Apolo el de los hiperbóreos, atravesaba ríos, mares y lugares intransitables, caminando por el aire en cierto modo, lo que también entonces supusieron algunos que le había pasado a Pitágoras, cuando en un mismo día, en Metaponto y Tauromenio, se trató con sus discípulos de una y otra ciudad[112]. Se dice que predijo que tendría lugar un seísmo por el agua que probó de un pozo y el naufragio de una barco que navegaba con viento favorable.

137 Y sean éstas las pruebas de su piedad. Pero quiero remontarme al principio para hablar del culto a los dioses, que estableció primero Pitágoras y después los hombres que le siguieron.

Todo cuanto distinguen sobre su actuación o inhibición queda marcado por su relación con la divinidad. Éste es su

[112] Cf. PORFIRIO, *Vida* 29.



principio y toda su vida esta estructurada para seguir a Dios, y esa es la razón de esta filosofía, esto es, los humanos hacen el ridículo cuando buscan el bien fuera de los dioses, y eso es lo mismo que si, en un país gobernado por reyes, se prestara atención entre los ciudadanos a un jerarca, sin hacer caso del soberano y rey de todos. En efecto, los pitagóricos consideran que los hombres obran de tal modo y, puesto que Dios existe y es el soberano de todo, se está de acuerdo en que es necesario pedir el bien al señor, y todos dan sus bienes a quienes aman y con los que se complacen, y ocurre al contrario con los que mantienen sentimientos opuestos. Evidentemente, hay que hacer aquello que resulte grato a la divinidad.

138 Pero esto no es fácil saberlo, a no ser que se oiga al que ha escuchado a la divinidad o a la propia divinidad, o bien se consiga por medio de una técnica divina. Por lo cual también se ocuparon de la mántica, porque sólo ella es la intérprete del pensamiento de los dioses. Sin embargo, también parecería al que cree en la existencia de los dioses que es una práctica digna; a otros, a los que puede parecerles una ingenuidad una de ellas, también se lo parecerán ambas. Hay también muchas prohibiciones que proceden de los misterios, porque ellos creen que son temas importantes y no los consideran una jactancia, sino que tienen su origen en una divinidad. Por supuesto, los pitagóricos creen unánimemente en los relatos míticos de Aristeas de Proconeso[113], de Ábaris el hiperbóreo, y en cuantas otras leyendas por el estilo se cuentan. En efecto, creen en todas estas cosas, y ellos mismos intentan muchas de ellas, pero las de esa naturaleza, las que parecen míticas, las guardan en la memoria sin desconfiar de ninguna que se pueda atribuir a la divinidad.

[113] Mítico taumaturgo.

139 Por lo demás, se dijo que Eurito[114] contaba que un pastor, que apacentaba su rebaño en la tumba de Filolao[115], aseguraba haber oído a uno que cantaba; Eurito no lo puso en duda, pero preguntó cuál era la armonía. Ambos eran pitagóricos y Eurito era discípulo de Filolao. Dicen también que en una ocasión alguien le dijo a Pitágoras que le parecía que había conversado en sueños con su padre, ya fallecido, y le hizo esta pregunta: «¿Qué significa esto?». Él le respondió «Nada», salvo que realmente había conversado con él. «Del mismo modo que nada significa que yo converse contigo ahora, así tampoco tiene significado eso». De manera que ante todas las cosas de esa índole de ningún modo se consideran a sí mismos ingenuos, sino a los que no creen en ellas, porque para la divinidad no hay posibles e imposibles, como creen los instruidos, sino que todo es posible. Y éste es el comienzo de los versos, que los pitagóricos atribuyen a Lino[116], aunque quizás sean de ellos:

*Es necesario esperarlo todo, porque no hay nada exento de [esperanza.*
*Es fácil para la divinidad llevarlo todo a término; nada le [es imposible.*

[114] También dotado de cualidades extraordinarias. Apenas si se tienen noticias de este personaje.

[115] Dirigió la secta en los últimos tiempos. Poco se sabe también de la vida de este pitagórico, salvo que se trate, como es probable, de Filolao de Crotona, que vivió en la segunda mitad del siglo v a. C, autor de una teoría de los cuerpos celestes. Cf. M. VALVERDE, «Algunas consideraciones en torno a la ciencia astronómica de los pitagóricos», *Homenatge a Josep Alsina,* Tarragona, 1992, pág. 350.

[116] Mítico poeta, como lo fue Orfeo. Personaje que parece en la tradición bajo aspectos distintos. Por un lado, figura como hijo de Apolo y Psamate. A veces, se le relaciona con la música (PAUSANIAS, IX 29, 6) y, en TEÓCRITO, XXIV 103, figura como maestro de Heracles.



140 Creían que la confianza en sus doctrinas residía en el hecho de que el primero que habló de ello, no fue un cualquiera, sino la divinidad. Y una de las sentencias orales era: «¿Quién eres, Pitágoras?», porque dicen que era Apolo Hiperbóreo. Y como prueba de ello aducían que, cuando se levantó en el certamen, mostró el muslo de oro[117] y que agasajó a Ábaris el Hiperbóreo y tomó su dardo por el que fue guiado.

141 Se dice que Ábaris vino de los hiperbóreos, recogiendo oro para el templo y prediciendo una peste. Se alojó en los templos y jamás se le vio beber o comer cosa alguna. También se dice que en Lacedemonia hizo unos sacrificios de exorcismo preventivo, y por ese motivo jamás se produjo, en lo sucesivo, una peste en Lacedemonia. Pues bien, Pitágoras hizo que este Ábaris lo reconociera como maestro, cogiendo el dardo de oro que tenía, sin el cual no era posible encontrar el camino.

142 Y en Metaponto, al desear algunos hacerse con la carga que había en una embarcación que se acercaba, dijo: «Ciertamente un cadáver tendréis entre vosotros». Y apareció la nave con un muerto. También en Síbaris cogió una perniciosa serpiente de escamas y la expulsó, e igualmente hizo con una pequeña serpiente de Tirrenia, que causaba la muerte con su mordedura. En Crotona, según dicen, acarició un águila blanca sin que opusiera resistencia. Y queriendo alguien escucharlo se negó a hablar hasta que apareciera alguna señal, y después de esto apareció en Caulonia la osa blanca. Y él mismo predijo la muerte de su hijo a uno al que iban a comunicársela.

[117] Cf. PORFIRIO, *Vida* 28 y también, *ibidem,* para la nave que atraca en puerto con un cadáver (*infra,* JÁMBLICO, 141).

143 Y le hizo recordar a Milias de Crotona que había sido Midas el hijo de Gordias, y Milias se marchó a tierra firme a realizar lo que Pitágoras le había encomendado en relación con la tumba. Dicen también que el que compró la casa de Pitágoras y la excavó no se atrevió a contarle a nadie lo que había visto, y por el delito de robar en Crotona, en lugares sagrados, fue apresado y ejecutado. Pues se le vio coger la barba de oro que se había caído de la estatua. Estas cosas, pues, y otras cosas por el estilo dicen los pitagóricos para ganarse la confianza. Como estos hechos son aceptados y es imposible que recayeran en una sola persona, creen, en consecuencia, que era evidente que se debían aceptar sus sentencias, por entender que se trataba de un ser superior y no de un ser humano. Pero también es un hecho que el enigma significa esto.

144 En efecto, esto es lo que se dice entre ellos:

*Un hombre y un pájaro son bípedos, y un tercero, además.*

Pues el tercero es Pitágoras. Tal era ciertamente por su piedad, y se le consideraba verdaderamente que así lo era por ello. En cuanto a los juramentos todos los pitagóricos los observaban de un modo muy cuidadoso, acordándose de la sentencia de Pitágoras, según la cual:

*A los dioses inmortales, en primer lugar, según se establece [por ley,*
*honra, y respeta el juramento; a continuación, a los héroes [ilustres,*

De manera que cuando uno de ellos se vio obligado por ley a jurar, aunque fuera a pronunciar un juramento justo, con todo, en lugar de jurar, aceptó pagar tres talentos, para



preservar el precepto. Tal era la sanción que se había fijado para el pleiteante.

145 Se afirmaba igualmente entre ellos que nada ocurría espontáneamente y a causa del azar, sino por previsión divina, en especial para los hombres buenos y piadosos, y lo confirma el libro de Andrócides[118] *Sobre los símbolos pitagóricos* acerca del pitagórico Timaridas de Tarento. En efecto, cuando éste partía por mar, por una circunstancia concreta, lo rodearon y abrazaron sus amigos y lo despidieron efusivamente. Y cuando ya había subido a bordo, alguien le dijo: «Que obtengas cuanto quieras de los dioses, Timaridas». Y aquél respondió: «Mantener silencio, pero preferiría todo cuanto viniera de parte de los dioses»; pues consideraba más inteligente y prudente no oponerse ni quejarse a la providencia divina. Por tanto, si se quisiera saber de dónde aprendieron estos hombres una piedad tan profunda, hay que decir que un ejemplo evidente de la teología pitagórica del número se daba en Orfeo.

146 Pues bien, ya no hay duda de que Pitágoras, tomando las aportaciones de Orfeo, compuso su tratado *Sobre los dioses*[119], que tituló *Sagrado* por esta razón, porque está recogido del ámbito más místico de Orfeo[120], bien sea realmente un escrito de nuestro hombre, como la mayoría dice, bien de Telauges, como algunos miembros de la escuela, respetables

---

[118] Autor escasamente conocido.

[119] Thesleff, *op. cit.*, n. 27. *The Pythagorean...*, 164, 3-12; 189, 2-8.

[120] Ciertamente, resulta difícil matizar la separación entre orfismo y pitagorismo. Véase, al respecto, R. Parker, en su ya citada obra *(supra* n. 93), *Miasma: Pollution...*, pág. 290. El pitagorismo, por otra parte, viene a ser una especie de desarrollo último del orfismo, y éste, a su vez, guarda relación con los movimientos dionisíacos arcaicos. Cf. P.-M. Schull, *Essai sur la formation de la pensée grecque.* Pr. Univer. de France, París, 1949, pág. 230 y sigs. y E. Will, *Le monde grec et l'orient*, vol. I, 2.ª ed., París, 1980, pág. 572.

y dignos de confianza, han asegurado, a juzgar por las indicaciones que el propio Pitágoras dejó a su hija Damo, hermana de Teleauges, de la que dicen que fueron confiadas, después de su muerte, a Bitala, hija de Damo, y a Teleauges, que había llegado a la adolescencia, hijo de Pitágoras y esposo de Bitala. En efecto, a la muerte de Pitágoras, era muy joven y se quedó junto a su madre Teano. Ciertamente, se demuestra también por este *Tratado sagrado* [o tratado *Sobre los dioses,* porque con ambos títulos se le conoce][121] quién era el que confió el tratado *Sobre los dioses* a Pitágoras, porque dice: «Este ⟨tratado⟩[122] *Sobre los dioses,* yo Pitágoras, hijo de Mnemarco, que conocí como participante en ceremonias orgiásticas en la tracia Libetra, por habérmelo entregado el oficiante Aglaofamo, y, como dijo Orfeo, el hijo de Kalíope, en el monte Pangeo, inspirado por su madre: la esencia eterna del número es el principio más provisor de todo el cielo, de la tierra y de la naturaleza intermedia, e igualmente el fundamento de la permanencia de ⟨los hombres⟩[123] divinos, de los dioses y de los démones».

147 Por todo esto, pues, se hace evidente que aprendió de los órficos que la esencia de los dioses se define por el número. Pero a través de los mismos números efectuaba también una admirable presciencia y un culto a los dioses, de acuerdo con los números, de unas características estrechamente relacionadas con ellos. Se puede conocer esto por lo siguiente (pues es necesario presentar un hecho real para inspirar confianza en lo que se dice). Cuando Ábaris realizaba unos rituales sagrados, habituales para él, mediante los que proporcionaba una rigurosa presciencia a toda la comu-

[121] Suprimido por Nauck.
[122] Añadido por Lobeck.
[123] Observación de Deubner, 678.



nidad bárbara, a través de sacrificios, especialmente de aves (pues sus entrañas se consideran exactas para un examen riguroso), no quiso Pitágoras quitarle la meticulosa tarea de conseguir la verdad, sino proporcionársela por medio de algo más seguro, sin sangre y sin sacrificio, especialmente porque consideraba que el gallo estaba consagrado al sol, y desarrolló para él un ritual definido como «la verdad total», que se basaba en la ciencia numérica.

148 También de su piedad le nació la fe en los dioses. En efecto, proclamaba siempre que ninguna cosa admirable ponía en duda sobre los dioses ni sobre las enseñanzas divinas, por entender que los dioses son capaces de todo. También que llamáramos divinas las enseñanzas (en las que era necesario creer) que había transmitido Pitágoras. Así, pues, confiaban y habían aceptado respecto a lo que creían, que no los engañaba, de manera que Eurito de Crotona, discípulo de Filolao, cuando un pastor le comunicó que al mediodía había escuchado la voz de Filolao que salía de su tumba, y eso que había muerto muchos años antes, como si estuviera cantando, le dijo: «¿Y, por los dioses, ¿qué armonía es?». Y el mismo Pitágoras, al preguntarle alguien sobre el significado de un sueño en el que había visto a su padre, que había fallecido tiempo ha, le dijo: «Nada, porque tampoco significa nada que ahora estés charlando conmigo».

149 Llevaba vestidos blancos y limpios, e igualmente cobertores blancos y limpios. Pero eran de lino, pues no utilizaba la lana. Y esta costumbre la transmitió a sus discípulos. Usaba también la discreción en el lenguaje ante los superiores y en todo momento mantenía el recuerdo y el respeto a los dioses, de tal modo que, a lo largo de la comida, hacía libaciones a los dioses y exhortaba a celebrar con cánticos cada día a las potencias superiores. Prestaba atención también a las voces, profecías e invocaciones di-

vinas, en general a todos los signos que se manifestaban espontáneamente.

150 Ofrendaba a los dioses incienso, granos de mijo, torta de cebada, panales de miel, mirra y otras ofrendas aromáticas. Y, personalmente, no sacrificaba seres vivos, ni tampoco ninguno de los filósofos contemplativos, y a los demás, los acusmáticos o los políticos, les ordenó que rara vez sacrificaran seres vivos, bien gallo, cordero o algún que otro recental, pero que no inmolaran bueyes. Y esto es una prueba de su respeto a los dioses, el aconsejar que jamás juraran utilizando el nombre de los dioses. Por ello, también Silo[124], uno de los pitagóricos de Crotona, pagó una multa por negarse a jurar, aunque iba a efectuar un juramento verdadero. Se atribuye también a los pitagóricos el siguiente juramento, dado que la invocación a Pitágoras suponía el deshonor de los que la efectuaban (de la misma manera que también consideraban una gran vergüenza el utilizar los nombres de los dioses), entonces aludían a su maestro por la invención del *tetraktýs*[125]:

*No, por el que ha descubierto el «tetraktýs» de nuestra sabi-* [*duría,*
*fuente que posee las raíces de la naturaleza eterna.*

151 En general, dicen que Pitágoras fue un entusiasta de la interpretación y actitud de Orfeo y que honraba a los dioses de un modo parecido a Orfeo, pues se les erigían estatuas, y de bronce, sin ajustarse a nuestra figura, sino a modelos divinos, porque los dioses todo lo dominaban y todo lo preveían, pues tenían la naturaleza y forma semejante al Todo. Y aseguran también que proclamaba Pitágoras sus purificaciones y los llamados misterios, porque poseía el más exacto conocimiento de ellos. Dicen incluso que también fue el creador de una síntesis de filosofía divina y culto, aspectos que aprendió de los órficos, de los caldeos y de los magos, y del ritual que se hacía en Eleusis, en Imbros, en Samotracia y en Lemnos y de cuanto había de ritual común tanto entre los celtas como entre los íberos.

152 Entre los latinos[126] se leía el *Discurso sagrado* de Pitágoras, no entre todos, ni por todos, sino por aquellos que estaban dispuestos a aprender el bien y no se ocupaban de nada vergonzoso. Decía Pitágoras que los hombres ofrendaran libaciones tres veces y que Apolo vaticinaba desde el trípode por el hecho precisamente de que el primer número era la tríada. Y a Afrodita se le ofrendaba un sacrificio el sexto día, porque este número era el primero que participaba de toda la esencia del número y, cuanto de cualquier modo divide, por igual toma el poder de lo sustraído y del resto. Y a Heracles había que ofrendarle sacrificios en el octavo día del inicio de mes, considerando su origen sietemesino.

153 Dice también que hay que entrar en un templo con un vestido limpio en el que no se haya dormido, porque el sueño, lo negro y lo rojo representan un testimonio de pereza, mientras que la limpieza es una prueba de equilibrio en los razonamientos y en la justicia. Ordena igualmente que, si en un templo se produce un homicidio involuntario, se haga una lustración en un recipiente de oro o con agua de mar, porque con el primero, que es también el más hermoso de todas las cosas existentes, se establece como una medida de valoración. Dice también que no se debe dar a luz en un

[124] El hecho viene ya anunciado al final del § 144.

[125] Véase, *supra*, n. 66, para la definición y significación del término. Cf. P. Kucharsky, *Étude sur la doctrine pythagoricienne de la tétrade*, París, 1952.

[126] Se dice que el rey de Roma, Numa, fue un pitagórico.

templo, porque no es conforme con la ley sagrada que la divinidad del alma se encadene a un cuerpo en un lugar sagrado.

154 Ordena también que en una festividad no se cortaran el pelo ni las uñas, por entender que nuestro incremento de intereses no debía abandonar la jerarquía de los dioses. Dice igualmente que en un templo no se maten piojos, porque consideraba que la divinidad no debía participar en cosa alguna superflua y defectuosa. Y dice que honraran a los dioses con cedro, laurel, ciprés, encina y mirto, y que ninguna parte del cuerpo se purificara con éstos, ni que se limpiaran los dientes con ellos, pues pensaba que ésta era la primera generación de la naturaleza húmeda y el sustento de la materia primera y común. Pide también que no asen lo que haya sido cocido, aduciendo que la mansedumbre no precisa de cólera. No permitía que incineraran los cuerpos de los fallecidos, de acuerdo con los magos, porque no quería que lo mortal participara de elemento alguno divino.

155 Consideraba conforme a la ley sagrada acompañar a los difuntos con vestiduras blancas, significando misteriosamente la naturaleza sencilla y primera de acuerdo con el número y el origen de todas las cosas. Más que todo, recomienda efectuar un buen juramento, pues el futuro es lejano, pero nada hay lejano para los dioses. Y dice que es mucho más sagrado ser objeto de una injusticia que dar muerte a un ser humano (porque en el Hades existe un juicio), considerando las naturalezas concernientes al alma y a su esencia que es la primera de todo lo que existe. Y ordena que no se debía construir un ataúd de madera de ciprés porque el cetro de Zeus era de ciprés o bien por alguna otra razón de ritual mistérico. Igualmente, ordenaba que hicieran libaciones antes de la comida a Zeus salvador, a Heracles y a los Dioscuros, celebrando a Zeus como autor y propulsor de la alimentación, a Heracles [y], fuerza de la naturaleza, y a los Dioscuros, armonía universal.



156 Afirma que no se debe efectuar una libación con los ojos cerrados, porque ninguna cosa bella implica vergüenza o pudor. Y cuando tronaba, ordenaba tocar la tierra, acordándonos del linaje de los seres. Manda entrar a los templos por la parte derecha, y salir por la izquierda, al considerar la derecha como principio de lo que se denomina número impar y como elemento divino, y la izquierda como símbolo del número par y divisible. Tal se dice que fue su modo de ejercitar la piedad, y en cuanto a lo demás que hemos omitido sobre este aspecto, es posible comprobarlo por lo que se ha dicho, de manera que sobre esto dejo ya de hablar.

157 29 Sobre su sabiduría, para decirlo simplemente, sean su más grande testimonio los recuerdos que escribieron los pitagóricos, que contienen la verdad sobre todo, y son precisos en cada aspecto, pero especialmente dan la impresión de una pátina arcaica y antigua, como si se tratara de una vellosidad intocable, y agudamente plantean reflexiones con sabiduría divina; recuerdos llenos y apretados de pensamientos, abigarrados y especialmente multiformes por su apariencia y materia, y al mismo tiempo excepcionalmente sencillos por su exposición simple, con una demostración inteligente y plena, muy particularmente llenos de hechos evidentes e indudables, y lo que se denomina argumento deductivo, si uno se encamina a ellos por el sendero adecuado, actuando con sencillez y sin artificios. Estos antecedentes, pues, constituyen la ciencia que Pitágoras nos transmite sobre los inteligibles y sobre los dioses.

158 A continuación, explica toda la teoría de la naturaleza. Perfecciona la ética y la lógica, y proporciona toda clase de teorías matemáticas y los mejores saberes, y todo lo que enteramente formó parte del conocimiento humano sobre cual-

quier tema ha sido contrastado en estos escritos. Si realmente se acepta que unos temas de Pitágoras pertenecen a los escritos que actualmente circulan entre nosotros y que otros se han redactado a partir de lo que a él se le oyó, y a causa de esto ni siquiera los aprobaron como suyos propios, sino que se los atribuyeron a Pitágoras como si realmente fueran suyos, resulta evidente por todo esto que Pitágoras era manifiestamente un conocedor de toda la sabiduría. Dicen que se había dedicado ampliamente a la geometría. En efecto, entre los egipcios existen muchos planteamientos de temas de geometría, porque desde antiguo, a causa de las crecidas y bajadas del Nilo, los científicos egipcios, por inspiración de los dioses, tuvieron la necesidad de medir toda la tierra que cultivaban, por lo que esta acción ha sido llamada geometría. Pero tampoco se ha llevado a cabo por ellos de pasada la especulación de los fenómenos celestes, en la cual también Pitágoras fue un consumado experto. Por supuesto, toda la teoría sobre las líneas parece depender de los egipcios. En cambio, dicen que la investigación del cálculo y de los números es un hallazgo de los fenicios. Porque la especulación de los fenómenos celestes ha sido atribuida por algunos, por igual, a egipcios y a caldeos.

159 Dicen que Pitágoras, adoptando y promocionando todo esto, promovió los saberes y los expuso por igual, diestra y cuidadosamente, a sus discípulos.

En consecuencia, fue el primero que dio nombre a la filosofía[127] y que dijo que era un deseo y una especie de amor por la sabiduría, y que la sabiduría era la ciencia de la verdad de los seres. Concebía y denominaba a los seres como inmateriales, eternos y únicamente activos, es decir, incorpóreos; y, por otra parte, los que reciben el mismo nombre,

[127] Véase, *supra*, § 58, n. 46.



por su participación en la realidad del ser, son llamados del mismo modo formas corpóreas, materiales, engendradas, caducas, y jamás son seres. La sabiduría es la ciencia de los seres propiamente dichos, pero no es de los que reciben el mismo nombre, puesto que lo corpóreo no es científico ni comporta un conocimiento seguro, al ser infinito e incomprensible, y como está distanciado de los universales, tampoco puede circunscribirse claramente a una definición.

160 Pero de lo que es incomprensible por naturaleza tampoco es posible concebir conocimiento alguno. Ciertamente, no es verosímil que haya un deseo de un conocimiento que no esté subyacente, sino que, antes bien, este deseo es el que versa sobre los seres reales y que mantienen su identidad de un modo constante y que se acomodan a la calificación de seres, porque incluso sucede que, por la comprensión de éstos, también se produce a continuación el conocimiento de los seres del mismo nombre, pero sin una intención meticulosa, tal como al conocimiento de lo universal, sigue el conocimiento de lo particular. Arquitas[128] dice: «Por supuesto, reflexionando bien sobre los universales también se está en condiciones de ver bien la realidad de los particulares». Las cosas existentes no son únicas, ni singulares ni simples, sino que al momento se ven variadas y multiformes; y son inteligibles e incorpóreas, con la denominación de seres, y corpóreas y perceptibles, que ciertamente se relacionan, por su participación, con la existencia real.

161 Sobre todos estos hechos transmitió los conocimientos más apropiados y no dejó nada sin investigar. También legó a la humanidad ciencias comunes, como la demostración, la definición y la distinción, según se puede saber por las anotaciones pitagóricas. Solía utilizar para sus amigos, por me-

[128] Véase, *supra*, § 127, n. 106.

dio de expresiones muy concisas, una exposición variada y amplia, de un modo simbólico, tal como Apolo Pitio, valiéndose de ciertas expresiones de oráculos manuales o la propia naturaleza por medio de sus semillas, pequeñas por su tamaño, presentan una abundancia, inacabada y difícil de entender, de pensamientos y hechos consumados.

162 Tal es la sentencia del propio Pitágoras:

*El principio es la mitad del todo.*

Pero no sólo en el presente hemistiquio, sino en otros semejantes el muy divino Pitágoras ocultaba el ardor de la verdad a los que eran capaces de inflamarse, enriqueciéndolos, mediante una expresión breve, con una declaración ilimitada y plena de ciencia, como la de que

*todo corresponde al número*

lo que sin duda proclamó repetidamente para todos o, a su vez, aquello de que «Amistad es igualdad, [igualdad][129] o bien en la denominación de «universo» o, por supuesto, en la de «filosofía», o también en la de «esencia», o en la del [famoso][130] *tetraktýs*. Todas estas realizaciones y creaciones, y otras semejantes, las ideó para utilidad y encauzamiento de los que con él convivían y, de este modo, eran respetadas y recibían honores divinos de los que las comprendían, de manera que entre sus discípulos fueron utilizadas como fórmula de juramento[131]:

[129] Propone la supresión DEUBNER, 665.

[130] Propone la supresión DEUBNER, 680.

[131] Juraban los pitagóricos por el autor del que descubrió el *tetraktýs*, la serie de los cuatro primeros números, sin nombrar expresamente a Pitágoras. El juramento se atribuía a Empédocles, aunque también se le atribuye a Lisis, el discípulo que inmediatamente sucedió a Pitágoras. Se encuentra también en PORFIRIO, § 20. El juramento se encuentra en los versos áureos que resumen la doctrina moral de Pitágoras. Véase, *supra*, § 82, n. 66. Todavía es útil y válido, a pesar del tiempo transcurrido (más de un siglo) el artículo de J. DUPUIS, «Note sur le serment des pythagoriciens», *Revue de Études Grecques*, 7 (1894), 146-150, donde se habla también de la armonía musical y la relación del juramento con los *Versos áureos*.



*No, por el que ha dado el «tetraktýs» a nuestra generación,*
*fuente que posee las raíces de una naturaleza eterna.*

Tan admirable era esta forma de su sabiduría.

163 Dicen que los pitagóricos, entre las ciencias, honraban especialmente la música, la medicina y la mántica. Eran silenciosos y propensos a escuchar, y entre ellos era especialmente alabado el que era capaz de escuchar. De la medicina particularmente aceptaban la especialidad de la dietética y en esto solían ser muy rigurosos. En primer lugar, intentaban averiguar los indicadores de un equilibrio en la bebida, la alimentación y el descanso; en segundo lugar, sobre la preparación de los alimentos, casi fueron los primeros que se dedicaron a practicarla y a regularla. De las cataplasmas hacían los pitagóricos un uso mucho más frecuente que sus predecesores; en cuanto a las medicinas, las estimaban en menos. De ellas usaban especialmente las que estaban indicadas contra las úlceras. Y lo que menos aceptaban de todo era la cirugía y la cauterización.

164 Empleaban también encantamientos contra algunas enfermedades. Consideraban igualmente que la música contribuía en gran medida a la salud, si se empleaba de un modo adecuado. Usaban también una selección de versos de Homero y Hesíodo para enderezar el alma.

Creían que era necesario retener y preservar en la memoria todo lo que se había enseñado y explicado, y que las

enseñanzas y doctrinas se adquieren en la medida en que se es capaz de recibir la facultad de aprender y recordar, puesto que ésta es con la que se debe ejercer el conocimiento y en lo que se preserva la facultad de conocer. Honraban, pues, en gran medida la memoria, y la ejercitaban y cuidaban mucho y, en su aprendizaje, no dejaban lo que estaban aprendiendo, hasta que consolidaban firmemente sus fundamentos básicos y recordaban cada día lo que se les había explicado realizándolo del siguiente modo.

165 Un pitagórico no se levantaba del lecho hasta recordar lo que había sucedido el día anterior. Y el recuerdo lo llevaba a cabo de la siguiente manera: intentaba retener en su mente, en primer lugar, lo que había dicho o había escuchado o había ordenado a los de la casa cuando se levantó; también eso mismo, en segundo lugar y en tercer lugar. Y en lo que respecta al período de tiempo siguiente, del mismo modo. Y, a su vez, al salir, la primera persona con la que se había encontrado, la segunda y la tercera; y la primera conversación que había mantenido, la segunda y la tercera. Y así con todo lo demás. Pues intentaban retener en la mente todo lo sucedido en un día entero, proponiéndose recordarlo en el mismo orden en que cada uno de los acontecimientos había ocurrido. Y si, al despertar, contaba con más tiempo libre, también intentaba recordar lo que había sucedido dos días antes.

166 Y en gran medida trataban de ejercitar la memoria, pues no hay nada tan importante para la ciencia, la experiencia y la inteligencia como la facultad de poder recordar.

Como consecuencia de estos hábitos, sucedió que toda Italia se llenó de filósofos y, siendo con anterioridad una región desconocida, después, gracias a Pitágoras, fue denominada Magna Grecia, y entre ellos hubo muchísimos filósofos, poetas y legisladores. En efecto, aconteció que el arte



retórica, los discursos epidícticos y las leyes escritas se introdujeron en Grecia desde aquel territorio; y sobre las teorías físicas, cuantos han hecho alguna referencia de ellas aluden en primer lugar a Empédocles y a Parménides de Elea; y los que quieren reflexionar sobre aspectos de la vida, presentan los pensamientos de Epicarmo[132], y casi todos los filósofos los conocen de memoria. Pues bien, sobre su sabiduría y el modo en que indujo, de un modo intenso, a todas las gentes a ella, de acuerdo con las posibilidades de participación de cada uno, y la manera perfecta en que la transmitió, sea suficiente lo expuesto por nosotros.

167 30 En cuanto a la justicia, comprenderíamos mejor el modo en que la practicó y transmitió a los hombres, si la consideráramos desde su origen y desde los motivos que la han generado y analizáramos la primera causa de injusticia. Descubriríamos entonces cómo se guardó de ésta y cómo procuró que la justicia prosperara. El origen, pues, de la justicia consiste en que todos, en comunidad e igualdad, compartan sentimientos como si se tratara de un solo cuerpo y una sola alma, y en que lo mío y lo ajeno signifiquen lo mismo, como también lo atestigua Platón[133], que lo aprendió de los pitagóricos.

168 Entre los hombres, pues, dispuso esto de la mejor manera: erradicó de las costumbres toda propiedad individual y extendió el sentido comunitario hasta las últimas posesiones, que son motivo de discordia y desorden. En efecto, todos tenían los mismos bienes en común y ninguno poseía ninguna propiedad particular[134]. Y si alguno se encontraba satisfecho en la comunidad, usaba los bienes comunitarios

[132] Comediógrafo siciliano del siglo v a. C. Cf. *infra* n. 9 al *Protréptico*.

[133] *Rep.*. 463b y sigs.

[134] Véase, *supra*, § 32 n. 24.

del modo más justo, pero si no era así, podía retirar su propia hacienda y más de lo que había aportado a la comunidad y se retiraba. Así estableció la justicia del mejor modo posible, partiendo de un principio primordial. Después de esto, ciertamente la relación de familiaridad con el género humano introduce la justicia; el desdén y el desprecio del linaje común produce la injusticia. Queriendo, en consecuencia, infundir este sentido de relación familiar profundamente entre los hombres, lo estableció también respecto a los seres vivos emparentados, ordenándoles que los consideraran como propios y amigos, de manera que no los maltrataran, y no los sacrificaran ni se los comieran.

169 Dado que los animales están constituidos de los mismos elementos que nosotros y participan también de una vida común, estableció una íntima relación entre los hombres y ellos, y tanto más propició esta relación familiar cuanto que tienen en común un alma semejante y racional. Partiendo de ésta es evidente que introdujo una justicia que partía de un principio muy importante. Pero puesto que a muchos alguna vez también la falta de dinero los fuerza a cometer un acción contra la justicia, previó igualmente esto, al procurarse, por medio de la economía, en cantidad suficiente, unos recursos generosos y justos. En general, el buen principio de economía doméstica es la disposición de todo buen orden en las ciudades, porque las ciudades constan de viviendas.

170 Dicen igualmente que el propio Pitágoras heredó los bienes de Alceo, que perdió su vida después de su embajada en Lacedemonia, y que fue admirado no menos por su administración que por su filosofía. Estaba casado, tuvo una hija (que después se casó con Menón de Crotona) y la educó de tal modo, que, siendo doncella, se hizo cargo de la dirección de los coros y, de casada, fue la primera mujer que se acercó a los altares. Los metapontinos, que conservaban todavía en su memoria a Pitágoras, cuando ya no vivía entre ellos, consagraron su casa como templo de Deméter, y la callejuela en que se encontraba, como templo de las Musas.



171 Además, con frecuencia la soberbia, la molicie y el desprecio de las leyes contribuyen a la injusticia; a consecuencia de ello, ordenó Pitágoras que todos los días prestaran su ayuda a la ley y combatieran la ilegalidad. Por ello igualmente, estableció esta distinción: el primero de los males que suele presentarse en las viviendas y las ciudades es la denominada molicie; el segundo, la soberbia y, el tercero, el lujo. En consecuencia, ⟨ordenó⟩[135] que se abstuvieran y rechazaran siempre la molicie y se acostumbraran desde su nacimiento a un genero de vida moderado y viril y se liberaran de toda maledicencia insultante, pendenciera, injuriosa, vulgar y bufonesca.

172 Por ello, estableció otra clase de justicia mucho más noble, de una estructura legal, que ordena lo que se debe hacer y prohíbe lo que no está permitido hacer y que incluso está por encima de la que se encuentra en un contexto judicial. Pues la una se parece a la ciencia médica y cuida a los que están enfermos; la otra ni siquiera al principio ⟨permite⟩[136] que se enferme, sino que, desde siempre, se preocupa de la salud del alma. Siendo esto así, los mejores legisladores de todos fueron los prosélitos de Pitágoras, en primer lugar Carondas de Catania y, en segundo lugar, Zaleuco y Timarato, que redactaron las leyes de los locrios. Después de éstos, Teeteto, Helicaón, Aristócrates y Fitio que fueron los legisladores de Regio[137]. Y todos ellos fueron honrados como dioses por sus conciudadanos.

---

[135] Añadido por Deubner-Klein.

[136] Añadido por Kiessling.

[137] Sobre legisladores, véase *supra*, n. 25.

173 En efecto, no se pusieron a redactar sus leyes, como Heráclito dijo que legislaría para los efesios, cuando ordenó que los ciudadanos fueran ahorcados en su juventud, sino con mucha reflexión y ciencia política. Y ¿por qué es necesario admirarse de éstos, que participaron de una educación y formación propia de un hombre libre? En efecto, Zamolxis[138], oriundo de Tracia, que fue criado de Pitágoras y escuchó sus lecciones, obtuvo la libertad; se presentó a los getas y les fijó sus leyes, como hemos expuesto en un principio, e incitó a los ciudadanos al valor, convenciéndolos de que su alma era inmortal. Incluso hoy día todos los gálatas, los trales y muchos bárbaros convencen a sus hijos de que el alma no perece, sino que persiste, cuando han fallecido; igualmente de que no hay que temer a la muerte, sino que hay que hacer frente a los peligros resueltamente. Ésta fue la educación que impartió a los getas; además, les redactó sus leyes y entre ellos figura como el más grande de los dioses

174 Concibió, además, que lo más efectivo para el establecimiento de la justicia era la jerarquía de los dioses, y partiendo de aquella, desde su origen, estableció la constitución, las leyes, la justicia y el derecho. Merece la pena añadir cómo lo definió al detalle. Los pitagóricos, que lo aprendieron de él, consideraron que era útil reflexionar sobre lo divino, es decir, cómo es y cómo se encuentra respecto al género humano, de manera que le dirige sus miradas y lo aprecia. Necesitamos, en efecto, de tal autoridad, contra la que no pretenderemos rebelarnos en absoluto. Tal es ella, de origen divino, si es que la divinidad es digna de ostentar toda clase de jerarquía, porque afirmaron (y lo decían con razón) que el ser vivo era soberbio por naturaleza y variado por sus impulsos, por sus deseos y por el resto de sus pasiones. Necesitamos, en consecuencia, de tal superioridad y supervisión, de la que surge la moderación y el orden.

Pensaban que era necesario que cada uno por sí, comprendiendo la complejidad de su naturaleza, jamás olvidara la piedad y devoción a la divinidad, sino que siempre tuvieran presente en su pensamiento que ella dirigía sus miradas y vigilaba la conducta humana. Tras la condición divina y demónica, hay que prestar muchísima atención a los padres y a la ley, y quedar en una postura de obediencia a éstos, no de un modo ficticio, sino por convencimiento. Creían, en general, que era necesario considerar que no existía mayor desgracia que la anarquía, porque el hombre no estaba dotado por naturaleza para salvarse, si no hay quien lo gobierne. 175

Aquellos hombres estimaban que debían permanecer en las costumbres y normas tradicionales, aunque fueran un poco peores que otras. En efecto, el repentino abandono de las leyes existentes y la adopción de novedades en modo alguno era útil ni saludable. Llevó a cabo, pues, otras muchas obras de piedad para con los dioses, demostrando que su vida estaba en consonancia con sus palabras. Vale la pena acordarse de una sola que puede también aclarar otras 176

Mencionaré las palabras que pronunció Pitágoras y su actuación ante la embajada que, procedente de Síbaris, se presentó en Crotona a reclamar a los desterrados. En efecto, algunos de sus discípulos fueron eliminados por los que habían venido como embajadores; de éstos, uno era un asesino y otro hijo de uno, fallecido ya de muerte natural, que había participado en la revuelta ciudadana. Como los habitantes de Crotona aún no sabían cómo debían actuar, Pitágoras dijo a sus discípulos que no quería que los crotoniatas di- 177

[138] Cf. HERÓDOTO, IV 95-96, y PORFIRIO, *Vida* 14-15. Consúltese también la obra de M. ÉLIADE, *De Zalmoxis à Gengis-Khan*, París, 1970, págs. 52-54.

sintieran grandemente de él y, puesto que no aprobaba que llevaran víctimas a los altares, tampoco aprobaba que retiraran a la fuerza de los altares a los suplicantes[139]. Los de Síbaris se le acercaron y se lo reprocharon, y él le dijo al asesino, que trataba de dar cuenta de los reproches, que no le daba ningún oráculo. Por esto lo acusaron de andar diciendo que era Apolo y con anterioridad, con motivo de una investigación, a uno que le preguntó, «¿Por qué esto es así?», le preguntó a su vez, al que le inquiría, si también pretendía que Apolo, cuando pronunciaba sus oráculos, debía dar su justificación.

178 Y a otro que, en su opinión, se reía de las charlas en las que Pitágoras revelaba que había un regreso para las almas, y que le andaba diciendo que le daría una misiva para su padre, cuando Pitágoras fuera a descender al Hades y le pedía que le trajera otra, a su vez, cuando regresara de estar junto a su padre, le dijo que no pensaba acercarse al lugar de los impíos, donde claramente sabía que recibían su castigo los asesinos. Los embajadores lo insultaron, pero él avanzó hasta el mar y se purificó acompañado de un gentío. Uno de los miembros del consejo de Crotona, después de haber denunciado otros temas de los embajadores, dijo que incluso cometieron la locura de atacar a Pitágoras, a quien no se atrevería a infamar ninguno de los seres vivos, aunque todos los seres animados estuvieran dotados de voz como los hombres, tal como nos lo han transmitido las fábulas, si nos remontamos a las primeras épocas.

179 Encontró también otro sistema de apartar a los hombres de la injusticia, por medio del juicio de las almas, sabedor,

[139] Los desterrados que se habían acogido como suplicantes a los altares, para salvar sus vidas. Este suceso parece que tuvo lugar hacia el año 510 a. C., cuando se hizo con el poder, en Sibaris, Telis, apoyado por facciones populares. Los desterrados en Crotona eran aristócratas.



por una parte, de que éste era un dicho verdadero y, por otra, de que era útil para infundir aversión a la injusticia. Proclamaba que debía preferirse ser objeto de una injusticia a dar muerte a un ser humano (pues en el Hades está establecido el juicio), por consideración al alma, a su esencia y a la naturaleza primaria de los seres. Además, una vez que quería demostrar cómo se debe asumir el ejercicio de una justicia igualitaria y moderada en la desigualdad, asimetría e infinitud, dijo que la justicia se asemejaba a aquella figura geométrica, que solamente posee un número ilimitado de combinaciones de líneas, dispuestas de un modo desigual entre sí, pero contienen idénticas demostraciones de significado.

180 Pero dado que también existe una especie de justicia en la relación con el prójimo, se dice igualmente que fue transmitida por los pitagóricos una cierta normativa de ella. En efecto, existía en las relaciones una oportunidad y una inoportunidad, y se establecía una distinción por la diferencia de edad, de categoría, de vínculo familiar, de servicio prestado y de cualquier otro aspecto diferencial que se diera entre unos y otros. Pues existe una forma de conversación que no parece ser inoportuna entre un joven y otro, pero sí lo es con una persona mayor. Pues no es ⟨inoportuna⟩[140] toda forma de cólera, de amenaza, ni de valentía, pero hay que cuidarse de toda inconveniencia de este tipo entre un joven y una persona mayor. Y se da también un razonamiento semejante sobre la categoría social.

181 Respecto a una persona que ha llegado a una auténtica categoría de honestidad probada, no es correcto ni oportuno tratarla con la franqueza de expresión de antes ni con el resto de inconveniencias que se acaban de mencionar. De un

[140] Observación de Deubner, 681.

modo parecido a éste, hablaba de la conversación con los padres, así como de la conversación con los benefactores. Variado y multiforme es el uso de la oportunidad. En efecto, entre los que están irritados y encolerizados unos lo hacen en su momento oportuno; otros, no. A su vez, entre los que aspiran, desean o se mueven hacia cualquier objetivo, unos encuentran el momento oportuno de seguir ese impulso y otros no. La misma justificación se da para otras pasiones, actividades, estados de ánimo, conversaciones y encuentros.

182 Y hasta cierto punto, la oportunidad se puede enseñar, es racional y susceptible de una especulación teórica, pero, en general, y sin más ninguno de estos aspectos le atañen. Y a la naturaleza de la oportunidad le siguen, casi como si fueran sus acompañantes, el denominado momento oportuno, el decoro, la correspondencia y cualquier otra cosa de ese estilo. Manifestaron que en todo asunto el principio era una única cosa muy valiosa por igual, en la ciencia, en la experiencia y en la generación, y a su vez también en una familia, en una ciudad, en un ejército y en todas las instituciones de ese tipo, pero la naturaleza del principio es difícil percibirla y contemplarla en todo lo que se ha dicho. En efecto, en las ciencias no es propio del pensamiento normal la comprensión y el juicio correcto del principio cuando se repara en las partes del tema en cuestión.

183 Gran diferencia y riesgo hay, en general en casi todo, si el principio no se capta correctamente, porque, para decirlo simplemente, nada sano hay, en lo que viene a continuación, si se desconoce el auténtico principio. Y el mismo razonamiento se da también sobre el otro principio[141]. En efecto, jamás se puede regir bien una familia, ni una ciudad, si no

[141] Se está refiriendo el autor al doble significado de *arché*, de «principio» y «mando» o «gobierno».



existe un verdadero jefe que ejerza su mando y autoridad con una aceptación voluntaria. Pues es necesario que exista una jefatura de ambas instituciones libremente aceptada, esto es, del gobernante y de los gobernados por igual. Del mismo modo también, afirmaban que las enseñanzas bien fundadas debían tener un carácter voluntario, por ambas partes, por el docente y el discente, porque si alguna de las partes mencionadas se oponía, jamás podría llevarse a término adecuadamente la acción propuesta. Pues bien, de este modo estimaba que era bello obedecer a los gobernantes y prestar atención a los maestros. Y ofrecía, por medio de hechos, la siguiente prueba muy significativa.

184 Se trasladó de Italia a Delos junto a Ferecides de Siro, que había sido su maestro, para cuidarle de la afección que había contraído, conocida por pediculosis, y para darle sepultura. Permaneció junto a él hasta su muerte y cumplió con el ritual fúnebre con su maestro[142]. En tan alto grado estimaba la atención para con su maestro.

185 Respecto a los pactos y a mantener la fidelidad en ellos, preparaba Pitágoras tan bien a sus discípulos, que dicen que en una ocasión Lisis, después de haber efectuado un acto piadoso en el templo de Hera, se encontró cuando salía con Eurífamo, un amigo suyo de Siracusa que entraba por los propíleos del templo de la diosa. Eurífamo le pidió que lo esperara hasta que saliera, después de haber venerado a la diosa, y Lisis se sentó en un asiento de piedra que se levantaba allí. Pero cuando Eurífamo había ya concluido su adoración a la diosa, se ensimismó en un determinado pensamiento de una reflexión muy profunda y salió por otra puerta, olvidándose de aquél. Y Lisis se quedó allí como

[142] Refiere el hecho también PORFIRIO *(Vida* 55) en parecidos términos.

estaba, sin moverse, el resto del día, la noche e incluso la mayor parte del día siguiente. Y habría pasado mucho más tiempo allí, si Eurífamo, que se encontraba precisamente al día siguiente en el lugar habitual de reunión, no hubiera oído que sus amigos andaban buscando a Lisis y se hubiera acordado. Se fue y se trajo a su amigo, que todavía aguardaba en el asiento; de acuerdo con lo convenido, exponiéndole el motivo de su olvido y añadió: «Alguna divinidad me provocó este olvido, para que fuera una prueba fehaciente de tu firmeza en los acuerdos».

186 También legisló Pitágoras la abstinencia de los seres animados, entre otras razones, porque también este hábito proporciona la paz. Porque al estar acostumbrados a repudiar el sacrificio de seres vivos como ilegal y contrario a la naturaleza, mucho más ilegal consideraban dar muerte a un ser humano y ya no hacían la guerra. La guerra es corego y legisladora de muertes, porque con ellas forma cuerpo. E igualmente, el «no sobrepasar el fiel de la balanza» es una exhortación a la justicia que prescribe practicar todo lo justo, como se mostrará en *Sobre los símbolos*[143]. Pitágoras, por supuesto, lo ha dejado de manifiesto a través de todo esto, al esforzarse grandemente por el ejercicio de la justicia y su transmisión a los hombres, tanto en sus obras como en sus palabras.

31 187 Al estudio de estos temas sigue el estudio de la templanza, esto es, cómo la practicó y transmitió a los que de ella hicieron uso. Se han mencionado ya los preceptos comunes sobre ella, en los cuales se ordena eliminar todo lo desproporcionado a fuego y espada. Pertenece a este esquema la abstinencia de todos los seres vivos y, además, de determinados alimentos que puedan provocar el desenfreno. Y es

[143] Cf. *Protréptico,* 21, 4 y sigs., y, *supra,* § 82, n. 63.



usual presentar alimentos apetitosos y costosos en los banquetes y retirarlos para los sirvientes, pues se presentan para castigar sólo los deseos, y ninguna mujer libre debe llevar oro; sólo las heteras. También pertenece a este mismo esquema la práctica de la vigilancia del pensamiento y la transparencia de lo que lo obstaculiza.

Incluso la contención verbal y el silencio completo que 188 se practica para gobernar la lengua. Y la continua e incansable asunción y examen de los más incomprensibles estudios teóricos. El mismo objetivo buscaba la prohibición del vino, la frugalidad en la comida y la brevedad en el sueño; el rechazo espontáneo de la fama, la riqueza y de otras apetencias por el estilo, el respeto sincero a los mayores, la igualdad y afabilidad sin ficción con los semejantes, una complacencia y predisposición con los jóvenes sin envidia, y todo cuanto en este orden de cosas podrá determinarse como conducente a la propia virtud.

Y por lo que cuentan Hipóboto y Neantes[144] sobre los 189 pitagóricos Milias y Timica, se puede comprender la templanza de aquellos varones y el modo en que la transmitió Pitágoras. En efecto, dicen que el tirano Dionisio, a pesar de todo lo que se esforzó, no consiguió la amistad de ninguno de ellos, porque se cuidaban de evitar su gobierno personalista e ilegal. Y envió un destacamento de treinta hombres, al mando de Eurímenes de Siracusa, hermano de Dión, para que observara el paso habitual de pitagóricos que temporalmente tenía lugar de Tarento a Metaponto. Se adaptaban, en efecto, a los cambios de estaciones y elegían los lugares apropiados para ello.

[144] A Neantes lo cita PORFIRIO *(Vida* 1-2); a Hipóboto, que fue un doxógrafo, lo cita también PORFIRIO (juntamente con Neantes), en *Vida* 61, que en ese punto acaba *ex abrupto.* Véase, *supra,* en Introducción, n. 24.

190 En Fanas, lugar fragoso de Tarento, por el que forzosamente tenían que pasar los pitagóricos, apostó Eurímenes a su gente en emboscada. Y cuando, sin sospecha alguna, llegaron los hombres al lugar, hacia el mediodía, los soldados se lanzaron vilmente contra ellos dando gritos. Se inquietaron los pitagóricos prudentemente por el repentino ataque y por el número en sí de atacantes (pues todos ellos eran, a lo sumo, diez) y en la idea de que, al hacer frente sin armas a gentes pertrechadas de diversa manera, iban a ser apresados, decidieron que su salvación estaba en la huida a la carrera, considerando que esto no estaba en contradicción con la virtud, porque sabían que el valor es el conocimiento de lo que se debe evitar y de lo que se debe aguantar, de acuerdo con lo que el recto juicio sugiera.

191 Y casi lo consiguieron (pues los hombres de Eurímenes, impedidos por sus armas, se quedaban atrás en la persecución), si no hubieran dado, en su huida, con un campo sembrado de habas de considerable tamaño. Y por no transgredir el precepto que ordenaba no tocar las habas, se quedaron parados, y por necesidad se defendieron de sus perseguidores, en la medida en que cada uno pudo, con piedras, con palos y con lo que tuvieron a mano, hasta que algunos de ellos perecieron y otros quedaron heridos. Verdaderamente, todos perecieron a manos de los lanceros y ninguno, en absoluto, fue apresado vivo, sino que prefirieron la muerte, de acuerdo con los preceptos de la secta.

192 Eurímenes y sus acompañantes se encontraron en una grande y desafortunada confusión, ante la idea de no llevar siquiera uno solo vivo a Dionisio, que los había movilizado para este único objetivo. Así que amontonaron tierra sobre los que habían caído, en un monumento fúnebre común en ese lugar, y se volvieron. Después les salió al encuentro Milias de Crotona y Timica de Lacedemonia, su esposa, que se



habían retrasado del grupo, porque Timica, que estaba encinta, se encontraba ya cumplida y, por esa razón, caminaba lentamente. Por supuesto, contentos, los apresaron y llevaron ante el tirano, preservándolos con todo cuidado y atención.

193 Éste, cuando se enteró de lo sucedido, manifestó una gran contrariedad: «Desde luego vosotros», dijo, «por encima de todos, conseguiréis de mí un merecido aprecio, si queréis colaborar conmigo en el gobierno». Pero al renunciar Milias y Timica a todo lo que les había ofrecido, dijo: «Si me enseñáis una sola cosa, os iréis a salvo con una escolta apropiada». Cuando Milias le preguntó qué era lo que deseaba saber, Dionisio respondió: «¿Por qué motivo prefirieron tus compañeros morir a pisar las habas?». Y Milias inmediatamente dijo: «Ellos decidieron morir, para no pisar las habas; yo, en cambio, prefiero pisar las habas, para no decirte el motivo de ello».

194 Dionisio quedó impresionado y ordenó que se llevaran a Milias a la fuerza, y mandó también que sometieran a tormento a Timica (pues pensaba que una mujer encinta y aislada de su marido, hablaría fácilmente por miedo a la tortura); ella, sin embargo, mujer de noble condición, haciendo rechinar los dientes sobre su lengua, se la cortó y se la escupió al tirano, con lo que hizo ver que, aunque el sexo femenino, vencido por la tortura, fuera obligado a descubrir algún secreto, lo que servía a ellos quedaba completamente cercenado por ella. Así manifestaban su oposición a las amistades con los de fuera, aunque se tratara de personas de condición real.

195 Parecidos a éstos, también había preceptos sobre el silencio, conducentes al ejercicio de la templanza, porque la contención de la lengua es el más difícil de todos los controles. Con tal virtud persuadieron a los crotoniatas de que se abstuvieran de relaciones ilegítimas y adúlteras con cor-

tesanas. También se incluye aquí el poder corrector de la música, por el que inclinó a la templanza a un muchacho, perturbado por el deseo amoroso; igualmente, la exhortación que aparta de la soberbia atañe a la misma virtud.

196 Pitágoras transmitió a sus seguidores estas recomendaciones, de las que él mismo era responsable. En efecto, ellos procuraron que sus cuerpos se mantuvieran ⟨siempre⟩[145] idénticos, y no flacos, en unas ocasiones, y gordos, en otras, pues pensaban que era síntoma de una vida irregular. Pero igualmente también consideraban, en el ámbito del pensamiento, que no podían estar unas veces contentos y otras deprimidos, sino alegres en medio de una tranquilidad constante. Rechazaban los arrebatos de cólera, los desánimos y los desequilibrios, y tenían la norma de que ninguno de los acontecimientos humanos debía ser inesperado para las personas juiciosas, sino que se debía esperar todo aquello que no está bajo su control. Pero si alguna vez les surgían arrebatos de cólera, aflicción u otra contrariedad de esa índole, se quitaban de en medio y, reconcentrándose cada uno en sí, intentaba digerir y curar su afección.

197 También se dice de los pitagóricos que ninguno de ellos, en estado de cólera, castigó a un criado ni reprendió a un hombre libre, sino que cada uno aguardaba la recuperación de su mente (a reprender lo denominaban «corregir»[146]). En efecto, esperaban en medio del silencio y la tranquilidad. Espíntaro[147] contó muchas veces de Arquitas de Tarento que, después de cierto tiempo, regresó a su finca, después de haber participado en la campaña que emprendió su ciudad

[145] Añadido por Kiessling.

[146] En griego, *pedartân*. Véase, *supra*, § 101, n. 90.

[147] Padre de Aristóxeno de Tarento, discípulo de Aristóteles. Véase, *supra*, Introducción, n. 24.



contra los mesapios[148], y cuando vio que el capataz y los otros servidores no realizaban bien las labores agrícolas, sino que se hallaban sumidos en una total negligencia, montó en cólera y cogió tal irritación, en la medida en que en él era posible, que les dijo dirigiéndose a los criados, según parece: «Buena suerte tenéis de que me halla irritado contra vosotros, porque si esto no hubiera sucedido, jamás habríais quedado impunes los que habéis cometido tamaña falta».

198 También refirió que se decía algo por el estilo de Clinias. En efecto, aquél aplazaba todas las reprensiones y castigos hasta el restablecimiento de su mente. Estos hombres se abstenían de lamentaciones, lágrimas y de toda manifestación de esa índole y no era motivo de disensión el lucro, el deseo, la cólera, la ambición ni ningún otro afecto por el estilo, sino que todos los pitagóricos debían adoptar tal actitud entre sí, como la que debía mantener un buen padre para con sus hijos.

Bello es atribuirlo y otorgarlo todo a Pitágoras, sin que consiguiera gloria alguna propia por sus descubrimientos, salvo en alguna rara ocasión; son muy pocos, en efecto, los pitagóricos de los que se conocen escritos suyos.

199 También causa asombro el rigor de su reserva. En efecto, en el transcurso de tantos años, no ha habido ningún escrito pitagórico, antes de la época de Filolao. Éste fue el primero que publicó esos tres conocidos libros, que se dice compró Dión de Siracusa por cien minas por sugerencia de Platón; se encontraba entonces Filolao sumido en una grande y extrema pobreza, y, dado que éste estaba vinculado a los pitagóricos, por ese motivo había conseguido los libros.

[148] Pueblo de la Italia meridional.

200 Esto es lo que, se dice, manifestaban los pitagóricos sobre la opinión. Era insensato no sólo sumarse a cualquier opinión y a la de cualquiera, sino también a la de la mayoría de la gente, porque sólo unos pocos tienen la facultad de pensar y opinar correctamente. Y es evidente que esto se da en las personas instruidas, y éstas son pocas. De manera que es manifiesto que tal facultad no puede hacerse extensiva a la mayoría. Pero también es insensato despreciar cualquier juicio y opinión, porque resultará ser un ignorante y desordenado el que mantenga esa actitud. Es necesario igualmente que el que no sabe aprenda lo que ignora y no sabe, y el que aprende se adhiera al juicio y a la opinión del que sabe y puede enseñarle.

201 En general, decían que los jóvenes que tuvieran la intención de salvarse debían prestar atención a las creencias y opiniones de los mayores que llevaban un modo de vida recto. Y que había determinadas edades distribuidas (de este modo, dicen, se expresaban) en toda la vida humana que no eran fáciles de enlazarlas, porque se encontraban en pugna entre sí, si no se dirige bien y correctamente a la persona desde su nacimiento. En efecto, es necesario que una gran parte de la buena educación en la infancia, de la cordura y de la virilidad se trasmita a la juventud, del mismo modo que también la mayor parte del cuidado a la juventud, de la buena educación, de la virilidad y de la prudencia debe transmitirse a la edad adulta, ya que resulta irregular y ridículo lo que sucede a la mayoría.

202 Ellos piensan, en efecto, que los que son niños deben ser disciplinados, prudentes y abstenerse de todo lo que parece ser vulgar e indecoroso. En cambio, cuando se hacen jóvenes se les permite, al menos entre la mayoría de las gentes, hacer lo que quieren. Generalmente, en esta edad confluyen ambas clases de errores. En efecto, los jóvenes cometen faltas propias de la infancia y faltas propias de la edad adulta, ya que evitar toda clase de disciplina y orden, por decirlo brevemente, y perseguir toda clase de juego, intemperancia y soberbia pueril es muy propio de la infancia. Así, pues, tal predisposición pasa de esta edad a la siguiente. Y el tipo de deseos intensos, como las ambiciones y como igualmente los demás impulsos y predisposiciones, que corresponden propiamente a una tipología difícil y perturbadora, se mueven desde la edad adulta a la juvenil. Y es por ello por lo que de todas las edades ésta es la que precisa de mayor cuidado.



203 En general, decían los pitagóricos, jamás se debía permitir que el hombre hiciera lo que quisiera, sino que siempre debía existir una jerarquía y un gobierno legal y honesto, al que cada ciudadano debe obedecer, porque el ser vivo consentido y descuidado se inclina a la maldad y a la perversión. También aseguraban que muchas veces ellos preguntaban y dudaban de por qué motivo acostumbramos a los niños a tomar la comida de una forma ordenada y moderada y les mostramos el orden y la mesura como cosas bellas, pero, en cambio, sus contrarios, el desorden y la desmesura son indecorosos. Por su parte, tanto el bebedor como el glotón son también merecedores de un gran reproche. Pues si nada de esto es útil, cuando llegamos a la edad adulta, es vano habituarnos, cuando somos niños, a este comportamiento. Y el mismo razonamiento se aplica también a otras conductas.

204 Por otra parte, vemos que no sucede esto con los demás animales que adiestran los hombres, sino que inmediatamente, desde un principio, el perro y el potro se habitúan y aprenden aquello que deberán hacer cuando se hagan adultos. Y en general, se decía, los pitagóricos exhortaban a los que encontraban y a los que se les sumaban a que se precavieran

del placer, por encima de cualquier otra cosa que precisara precaución, porque nada nos hace fracasar ni caer en el error como este afecto. Pero en general, según parece, jamás se proponían hacer algo que tuviera como finalidad el placer (pues este objetivo era, en alto grado, indecoroso y nocivo), sino que especialmente realizaban lo que se debía hacer dirigiendo su mirada a lo bello y decoroso y, en segundo lugar, a lo conveniente y provechoso, y esto precisaba de un juicio inusual.

205 Sobre el denominado deseo corporal aquellos hombres, se dice, manifestaban lo siguiente. Este deseo es un movimiento del alma, un impulso y una aspiración bien del cumplimiento de algo, bien de la consecución de una percepción de determinadas cosas, o bien de una situación sensorial. También se produce el deseo de sus contrarios, por ejemplo, del vaciamiento, de la ausencia y de la falta de sensación. Variado es este afecto y es casi el más multiforme de los que se dan en el ser humano. Y la mayoría de los deseos humanos son adquiridos o creados por los mismos hombres, por lo que este afecto precisa muchísimo cuidado, vigilancia y un ejercicio físico extraordinario. Pues era una tendencia natural de un cuerpo evacuado el deseo de alimento y, a su vez, también era una apetencia natural de un cuerpo ahíto el deseo de evacuación. Y el deseo de un alimento innecesario o de un lujoso vestido y ropa de cama innecesarios, o bien de una vivienda innecesaria, lujosa y recargada, es adquirido. El mismo razonamiento vale sobre el mobiliario, cristalería, sirvientes y cría de animales para consumo.

206 En general, de los afectos del hombre éste es casi el único que no se fija en parte alguna, sino que progresa hasta el infinito. Por lo cual, desde la niñez, hay que cuidar a los adolescentes, para que deseen lo que deben y se guarden de los deseos vanos e innecesarios, y para que se mantengan imperturbables



y limpios de tales apetencias mediante el desprecio de aquellas que lo merecen desprecio y se encuentran vinculadas a los deseos. Especialmente hay que observar que, de los apetitos, los vanos, los perjudiciales, los innecesarios y los soberbios se originan entre aquellos que se mueven en la abundancia. En efecto, nada hay tan absurdo, como para que a ello no tienda el alma de tales niños, hombres y mujeres.

El género humano es muy variopinto en el número de sus deseos, y una prueba evidente es la gama de lo que se le ofrece, porque infinito es el número de frutos e infinito es el número de raíces que éste utiliza. Incluso se consumen carnes de todo tipo, y supone un esfuerzo encontrar qué animal, terrestre, volátil o acuático, no come el hombre. Y para esa finalidad ha ideado todo tipo de especialidades culinarias y sabores de toda clase. Por ello, la especie humana es, probablemente, insensata y multiforme en cuanto a sus conmociones anímicas. 207

En efecto, cada uno de los alimentos es motivo de una situación particular. Pero los hombres advierten que se originan motivos repentinos de una gran transformación, como, por ejemplo, el vino, porque ingerido en abundancia, hasta cierto punto, los hace más graciosos; después los enloquece y envilece. Pero desconocen los hombres lo que no denota tal poder. Todo lo que se ingiere es motivo de una situación particular. Por lo cual también el comprender y observar la calidad y la cantidad de lo que se debe tomar, para nuestra alimentación, responde a una gran sabiduría. Esta ciencia pertenecía, desde un principio, a Apolo y Peón[149]; después, a la escuela de Asclepio[150]. 208

[149] Peón o Peán es el dios «sanador», en los poemas homéricos, y es también el epíteto de Apolo, con el que se confunde, con el paso del tiempo. Posteriormente es suplantado por Asclepio, el hijo de Apolo

[150] El santuario de Asclepio, en la isla de Cos, fue la sede de la escuela hipocrática.

209 Y sobre la procreación afirmaban que dijeron lo siguiente. En general, creían que era necesario precaverse de lo que se denominaba precocidad (pues ni las plantas ni los animales precoces producen buenos frutos) ⟨sino que necesitan hacerse⟩[151] durante un cierto tiempo, antes de la maduración, a fin de que las simientes y los frutos nazcan de unos cuerpos en pujanza y desarrollados. Por consiguiente, es necesario educar a los niños y a las muchachas en medio de esfuerzos, con ejercicios físicos y pruebas de resistencia apropiadas, tomando la alimentación adecuada a una vida esforzada, sensata y paciente. Muchas cosas de la vida humana son de tal índole que resultan mejores con el aprendizaje tardío; se incluye en ellas el uso de los placeres.

210 Por consiguiente, es necesario que el muchacho sea educado de tal forma que no busque las relaciones de ese tipo hasta los veinte años. Y cuando llegue a esa edad debe hacer uso de las relaciones sexuales con parquedad. Y tendrá lugar, si se considera que su salud se aprecia como buena. Pues en una misma persona no concurren ciertamente la intemperancia y la salud. Se dice que también los pitagóricos elogiaban las normas en vigor en las ciudades griegas, tales como la de no mantener relaciones con la madre, la hija o la hermana, ni tampoco en un templo ni en lugar público. Pues era bueno y útil que hubiera el mayor número de impedimentos de esta práctica, pero aquellos hombres, según parece, consideraban que se debían eliminar las procreaciones en contra de la naturaleza y las que tenían lugar con violencia, y dar vía libre, de entre aquellas que se originan de acuerdo con la naturaleza y con prudencia, a las que tienen lugar con el objetivo puesto en una natalidad prudente y legítima.

[151] Añadido por Westermann.



Sostenían que los que engendraban debían de hacer una gran previsión de sus futuros descendientes. La primera y más importante previsión era la de aplicarse a la procreación, llevando una vida moderada y saludable, sin exceso de alimento, de un modo inoportuno, sin ingerir alimentos que empeorasen el estado de los cuerpos y, por supuesto, sin embriagarse; al contrario, eso lo menos posible. Creían, en efecto, que de un temperamento defectuoso, desequilibrado y perturbado se originaba un semen de mala calidad. 211

Y, en general, pensaban que era enteramente propio de una persona despreocupada e irreflexiva el hecho de que quien iba a tener un hijo y llevar a alguien al nacimiento y a la existencia, no previera con todo su esfuerzo que la llegada a la existencia y a la vida fuera lo más agradable posible y que, en cambio, los aficionados a los perros se preocupan con todo cuidado de sus crías, mediante la selección correcta de sus padres, el momento apropiado para ello y la situación adecuada de sus progenitores, para que los cachorros sean aptos, al igual que ocurre con los aficionados a los pájaros. 212

Y es evidente que también el resto de los que se esfuerzan por la cría de animales nobles emplean todo su esfuerzo en que sus crías no nazcan de casualidad. Por su parte, los hombres no se plantean ninguna consideración por su propia descendencia, sino que la engendran a la ligera, al azar, en un momento de improvisación, de cualquier manera y, después de ello, la crían y educan con total despreocupación. En efecto, ésta es la causa más sólida y evidente de la perversión y maldad de la mayoría de los hombres, pues, en la mayor parte de ellos, la procreación es una cuestión de tipo animal que se realiza al azar. Tales directrices y prácticas se llevaban a cabo entre ellos, por medio de palabras y obras dirigidas a la templanza, esto es, los preceptos que habían 213

recibido desde antaño, como una especie de respuestas del oráculo de Delfos, de boca del propio Pitágoras.

32 214 Sobre su valor son ya muchas las cosas que ya se han dicho con propiedad y guardan relación con él, como, por ejemplo, la admirable acción de Timica y la de los que prefirieron morir a transgredir alguno de los preceptos de los pitagóricos sobre las habas y algunas otras prácticas que se dieron de esa naturaleza, que el propio Pitágoras cumplió de una manera digna, cuando viajaba solo por todas partes, afrontando fatigas y peligros difíciles sin cuento, y prefiriendo dejar su patria y pasar su vida en tierras extrañas. Pero ponía fin a las tiranías y restablecía las constituciones que habían sido alteradas; a las ciudades sometidas les concedía la libertad, ponía fin a la ilegalidad y, eliminando la soberbia, ponía fin a los personas agresivas y despóticas. Se ofrecía como guía dócil para los justos y civilizados y, a los hombres broncos y soberbios, los privaba de la convivencia, y prohibía que se les diera respuesta de oráculos; se esforzaba resueltamente a favor de unos y se oponía con todo su vigor a otros.

215 Se podrían aducir muchos testimonios de esto, y los éxitos que muchas veces obtuvo, pero lo más importante de todo es lo que dijo a Fálaris, con una franqueza irresistible, y lo que hizo. En efecto, cuando fue detenido por Fálaris, el más cruel de los tiranos[152], se le acercó un varón sensato, del linaje de los hiperbóreos, de nombre Ábaris, que había venido con la única intención de entrevistarse con él. Le planteó unas preguntas de índole muy sagrada sobre las estatuas, sobre el culto y la providencia divinos, sobre los cuerpos celestes, así como sobre los que se mueven alrededor de la tierra, y otras cuestiones por el estilo.

[152] Efectivamente, fue famosa la crueldad de este tirano, que ejerció el poder en Acragante, Sicilia, hacia la mitad del siglo VI a. C.



216 Y Pitágoras le respondió, totalmente inspirado por el dios —así era su esencia—, con toda la verdad y convicción, de tal modo que se ganó a los oyentes. Entonces Fálaris montó en cólera contra Ábaris porque había elogiado a Pitágoras, pero se enfureció también contra el propio Pitágoras, atreviéndose incluso a proferir terribles blasfemias —del calibre que sólo él podía pronunciar— contra los dioses. Pero Ábaris dio por ello las gracias a Pitágoras y, a continuación, aprendió de él que todo depende y se gobierna desde el cielo y, entre otras muchas cosas también, de la eficacia de los sacrificios. Lejos estaba Ábaris de considerar a Pitágoras, que enseñaba estas cosas, un embaucador; al menos él, que lo admiraba sobremanera, como si se tratara de un dios. Respondía Fálaris a esto refutando abiertamente la adivinación y los rituales sagrados.

217 Pero Ábaris cambió su argumentación pasando de estos temas a los que se manifiestan claramente en todos los ámbitos. Partía de las ayudas de determinados démones y dioses, que nos asisten en situaciones difíciles, tales como guerras de extremo sufrimiento, enfermedades incurables, pérdida de cosechas, epidemias o cualquier otra plaga tan molesta e insoportable, e intentaba persuadir a Fálaris de que existe una providencia divina que sobrepasa toda esperanza y poder humanos. Frente a ello, Fálaris se mostró insolente y arrogante. Por su parte, Pitágoras, ya que sospechaba que Fálaris tramaba su muerte, pero sabedor, sin embargo, de que no era su hado morir a manos de Fálaris, se puso a hablar con toda libertad. Y fijando su vista en Ábaris, dijo: «De un modo natural está fijado que se produzca el paso del cielo al espacio aéreo y terrestre».

218 E incluso expuso, de un modo comprensible para todos, cómo todo sigue el orden del cielo, y demostró, de un modo incuestionable, la facultad independiente del alma y, siguiendo en su disertación, con toda suficiencia, hizo una exposición sobre la perfecta actividad de la razón y de la mente y, en esta línea, con franqueza, a propósito de la tiranía y de todas sus ventajas ocasionales, de la injusticia y de la ambición humana en general, aleccionó con firmeza sobre la futilidad de todo ello. A continuación, dio un consejo divino sobre la mejor forma de vida y la contrapuso resueltamente como antítesis de la peor; y sobre el alma, sus potencias y sus pasiones, desveló claramente cómo son y, lo más hermoso de todo, demostró que los dioses no son causantes de las desdichas, y que las enfermedades y cuantos padecimientos afectan al cuerpo son el resultado del desenfreno. Y refutó las inexactitudes de los escritores y los poetas en sus mitos. Y reprendió a Fálaris, refutándole sus argumentos y, por medio de hechos, le demostró la índole y alcance del poder del tirano. En cuanto al castigo por conculcar la ley, le proporcionó muchas pruebas del modo en que, sin duda alguna, tiene lugar. Y respecto a la diferencia de los hombres con el resto de los animales, lo demostró claramente, y disertó de un modo científico sobre el razonamiento interno y sobre el que se proyecta hacia fuera, e hizo una completa demostración sobre la mente y sobre el conocimiento que de ella deriva.

219 Enseñó otros muchos dogmas éticos, relacionados con éstos, muy útiles, que atañen a la calidad de vida, y adecuadamente les asoció consejos concordes con éstos, y añadió prohibiciones de lo que no se debe hacer. Y lo más importante, de entre aquellos actos que están determinados ⟨por el hado y⟩[153] por el destino hizo una diferenciación de los que

[153] Observación de Deubner, 666.



corresponden a la mente [y de los que corresponden al hado y al destino][154], y expuso numerosas razones sensatas sobre los démones y sobre la inmortalidad del alma. Con todo, correspondería hablar de ello en otra ocasión. Ahora corresponde más bien referirme a las actitudes que tienen que ver con el valor.

220 Si en una situación difícil, se mostraba filosofando con una firme resolución, rechazaba enteramente la suerte de un modo sosegado y firme, y manifiestamente, haciendo uso de sus posibilidades y de la libertad de expresión, hacía frente al mismo que lo ponía en peligro, mediante el completo desprecio a aquello que se consideraba terrible, por entender que no merecía la pena. Y si se trataba de la espera de la muerte, en la medida en que tiene que ver con una circunstancia humana, se despreocupaba enteramente de ello y no estaba atento a esa espera inminente; sin duda era evidente que se mostraba claramente sin temor ante la muerte. Y llevó a cabo incluso algo más noble que todo esto, cuando logró la disolución de la tiranía y dominó al tirano que iba a causar unas desgracias irreparables a los hombres, y así también cuando libró Sicilia de la más cruel de las tiranías.

221 Y que fue él quien corrigió este estado de cosas se prueba por los oráculos de Apolo, que proclamaron que tendría lugar precisamente la disolución del poder de Fálaris, cuando los gobernantes se hicieran mejores, más sociables, y se relacionaran entre sí, como tuvo lugar entonces, cuando Pitágoras estaba allí presente, gracias a sus sugerencias y enseñanzas. Y la prueba más importante de ello la proporciona el tiempo. En efecto, en el mismo día en que Fálaris puso en peligro de muerte a Pitágoras y a Ábaris, él mismo fue de-

[154] Suprimido por Westermann.

gollado por los conspiradores. Sea también testimonio de estos mismos hechos la historia de Epiménides.

222 En efecto, al igual que Epiménides, discípulo de Pitágoras, cuando iba a ser asesinado por unos individuos, después de invocar a las Erinias y a los dioses vengadores, logró que todos los atacantes, sin excepción, se mataran entre sí, así también Pitágoras, socorriendo a los hombres, a la manera del valeroso Heracles, para beneficio del género humano, castigó y envió a la muerte al que se mostró soberbio y agredió al pueblo, valiéndose de los mismos oráculos de Apolo, a los que, de un modo espontáneo, estaba ligado desde el comienzo de su existencia. Esta admirable muestra de su valor, en tan alto grado, la estimamos digna de recuerdo.

223 Presentemos, como otra prueba de esa virtud, su observancia del principio de legalidad, según el cual solamente hacía lo que le parecía bien y lo que le dictaba el recto raciocinio, sin apartarse de ello por placer, por esfuerzo, ni por ninguna otra pasión o bien por peligro; y sus compañeros, antes de transgredir cualquiera de sus normas preferían morir, y aunque se encontraran envueltos en toda clase de vicisitudes, mantuvieron intacta la firmeza de su carácter, y cuando se hallaron en infinidad de circunstancias, jamás se vieron desviados por ellas. También había entre ellos un precepto constante, el de «prestar ayuda a la ley y luchar contra la ilegalidad» y además reprimir y rechazar la molicie, y acostumbrarse desde el nacimiento a una vida sensata y valerosa.

224 Habían elaborado también algunas melodías, que consideraban en alto grado remediadoras de las pasiones del alma, del desánimo y de las aflicciones que consumen. Por otra parte, habían previsto otras contra los arrebatos de cólera y las irritaciones del ánimo, por medio de las cuales alargaban y distendían las pasiones hasta la moderación y lograban acomodarlas al valor. Tenían también este importantísimo sustento para la nobleza del alma: el convencimiento de que ninguno de los acontecimientos humanos es necesariamente inesperado entre las personas inteligentes; al contrario, deben esperar todo aquello que no dominan.



Con todo, si alguna vez sobrevenía un acceso de cólera, 225 una aflicción o alguna otra cosa por el estilo, se retiraban aparte, y cada uno, concentrado en sí mismo, intentaba digerir y curar la afección con gallardía. Era también propio de ellos su esfuerzo por la enseñanza y las formas de vida, y las duras pruebas que aplicaban por la intemperancia y por la avaricia, ínsita en todos, juntamente con los muy diversos castigos y lesiones, a fuego y espada, llevadas a cabo de un modo inexorable sin rehusar esfuerzos ni perseverancia alguna. Se ejercitaban también, como cosa específicamente suya, en la abstinencia de todos los seres animados y de determinados alimentos. Por otra parte, practicaban también la vigilancia del pensamiento y la limpieza de todos los obstáculos. Igualmente, practicaban el ejercicio de la continencia verbal y el silencio total, con una práctica de muchos años para dominar la lengua; todo ello ejercitaba su valor. Así también, la investigación y recuperación continua e incesante de las cuestiones teóricas más complejas.

Por el mismo motivo, la abstinencia del vino, la frugali- 226 dad en la comida y en el sueño, y su espontáneo desdén por la gloria, la riqueza y otras cuestiones semejantes. Todo esto les instigaba al valor. Dicen que aquellos hombres rechazaban las lamentaciones, las lágrimas y todas las manifestaciones de este tipo. Se abstenían de peticiones, súplicas y de toda adulación de esa índole, propia de un hombre servil, por estimarla carente de virilidad y vil. Como perteneciente al mismo tipo de conducta debe considerarse también que todos conservaban siempre entre ellos, en secreto, lo más

importante y esencial de sus creencias, con riguroso silencio, sin divulgarlo a los de fuera; y guardaban conservándolos, sin redactarlos, en su memoria, y los transmitían a sus sucesores como si se tratara de misterios de dioses.

227 Por lo cual, durante mucho tiempo no se divulgó nada digno de consideración; solamente entre sus paredes se transmitían las enseñanzas. Ante los de fuera y, por así decir, profanos, si alguna vez se encontraba uno presente, los pitagóricos se comunicaban entre sí de un modo enigmático, por medio de símbolos. Cuya huella se rastrea todavía en expresiones que se repiten constantemente tales como «No atices el fuego con la espada» y otras expresiones simbólicas por el estilo, que se asemejan a advertencias de viejas, en su simple sentido literal, pero que, si se explican, proporcionan una utilidad admirable y seria a los que las asumen.

228 Pero la recomendación al valor más importante de todas es la de fijar, como objetivo prioritario, preservar y liberar la mente que poseemos desde la infancia de sus poderosos lazos y ataduras; pues sin ella no se puede aprender enteramente, ni tampoco contemplar, en consecuencia, nada sano ni verdadero que provenga de cualquier clase de percepción. Pues, según ellos, «la mente ve todo y escucha todo, pero lo demás es sordo y ciego»[155]. La segunda recomendación pretendía poner mucho empeño en que, una vez purificada la mente y ejercitada en un variado modo de rituales mistéricos de aprendizaje, se le imbuyera entonces y se le hiciera partícipe de alguno de los beneficios divinos, de modo que no sienta temor, cuando se separe del cuerpo, ni cuando sea llevada a lo incorpóreo, ni se vea desviada su vista por el deslumbrante resplandor de aquél, ni se vea envuelta en las

[155] Famosa cita de EPICARMO (fr. 12 DIELS-KRANZ). Cf. PORFIRIO, *Vida* § 46, y *Sobre la abstinencia.* I 41 y III 21.



pasiones que clavan y fijan el alma al cuerpo, sino que esté enteramente inquebrantable ante todas las pasiones relacionadas con la procreación y la degradación. En efecto, el ejercicio y la ascensión a través de todo esto era una práctica del valor más perfecto. Queden, pues, expuestos por nosotros testimonios tan importantes sobre el valor de Pitágoras y los pitagóricos.

229 33 De una manera muy clara expuso Pitágoras la amistad de todos con todos, y la de los dioses con los hombres a través de la piedad y del culto basado en el conocimiento, la de las doctrinas entre sí y, en general, la del alma con el cuerpo y la de lo racional con los aspectos irracionales a través de la filosofía y de su propia contemplación. También la de los hombres entre sí, y la de los ciudadanos a través de una legislación bienhechora; la de personas de distintos pueblos a través de una recta fisiología, la del esposo con la esposa o con los hijos, hermanos y parientes a través de una comunión recta. En resumen, una amistad de todos con todos y, además, con algunos de los seres irracionales a través de la justicia y de la relación y convivencia natural. Y la amistad del cuerpo mortal consigo mismo y también la pacificación y conciliación de las potencias ocultas que le son contrarias a través de la salud, del género de vida en consonancia con ésta y de la templanza por imitación del bienestar que se da en los elementos cósmicos.

230 En toda esta normativa, Pitágoras fue el inventor y legislador, de un modo admitido, del término que es único e idéntico, en síntesis, el de amistad. Y a sus seguidores, les legó una amistad tan admirable, que incluso también hoy día la gente dice, cuando se trata de personas que son muy afectuosas entre sí, «son pitagóricos». A propósito de esto, es necesario también hablar aquí del sistema educativo y de los preceptos que Pitágoras usaba con sus discípulos. En

efecto, estos hombres aconsejaban extirpar cualquier pendencia y disputa de una amistad verdadera, en realidad de cualquier amistad, si ello era posible, y, si no lo era, de la paterna y, en general, de la amistad con los mayores. Del mismo modo, de la que se establece con los bienhechores, porque el disputar y reñir con éstos, cuando sobreviene la cólera o alguna otra pasión de este tipo, no es salvaguarda de la amistad existente.

231 Decían que era necesario que en la amistad se produjeran las menos heridas y deterioros posibles. ⟨Y esto tenía lugar⟩[156] si sabían ceder y dominar la cólera ambas partes, en concreto, más bien el joven y el que pertenecía a cualquiera de las categorías mencionadas. Las correcciones y advertencias, que aquellos denominaban *pedartáseis*[157], pensaban que debían ser aplicadas a los jóvenes de parte de los mayores con buenas palabras y cuidado, y que se evidenciara en gran medida, en los que efectuaban la advertencia, el carácter solícito y solidario. De este modo la reprensión resultaba prudente y útil.

232 Jamás eliminaba en la amistad la confianza, ni en broma ni en serio, porque no era fácil preservar la amistad existente, cuando de pronto irrumpe la mentira en las conductas de los que aseguran ser amigos. No renunciaba a la amistad por una desventura o por otra inconveniencia de las que sobrevienen en la vida, sino que el único rechazo aceptado del amigo o de la amistad era el que se originaba a causa de una gran e irreparable maldad. Jamás promovía adrede un odio contra los malvados que no lo eran del todo, sino que se debía permanecer firme, con gallardía, en el combate, si el carácter del adversario no se modificaba y se avenía a la sen-

[156] Lo añadió un comentarista anónimo en la ed. de ARCERIO.

[157] Cf., *supra,* § 197, n. 146.



satez. Y se debía luchar no verbalmente sino con la acción. Y era legítimo y sagrado el enemigo, si combatía de hombre a hombre. Jamás se debía originar un motivo de disensión, en la medida de lo posible, sino que se debía evitar al máximo su inicio.

En una amistad que iba a ser auténtica, decían que debía 233 de haber, en gran medida, restricciones y normas, pero debían estar bien definidas y no al azar, y precisamente también, debían darse para cada carácter individual, a fin de que no se originara ninguna relación con descuido ni al albur, sino con respeto, conciencia y una actitud recta, ni se provocara por cualquier circunstancia ninguna pasión, bien por maldad bien por culpa, como, por ejemplo, un deseo o un arrebato de cólera. Y la misma explicación se da también a propósito de los restantes afectos y estados de ánimo. Y, ciertamente, se podría dar testimonio también acerca del rechazo intencionado de amistades foráneas, al igual que, por otro lado, que las evitaban con mucha diligencia y se cuidaban de ellas; igualmente, sobre el mantenimiento, hasta muchas generaciones, del afecto transmitido de unos a otros, y lo mismo se puede testimoniar de lo que Aristóxeno[158] asegura, en su libro *Sobre la vida pitagórica,* haber oído de Dionisio, el tirano de Sicilia, cuando, una vez expulsado del poder, ejerció de maestro en Corinto.

En efecto, así se expresa Aristóxeno: «Aquellos hom- 234 bres se abstienen de lamentaciones, llantos y manifestaciones de esa índole, en la medida de lo posible. Y lo mismo se puede decir acerca de la adulación, la plegaria, la súplica y todas las manifestaciones de este tipo. Pues bien, Dionisio,

[158] Aristóxeno estudió el ritmo musical, al margen de la armonía musical pitagórica. Conoció a los últimos pitagóricos de la Magna Grecia, así como al tirano Dionisio II de Siracusa. Por otra parte, su padre conoció al célebre Arquitas de Tarento. Cf., *supra*, § 197, n. 147.

que había sido expulsado de su gobierno y había llegado a Corinto, nos habló muchas veces de los pitagóricos Fintias y Damón. Se trata de un asunto que tenía que ver con la garantía por una condena a muerte. Y el modo en que se produjo la garantía fue el siguiente. Decía Dionisio ⟨que había⟩[159] algunos en su séquito que muchas veces se acordaban de los pitagóricos, cuando los injuriaban, cuando se mofaban de ellos, cuando los llamaban jactanciosos y cuando decían que esta seriedad suya, su fingida fidelidad y su imperturbabilidad se truncaría, si se les redujera a una situación de verdadero pánico.

235 Como algunos discutían y disputaban, se urdió la siguiente intriga contra Fintias y los suyos. Dionisio, que había mandado llamar a Fintias, aseguró que, en su presencia, uno de sus acusadores había dicho que se hallaba claramente con un grupo de conjurados contra su persona, y que esto lo atestiguaban los que estaban presentes, y la irritación de Dionisio fue muy contundente. Se sorprendió Fintias de sus palabras. Y aquél dijo claramente que estaba demostrado y que era necesario que Fintias muriera. A ello replicó Fintias que, si ésa era la determinación, pedía que se le concediera el resto del día para arreglar sus asuntos y los de Damón. Pues estos hombres vivían juntos y lo compartían todo, pero Fintias, que era mayor, había tomado a su cargo la mayor parte de la administración de la casa. Solicitó, en consecuencia, que se le dejara en libertad para atender estos menesteres, dejando a Damón como garante.

236 Refirió entonces Dionisio que quedó asombrado y le preguntó si había un hombre que se quedara como garantía de una condena a muerte. Fintias aseguró que lo había, Damón, —que había sido mandado llamar— y, cuando éste

[159] Añadido por Cobet.



escuchó lo sucedido, afirmó que serviría de garantía y que permanecería allí, hasta que regresara Fintias. Contó Dionisio que inmediatamente había quedado impresionado por estas palabras, mientras que aquellos que, desde un principio, habían sometido a Damón a la prueba, se mofaban de él por considerar que sería abandonado y, haciéndole burla, decían que lo ofrecían en compensación como una cierva[160]. Y, en efecto, cuando ya se estaba poniendo el sol, llegó Fintias para afrontar la pena de muerte, por lo que todos se impresionaron y se sometieron a la evidencia. Dionisio, por su parte, abrazando y besando a estos hombres, les pidió que lo aceptaran en amistad como un tercer miembro, sin embargo, a pesar de que aquél insistió, de ningún modo accedieron a tal cosa.

237 Aristóxeno dice que se enteró de estas cosas por el propio Dionisio. Y se dice que los pitagóricos, sin conocer entre sí a las personas, intentaban llevar a cabo demostraciones de amistad con los que jamás habían visto, siempre que recibían alguna prueba de la participación en sus enseñanzas, de tal modo que, a consecuencia de estos hechos, ganaba credibilidad el rumor aquel de que unos hombres honrados, aún viviendo en los confines de la tierra, son amigos entre sí, antes de conocerse y entablar conversación. Incluso dicen que un pitagórico, que hacía un largo y solitario camino, se hospedó en una posada, y a causa del cansancio y algún otro motivo de diversa índole, contrajo una enfermedad larga y grave, de manera que se le acabaron los recursos.

238 Pero el posadero, ya por compasión ya por simpatía hacia la persona, se lo proporcionó todo sin escatimar servicio alguno ni gasto. Pero cuando se agravó la enfermedad, con-

[160] Con la que la diosa Ártemis sustituyó, para su sacrificio, a Ifigenia, la hija de Agamenón y Clitemnestra.

vencido de que se estaba muriendo, grabó un signo en una tablilla y le encomendó al posadero, que si le pasaba algo, colgara la tabla junto al camino y observara si alguno de los que pasaban reconocía el signo. Pues, dijo, esa persona le pagaría los gastos que hiciera con él y recibiría su agradecimiento en su lugar. El posadero después de su muerte se hizo cargo del cadáver y le dio sepultura, sin tener la esperanza, no obstante, de poder cobrar los gastos; todavía menos, de obtener algún beneficio por parte de alguno que reconociera la tablilla. Sin embargo, asombrado por las instrucciones, trató de colocar con regularidad la tablilla a la vista de todos. Y mucho después, un pitagórico que pasaba se detuvo y preguntó por el que había hecho el signo. Investigó lo que había sucedido y pagó al posadero mucho más dinero del que había gastado.

239 Dicen, además, que Clinias de Tarento, cuando se enteró de que Proro de Cirene, que era un seguidor de la doctrina pitagórica, corría peligro de quiebra en toda su hacienda, reunió dinero y navegó hasta Cirene, y enderezó los intereses de Proro, sin preocuparse de la merma de su propia hacienda, ni tratar de evitar tampoco el riesgo de la travesía. Del mismo modo también, Testor de Posidonia se enteró solamente de oídas de que Timáridas de Paros era un pitagórico cuando, de poseer una gran fortuna, cayó en la pobreza; y dicen que navegó a Paros, tras reunir una considerable cantidad de dinero, y le recuperó sus propiedades.

240 Pues bien, todos estos son los bellos y dignos ejemplos de amistad. Pero mucho más admirables que éstos eran las distinciones que atañían a la comunidad de los bienes divinos, a la concordia mental y al alma divina. Pues al mismo tiempo ordenaban que no separaran de sí la divinidad que residía en ellos. En consecuencia, todo su afán por la amistad, tanto de obra como de palabra, tenía por objetivo una especie de mezcla con lo divino, la unión con la divinidad y la concordia de la mente y del alma divina. Y no podría encontrarse otra cosa mejor que esta, ni expresada de palabra ni ejecutada de un modo práctico. Y creo que también todos los bienes de la amistad se concentran en ello. Igualmente, pues, nosotros, por entender que hemos resumido todos los beneficios de la amistad pitagórica, dejamos de hablar más de ella.



241 34 Pero una vez que, de este modo hemos hecho nuestra exposición, por temas, sobre Pitágoras y los pitagóricos, a continuación hagamos también ⟨como testimonios⟩[161] la descripción, según el caso, de los habituales relatos, que no se corresponden con la ordenación anteriormente mencionada. Se dice, en efecto, que recomendaban utilizar la lengua nativa a cuantos griegos se acercaban a esta comunidad, pues no aprobaban que se hablaran lenguas foráneas. Y a la secta pitagórica se adherían forasteros mesapios, lucanios, peucetios y romanos. Metrodoro, ⟨hermano⟩[162] de Tirso, que trasladó a la medicina la mayor parte de la enseñanza de su padre Epicarmo y de Pitágoras, en una exposición a su hermano de las lecciones de su padre, dice que Epicarmo y, antes que éste, Pitágoras consideraron el dorio como el mejor de los dialectos, así como la armonía musical de esta misma variedad dialectal. El jonio y el eolio participan de un tono cromático, pero el ático está más cargado de este tono cromático.

242 El dialecto dorio es armónico, porque está constituido de vocales. Y la antigüedad y el mito se atestiguan en dialecto dorio. En efecto, Nereo se casó con Doris, la hija de Océano, y el mito cuenta que le nacieron cincuenta hijas, de las cuales una era la madre de Aquiles. Según dice, algunos su-

[161] Añadido por Deubner.

[162] Añadido por Deubner.

ponen también que Doro nació de Deucalión, el hijo de Prometeo, y de Pirra, la hija de Epimeteo; y de Doro, había nacido Helén, y de éste, Eolo. Y en los santuarios de Babilonia se escucha que Helén había nacido de Zeus, y de Helén había nacido Doro, Juto y Eolo; el propio Hesíodo[163] sigue estas explicaciones. Con todo, cualquiera que sea la versión auténtica de entre estas dos, para las generaciones recientes, no es fácil obtener o descubrir su exactitud sobre los hechos antiguos.

243 Se admite, por cada uno de los relatos, la aceptación de que el más antiguo de los dialectos es el dorio y, después de éste, el eolio, que obtuvo su nombre de Eolo; y el tercero, el ático, que se llama así por Atis, la hija de Cránao, y el cuarto es el dialecto jonio, que se denomina de ese modo por Ión, el hijo de Juto y de Creúsa, la hija de Erecteo, y apareció tres generaciones después de los anteriores, en época de los tracios y del rapto de Oritía, como revelan la mayoría de los historiadores. También Orfeo[164], el más antiguo de los poetas, utilizó el dialecto dorio.

244 Dicen que los pitagóricos aceptaron especialmente el sistema dietético en medicina y que fueron los más rigurosos en su aplicación, e intentaron descubrir, en primer lugar, los signos de la proporción entre la bebida, la comida y el descanso. Después, en lo que respecta a la propia preparación de los alimentos, fueron casi los primeros en ocuparse de ella y regularla. También los pitagóricos, en mayor medida que sus predecesores, hicieron uso de las cataplasmas, y no aprobaban de igual modo el uso de medicamentos, y de ellos utilizaban especialmente los indicados para las úlceras

[163] Frag. 9 de MERKELBACH-WEST, *Fragmenta Hesiodea*, Oxford, 1967.

[164] Frag. 247 de O. KERN, *Orphicorum fragmenta*, Weidmann, Berlín, 1922.



y, sobre todo, lo que menos aceptaban eran los tratamientos quirúrgicos y las cauterizaciones. Pero también utilizaban encantamientos para algunas de las dolencias.

245 Dicen que despreciaban a los que comerciaban con la ciencia y abrían sus almas a cualquier persona que se acercara, como si se tratase de las puertas de una posada, y si, ni siquiera así, encontraban compradores, se extendían por las ciudades y, en general, ejercían su trabajo en los gimnasios y reclamaban un salario a los jóvenes por una labor inestimable. Y Pitágoras encubría mucho sus palabras, para que los que habían recibido una educación auténtica participaran claramente de ellas, y los demás se afligieran, como dice Homero de Tántalo[165], porque asistían de lleno a las enseñanzas y no sacaban fruto de ellas. Creo que también ellos hablaban de no enseñar por dinero a los que se les acercaban; a los que lo hacían, los ponían en evidencia como inferiores a los escultores y artesanos que hacen su trabajo sentados. Pues los unos, si alguien le encargaba un Hermes, buscaban la madera apropiada para la talla de la figura, mientras que los otros, partiendo de cualquier naturaleza, resueltamente se ocupaban de la práctica de la virtud.

246 Dicen que era necesario prestar más atención a la filosofía que a los padres y a la agricultura, porque los padres y los labradores son responsables de que nosotros vivamos, mientras que los filósofos y educadores lo son del bien vivir y del pensar, al descubrirnos una correcta administración de nuestros asuntos. Y no pretendía hablar ni escribir de tal forma, que sus reflexiones resultaran evidentes a cualquiera, pero se dice, por otra parte, que esto mismo lo enseñaba Pitágoras en primer lugar a los que lo frecuentaban, para que, libres de toda intemperancia, guardaran en silencio las pala-

[165] *Odisea* XI 582-592.

bras que escucharan. En efecto, cuentan que el primero que descubrió la naturaleza de lo conmensurable y de lo inconmensurable a personas indignas de participar en tales enseñanzas se hizo tan odioso, que no sólo fue excluido de la relación y régimen de vida comunitario, sino que incluso se le preparó una tumba, por entender justamente que el que había sido una vez compañero había dejado la vida entre los hombres.

247 También dicen algunos que la divinidad se enojó contra los que divulgaban las enseñanzas de Pitágoras, porque el que reveló la estructura del icoságono pereció ahogado en el mar como un impío. La revelación consistió en explicar cómo se inscribe un dodecaedro, una de las cinco figuras llamadas sólidas, dentro de una esfera[166]. Pero algunos dijeron que esto le pasó al que habló sobre la irracionalidad y la inconmensurabilidad. Toda la educación pitagórica era peculiar y simbólica, parecida por sus sentencias arcaizantes a los enigmas y acertijos, tal como los oráculos píticos, realmente divinos, parecen en cierto modo difíciles de comprender y de interpretar a los que ocasionalmente lo consultan. Tales son los testimonios que, sobre Pitágoras y los pitagóricos, se pueden ofrecer a partir de referencias dispersas.

35 248 Algunos se enemistaron con estos hombres y se enfrentaron con ellos. Todos están de acuerdo en que, en ausencia de Pitágoras, se produjo un complot, pero difieren en la salida que efectuó, porque unos dicen que se trasladó junto a Ferecides de Siro y otros que a Metaponto[167]. Son muchos los motivos que se aducen del complot; y uno es el que motivaron los hombres llamados ciloneos. Cilón, un varón de Crotona, se distinguía entre sus conciudadanos por su linaje, por su fama y por su riqueza pero, por otra parte, era cruel, violento, alborotador y despótico de carácter y, tras haber puesto todo su entusiasmo por integrarse en la comunidad de vida pitagórica, se había presentado al propio Pitágoras, cuando ya era una persona mayor, y había sido rechazado por los motivos ya dichos.

249 Cuando ocurrió esto, el propio Cilón y sus amigos promovieron un levantamiento contra Pitágoras y sus discípulos, y la animadversión personal de Cilón y sus partidarios resultó tan violenta e incontrolada, que se hizo extensiva a los pitagóricos recientes. En consecuencia, Pitágoras por este motivo se trasladó a Metaponto, y allí, según se dice, terminó su vida[168]. Los llamados ciloneos condujeron su alzamiento contra los pitagóricos y dieron rienda suelta a toda su hostilidad. Mas, sin embargo, prevaleció hasta cierto tiempo la categoría moral de los pitagóricos y la intención de las

---

[166] Para PLATÓN, *Timeo*, 53e5-55c6, las cinco figuras sólidas eran el cubo, la pirámide, el dodecaedro, el octaedro y el icosaedro.

[167] A partir de este capítulo, se plantean problemas cronológicos en varios aspectos que se relacionan con esta revuelta ciudadana que tuvo lugar contra los pitagóricos, al no haber precisión, entre los biógrafos e historiadores (a veces, omisión), en los acontecimientos que aquí se narran. A modo de ejemplo, PORFIRIO *(Vida* 56-57) y DIÓGENES LAERCIO (VIII 39-40) narran también estos acontecimientos, pero con la presencia de Pitágoras, que escapó del fuego. Porfirio, en concreto, cita a Dicearco como apoyo de la permanencia de Pitágoras entre los suyos, cuando se produjo el ataque, lo que quizás demuestra que Jámblico ignoraba la aportación a este hecho de Dicearco. Y, claro está, aunque la mayoría refiera que estos acontecimientos se produjeron en ausencia de Pitágoras, el hecho de que Jámblico mencione dos motivos de esta ausencia añade cierta incertidumbre.

[168] Las cuatro circunstancias en que tiene lugar la revuelta, y la presencia o ausencia del maestro (presencia de Pitágoras en Crotona, ausencia en Delos, con Ferecides, ausencia en Metaponto y presencia en esta misma ciudad como refugiado, donde fallece) las analiza minuciosamente D. MUSTI, a la luz de la historiografía, en «Le rivolte antipitagoriche e la concezione pitagorica del tempo». *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*. Nuova serie, 36, 3 (1990), 35-65, esp. 36 y sigs.

propias ciudades de querer que los asuntos políticos fueran administrados por ellos. Y finalmente, a tal grado llegaron a conspirar contra aquellos hombres, que mientras se hallaban reunidos y deliberaban sobre asuntos públicos en la casa de Milón, en Crotona, los conjurados pegaron fuego a la casa y abrasaron a los hombres[169], excepto a dos, Arquipo y Lisis. Éstos, como eran jóvenes y muy vigorosos, de algún modo lograron salir fuera.

250 Una vez que ocurrió esto, como las ciudades no hicieron ninguna objeción sobre el suceso que había tenido lugar, los pitagóricos pusieron fin a su actividad. Y esto aconteció por dos motivos, a causa de la negligencia de las ciudades (pues no prestaron ninguna atención cuando se produjo un hecho de tal importancia y magnitud), y a causa de la pérdida de unos hombres tan valiosos. Los dos que se salvaron eran ambos de Tarento; Arquipo se retiró allí y Lisis, detestando la indiferencia, se marchó a Grecia y se estableció en la Acaya del Peloponeso. Después se trasladó a Tebas, donde se produjo cierto proselitismo. Epaminondas fue su discípulo y llamó a Lisis padre. Y allí también terminó su vida. El resto de los pitagóricos abandonó Italia, excepto Arquitas de Tarento.

251 En Regio se reunieron otros y pasaban la vida juntos, pero con el paso del tiempo y yendo a peor los asuntos políticos *** [170] y los más significativos fueron: Fantón, Equécrates, Polimnasto, Diocles, de Fliunte, y el calcidio Jenófilo, de los calcidios de Tracia. Preservaron, por supuesto, las costumbres y las doctrinas originarias, incluso después

[169] Como se ve, parece que hay un primer ataque de Cilón contra los pitagóricos (con salida de Pitágoras hacia Metaponto) y un segundo ataque con cerco e incendio de la casa donde estaban reunidos los pitagóricos.

[170] Señala aquí una laguna Wyttenbach.



de la desaparición de la secta, hasta que murieron dignamente.

Pues bien, esto es lo que cuenta Aristóxeno. Nicómaco está de acuerdo en general con estos hechos, pero asegura que esta conspiración tuvo lugar cuando Pitágoras se encontraba fuera.

En efecto, como Ferecides de Siro, que había sido su maestro, había contraído la enfermedad conocida por pediculosis, se trasladó a Delos, para cuidarlo y darle sepultura. Entonces los que habían sido rechazados y difamados por ellos les atacaron y, por todas partes, les pegaron fuego a todos, y fueron, además, apedreados por las gentes de Italia y dejaron sus cadáveres insepultos. Consecuentemente, ocurrió entonces que la ciencia se perdió juntamente con los que la sustentaban, puesto que la conservaron hasta entonces en su corazón como algo inefablleaconteció que sólo se recordó entre los de fuera lo ininteligible y lo inexplicable, excepto muy pocas cosas, que algunos, que entonces se encontraban fuera, salvaron como una especie de rescoldos muy oscuros de reconocer y difíciles de aprehender. 252

Éstos, pues, al encontrarse solos y descorazonarse sobremanera por lo sucedido, se dispersaron cada uno por un lado y ya no osaron en absoluto hacer partícipe de su doctrina a hombre alguno, sino que vivían aislados en lugares desiertos, donde quiera que fuese, y la mayoría de las veces disfrutaban manteniéndose al margen, cada uno con su propia vivencia en vez de con otro cualquiera. Pero tuvieron cuidado de que no desapareciera completamente de entre los hombres el nombre de filosofía y, por ese motivo, se hicieran odiosos a los dioses, al dejar perder del todo tan importante don suyo. Compusieron unos escritos sucintos y simbólicos y reunieron las obras de los mayores y aquello que recordaban, y lo dejaron al morir donde cada uno se encon- 253

traba, advirtiéndoles a sus hijos, hijas y esposas que no se lo dieran a nadie de fuera de la familia. Éstos lo conservaron hasta largo tiempo; sucesivamente, transmitían esta misma recomendación a sus descendientes.

254 Pero, puesto que hay momentos en que, sobre estos mismos temas, Apolonio manifiesta su discrepancia[171] y añade también muchos datos de lo que no se ha dicho en estos autores, ea, pues, aportemos su exposición sobre la conjura contra los pitagóricos. Dice, en efecto, que la envidia de los demás, les acompañaba desde la infancia, porque la gente, en tanto que Pitágoras conversaba con todos los que se le acercaban, se sentía feliz, pero, una vez que se trataba únicamente con sus discípulos, perdía la estima. Cuando llegaba uno de fuera, aceptaban quedar por debajo, pero se irritaban contra los del lugar que aparentaban ser superiores, y estimaban que la reunión se celebraba contra ellos mismos. Además, dado que se les unieron jóvenes procedentes de familias que sobresalían por su dignidad y hacienda, resultaba que, con el paso de los años, no sólo destacaban en su vida privada, sino que también gobernaban la ciudad en común, constituyendo una gran sociedad (⟨pues⟩ eran más de trescientos), pese a que eran una pequeña parte de una ciudad que no se regía por los mismos hábitos que ellos ni por aquellos modos de gobierno.

255 Mas con todo, en tanto ocuparon la tierra que les pertenecía y Pitágoras permaneció en el territorio, se mantuvo la constitución que duraba desde el establecimiento en el lugar, aunque ya no era aceptada y se buscaba la ocasión de cambiarla. Pero cuando conquistaron la ciudad de Síbaris y Pitágoras se marchó, dispusieron que el territorio conquistado ya no se sometiera a sorteo en lotes de tierras, según el deseo de la mayoría, y salió a relucir el odio que estaba oculto, y la mayoría se alineó contra ellos. Y fueron los caudillos de la oposición aquellos que, por su parentesco ⟨y⟩ afinidad, se hallaban muy próximos a los pitagóricos. El motivo fue que la mayoría de las actuaciones de los pitagóricos les molestaban, como a cualquier persona, en la medida en que poseían una peculiaridad que los diferenciaba de los demás, pero lo que peor llevaban era que, según su modo de pensar, la privación de derechos sólo les afectaba a ellos. Por lo demás, se daba el hecho de que ningún pitagórico nombrara a Pitágoras, sino que cuando, en vida, querían señalarlo le llamaban «divino», pero una vez que falleció, lo nombraban por «aquel hombre», tal como Homero[172] presenta a Eumeo, cuando se refiere a Ulises:

*... a éste, forastero, incluso estando ausente a nombrarle*
*no me atrevo, pues me quería y cuidaba de mí sobremanera.*

256 De un modo semejante[173], tampoco se levantaban de la cama después de la salida del sol, ni llevaban sortija con la representación de la divinidad, sino que se cuidaban de rezarle al sol naciente, y de no ceñirse a la divinidad en un anillo de esas características, procurando no llevarlo a un entierro o a un lugar impuro. De la misma manera, no realizaban nada sin una reflexión previa ni sin una indagación, sino que por la mañana se planteaban qué se debía hacer y, a la noche, analizaban qué acciones habían llevado a cabo y, a la vez que reflexionaban, ejercitaban también la memoria. De un modo parecido, si alguno de los que participaban en



[171] Debe entenderse, de Aristóxeno de Tarento y de Nicómaco de Gerasa.

[172] *Odisea* XIV 145-146.

[173] Vienen ahora unas consideraciones sobre el comportamiento y normas de vida de los pitagóricos que parece que están fuera de lugar.

tal sistema de vida le pedía a un compañero acudir a un determinado lugar, esperaba en aquel sitio, hasta que llegara, de día o de noche, porque los pitagóricos estaban acostumbrados a recordar lo que se había dicho y a no hablar a la ligera.

257 En general, si se daba alguna orden, se mantenía hasta el fin de sus vidas. ⟨En efecto⟩[174], en el último momento ordenó no blasfemar sino, como cuando zarpa un barco, realizar un augurio en el respetuoso silencio que guardaban cuando atravesaban el mar Adriático. Tales cosas, como dije antes, molestaban en gran medida a todos en general en cuanto conocieron que los que recibían la misma formación se aislaban juntos entre ellos. Pero lo que los familiares llevaban muy a mal y con mucho pesar era que concedieran el saludo con la mano derecha únicamente a los pitagóricos, pero a ninguno de los parientes, excepto a los padres, y que ofrecieran sus haciendas como comunes entre ellos, excluyéndolos de ellas. Al encabezar éstos la revuelta, el resto adoptó resueltamente una postura hostil. Y cuando se pronunciaron Hípaso, Diodoro y Teages (que pertenecían al propio consejo de los Mil) a favor de que todos participaran en los cargos públicos y en la asamblea, y de que los magistrados rindieran cuentas ante los representantes que resultaran elegidos de entre todos, se opusieron los pitagóricos Alcímaco, Dinarco, Metón y Demócedes, y trataron de impedir la derogación de la constitución heredada de sus mayores. Pero vencieron los partidarios del pueblo.

258 A continuación, en reuniones del pueblo, los oradores Cilón y Ninón, alternando sus intervenciones, acusaron a los pitagóricos. Uno pertenecía a las clases pudientes, el otro al pueblo. De los discursos que se pronunciaron, el más extenso fue el de Cilón, y Ninón hizo uso de la palabra, presumiendo de que había investigado los secretos de los pitagóricos. Pero de hecho había urdido y redactado un escrito con las acusaciones que especialmente les iba a imputar, y dándole este escrito al escribano público le pidió que lo leyera.

Llevaba por título *Discurso sagrado*. El tema principal 259 del escrito era el siguiente: honra a los amigos como a los dioses, pero a los demás somételes como a los animales. Y esta misma sentencia la decían sus discípulos en verso, cuando recordaban a Pitágoras:

*trataba a los amigos como a los dioses bienaventurados,*
*pero a los demás ni los consideraba ni los tenía en cuenta.*

Especialmente elogiaban a Homero[175] en aquellos ver- 260 sos en que menciona al «pastor de pueblos». En efecto, hacía ver que los demás eran ganado, y que su talante era oligárquico[176]. Hacían la guerra a las habas por ser las que decidían el sorteo y la colocación en los cargos públicos a los elegidos por sorteo[177]. Con el consejo de que aspirasen a la tiranía, solían decir que era mejor ser un solo día toro que toda la vida buey. Elogiaban las normas de los demás, pero ordenaban utilizar las que habían sido reconocidas por ellos mismos. Denunciaba Ninón que la filosofía pitagórica era enteramente una conjura contra el pueblo y aconsejaba que no soportaran la voz de los consejeros, sino que consideraran que en modo alguno habrían podido acudir a la

---

[174] Lo añadió Deubner.

[175] *Ilíada* I 263, etc.

[176] Más o menos, así lo refiere JUSTINO, XX 4.

[177] Esta afirmación pudo quizás mover a K. YANNOULIDOU («Kyámōn ápo», *Platon,* Atenas, 1984, págs. 74-76) a pensar que esta prohibición de las habas no responde a su consumo y contacto, sino al hecho de que se utilizaban en la asamblea para las votaciones de los cargos públicos. Cf., *supra,* § 109, n. 93.

asamblea, de haber convencido aquéllos a los Mil de ratificar su consejo. De manera que los que se habían visto impedidos, con los pitagóricos en el poder, de escuchar a los demás no debían dejar que ahora hablaran ellos, sino mantener hostil a los pitagóricos su mano derecha, que aquéllos habían rechazado, cuando votaran a mano alzada las decisiones o cogieran un tejo para grabar su voto, considerando que era vergonzoso que se pusiera de manifiesto que los que habían vencido a trescientos mil hombres, junto al río Tetraente[178], se mostraran dominados, en su misma ciudad, por la milésima parte de aquel número.

261 En una palabra, con su acusación irritó Ninón de tal modo a los oyentes, que a los pocos días, mientras celebraban los pitagóricos unos sacrificios en honor de las Musas, en una casa, junto al templo de Apolo Pitio, un gran número de gente se lanzó en tropel, a la carrera, para atacarlos[179]. Pero habiéndose apercibido de ello, unos huyeron a un albergue y Demócedes con los jóvenes se retiró a Platea. Y los otros derogaron las leyes y se promulgaron unas resoluciones en las que acusaron a Demócedes de inducir a los jóvenes a la tiranía, y decretaron que se le pagaría tres talentos a quien le diera muerte. Se entabló una batalla y conjuró Teages el peligro que suponía Demócedes, y le otorgaron de parte de la ciudad los tres talentos.

[178] HERÓDOTO menciona la batalla (V 44-45), pero no este río.

[179] Bien se ve que es un ataque distinto del que ya ha tenido lugar. Cf. el artículo de D. MUSTI (citado *supra*, en n. 168), para este segundo ataque y el tratamiento más racional del mismo que hace Apolonio, págs. 61-62. A todo esto, es curioso señalar cómo Jámblico saca a Pitágoras del escenario de los hechos (de Crotona y del incendio), eludiendo referir la muerte violenta del sabio, tal como ha observado E. A. RAMOS JURADO, «Rasgos jambliqueos...», art. cit. *supra*, n. 9.



262 Al darse muchas desdichas por la ciudad y por el territorio, los exiliados fueron llevados a juicio y, al confiársele el encargo a tres ciudades, Tarento, Metaponto y Caulonia, pareció bien a los comisionados que habían recibido dinero para esa función, como se ha dejado escrito en los registros de Crotona, que los culpables fueran desterrados. Y con el fallo favorable en el juicio, expulsaron además a los que estaban molestos con la situación presente y a la vez desterraron a sus familias, manifestando que no debían cometer la impiedad de separar a los hijos de sus padres. Abolieron las deudas y redistribuyeron la tierra.

263 Al cabo de muchos años murieron Dinarco y los suyos en otro combate. Murió también Litates, que había sido el cabecilla más significado de los conjurados, y sobrevino la compasión y el arrepentimiento, y decidieron que los supervivientes regresaran del destierro. Y después de hacer venir embajadores desde Acaya, se reconciliaron por su mediación con los desterrados y ofrendaron en Delfos los términos del juramento.

264 El número de los pitagóricos que regresó ascendió, aproximadamente, a sesenta, sin contar los de mayor edad, entre los cuales algunos, que se dedicaban a la medicina y trataban a los enfermos con un régimen dietético, se erigieron en guías del mencionado retorno. Pero aconteció que los que se salvaron gozaban de una reputación especial entre el pueblo (aseguran que es en esta época, en la que surgió este proverbio, cuando se dice —con referencia a los que quebrantan la ley— «Esto no es de la época de Ninón»), y, en el momento en que los turios invadieron el territorio, aquellos acudieron corriendo en ayuda de sus conciudadanos y, enfrentándose al peligro común, perecieron. Entonces la ciudad cambió a una actitud tan opuesta, y, al margen de los elogios que tributaron a los hombres, consideraron que lo

mejor sería una fiesta de agradecimiento a las Musas, ⟨si⟩[180] celebraban un sacrificio público en el templo a ellas consagrado, ⟨que⟩[181] fundaron con anterioridad, según acuerdo de ellos mismos, y en el que honraban a las deidades aquellas. Pues bien, quede dicho esto sobre el ataque que se produjo contra los pitagóricos.

36 265 Por todos se admite que el sucesor de Pitágoras fue Aristeo de Crotona, hijo de Damofonte, contemporáneo de Pitágoras, aproximadamente siete generaciones antes de Platón. Y no sólo fue considerado digno de la dirección de la escuela, sino también de la educación de sus hijos y de su boda con Téano por haber dominado extraordinariamente la doctrina de la secta. En efecto, se dice que el propio Pitágoras ejerció la dirección de la secta durante treinta y nueve años y, que habiendo vivido en total cerca de cien años, confió la escuela a Aristeo, cuando éste era muy mayor. Sucedió a éste en la dirección Mnemarco, el hijo de Pitágoras y, a su vez, éste se la confió a Bulágoras, en cuya época fue saqueada la ciudad de Crotona. Le sucedió Gartidas de Crotona, que había regresado de un viaje, que había realizado antes de la guerra. Sin embargo, a causa de la desgracia de su patria renunció a la vida. Ciertamente, este fue el único que falleció prematuramente de pena.

266 En el caso de los demás, cuando se hicieron muy viejos, no tenían otro objetivo que liberarse de su cuerpo como si de una atadura se tratase. Sin embargo, un tiempo después Aresas de Lucania, que se había salvado gracias a unos forasteros, se hizo cargo de la dirección de la escuela. A éste acudió Diodoro de Aspendo, que fue aceptado a causa de la escasez de hombres en la institución. Éste regresó a Grecia

[180] Añadido por Kiessling.

[181] Añadido por Küster.



y difundió allí las teorías pitagóricas. De ellos, se esforzaron por escribir, en la zona de Heraclea, Clinias y Filolao y, en Metaponto, Teórides y Eurito, y Arquitas en Tarento. Y Epicarmo también fue de los discípulos de fuera, pero no perteneció a la secta de los pitagóricos. Y cuando llegó a Siracusa, se abstuvo manifiestamente de filosofar a causa de la tiranía de Hierón, pero puso en verso los pensamientos de los pitagóricos, presentando la doctrina de Pitágoras bajo la apariencia de un juego.

Naturalmente, de la totalidad de los pitagóricos ha habido muchos desconocidos y anónimos, pero he aquí los nombres de los conocidos[182]: 267

De Crotona: Hipóstrato, Dimas, Egón, Hemón, Silo, Cleóstenes, Agelas, Epísilo, Ficiadas, Ecfanto, Timeo, Buto, Erato, Itaneo, Rodipo, Brías, Evandro, Milias, Antimedón, Ageas, Leofrón, Agilo, Onatas, Hipóstenes, Cleofrón, Alcmeón[183], Damocles, Milón y Menón.

De Metaponto: Brontino, Parmisco, Oréstadas, León, Damármeno, Eneas Quilas, Melesias, Aristeas, Lafaón, Evandro, Agesidamo, Jenócades, Eurifemo, Aristómenes, Agesarco, Alcias, Jenofantes, Traseas, Eurito, Epifrón, Eirisco, Megistias, Leócides, Trasímedes, Eufemo, Procles, Antímenes, Lácrito, Damótages, Pirrón, Rexibio, Alopeco, Astilo, Lácidas, Haníoco, Lácrates y Glicino.

[182] Se ha pensado que este catálogo se confeccionó con posterioridad y que su autor pudo ser Aristóxeno.

[183] Destacado discípulo de Pitágoras, médico y filósofo. Según Diógenes Laercio (VIII, 5), escribió un tratado tempranamente desaparecido *Sobre la naturaleza,* en el que refleja su punto de vista, netamente pitagórico, sobre la antitética dualidad y esencia del alma humana. Así mismo, abordada temas como la procreación, la formación de semen y la confluencia de los sentidos en el cerebro.

De Acragante: Empédocles.

De Elea: Parménides.

De Tarento: Filolao, Eurito, Arquitas, Teodoro, Aristipo, Licón, Hestieo, Polemarco, Asteas, Cenias, Cleón, Eurimedonte, Arceas, Clinágoras, Arquipo, Zopiro, Eutino, Dicearco, Filónides, Frontidas, Lisis, Lisibio, Dinócrates, Equécrates, Pactio, Acusiladas, Ico, Pisícrates, Clearato, Leonteo, Frínico, Simiquias, Aristoclidas, Clinias, Habróteles, Pisírrodo, Brías, Helandro, Arquémaco, Mimnómaco, Acmónidas, Dicas y Carofántidas.

De Síbaris: Metopo, Hípaso, Próxeno, Evanor, Léanax, Menestor, Diocles, Empedo, Timasio, Polemeo, Endio y Tirseno.

De Cartago: Milcíades, Antes, Hodio y Leócrito.

De Paros: Eecio, Fenecles, Dexíteo, Alcímaco, Dinarco, Metón, Timeo, Timesiánax, Eumoiro y Timáridas.

De Locro: Gitio, Jenón, Filodamo, Evetes, Eudico, Estenónidas, Sosístrato, Eutino, Zaleuco, y Tímares.

De Posidonia: Atamante, Simo, Próxeno, Cránao, Míes, Batilao y Fedón.

De Lucania: Ocelo y Ocilo, hermanos, Aresandro y Cerambo.

De Dardania: Malión.

De Argos: Hipomedonte, Timóstenes, Eveltonte, Trasidamo, Critón y Políctor.

De Lacedemonia: Autocáridas, Cleanor y Eurícrates.

De la región hiperbórea: Ábaris.

De Regio: Arístides, Demóstenes, Aristócrates, Fitio, Helicaón, Mnesibulo, Hipárquides, Eutosión, Euticles, Ópsimo, Calais y Selinuncio.

De Siracusa: Leptines, Fintias y Damón.

De Samos: Meliso, Lacón, Arquipo, Heloripo, Heloris e Hipón.



De Caulonia: Calímbroto, Dicón, Nastas, Drimón y Jéneas.

De Fliunte: Diocles, Equécrates, Polimnasta y Fantón.

De Sición: Políades, Demón, Estracio y Sóstenes.

De Cirene: Proro, Melanipo, Aristángelo y Teodoro.

De Cízico: Pitodoro, Hipóstenes, Butero y Jenófilo.

De Catania: Carondas y Lisíades.

De Corinto: Crisipo.

De Tirrenia: Nausítoo.

De Atenas: Neócrito.

Del Ponto: Liramno.

En total, doscientos dieciocho.

Las mujeres pitagóricas más significativas fueron: Timica, esposa de Milias de Crotona; Filtis, hija de Teofris de Crotona y hermana de Bindaco; Ocelo y Ecelo ⟨hermanas de Ocelo y Ocilo⟩[184] de Lucania; Quelónide, hija del lacedemonio Quilón; Cratesíclea, laconia, esposa de Cleánoro de Lacedemonia; Téano, esposa de Brontino de Metaponto; Mía, esposa de Milón de Crotona; Lastenia de Arcadia; Habrotelia, hija de Habróteles de Tarento; Equecratia de Fliunte; Tirsenis de Síbaris; Pisírrode de Tarento; Teadusa de Lacedemonia; Beo de Argos; Babelica de Argos; Cleecma, hermana de Autocáridas el lacedemonio.

En total, diecisiete.

[184] Añadido por Deubner.



# PROTRÉPTICO

# INTRODUCCIÓN

## 1. EL «PROTRÉPTICO»

La obra de Jámblico, *Protréptico* o *Exhortación a la Filosofía,* es el segundo libro de las cuatro primeras obras que se han conservado de la *synagōgḗ* o colección de diez que escribió nuestro autor, tal como ya se ha expuesto en la introducción de la obra precedente, la *Vida pitagórica*.

En primer lugar, deberíamos hablar de la tradición, de los antecedentes, del término *protréptico* que, en su significación, viene a ser aquello «que exhorta, anima o incita» a algo determinado. En el *Eutidemo,* Platón, en boca de Sócrates, en diálogo con Clinias, alude a la capacidad para «llevar a la filosofía y a la práctica de la virtud» (274c) y, más adelante, insiste en la necesidad de «buscar la sabiduría» (282c). Con ello se desvela, pues, en esta obra de Platón, una exhortación a la sabiduría (filosofía). En segundo lugar, habría que señalar la problemática existente sobre la propia identidad de esta obra desde que I. Bywatter (1869)[1]

[1] «On a lost dialogue of Aristotle». *Journal of Philology* 2 (1989) 55 y sigs. Por su parte, A. J. Festugière, en su obra *Les trois «Protrepti-*

consideró que una parte del tratado de Jámblico (caps. 5-12, un tercio, aproximadamente) se basaba en la obra homónima de Aristóteles desaparecida. Con posterioridad, W. Jaeger[2] ha matizado y analizado los fragmentos aristotélicos que formarían parte de la obra. Hay algunos autores[3] que incluso piensan que, a partir de la obra de Jámblico, se puede reconstruir casi por entero el *Protréptico* de Aristóteles.

Por otra parte, los pasajes aristotélicos que se asignan a la obra de Jámblico son netamente de inspiración pitagórica, lo que también llevó a Jaeger[4] a suponer que el ideal educativo que imperaba en la academia platónica, cuando Aristóteles la frecuentaba, era netamente pitagórico y, por tanto, que la exhortación de la obra aristotélica debía de ser evidentemente una exhortación a la filosofía pitagórica.

Una segunda cuestión, relacionada con la precedente, es la pretendida existencia de un *Anónimo de Jámblico*, que

*ques» de Platon*: *Euthydème, Phédon, Epinomis*, Paris, 1972, considera extractos o paráfrasis de varias obras de Platón, los capítulos del 13 al 19.

[2] *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*. Berlín, 1923 (1955²), pág. 78 y sigs. Hay una versión española de esta obra (de la primera edición alemana) con el título de, *Aristóteles: bases para la historia de su desarrollo intelectual*. Méjico, 1946. Varias son las hipótesis sobre la asignación de pasajes y fragmentos aristotélicos a la obra de Jámblico. Véase también D. J. Allan «Critical and Explanatory Notes on some passages assigned to Aristotle's Protrepticus» *Phronesis* 21 (1976), pags. 219-240.

[3] Cf. I. Düring, *Aristotle's Protreticus. An attempt at Reconstruction*, Göteborg, 1961, pág 290 y sgs.. Con posterioridad, F. Vendruscolo ha presentado y resumido con rigor y minuciosidad esta temática sobre el *Protréptico* de Jámblico en «Due frammenti aristotelici (*Protrepticus* 6 e 15 Walzer-Ross) note testuale e spunti per una riconstruzione» *Studi Classici e Orientali* 39 (1988) Pisa, págs. 293-330, esp. pág. 294.

[4] *Op. cit.*, pág. 74.



Blass[5] descubrió en el capítulo 20 del *Protréptico*. Es decir, se atribuía ese capítulo a un determinado autor; en concreto Blass y otros autores, como H. Gomperz[6] se lo asignaban al sofista Antifonte. Otros[7] pensaban que se trataba de Protágoras y, en fin, el investigador italiano Q. Cataudela[8] estimaba que el autor del citado capítulo 20 del *Protréptico* era Demócrito.

Se puede añadir, por último, en estas consideraciones generales, que la obra está estrechamente relacionada con la *Vida pitagórica*[9]. La obra respira pitagorismo por doquier:

[5] Fr. Blass, *De Antiphonte sophista Iamblichi auctore*, Kieler Fest-Programm, 27 ene., 1889.

[6] *Sophistik und Rhetorik*, Leipzig y Berlín,1912, págs. 79-90.

[7] Como K. Töpfer, *Die sogenannten Fragmente des Sophisten Antiphon bei Iamblichos*. Programm Arnau, 1902, págs. 34-48. Por su parte, O. Schönberger, en su traducción de esta obra de Jámblico, *Aufruf zur Philosophie*, Würzburg, 1984, pág.6, entiende que una investigación a fondo sobre el tema debería tener en cuenta la postura de Jámblico en la tradición sofística y en la estructura del estilo de Aristóteles.

[8] *Studi Italiani di Filologia Classica*, 10 (1932); posteriormente, en «Qui è l'Anonimo Giamblico?». *Revue de Études Grecques* 63 (1950) 74-106. Para un panorama amplio de la cuestión, consúltese la edición (texto, traducción y notas) del *Protréptico* de Jámblico debida a E. Des Places (Les Belles Lettres, París, 1989), págs. 15-19 y el art. de E. A. Ramos Jurado «Jámblico de Calcis y el género biográfico», *Habis* 22 (1991), 283-295, esp. pág. 284 y sigs. Finalmente, J. Molina, en su art. «Tradición y novedad en el *Protréptico a la filosofía* de Jámblico», *Nova Tellus. Anuario del Centro de Estudios Clásicos,* 17, 2, México, 1999, págs. 67-107, hace un buen estudio (con selecta y actual bibliografía) de la obra en cuanto a precedentes aristotélicos, *Anónimo de Jámblico* y el canon principal de doctrina platónica, contenido en diez/doce diálogos (pág. 99), más una conclusión (102) con la que propone (apoyándose en la obra de Jámblico) una exhortación a las humanidades en el mundo actual, porque, en su opinión, el tratado «es una exhortación a humanizar todas las actividades»

[9] Véase, *supra*, n. 18 a la Introducción de esta obra.

doctrina, religiosidad, armonía cósmica, simbología. Y ello es así porque, naturalmente, *Vida pitagórica* y *Protréptico* formaban parte de la colección *(synagōgḗ)* de diez obras de doctrina y ciencia pitagóricas que por su interrelación constituían un auténtico *corpus* de pitagorismo.

### A) *Filosofía del «Protréptico»*

En la introducción a la obra precedente, *Vida pitagórica,* hemos tratado someramente la filosofía de Jámblico y su diferenciación respecto a su maestro Porfirio, a la vez que hemos hecho alusión a su teúrgia. Pero una vez más debemos insistir en la complementación e interrelación de estas dos obras de Jámblico dentro del ámbito pitagórico. Igualmente, debemos aludir a su completa relación de los símbolos pitagóricos que presenta y explica Jámblico en el cap. 21 de su obra, lo que, ciertamente, supone una gran aportación al pitagorismo. De todos modos, debemos limitarnos al contenido de la obra que nos ocupa y señalar, lo que ya hemos apuntado en la introducción a la *Vida pitagórica*[10], que como discípulo de Porfirio no podemos considerar relevante la influencia directa de éste[11], ya que el contacto entre ellos se produjo en la edad tardía de Porfirio. Probablemente, la influencia filosófica directa la recibió Jámblico de la escuela de Alejandría. Con todo, la filosofía de Jámblico se apoya en la sabiduría pitagórica con una tradición religiosa que resulta inmutable, pero anteponiendo la teúrgia a las prácticas religiosas populares. La innovación de Jámblico respecto a

[10] *Vida pitagórica*, Introducción, n. 3.

[11] Cf. B. Dalsgard Larsen, «La place de Jamblique dans la philosophie antique tardive». *Fondation Hard, Entretiens...* XXI Ginebra-Vandoeuvres, 1975, pág 2 y sigs.



la filosofía de Plotino y, en cierto modo, de Porfirio es la introducción, en su afán por restaurar el paganismo, de innumerables dioses (no sólo griegos, sino también orientales), démones, héroes etc., que se sitúan entre Dios y el mundo sensible, sustituyendo a la tríada plotiniana del Uno, Inteligencia y Alma por la tríada Ser, Vida e Inteligencia, y debajo *(hypóstasis)* de cada uno de los componentes de esta tríada (salvo el Uno que se halla por encima y fuera de todos los seres) se encuentran, de un modo jerarquizado, otros elementos divinos que se multiplican de un modo asombroso, y que, en cierto modo, se agrupan formando tríadas que constituyen una relativa unidad *(diákosmos)*. Pero la racionalidad no es una vía útil para llegar al conocimiento divino y a la salvación; de ahí que adopte todos los medios de irracionalidad para su objetivo: oráculos, magia, teúrgia y superstición.

Parte de esta explicación místico-filosófica[12] que ofrecemos se encuentra en la propia obra de Jámblico[13], pero la mayoría se conoce gracias a la información que proporcionó Proclo en su *Comentario al Timeo* 206ª y sigs. Hay un divorcio, pues, entre la filosofía del primer neoplatonismo (Plotino y Porfirio) y la magia y la teúrgia que abrazan los continuadores (Jámblico, Siriano y Proclo). Se podría configurar, en consecuencia, el pensamiento de Jámblico como una opción hacia la irracionalidad (como ya hemos señalado), es decir, la práctica de la teúrgia, que no es más que una sublimación de los rituales mágicos, y que en definitiva es,

[12] En este complejo sistema, los intereses teológicos priman sobre los filosóficos. Cf. Fr. Ueberweg, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, I, Basilea-Stuttgard 1926 (1909¹), pág. 612.

[13] O. Schönberger, en su citada traducción de esta obra (cit. *supra*, en n. 7), pág. 108, afirma que «desgraciadamente falta un comentario a esta importante obra de la filosofía antigua tardía».

simplemente, un distanciamiento de la racionalidad, por un lado, y, por otro, como una tendencia al sincretismo, en su afán por reinstaurar el panteón griego. Pero conviene, por último, no perder de vista lo que ya hemos señalado con anterioridad: su afición y vinculación a la doctrina, ciencia y simbología pitagóricas, porque sin duda hay que considerarlo como un convencido y profundo pitagórico.

### B) *Análisis del contenido de la obra*

Entendemos que es necesario este apartado por considerar que el epígrafe del autor sobre el contenido de cada capítulo no informa realmente sobre el mismo.

Comienza la obra (1) con el análisis de la doctrina pitagórica para llevar a la educación, tanto de la ciencia como de la virtud, sin excluir ninguno de los saberes. Y es el alma, que transita de lo inferior a lo mayor, la que descubre, en su progresión, los bienes más perfectos, y en consecuencia la exhortación comenzará por cuestiones comunes, exhortación que se refiere exclusivamente a la filosofía sin preferir de antemano ninguna escuela filosófica. Se está refiriendo a un método ordinario de exhortación (protréptico); por ello propugna seguir un método intermedio entre éste y el pitagórico, para que el lector se habitúe a este último, porque la idea del autor es implantar, como sistema, la exhortación pitagórica. — Nos argumenta (2) que el alma nos da la vida (como los ojos la vista) y, tras esta aseveración, debemos encaminarnos a la virtud por encima de todo. A ello se añade la contemplación de la prudencia, porque supone la «precisión sensorial de nuestro intelecto práctico». Y la ofrenda del alma son las ciencias. Concluye el capítulo con el hecho de que se puede efectuar una exhortación a la filosofía, de un modo general, partiendo de hechos evidentes. — Pasa a continuación (3) a la exhortación propiamente pitagórica que se lleva a cabo por medio de sentencias y símbolos, utilizando para ello los llamados *Versos áureos*, con el fin de alcanzar lo bello y la virtud como aspiración a lo divino. Es el postulado de una



filosofía contemplativa: el conocimiento de los dioses como virtud, prudencia y felicidad perfecta. Tras señalar las características de las ciencias humanas, se alude a la facultad que posee el hombre de elegir el bien y el mal, por lo que se debe elegir lo bello y la felicidad. Después continúa con el embotamiento que nos impide ver los bienes que están cerca. Aporta, a continuación, otras sentencias y el inconveniente de la dualidad de nuestra propia naturaleza, desde el nacimiento, por la discordia innata, que debe ser sustituida por una «actividad intelectual única». Es, en definitiva, una exhortación a la vida intelectual. Se añade también una exhortación a la perfección divina, con súplicas e invocaciones al dios supremo, Zeus. Con todo ello nos liberaremos de las desdichas, ascendiendo a una vida divina y feliz. Exhorta también a un cambio del alma, libre de las ataduras del cuerpo, para que se asemeje a los dioses.— Aborda igualmente (4) la exhortación esotérica y científica, apoyándose en Arquitas y afirmando la capacidad de la sabiduría para captar la verdad de lo que está oculto, pues la sabiduría, en su opinión, supera a la razón. Establece entonces la comparación siguiente: si el sol es el que engendra y nutre todo, de la misma manera «la sabiduría es el ojo y la vida de los seres dotados de inteligencia». El hombre, en definitiva tiene capacidad para conseguir la ciencia y la inteligencia de todo y, por ello, debe decantarse por la sabiduría contemplativa. De la propia naturaleza humana surge «la exhortación que incita a la filosofía en su totalidad». La razón humana está inmersa en la naturaleza general y debe llegar a un acuerdo con la naturaleza intelectiva del Todo y alcanzaremos la felicidad, si conseguimos y contemplamos la inteligencia de los seres a través de la filosofía. Propugna también una exhortación a la prudencia, que es una especie de visión sobre todo lo visible, con lo que «comprende las razones generales de todo». Pero habida cuenta de que la divinidad es principio, fin y medio de todo lo que se lleva a cabo. Por su parte la exhortación teológica (sigue apoyándose en Arquitas) se basa en un único y mismo principio, del que separa lo que está próximo al Uno, que son multitudes que ascienden y descienden de él. Mas el objetivo de toda ciencia es la contemplación del Uno. La exhortación nos

llevará a través de todo a la contemplación de Dios.— Se propone ahora (5) recurrir a las exhortaciones pitagóricas para conseguir el estímulo por la filosofía, aportando demostraciones científicas, entre las que destaca la posesión de bienes y el uso que de ellos hacemos para conseguir la felicidad, que ha de ser con inteligencia. Consecuentemente, es necesario filosofar para los que quieren prosperar, y la filosofía es la adquisición de una ciencia, no de bienes materiales. Pero sólo la justicia y la razón fijan el uso apropiado de los bienes. Existencia del cuerpo y del alma en la persona y sus características. Y la identidad propia de la persona es el alma. Se alude a la templanza como conocimiento del alma. Hay que preferir el alma porque después de los dioses es lo más divino que hay y el recto proceder del alma consiste en filosofar como se debe. A continuación expone una división tripartita del alma. Hay que atender al demon que con cada uno vive, dándole lo que conviene y, en consecuencia, es necesario que cada uno de nosotros enderece sus desviaciones «por medio del estudio de las armonías y revoluciones del Todo». Hay que corregir los instintos feroces y «hacer divino al hombre que hay en nosotros». Múltiples consejos para el autogobierno y control personal. Mucha precaución ante los cargos, tanto públicos como privados. Y el objetivo primordial de la persona será la consecución de la sabiduría. Superioridad del alma sobre el cuerpo y racionalidad e irracionalidad de aquélla, destacando la función de la mente en la parte racional. Y las actuaciones de la mente son sus reflexiones, «visiones de los inteligibles». Por lo demás, entre las actividades intelectuales, las que atañen a la contemplación pura son las más apreciadas. Y el hombre que conserva sus facultades mentales sin irracionalidad se asemeja a Dios. Éstas y otras recomendaciones son consejos pitagóricos «a la excelsa prudencia». — Se inicia ahora (6) una exhortación a la vida práctica, en la que se impone como actividad principal el ejercicio de la filosofía, porque contiene en sí un «recto juicio y una reflexión rectora». Vienen, a continuación, una serie de reflexiones sobre el objeto de la ciencia y sobre la existencia de «una ciencia de la verdad y de la virtud del alma». Por otra parte, la sensatez es el mejor de los bienes, pero no hay que



olvidar que la filosofía es la adquisición y uso de la sabiduría, y que ésta es uno de los grandes bienes, que no conlleva, para su adquisición, grandes gastos y esfuerzos. Y precisamente por esta razón hay que dedicarse con entusiasmo a la sabiduría. — Se matiza, a continuación, (7) esta recomendación, en el sentido de que la reflexión y el conocimiento son deseables y necesarios para el hombre. Los bienes más deseables se consiguen gracias a la filosofía. Se menciona de nuevo la dualidad alma–cuerpo y la superioridad del primer componente por poseer razón e inteligencia. Insiste en el tema: la tarea primordial del alma pensante es la verdad, lo que se consigue con ayuda de la ciencia, y con un fin último, la contemplación; y su facultad creadora fundamental es la inteligencia. Tras una serie de consideraciones sobre la vida, se concluye que el conocimiento está por encima de los sentidos y de la vida misma.— Consideraciones (8), dentro de una evidencia sensible, sobre la vida: que nadie la aceptaría sin sensatez y sin razón. Se contrapone la falsa realidad de los sueños a la verdad del alma Y se insiste en el esfuerzo necesario que se debe hacer «para conseguir esta inteligencia que podrá conocer la verdad». La belleza, los honores y la servidumbre del cuerpo nada es frente a la mente y el pensamiento, lo único que parece ser inmortal y divino, y se apoya, para esta afirmación, en Hermótimo o Anaxágoras. — Se analiza (9) el origen de las cosas, que tiene lugar merced a una capacitación técnica, gracias a la naturaleza y, a veces, por la intervención del azar, si bien es algo indefinido lo que origina éste y, en cambio, lo que surge de una técnica o de la naturaleza tiene una finalidad. Explicación de Pitágoras al motivo por el que la naturaleza y Dios nos engendraron, a saber, para conocer y contemplar. «Reflexionar, a juicio de Jámblico; es el motivo último por el que hemos nacido», y esta reflexión debe ejercerse por ser bueno para el alma, aunque «nada útil se origine para la vida humana». — Se propugna (10 la reflexión contemplativa por las ventajas que nos proporciona, y es el filósofo «el único que vive con la mirada puesta en la naturaleza y en lo divino» y «adapta fijamente los principios de su vida a lo eterno y duradero». — La vida intelectual (11) nos proporciona una existencia placentera,

pero no basta el pensamiento y la reflexión, si no se ejercitan. Es decir, cuando se posee algo, hay que ejercitarlo, llevarlo a la práctica; por la misma razón, la labor del alma será ejercitar la reflexión y el razonamiento. Y en el vivir la mejor actividad es la actividad contemplativa. Se alude al disfrute de la vida, que es propio del alma, porque vive con autenticidad. De todo ello se concluye que deben filosofar los que poseen inteligencia, para disfrutar de los placeres verdaderos. — Pasa, a continuación, (12) a considerar que sólo «los filósofos pueden tener una vida de felicidad», entendiendo que ésta es inteligencia, una especie de prudencia, virtud o alegría. Para conseguir esa felicidad, la mirada del alma se fijará en la verdad y en la contemplación de los dioses. — Definición (13) del verdadero filósofo, cuyo único objetivo es la muerte, en el sentido de que logra la separación del cuerpo, lo que a la mayoría pasa desapercibido. Debe, en consecuencia, rehuir los placeres del cuerpo y la adquisición de bienes lujosos y buscar, en vida, el alejamiento del cuerpo y el camino hacia el alma, que igualmente rehúye al cuerpo «y busca centrarse en sí misma». La esencia y la realidad del ser (en el mundo de las ideas) sólo puede conseguirse con el pensamiento. El cuerpo y las pasiones nos impiden dedicarnos de lleno a la filosofía. Sigue insistiendo en la separación del alma del cuerpo para su purificación. En la separación del cuerpo también se consigue la templanza (el no entregarse a los deseos); lo contrario es la intemperancia. Y sólo el purificado llegará al otro mundo y vivirá con los dioses. Por consiguiente exhorta a la filosofía, porque sólo ella proporciona la virtud y la pureza del alma, para lo que insiste en la liberación del cuerpo. El verdadero amante del saber es ordenado y valeroso, pero no como el vulgo lo entiende. Por su parte, la inmortalidad del alma exige que sea sensata y lo mejor posible y despreocuparse de los bienes materiales. Todos estos argumentos llevan de nuevo a la exhortación a la filosofía. — Pero igualmente (14), siguiendo los consejos de Pitágoras, se puede exhortar a la filosofía partiendo del ejemplo «de la vida de los hombres que han destacado en la filosofía». Son personas cuya mente vuela por doquier lejos de las ataduras terrenales. Nos presenta, a continuación, la clásica imagen del filósofo



despistado sin conexión con la vida cotidiana. En este campo se le puede ver ridículo, al igual que la persona sin formación en los temas del filósofo. Y la huida de lo terrenal persigue la asimilación con la divinidad. Y los malvados, a su vez, pagarán su merecido cuando mueran. Concluye el capítulo con una nueva exhortación a la filosofía. — Presenta, a continuación, (15) la educación y la ignorancia mediante un símil, al estilo platónico, de unas personas encerradas en una cueva y encadenadas, de modo que sólo pueden ver la sombra de las personas u objetos que portan en la pared que tienen enfrente. Explica, consecuentemente, la diferenciación que esas personas, una vez liberadas de la cueva, establecerían entre el mundo aparente que hasta entonces habían conocido y el mundo real. La liberación de la cueva se estima «como la ascensión del alma al lugar de lo inteligible». Concluye, finalmente, que es necesario consagrarse a a la educación y a la filosofía, si queremos conseguir la felicidad. — La educación (16), afirma, debe promover una capacidad para «girar desde el devenir» hasta «hacer frente a la visión del ser y de lo más brillante del ser», lo que es considerado el bien. Igualmente, hay que «vivir y morir ejercitando el resto de las virtudes». — Parte otra vez (17) de los dichos antiguos de los pitagóricos, con la intención de llegar a la misma exhortación y alcanzar una vida en orden con un alma sin deseos. — Sigue la recomendación (18) de ocuparse con afán de lo bello. Y para ello, debemos evitar las enfermedades del alma antes que las del cuerpo. El orden y disciplina del cuerpo, añade, generan salud y vigor; y en el alma, norma y ley. — Se mencionan (19) los bienes del alma tan importantes para la felicidad, y todo ello se consigue por el orden y rectitud del alma. Pero la felicidad se consigue también con la búsqueda y práctica de la templanza. Se alude, por otro lado, a la armonía entre los seres y a la igualdad geométrica en los dioses y en los hombres. Se trata después del respeto debido a padres y antepasados. Clasificación de los bienes y su significación para los justos y para los injustos. — Viene a continuación (20) la exhortación por medio de máximas y sigue con la forma en que se debe practicar la piedad, virtudes en general y el valor; sólo la filosofía, como ciencia, nos fa-

culta para ejercerlas, como para cualquier otra cosa que se pretenda llevarla hasta un fin perfecto. Se vuelve a insistir en la recomendación de filosofar. Y el hombre bueno, que se aparta de las pasiones y de la necesidad externa, encuentra en la filosofía un medio útil para ser feliz y un recurso para el desprecio de la muerte. La legalidad e ilegalidad para el género humano. Igualmente, se refiere que de la desconfianza y del aislamiento surge la guerra y la discordia civil. Una vez más se exhorta a la filosofía para consolidar la legalidad. — Recomienda (21), a continuación, la exhortación por medio de símbolos, esencialmente pitagóricos. Su contenido debe ser explicado y comentado, para que no parezca ridículo. De este modo, expone los treinta y nueve símbolos y, a continuación, su exégesis.

## C) *El texto del «Protréptico»*

Debemos repetir lo que ya hemos expuesto a propósito del texto de la *Vida pitagórica* [14], que el manuscrito arquetipo, que comprende las cuatro primeras obras de la *synagōgḗ*, es el *Codex Florentinus Laurentianus* 86.3, y eso a pesar de algunas reticencias de ciertos estudiosos. Y también repetimos lo que ya dijimos, a propósito del *stemma* y de las familias de manuscritos, la consulta de las ediciones de Deubner y Des Places, de la *Vida pitagórica* y del *Protréptico*, respectivamente [15].

## D) *Ediciones y traducciones del «Protréptico»*

Ocurre igualmente lo mismo que comentábamos a propósito de la *Vida pitagórica,* que como las dos obras se han editado conjuntamente, puesto que pertenecen a un mismo

[14] Véase la Introducción a esta obra sobre este mismo aspecto de la historia del texto.

[15] Véase Introducción de la obra precedente, n. 28.



manuscrito, la *editio princeps,* tanto de una como de otra, es la misma, esto es, la de Arcerius (Franeker, 1598) [16].

En cuanto a las ediciones modernas, la primera edición crítica en importancia es la de H. Pistelli (Leipzig, 1888), reimpresa en 1967 (Teubner, Stuttgart), que es la que siguen (y hemos seguido) la mayoría de los traductores de esta obra.

Edición importante y valiosa, por su estudio y notas, con el texto griego y su correspondiente traducción francesa y aparato crítico y fuentes, es la de Édouard des Places, en Les Belles Lettres, París, 1989.

En cuanto a traducciones, la primera versión alemana completa *(erste deustche Gesamtübersetzung,* como reza en portada) es la de Otto Schönberg, *Aufruf zur Philosophie,* Würzburg, 1984. En inglés, tenemos la versión de Thomas Moore Johnson, *The exhortation to philosophy: including the Letters of Iamblichus and Proclus' Commentary on the chaldean oracles.* Grand Rapids Mich. Phanes Pr., 1988.

La presente traducción es, que se sepa, la primera en español de esta obra de Jámblico. Y, dentro de las dificultades de interpretación que ofrece la obra, se ha intentado ser fiel al original griego, hasta los límites que exige la comprensión de cualquier lector. Para hacer más asequible su lectura, al igual que en la obra precedente *(Vida pitagórica),* se han puntuado separadamente los parágrafos de cada capítulo.

[16] Véase el apdo. D) Ediciones y Traducciones de la *Vida Pitagórica,* en la introducción a este obra que precede en el presente volumen, para las siguientes ediciones y versiones latinas que se acompañan.

## 2. BIBLIOGRAFÍA

Destacamos una serie de obras y artículos (algunos ya se han citado), tanto de índole general como específico, que tienen que ver con esta obra de Jámblico.

D. J. ALLAN, «Critical and Explanatory Notes on some passages assigned to Aristotle's *Protrepticus*». *Phronesis*, 21 (1976), 219-240.

*Aristotelis fragmenta selecta*, edic. de W. D. ROSS, Oxford, 1955.

E. BIGNONE, *L'Aristotle perduto e la formazione filosofica di Epicuro*, 2 vols., Florencia, 1936 (1973²).

I. BYWATER, «On a lost dialogue of Aristotle». *Journal of Philology*, 2 (1869), 55-69.

B. DALSGARD LARSEN, *Jamblique de Chalcis Exégète et philosophe*, Aarhus, 1972.

I. DÜRING, *Aristotle's. An Attempt at Reconstruction*, Göteborg, 1961.

—, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, Heidelberg (versión española: *Aristóteles: exposición e interpretación de su pensamiento*, Méjico, 1990)

A. J. FESTUGIÈRE, *Les trois «Protreptiques» de Platon (Euthydème, Phédon, Épinomis)*, París, 1973.

W. JAEGER, *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*, Berlín, 1923 (1955²). Versión española (de la primera edición alemana): *Aristóteles: bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, 1946

H. J. KRÄMER, *Platonismus und hellenistische Philosophie*, Heidelberg,1972.

PH. MERLAN, *From Platonism to Neoplatonism*, La Haya, 1960.

PLATÓN, *Euthydème*, trad., intro. y notas de M. CANTÓ, Flammarion, París, 1989.



W. G. RABINOWITZ, *Aristotle's Protrepticus and the Sources of its Reconstruction*, Berkeley, 1957.

B. SCHNEEWEISS, *Der Protrepticos des Aristoteles*, Diss., Múnich, 1966.

W. THEILER, *Die Vorbereitung des Neuplatonismus*, Berlín, 1930.

Puede ser útil también la bibliografía citada en la obra precedente *(Vida pitagórica)*. Por otra parte, esta sucinta bibliografía se puede completar con obras generales (manuales) o estudios monográficos, que comprenden varios artículos, tales como:

A. H. ARMSTRONG (ed.), *The Cambridge History of Late Greek and Early Medieval Philosophy*, Cambridge, 1970.

J. H. BLUMENTHAL y E. G. CLARK (eds.), *The divine Iamblichus philosopher and man of Gods*, Bristol, 1993 [comprende diversos artículos].

C. ZINTEN, *Die Philosophie des Neuplatonismus*, Darmstad, 1977 [diversos artículos; dos de ellos son versiones del francés, de arts. de Bidez y de Des Places]

W. K. C. GUTHRIE, *Historia de la Filosofía Griega*, vol. 6, Madrid, 1993.

R. T. WALLIS, *Neoplatonism*, Londres,

Fr. UEBERWEG, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, vol. I Basilea-Stuttgart, 1926 (1909¹, varias reediciones).

—, *De Jamblique a Proclus*, XXI, Entret. Fondation Hardt, Vandoeuvres-Ginebra, 1974 [diversos artículos].

E. ZELLER-R. MONDOLFO *La Filosofia dei Greci nel suo svilupo storico*, v. 3 Florencia, 1967 (vers. y complem. de la edic. alemana de ZELLER, 1892 y s.).

# SINOPSIS

1. Cuál es, según Pitágoras, el comienzo de la introducción a la cultura y a la filosofía, y cómo es el más común y el que atañe a todos los bienes que tienen que ver con la filosofía; cuál es su orden, igualmente, en tanto que se divide en tres partes, y cómo progresa siempre hacia lo más puro.
2. Imágenes gnómicas, protrépticas, que, a partir de evidencias para todos, provocan nuestro deseo de preocuparnos generosamente de la virtud tal como es concebida en toda escuela.
3. Sentencias pitagóricas protrépticas en verso, capaces de invitar a toda la sabiduría excelsa y muy divina.
4. Recursos científicos que inducen a una exhortación a la filosofía contemplativa a la vez que proporcionan la explicación de cuán gran bien es la prudencia y el motivo por el que se esfuerzan por ella las personas de gran sensatez.
5. Exhortaciones propiamente pitagóricas que sobrepasan con mucho las recomendaciones de otros filósofos y logran unas aportaciones propias.
6. Exhortaciones mezcladas con la virtud práctica y política y con la adquisición y uso de la prudencia más perfecta, de acuerdo con el intelecto.
7. Invitaciones particulares a la filosofía contemplativa y, en especial, a la vida intelectual, porque unas, a partir de la naturaleza auténtica del hombre, y otras, a partir de las evidencias, recomiendan este proyecto.

8. Sugerencias que, partiendo de conceptos comunes, animan a la aspiración primordial y a lo que por sí mismo es deseable de la filosofía, y que manifiestamente llevan a la exhortación a partir de lo que para todos es conocido.
9. A partir de la intención de la naturaleza, recurso a la exhortación, de acuerdo con la respuesta de Pitágoras que emitió para los habitantes de Fliunte, cuando le preguntaban quién era y por qué razón había nacido. En efecto, de un modo consecuente con esta respuesta, argumentamos toda la exhortación.
10. Que la especulación teorética proporciona grandes ventajas para la vida, que muchas sugerencias, también a partir de orígenes varios, muestran modos diferentes de utilización a la vez que contribuyen a muchos fines de lo que nos es útil.
11. Que la alegría resulta significativa en aquella persona que ha elegido una vida acompasada al intelecto.
12. Por el hecho de que la filosofía lleva de un modo total y verdadero a la felicidad, recurso al pleno y provechoso cumplimiento de la filosofía.
13. A partir de reflexiones filosóficas, recurso a la exhortación de acuerdo con los postulados pitagóricos y las creencias verdaderas sobre el alma.
14. A partir de la vida filosófica y de toda la existencia del filósofo, incitaciones a la exhortación, porque evidencian igualmente, por medio de una confrontación, en qué medida destaca tal actuación sobre las demás vidas de apariencia respetable.
15. A partir de la cultura y de la incultura surge la exhortación, si es que la una es el mayor bien y la otra, el mayor mal, esto es, si lo son, por un lado, en sí mismos y, por otro, si parecen a otros tales cuales son en sí; y que la filosofía preside la cultura, mientras que su contrario rige la incultura.
16. Otros recursos que, a partir de la finalidad de la cultura, exhortan a la filosofía, connatural con la educación; que evidencian igualmente la labor de la filosofía y toda su solicitud por las mejores actividades de las potencias del alma.



17. A partir de discursos antiguos y de mitos sagrados y, en especial, de los pitagóricos, sugerencias a la exhortación de una vida prudente, equilibrada y ordenada. Y apartan también nuestro pensamiento de una vida que tiende al desenfreno y al placer.
18. Pasando de disposiciones que se manifiestan en el cuerpo, y de su orden, en virtud de un cambio análogo de intención en el alma, llevamos a cabo, de un modo claro y persuasivo, la exhortación a nuestros oyentes por el hecho de que ésta progresa a partir de hechos manifiestos.
19. A partir de los bienes del alma, recurso a la exhortación, por entender que éstos son muy apropiados para la felicidad, y, partiendo de las virtudes, por considerarlas suficientes para una vida feliz, una incitación semejante.
20. Sentencias mezcladas con exhortaciones, que alcanzan a la vez a todos los bienes, a todas las partes de la filosofía y a todos los fines de la vida, a los que tiende la virtud.
21. Cuál es la exhortación simbólica y cómo se origina a través de los símbolos; de cuántos modos se produce la explicación general de los símbolos y la particular de cada uno, que expresa únicamente la exhortación que se deriva de ellos, reservando para otro lugar el resto del estudio sobre los símbolos.

# PROTRÉPTICO A LA FILOSOFÍA

1 Sobre Pitágoras, sobre su vida y sobre los pitagóricos hemos expuesto lo adecuado en el libro precedente. Comenzamos, en adelante, por el análisis de su doctrina a partir de una preparación general para toda educación, tanto en lo que respecta a la ciencia como a la virtud; esta educación, sin excluir parcialmente, prepara al hombre para adaptarlo a una sola función de entre todas, pero, para decirlo simplemente, incita todos sus deseos hacia todas las disciplinas, hacia todos los saberes y hacia todas las bellas y nobles acciones que se dan en la vida, hacia todas las enseñanzas y, para decirlo en un palabra, hacia todo lo que participa del bien. En efecto, sin una incitación ni es posible aplicarse a unas ocupaciones bellas y nobles, ni tampoco lo es predisponer a alguien, de inmediato, hacia el bien más excelso y perfecto antes de llevar a cabo una preparación previa de su alma por medio de la exhortación. Pero como el alma progresa lentamente de lo inferior a lo mayor, transita por todas las clases de belleza y finalmente descubre los bienes más perfectos, del mismo modo también es necesario que la exhortación avance sistemáticamente, comenzando por las cuestiones comunes. Pues simplemente, inducirá a la filosofía y, en resumen, al acto de filosofar independientemente

del método, sin preferir de antemano, y abiertamente, a ninguna escuela filosófica, sino que todas son objeto de alabanza, según su índole, y de respeto, en general, por su relación con las actividades humanas de acuerdo con un modo protréptico común y popular.

2 Después de esto, se debe emplear un método de estudio intermedio, ni enteramente popular, ni pitagórico del todo, pero que tampoco se aparte radicalmente de cada uno de estos dos modos. Y ateniéndonos a ese método, ordenaremos las incitaciones comunes a toda filosofía, de manera que las distingamos, en este punto al menos, del pensamiento pitagórico, y les mezclaremos adrede también las valiosas opiniones de esas personas [las de los pitagóricos, a las que se debe exhortar][1] de tal modo que resulte familiar el método de los pitagóricos, por lo menos en este punto, esto es, en el modo de sus discursos.

3 A partir de ahí, insensiblemente, como es natural, nos apartaremos de las reflexiones exotéricas, y pasaremos a familiarizarnos con las demostraciones prescritas de la secta, ascendiendo desde abajo hasta lo alto como a través de un puente o de una escalera.

4 Finalmente, reuniremos las exhortaciones propias de la secta pitagórica, diferentes de las demás escuelas y, en cierto modo, secretas.

2 Empecemos a continuación por lo primero en relación a nosotros. Se trata de lo que está claro, manifiesto para todos, y no presume todavía la esencia de la virtud, sino que según las nociones comunes al respecto despierta nuestro deseo según ciertas sentencias, conocidas para la mayoría, conjeturadas de acuerdo con ejemplos evidentes que se extraen de la realidad. Y así son éstas, más o menos.

[1] El texto entre corchetes lo suprimió Pistelli.



Hay que decir que vivimos por el alma y que merced a 2 su virtud vivimos bien, al igual que, cuando miramos con nuestros ojos, vemos perfectamente gracias al servicio que éstos nos prestan. Hay que considerar que la herrumbre no casa con el oro, ni la desvergüenza con la virtud. Hay que encaminarse a la virtud como si lo hiciéramos a un santuario inviolable, a fin de que no caigamos en soberbia alguna, impropia del alma. [Sobre la comunidad de la vida y la constancia][2] Hay que tener confianza en la virtud como si de una esposa sensata se tratase; en cambio, hay que confiar en el azar como si nos relacionáramos con una voluble amante. Hay que preferir la virtud con pobreza a la riqueza acompañada de maldad, y la escasez de recursos con salud a la abundancia con enfermedad. El exceso de alimento es particularmente dañino para el que se encuentra mal físicamente, y la abundancia de bienes para el que se halla mal anímicamente.

Tan peligroso es darle una espada a un loco como el po- 3 der a un perverso. Del mismo modo, al que supura, es mejor aplicarle fuego[3] que dejarlo como está y, para el perverso, es mejor morir que vivir. En la medida de lo posible, hay que disfrutar de las contemplaciones de la prudencia[4], como

[2] Suprimido por Hemsterhuys.

[3] La cauterización por fuego era habitual en la Antigüedad clásica. Cf. Plat., *Gorgias* 479a9.

[4] El término griego *sophía* generalmente lo traducimos por «prudencia» y, a veces, por «sensatez». En alguna ocasión, por «sabiduría». Según se entiende, tanto en Grecia como en Roma, el *sophós* y el *sapiens*, no son, propiamente, el «sabio» (siempre), sino el «prudente» y el «sensato». En todo caso, puede ser el sabio por su experiencia y prudencia vital. Sin embargo, la tendencia general es verter los términos por «sabiduría» y «sabio», como hace siempre O. Schönberg, en la versión de esta obra de Jámblico *(Weisheit* y *Gelehrte* o *Weise).* Otra cosa es la traducción del término por parte de E. des Places, ya que, en francés, *sa-*

si se tratara de ambrosía y néctar; puro y divino, en efecto, es el deleite que de ellas se deriva; y lo divino lo puede convertir en magnánimo, y si no eternos, nos hace al menos conocedores de lo eterno. Si es necesario desear la precisión de los sentidos, más lo es afanarse por la prudencia[5]. Pues hay como una especie de precisión sensorial de nuestro intelecto práctico. Por medio de la una no nos engañamos en nuestras sensaciones; por la otra, no nos equivocamos en nuestros actos. Y reverenciamos a Dios de la manera debida, si preservamos nuestro intelecto de toda maldad como si de una mancha inmunda se tratara. Hay que adornar el templo con ofrendas y el alma con las ciencias. Del mismo modo que antes de los Grandes Misterios hay que enseñar los Pequeños, también antes de la Filosofía hay que proporcionar la cultura. El fruto de la tierra es anual, pero el de la filosofía se otorga a cada momento. Así como debe cuidar de su terreno la persona que le cupo en suerte el mejor, del mismo modo hay que cuidar del alma, a fin de que produzca el fruto digno de su naturaleza.

4 Planteando tal temática sentenciosa, a partir de hechos evidentes, se podría, de un modo general, exhortar a la filosofía.

3 Hay igualmente otro tipo de exhortación que también recurre a las sentencias, pero no propone ya los símiles por medio de parábolas; es rítmico, armonioso y genuino de

gesse alude a ambas significaciones. Véase, *supra*, para la referencia completa de estas dos obras, en Introducción, el apdo. D) Ediciones y Traducciones del *«Protréptico»*. Hay, sin embargo, un intento de sistematizar el vocabulario del neoplatonismo, por parte de J. ALSINA, al añadir el índice de «algunos términos neoplatónicos» en su obra *El Neoplatonismo. Síntesis del espiritualismo antiguo*, Barcelona, 1989, pero precisamente faltan *sophía / sophós*.

[5] En este caso, es la traducción de *phrónēsis*, aunque en otras ocasiones deberemos traducir este término por «sensatez» e «inteligencia».



estos hombres, que lo hemos recibido en especial en los *Versos áureos*[6], de los que deben ofrecerse algunas muestras como éstas:

*Esfuérzate en estas tareas, ejercítate en ellas; necesario es que las desees.*
*Ellas te situarán en las huellas de la virtud divina.*

2 Pues por medio de estos versos exhorta a todo lo que hay de bello en las ciencias y en las actividades, porque cree que no se deben de ahorrar esfuerzos, ni tampoco rehuir ejercicio alguno, incitándonos a la afición y al deseo por lo bello, y todo ello lo impulsa hacia la práctica de una virtud que no es meramente ocasional, sino que se trata de aquella que nos separa de la naturaleza humana y nos lleva a la esencia divina, al conocimiento de la virtud divina y a su adquisición. Pero por medio de estos versos nos invita a la sabiduría contemplativa:

*Cuando te hayas apropiado de estos preceptos,*
*de los dioses inmortales y de los hombres mortales conocerás*

[6] Son los versos que resumen la doctrina moral del pitagorismo. Se atribuyeron a Empédocles y a Lisis, discípulo de Pitágoras. En ellos está contenido también el juramento de los que se asociaban a la secta. Han sido editados en diversas ocasiones. Por A. FABRE D'OLIVET, *Les vers dorés de Pythagore...*, París, 1991 (1813¹); por I. VON WEDEMEYER (edit.) y por G. VON KOEHLER (trad.), *Die goldene Verse. Lebensregeln zur Meditation*, Heilbronn, 1983, y por J. C. TOHM, *The Pythagorean golden verses*, Leiden-Nueva York, 1995. Relacionada con los *versos áureos* se debe mencionar la obra de Hans DAIBER, *Neuplatonische Pythagorica in arabischen Gewande. Der Kommentar des Iamblichus zu den Carmina aurea*, North Holland-Tokyo, 1995. Pretende estudiar el influjo de Jámblico en la tradición árabe y la traducción de los *carmina* al árabe. El comentario de Jámblico se presenta en edición bilingüe, árabe-alemán.

*su unión; y cómo cada cosa pasa y cómo predomina;*
*también conocerás, en la medida en que está permitido,*
*una naturaleza parecida en todo, de manera que no esperarás*
*lo inesperado ni nada te pasará desapercibido.*

3 Pues no hay otras recomendaciones más admirables que éstas para aquéllos que están naturalmente capacitados para estimularse hacia la especulación teórica[7]. Porque el conocimiento de los dioses es virtud, sabiduría y felicidad perfecta, y nos hace semejantes a los dioses; en cambio, la ciencia de los hechos humanos nos otorga las virtudes humanas y nos hace expertos en nuestros asuntos, distingue lo útil y perjudicial que de ellos se deriva, protege lo uno, asegura lo otro y, en general, percibe de palabra y de obra la estructura propia de la vida humana. De tal ciencia se comprende lo más admirable: en qué sentido se mueve, libremente y sin trabas, cada uno de nuestros actos que son de una instancia superior, y en qué medida se encuentran dominados e impedidos, hasta el punto de que no pueden desarrollarse fácilmente y librarse de sus ataduras.

4 Pero la sentencia siguiente ejerce la invitación al estudio de la naturaleza y a toda la contemplación del cielo, porque la naturaleza de éste es siempre semejante, al girar igualmente de acuerdo con una misma revolución, y si uno se apercibe de ella, jamás puede esperar lo inesperado ni ignorar lo que pueda acontecerle fatalmente.

[7] Propiamente, en el texto griego, dice literalmente «filosofía teorética». El adjetivo griego *theōrētikḗ* viene a significar tanto «especulativo» como «contemplativo» y «teorético» o «teórico». En realidad, es una expresión filosófica común y lo hemos traducido así, simplemente, por cuestión de estilo.



5 Y las sentencias siguientes, que se basan en la vida independiente que hay en nosotros, proponen la invitación, por ejemplo:

*Conocerás que los hombres sufren males que ellos mismos*
*los desgraciados. [han elegido,*

Pues si los principios de las acciones son los hombres y tienen éstos la facultad propia, por sí mismos, para una elección de los bienes y un rechazo de los males, el que no utiliza esta facultad es indigno de las ventajas que se le han concedido por la naturaleza. En efecto, solamente dice[8] esto, a saber, que nosotros escogemos nuestro demon, que nosotros mismos nos constituimos en fortuna y demon y que, por nuestra propia causa, conseguimos nuestra felicidad. Exhorta a lo bello únicamente y muestra su dignidad como una elección realizada por sí misma.

6 Parecidos a este verso son también los siguientes:

*Aquellos que, cuando los bienes están cerca, ni los ven*
*ni los escuchan; pero pocos conocen la liberación de los males.*

En efecto, el hecho de que los bienes estén cerca, de que sean connaturales con nuestra alma y, sobre todo, de que estén emparentados con nosotros, es maravillosamente incitador. Y el no ver ni escuchar[9] y estar obscurecido por

[8] *I.e.*, Pitágoras.

[9] Alusión a un célebre verso de Epicarmo, comediógrafo siciliano del siglo v a. C.: «el intelecto ve, el intelecto oye; lo demás es sordo y ciego». Figura como fr. 249 en G. Kaibel, *Comicorum Graecorum Fragmenta*, I, 1, Berlín, 1899, pág. 137. Está documentado en diversos autores, entre ellos, Porfirio, *Sobre la abstinencia* III 21, 8, y Plutarco, *Sobre la fortuna* III 98B. También Jámblico, en la obra precedente *(Vida pitagórica* 166) menciona a este autor.

los sentidos, nos invita, por la intervención divina, a una vida intelectual, en la idea de que sólo la mente lo ve y escucha todo. Pero el cese de los males, que pocos contemplan, exhorta a la liberación del cuerpo y a la vida del alma por sí misma que denominamos aprendizaje de la muerte.

7 Sucesivamente, hay también otro modo de exhortación que se deriva de la acusación a los perversos. Porque no es tolerable que los que son parecidos a los rulos

*sean llevados de un lado a otro, soportando males sin fin.*

Porque la maldad inspira la violencia, la irracionalidad, el arrebato azaroso, unas veces en un sentido y otras en otro, y especialmente el infinito, cosas éstas que deben evitarse con especial atención.

8 Y ésta es la sentencia que viene a continuación:

*En efecto, una discordia penosa, que le acompaña, perniciosa [y connatural*
*le pasa desapercibida; no hay que estimularla, sino evitarla [retirándose.*

Aquí también mostró la dualidad de la naturaleza humana y el ser extraño que se nos sumó desde el nacimiento, al que unos llaman fiera policéfala; otros, una apariencia mortal de vida y, otros también, naturaleza engendradora. Pero aquí la denominó discordia innata, no como si estuviera en el mismo rango de nuestra existencia más relevante, sino como acompañante que sigue a la vida muy respetable. Así, pues, aconseja evitar ésta y, en lugar de ella, sustituirla por una actividad intelectual única, sin oposición, que en vez de perjudicar es benefactora y, en vez de llevar a la perdición, proporciona un principio de salvación y deja fuera, como si fuera extraña, la



sustancia advenediza y secundaria que nos acompaña, y concilia una vida primordial, totalmente perfecta, que todo lo contiene por sí y en sí. A causa de todo esto, en efecto, se debe reducir aquélla a los límites más estrechos y promover ésta lo más ampliamente posible. Y de este modo tal exhortación a la vida intelectual resulta muy eficaz.

9 A una perfección divina y a una excelente posición en el séquito de los dioses exhortan las siguientes sentencias:

*Padre Zeus, ojalá nos libres a todos de los múltiples males,*
*si a todos muestras con qué divinidad se relacionan.*
*Pero ten confianza, porque los mortales tienen un linaje divino.*

Ciertamente, en estos versos, se halla la única recomendación excelente a la felicidad divina, mezclada a las súplicas e invocaciones a los dioses y, en especial, a su soberano, Zeus; en segundo lugar, son la prueba palpable del demon que nos ha sido donado y asignado por los dioses y por medio de él se produce nuestra ascensión a los dioses. Pues no se podría de otro modo ascender a lo más divino de uno mismo y a lo más importante de la esencia, a no ser que se cuente con tal demon como guía, al que es necesario que todo devoto de los dioses purifique de modo auténtico.

10 A partir de aquí, se producirá la primera liberación de las desdichas que nos son connaturales desde nuestro nacimiento; después se nos presentará el verdadero conocimiento de la vida divina y feliz, a saber, de su dimensión y calidad. Con ella, al ascender, presenciaremos el linaje original y divino de los seres humanos y, afincándonos en él, conseguiremos el objetivo de una vida muy dichosa, propuesta a los hombres por los dioses.

11 Al final, pues, exhorta a un cambio del alma y a una vida de acuerdo consigo misma, en la que se libera del cuerpo y de las exigencias naturales inherentes a éste. Y dice así:

*Coloca por encima como auriga tu inteligencia excelente,*
*y si dejas tu cuerpo y asciendes al éter libre,*
*serás un dios inmortal, incorruptible, y ya no un mortal.*

El situar, en efecto, nuestro intelecto perfecto, como guía en una posición muy elevada, preserva intacta la semejanza del alma con los dioses, y a ella exhorta desde un principio. En cambio, el abandonar el cuerpo, trasladarse al éter, cambiar incluso la naturaleza humana por la pureza de los dioses y elegir una vida inmortal por una existencia perecedera, nos permite reintegrarnos a la misma esencia y a la revolución de los dioses, que habíamos efectuado también con anterioridad, antes de llegar a nuestra forma humana. Se pone también de manifiesto, naturalmente, el método de tales recomendaciones que nos induce a la totalidad de las clases de bienes y a todas las formas de una vida mejor.

4 Pero si es necesario en lo sucesivo que nos apliquemos a exhortaciones esotéricas y científicas, tratemos, en primer lugar, de todas aquellas que, con el ofrecimiento de una enseñanza de las esencias más relevantes y primarias, también nos inducen, igualmente, a su descubrimiento y conocimiento teológico e intelectual, y nos exhortan a la sabiduría más venerable. Arquitas, en efecto, en su tratado *Sobre la sabiduría*[10], nada más comenzar, exhortaba de este modo: «En todos los asuntos humanos, la sabiduría se distingue del mismo modo

[10] Las citas de Arquitas las considera DIELS-KRANZ como fragmentos apócrifos *(unechte)*. THESLEFF, por su parte, incluye las referencias a este tratado como textos pitagóricos, *The Pythagorean Texts of the hellenistic Period*, Abo, 1965, págs. 43-45.



que la vista se distingue de los sentidos corporales, la mente del alma y el sol de las estrellas. Porque la vista es el más certero y el más variado de todos los sentidos, y la mente supera a la palabra y a la inteligencia, cuando realiza su deber, y porque es un órgano de visión y una posibilidad de consecución de las cosas más valiosas. Ciertamente el sol es el ojo y el alma de los fenómenos naturales, porque gracias a él todo se ve, se engendra y se concibe, pues una vez engendrado echa raíces, se nutre, crece y se inflama con el sentido».

Muy científicamente muestra aquí Arquitas la naturaleza y actividad de la sabiduría y, por el hecho de ser muy útil y muy hegemónica, hace la exhortación a la mente y a la contemplación. Y otro bien admirable nos ofrece con vistas a la exhortación. En efecto, a partir de hechos conocidos nos motiva el recuerdo por medio de una analogía clarificadora. Porque el hecho de que la vista sea el más agudo, el más exacto y el más apreciado de los sentidos es evidente para todos, que el sol sobrepase a las estrellas a nadie se le escapa, y que la mente sea la guía del alma lo hemos previsto en las reflexiones comunes. A partir de aquí, de una manera comprensible y científica, insinúa la diferencia de la sabiduría respecto a todas las actividades humanas, de tal modo que es fácil de aprender y captar la verdad para los que perciben lo que está oculto en la oscuridad. 2

Además de esto, ciertamente, por las singularidades de cada una de esas realidades, no sólo se aprende el conocimiento de la sabiduría, sino también la exhortación a ella. Porque, en principio, si la vista «es el más agudo y el más variado de los sentidos», también la sabiduría concibe como presentes los objetos más alejados de por sí y contiene en sí misma las formas de todos los seres. 3

Y además, si «la mente está por encima de la razón y la inteligencia, cuando realiza lo que debe, por el hecho de ser 4

un órgano de visión y una posibilidad de consecución de las cosas más apreciadas», ciertamente sin duda, del mismo modo también, la sabiduría supera a la razón y a la inteligencia y con reflexiones espirituales, más simples que éstas, contempla los seres y distingue los bienes por sí misma y los completa en sí misma. Es una visión de los inteligibles y es también el poder de las actividades más divinas y más perfectas. Por otra parte, si el sol «es el ojo y el alma de los fenómenos naturales, porque gracias a él todo se ve, se engendra y se concibe y, una vez enraizado y engendrado, se nutre, crece y se inflama con el sentido», de ello se desprende, evidentemente, que la sabiduría es el ojo y la vida de los seres dotados de inteligencia, que otorga la posibilidad de ser visto a todo lo concebido y su existencia a los seres y que se erige en origen de toda creación en el universo, de la generación y organización primordial, y del mismo modo también en nosotros. ¿Quién, pues, no buscaría resueltamente y con un gran esfuerzo una causa tan valiosa y tan importante, que ofrece bienes tan numerosos, si quiere participar en una felicidad excelente?

5 Tal es, pues, el recorrido que, desde el valor de la sabiduría, conduce a la exhortación, y otro el que, partiendo del ser humano real, recordando la exhortación a ese mismo objetivo, se manifiesta así, por medio de las siguientes palabras: «El hombre es el más sabio de todos los seres vivos, porque es capaz de contemplar los seres, y de conseguir la ciencia e inteligencia universales. Por eso la divinidad le imprimió y selló el sistema de todo raciocinio, en el que están clasificadas todas las formas del ser y las significaciones de los nombres y de los verbos. En efecto, un lugar —faringe, boca y narices— se asigna a la voz. Y del mismo modo que el hombre se ha convertido en un órgano de los sonidos, por los que los nombres y verbos se configuran y



definen, así también lo es de las ideas que aparecen en los seres. Ésta me parece ser obra de la sabiduría, con arreglo a la cual el hombre ha sido creado y constituido, y de la divinidad ha recibido los órganos y facultades».

Esta aproximación a la exhortación nace de la naturaleza 6 humana, porque si el hombre es el más sabio y es capaz de contemplar los seres, es necesario que pretenda una sabiduría especulativa y teológica. Y si tiene, por su naturaleza, capacidad para conseguir la ciencia y la inteligencia de todo, conviene que persiga una ciencia apodíctica y una virtud fundamentada en la reflexión, por entender que es la que especialmente le conviene. Porque, ciertamente, la divinidad le infundió el sistema de la razón plena, en el cual se contienen todas las formas de los seres y las significaciones de los nombres y de los verbos, motivo éste por el que conviene que se dedique a toda la filosofía lógica, puesto que el hombre no es sólo ⟨un órgano, a través de los sonidos,⟩[11] de los significados, sino también es un espectador de los pensamientos propios de los seres, y para esto ha nacido y ha recibido de la divinidad los órganos y poderes. Por este motivo, a su vez, es necesario que, respecto a todo lo que existe, y cómo existe, se decante por la sabiduría contemplativa y busque científicamente los principios y criterios de todo conocimiento sobre todas las clases de seres.

Y es preciso que examine la mente que en sí tiene y la 7 razón más pura. Y cuantos principios derivan de ella hacia lo bello y bueno de la vida humana; conviene que aprendan con entusiasmo cuanto, en general, consideramos sobre las virtudes y cuanto aprendemos sobre las ciencias, sobre determinadas técnicas o tareas. También de este modo ha sur-

[11] Añadido por Pistelli.

gido de la naturaleza humana la exhortación que incita a la filosofía en su totalidad.

8 Lleva a cabo también otra aproximación mixta que exhorta a un mismo objetivo, de este modo, poco más o menos[12]: «El hombre ha nacido y se ha constituido para contemplar la razón de toda la naturaleza. Y es, por tanto, una obra de destreza ⟨adquirir⟩[13] y contemplar la inteligencia de los seres»[14]. Lo que decimos, entreverado en esta exposición, es lo siguiente: mezcló[15] una naturaleza común con una particular, por entender que están de acuerdo entre sí. Pues si la razón del hombre es contemplativa en la razón de la naturaleza general y si la sabiduría humana adquiere y contempla la inteligencia de los seres, al instante, se demuestra la existencia de un acuerdo entre la naturaleza parcial de la razón y la naturaleza intelectiva del todo, al igual que también la exhortación se hace más perfecta. Porque no pasaremos nuestra vida de otro modo de acuerdo con una naturaleza, a la que todos aspiramos de un modo distinto, si no vivimos según una razón divina y humana, ni, sin duda, alcanzaremos la felicidad de otro modo, si no conseguimos y contemplamos, a través de la filosofía, la inteligencia de los seres. Considérese, por lo demás, en esta argumentación otra mezcla de este tipo, a saber, trata de abordar por igual una filosofía práctica y una filosofía especulativa ya que la labor de conseguir inteligencia es propia de una virtud efectiva y práctica, cuyo fin no es simplemente observar sin más, sino adquirir esa facultad a través de nuestras actuaciones; y, por

[12] El fragmento que sigue, y los siguientes.

[13] Añadido por Kiessling.

[14] Este fragmento y siguientes se han atribuido a Perictíone, supuesta pitagórica del siglo II d. C., de la que apenas se tienen noticias y que, al parecer, escribió un libro *Sobre la armonía de las mujeres*.

[15] Arquitas.



supuesto, la contemplación es la actividad propia de una mente contemplativa. Para ambas cosas, pues, surgió debidamente la exhortación.

Ciertamente, el bien de la sabiduría se manifiesta como 9 común y extensivo a todo un ámbito, y la exhortación a él resulta más perfecta por las siguientes reflexiones: «La sabiduría no se da en una limitación determinada de seres sino, simplemente, en todos los seres, y es necesario que no sea la primera en descubrir los principios propios, sino los comunes de los seres, porque así es la sabiduría respecto a todos los seres, como una visión sobre todo lo visible. En efecto, lo que sucede a todos en general, lo ve y contempla como propio la sabiduría, y a causa de esto descubre los principios de todos los seres».

De nuevo, pues, no delimita[16] aquí su actividad a una 10 parte, sino que declara extenderse en común a todos los seres, y asegura que la sabiduría examina los principios comunes universales, y los contempla según sus clases y según sus impresiones más simples, tal como la vista se ejerce sobre los objetos visibles; igualmente, declara que comprende las razones generales de todo y, además de ello, contempla y reflexiona: es una ciencia única y absoluta, porque descubre los principios de todos los seres y porque puede dar razón de sus propios principios.

A lo bello deriva naturalmente el recurso de la exhorta- 11 ción. Pues si no es posible captar racionalmente una sabiduría más universal, más perfecta, más general, más independiente, mejor o más bella que la de esa clase, necesario es que el que quiera alcanzar la felicidad, de acuerdo con la razón y la mente, aspire a ella.

[16] De nuevo, Arquitas.

12 Finalmente, también la recomendación asciende a lo más alto en sí de este modo, más o menos: «Quien es, pues, capaz de resumir todos los géneros bajo un único y mismo principio y, a su vez, de reunirlos y enumerarlos en conjunto, me parece que es el más sabio y el más veraz; e incluso me parece que ha encontrado una bella atalaya, desde la que será capaz de divisar a Dios y todo lo que está diferenciado en la clasificación y ordenación suya y, al proporcionar este camino transitable a la mente, de ponerse en marcha y efectuar un recorrido completo, ajustando los principios a los finales y reconociendo que la divinidad es principio fin y medio de todo lo que se lleva a cabo de acuerdo con la justicia y la recta razón».

13 Claramente, también situó en esta argumentación el objetivo de la exhortación teológica, rehusando fijarse en muchos principios y en todas las clases del ser, y empeñándose en reducirlo todo a un único y mismo principio. Y separó de éste, de acuerdo con un número determinado, lo que estaba próximo al Uno y, de este modo, examinaba cada vez lo que en gran medida estaba alejado y distante de él, hasta contabilizar la multitud en lo que está compuesto y constituido de muchos elementos. De esta manera, moviéndose en ambas direcciones, podía ascender de la multitud al Uno y descender del Uno a la multitud.

14 Pero puesto que aspiramos especialmente a la verdad y a la sabiduría, al exhortar a tal clase de ciencia, asegura que es muy sabio y muy veraz el que posee una ciencia de la distinción de ese tipo a través de las primeras formas y géneros, y los reúne en la unidad por medio de una ciencia de la definición, al ser contemplador del Uno, que es precisamente el fin de toda contemplación.

15 Y todavía aportó un bien más importante que éste, poder contemplar a Dios desde esa perspectiva, como desde una



atalaya, y todo lo que pertenece a su ámbito. Porque si Dios es guía de toda verdad, de la felicidad, de la esencia, de la causa y de los principios, hay que esforzarse por adquirir especialmente, dentro de su entorno, aquella ciencia, por medio de la cual se le podrá ver en su pureza, se encontrará una vía ancha hacia él y se adaptarán los fines a los orígenes. Tal es, pues, la vida y felicidad muy perfecta, que no distingue ya, separadamente, los fines de los orígenes, sino que comprende en la unidad estos dos conceptos, agrupando al mismo tiempo los principios, el final y el medio. Tal es, pues, la causa divina, a la que deben aspirar los que desean ser felices. De este modo, en efecto, la exhortación, progresando a través de todo lo que hay en nosotros, de todo lo que hay en la naturaleza y, por así decirlo, a través de todos los seres, compendió todos los recursos hacia una única ascensión que nos lleva a la divinidad.

5 Pero, en adelante, es necesario recurrir a las propias divisiones pitagóricas para la exhortación. En efecto muy diestramente, de un modo perfecto, y con un planteamiento diferente al resto de las escuelas filosóficas, los adeptos de esta secta, siguiendo las enseñanzas de Pitágoras, distinguían la argumentación que conduce al estímulo por la filosofía, reforzándola hábilmente y confirmándola con demostraciones muy científicas que no conllevan incoherencia alguna. Y son las siguientes.

2 Todos los hombres deseamos el bienestar, y nos encontramos bien, si contamos con bienes abundantes. Y los bienes se refieren al cuerpo, en el sentido de que éste se encuentre bien dispuesto para la simetría, mezcla y vigor que requiere la naturaleza. Otros bienes son externos, como un noble linaje, el poder y el honor en la patria propia de uno; otros tienen que ver con el alma, en el sentido de que sea moderada, justa, valerosa y especialmente sabia. Contando

con estos bienes se está a un paso de conseguir también la suerte en las acciones correctas, inducida por la sabiduría, o bien porque contiene en sí una especie de poder propio. Sin embargo no conseguimos inmediatamente la felicidad por la presencia de los bienes, si ninguna utilidad obtenemos de ellos. Y de nada sirven, si sólo los tenemos y no los utilizamos. En efecto, ni ninguna otra cosa que tengamos a mano, por el hecho de poseerla, nos es útil sin usarla, ni tampoco, si se adquiriera riqueza y los bienes que acabamos de mencionar, pero no hiciéramos uso de ellos, seríamos felices por el hecho de poseerlos. Por consiguiente, es necesario que no sólo el que pretende ser feliz consiga tales bienes, sino incluso que los use; de lo contrario ninguna utilidad se deriva de su posesión.

3 Pero no basta sólo con el uso; se debe añadir también que su uso sea correcto. En efecto, si no se usa correctamente una cosa cualquiera, eso es más grave que si se abandona, porque lo uno es malo y lo otro ni malo ni bueno. Pero en el uso y en toda actividad en la que tiene lugar cualquier realización el recto uso lo proporciona la ciencia. Y en cuanto a la utilidad, por otra parte, de los bienes que decíamos al principio, riqueza, salud y belleza, el uso correcto de todos ellos lo dirige la ciencia, que además regula su práctica. La ciencia, pues, en toda su adquisición y práctica, no sólo proporciona a los hombres suerte, sino también bienestar, y ninguna utilidad se deriva de las demás posesiones sin reflexión ni sensatez. Porque ¿sin tener inteligencia, qué mayor utilidad hay con adquirir muchas cosas y desarrollar una gran actividad que con poseer poco? ¿No se equivoca menos quien hace menos? ¿Y el que se equivoca menos puede que fracase menos? ¿Y el que fracase menos puede que sea menos desdichado? Es necesario estar de acuerdo con esto; también con lo siguiente: el que adquiere los bienes mencionados sin inteligencia se encontrará en una situación muy próspera, y para el que posea lo contrario, los males, su situación será deficitaria.



4 En resumen, pues, es probable que todo lo que al principio llamábamos bienes no tenga razón en este sentido, esto es, en que sean bienes en sí por su propia naturaleza, sino que, según parece, lo son de esta manera: si la ignorancia se adueña de ellos, resultan males mayores que sus contrarios, tanto más cuanto que están más capacitados para ponerse al servicio del mal que hace de guía. Pero si dirigen la inteligencia y la sabiduría, son bienes mayores, y por sí mismos ni unos ni otros de ellos tienen valor alguno. Únicamente, pues, la sabiduría es un bien y la ignorancia un mal. Puesto que todos aspiramos a ser felices, y parece que nos hacemos de tal condición por el uso que hacemos de las cosas y, en concreto, por el uso correcto, y dado que la ciencia es la que proporciona la rectitud y la buena suerte, es necesario, por supuesto, que de cualquier modo todo hombre se esfuerce por ser lo más sabio posible, porque esto es lo único que hace feliz y afortunado al hombre.

5 Así, pues, los que desean prosperidad deben filosofar. Y la filosofía es una aspiración y una adquisición de una ciencia, que no adquiere sólo bienes aparentes; tampoco los crea, ni los usa. En consecuencia, se necesita una ciencia tal en la que a la vez coincida la creación, el saber y el uso de aquello que se elabora.

6 Si todas las demás ciencias buscan y proporcionan bienes, sólo la justicia y el juicio perfecto fijan, para cada uno de ellos, un uso apropiado y lo supeditan a la mente rectora, y esta sería la ciencia por la que debemos esforzarnos. Además también puede contemplarse y juzgarse a sí misma y posee el recto uso de los bienes con cuya consecución pasa-

remos bien el resto de nuestra vida. Tal es el recurso exhortador que surge de la ⟨primera⟩[17] división.

7 Entre ellos hay otra división del siguiente tipo: existe en nosotros cierta cosa que es el alma y otra que es el cuerpo. La una manda y la otra obedece; la una ejerce el uso y la otra es de tal condición que es utilizada; la una es divina, buena y nos es muy propia, mientras que la otra está constituida de diferente manera merced a cierto servicio y a su dependencia de una necesidad de la vida ordinaria del ser humano. Hay que preocuparse más del que manda que del que obedece, y de lo que es más divino y más propio que de lo más inferior.

8 Hay una división semejante a la anterior: toda nuestra existencia está dividida en tres partes, alma, cuerpo y lo que a éste pertenece. De estas partes unas son primeras, otras segundas y otras terceras; y es preciso considerar preferentemente los componentes del alma y tratar lo demás en función del alma. También debemos preocuparnos del cuerpo, supeditando su cuidado al servicio del alma; y se debe conseguir la riqueza a causa del cuerpo y ordenarlo todo a causa del alma y de las potencias que la rigen.

9 Pero si, naturalmente, esto es así, nada hacen de lo que deben cuantos tienen un afán total por las riquezas, y se despreocupan de la justicia, gracias a la cual conocemos el recto uso de aquéllas; también cuantos se interesan por vivir y sanar el cuerpo, pero se desentienden del uso correcto de la vida y de la salud; cuantos se preocupan del resto de la educación que les impide adquirir una amistad basada en la concordia, y descuidan la ciencia que rige la concordia, que se presenta en perfectas condiciones únicamente a través de la filosofía; y cuantos se dedican a

[17] Lo añadió Pistelli.



actividades, pero no saben ni calculan cómo se debe hacer cada una de sus acciones.

10 Partiendo de otro principio establecen la división siguiente: de un modo diferenciado, cada uno es sin duda uno mismo; luego, lo propio de uno y, en tercer lugar, lo que es de su pertenencia. Pues bien, la identidad de cada uno de nosotros es el alma, lo propio de uno es el cuerpo y lo que a éste pertenece; lo que es de su propia pertenencia es la riqueza, que adquirimos a causa del cuerpo. Son, pues, tres las ciencias que corresponden a estos tres aspectos. En efecto, la que conoce lo que es del cuerpo, lo que es suyo pero no se conoce a sí misma. Por ello, los médicos no se conocen a sí mismos como tales médicos, y los entrenadores del gimnasio en cuanto tales entrenadores. Y cuantos se encuentran más alejados de lo que les incumbe conocen, en relación con su cuerpo, lo que sirve para su cuidado, como los campesinos y otros trabajadores, pero ciertamente les falta mucho para conocerse a sí mismos, porque ni siquiera conocen lo que es propiamente de su pertenencia. Por esta razón estas profesiones parecen ser vulgares. Mas únicamente la templanza es el conocimiento del alma. Y ésa es, realmente, nuestra única virtud, la que lleva a cabo el perfeccionamiento del alma. A ella deben aspirar, naturalmente, los que quieren ordenar su propia vida de un modo consecuente con su propia esencia y realizarse a sí mismos como personas de bien, y deciden realmente cuidar de sí mismos.

11 Relacionado con esta opinión, tenemos lo siguiente: después de los dioses, el alma es lo más divino y propio de nuestras posesiones. Todas nuestras cosas son de dos clases: unas, poderosas y excelentes, son dominadoras; otras, inferiores y deficientes, son serviles. Deben preferirse las dominadoras a las serviles. Así, pues, hay que preferir el alma,

después de los dioses, a todo lo demás. Y no la honra quien la empeora desde una situación de bienestar, ni el que la llena de males y remordimiento, ni el que rehúye los esfuerzos que se aconsejan, temores, molestias y aflicciones (porque el que es de esa condición la deshonra), ni tampoco el que evita la muerte (pues alguien así puede sentirse molesto por la separación del cuerpo y la vida del alma en sí), ni siquiera el que prefiere la belleza y la riqueza a la virtud (porque coloca algo tan valioso como el alma por debajo de lo que es de una ínfima condición).

12 El único honor, pues, del alma será la vida conforme a una recta razón y la perfección del alma estará en consonancia con la mente; en asemejarse a los modelos que son excelentes; y en la subordinación a lo mejor de aquello que siendo de baja calidad puede mejorarse. Y en evitar la maldad, rastrear y tomar lo mejor de todo y, una vez que lo ha tomado, vivir en comunidad el resto de su vida. Y esto no es otra cosa que filosofar como se debe, de manera que, de cualquier modo, deben filosofar quienes quieren ser felices.

13 Finalmente también, de este modo, llegaríamos a ello partiendo de una división. En tres lugares diferentes, residen en nosotros tres clases de alma: una, por la que reflexionamos; otra, por la que nos irritamos, y una tercera, por la que expresamos nuestros deseos. Resulta que cada una de ellas tiene sus movimientos. En efecto, una de ellas, que transcurre en inactividad y mantiene la tranquilidad de sus propios movimientos, es necesario que sea muy débil; la otra se desarrolla muy vigorosa mediante ejercicios físicos. Por lo cual, hay que cuidar que los movimientos entre ellas sean armónicos. De un modo especial, la clase más importante del alma, que dio la divinidad a cada uno como un demon, que nos lleva de la tierra hasta nuestro linaje celeste, dado que somos no una planta terrestre, sino celestial, ésa es la que hay que



ejercitar particularmente. Además, es necesario que al que se ha dedicado a los placeres y a las ambiciones y los ha practicado intensamente, todas sus reflexiones se le vuelvan mortales y, en cuanto es posible que se vuelva plenamente mortal, muy poco le falta para que se desarrolle esa parte de su alma.

En cambio, al que se ha ocupado en el amor a la ciencia 14 y en reflexiones de la verdad, y se ha ejercitado especialmente en lo que es de su incumbencia, le es del todo necesario pensar en lo inmortal y divino, si es que realmente se atiene a la verdad y, a su vez, en la medida en que a la naturaleza humana le es posible participar en la inmortalidad, no perder ninguna parte de ella, dado que siempre rinde culto a la divinidad, y ser especialmente feliz porque tiene bien atendido al demon que con él convive.

El único cuidado de toda cosa, para cualquiera, es dar a 15 cada parte los alimentos y movimientos propios; y en nosotros hay movimientos connaturales con lo divino, a saber, los pensamientos y revoluciones del Todo. En consecuencia, es necesario que cada uno, acomodándose a éstas, enderece nuestras desviaciones mentales —equivocadas en nuestra cabeza— en torno al devenir humano, por medio del estudio de las armonías y revoluciones del Todo. Y debe acomodar la percepción al objeto de la percepción, de acuerdo con la antigua naturaleza y, una vez que se realiza la acomodación, alcanzar la culminación de una vida excelente, propuesta a los hombres por los dioses, para el presente y para el futuro. Porque, ciertamente, tratándose del deseo, no es de utilidad atiborrar la poderosa fiera multiforme y robustecerla, ni tampoco merece la pena alimentar y robustecer en nosotros el león y lo inherente al león cual elemento fogoso del ánimo, y al hombre, es decir, a la razón, matarlo de hambre y debilitarlo, de modo que lo arras-

tren adonde cualquiera de aquellos dos lo lleve, y no congenien el uno con el otro y se enemisten. Mucho más, hay que hacer divino al hombre que hay en nosotros, dueño del ser de múltiples cabezas, a fin de alimentar y amansar las formas dóciles de nuestros deseos e impedir que las salvajes se desarrollen, haciéndose aliado de la disposición natural del ánimo, preocupándose al igual que todos, consiguiendo relaciones amistosas entre ellos y consigo mismo, y de ese modo logrará alimentarlos.

16 Tal persona será excelente en todos los aspectos; el opuesto nada sano tiene. Y en la persona de esa clase lo bello se manifiesta (porque la aspereza de su naturaleza está sometida a su elemento divino); en el otro se evidencia lo indecoroso, porque la mansedumbre está sojuzgada por la fiereza, y lo excelente está esclavizado por lo más perverso, y lo más divino que en él hay por lo más impío e impuro, y peca contra su propia alma. Ciertamente el desenfreno por tales cosas se reprocha desde siempre, porque en tal persona se liberan los apetitos más allá de lo debido. También se reprocha el descaro y la desobediencia, cada vez que el elemento fogoso del animo crece y se desarrolla de un modo desproporcionado. También se reprocha la molicie por la propia relajación, cuando engendra cobardía en la persona. La adulación y el servilismo molestan, cuando se somete el elemento fogoso bajo la dependencia de la fiera perturbadora, elemento que degrada a causa de las riquezas y de la insaciabilidad de la fiera, y se acostumbra desde la juventud a ser mono en vez de león. Y por otra parte, también resulta evidente que es de temer todo lo que debilita en nosotros la mejor especie. Sin duda sólo alcanzaremos la felicidad, si nos guía el elemento divino y racional. De este modo, pues, en la medida de nuestras posibilidades, todos seremos iguales y afectuosos, gobernados por un mismo dirigente.



17 También evidencia la ley que desea tal cosa, porque se alía con todos los ciudadanos. Igualmente, la dirección de los niños, esto es, el hecho de no permitir que sean libres, hasta que constituyamos respecto a ellos, como en la ciudad, una norma de gobierno y, cuidando lo mejor de nosotros, les fijemos (con vistas a ese mismo objetivo) un guardián y guía semejante a nosotros, cumplido lo cual, les concedemos la libertad. Así, pues, el hombre sensato vivirá dirigiendo todos sus actos a este objetivo, en primer lugar honrando las enseñanzas que le dan a su alma esa condición, y despreciando las demás; a continuación, no sólo vivirá manteniéndose aparte, sin confiar la buena disposición y mantenimiento de su cuerpo a un placer salvaje e irracional, sino sin reparar en la salud, ni preocuparse mucho de ello, para ser fuerte, sano y bello, a no ser que se haga prudente a partir de esa circunstancia. Pero siempre aparecerá ajustando la armonía de su cuerpo en función de la sinfonía de su alma, si realmente quiere ser un músico. Así también, en lo que respecta a su disposición en la adquisición de la riqueza, no aumentará indefinidamente, a costa de la consecución de males infinitos, sino que dirigirá su mirada a su propio gobierno y cuidará de que no se perturbe nada de su interior por exceso o falta de bienes. Con esta administración aumentará o consumirá su hacienda, en la medida de lo posible.

18 Pero también, a propósito de los cargos, de la misma manera, tomará parte en aquellos que crea que lo favorecerán y, en cambio, evitará tanto en privado como en público aquéllos que considere que perjudicarán su actual situación. Y evidentemente, a cambio de todo lo demás, intentará obtener este único objetivo: la consecución de la sabiduría, y todo lo hará supeditándolo a la adquisición de la mente. Y esto no es otra cosa que filosofar, de manera que, incluso de

acuerdo con esa división, deben filosofar por encima de todo quienes quieren bienestar.

19 Al mismo objetivo lleva también la siguiente vía: toda la naturaleza[18], como si estuviera dotada de razón, nada hace al azar, sino que todo lo hace por algún motivo y, al desterrar el azar, ha tomado más precauciones al efecto que las artes, porque las artes surgieron como imitaciones de la naturaleza. El hombre, de un modo natural, está constituido de alma y cuerpo, pero el alma es mejor que el cuerpo y siempre lo inferior está en un rango de subordinación respecto a lo superior, y el cuerpo lo está también respecto al alma. Pero una parte del alma estaba dotada de razón; la otra, no, que precisamente también es la inferior. De manera que lo irracional existe en función de lo racional. Y en la parte racional destaca la mente. De manera que la demostración nos impone que todo existe en función de la mente.

20 A su vez, las actuaciones de la mente son sus reflexiones, que son visiones de los inteligibles, tal como la actividad del órgano de la vista consiste en ver lo visible. En consecuencia, todas las preferencias de los hombres tienen lugar ⟨en función de⟩[19] la reflexión y de la mente, aunque el resto de preferencias se den gracias al alma. Pero lo mejor, en el ámbito del alma, es [únicamente][20] la mente, y lo demás está constituido merced a lo mejor.

21 Por lo demás, de las actividades intelectuales son libres aquellas que se han elegido por sí mismas; en cambio, son serviles las que basan su conocimiento en otras. Por doquier, siempre es mejor lo que existe por sí mismo que lo

[18] Desde este punto hasta comienzos del cap. 6, aproximadamente, se considera un extracto del desaparecido *Protréptico* de ARISTÓTELES, con diversas opiniones al respecto. Véase, *supra,* Introducción, notas 1-4.

[19] Añadido tomado de Escutelio, en la edición de Pistelli.

[20] Lo suprimió, por sospechoso, Pistelli.



que existe por otro motivo, porque lo que es libre es más valioso que lo que no es de tal condición.

22 Naturalmente, cuando las acciones se valen del pensamiento, aunque el mismo que actúa se supedite al interés y así se comporte, sin embargo, se atiene a esas acciones por supuesto y, ciertamente, necesita también un cuerpo que le ayude e, igualmente, se contamina del azar en aquellas actuaciones que acomete, de las que la razón es soberana, aunque la mayoría de ellas se deben a la intervención del cuerpo.

23 De manera que entre las actividades intelectuales las que han sido escogidas para la contemplación pura son más apreciadas y mejores que las que se utilizan para otros fines. Y las contemplativas son estimadas por sí mismas y es preferible la sabiduría de la razón que en ellas se da; las actividades intelectuales que se basan en la prudencia son valoradas en función de los actos. Así, pues, el bien y la valía se hallan en la contemplación filosófica, pero, a su vez, no se dan sin duda en una contemplación cualquiera porque, simplemente, no toda percepción es estimable, sino solamente la del dirigente, que es sabio, y la del gobierno del Todo, que propiamente se la podría situar como convecina de la sabiduría.

24 En consecuencia, el hombre privado de sentido y de razón se parece a una planta y, cuando se encuentra privado de razón solamente, se convierte en una fiera; mas, falto de irracionalidad y con sus facultades mentales, se asemeja a Dios. Se deben suprimir, pues, los afectos que potencian la irracionalidad; hay que emplear, en cambio, las actividades puras de la mente, que centran también su mirada en sí y en lo divino, y hay que ejercitarse en vivir con los recursos de la mente, ajustando a ella toda mirada de atención y deseo, porque no hay que contemplar lo que atañe a Dios y lo divi-

no en función de los actos. En efecto, aseguran que no es lícito mancillar la visión de lo divino, cuando se está sometido a la necesidad de la utilidad para los humanos, ni por supuesto hay que andar en pos de la mente en función de nuestras necesidades, ***[21] razonablemente ante éstas (como se sabe, es la única de todas nuestras facultades que alcanza su objetivo), pero a su vez hay que acomodar nuestras acciones y todo lo demás a la mente y a la divinidad y, basándonos en ésta, medir la mayor racionalidad de nuestros asuntos particulares. Pues justa y pertinente es la decisión, y la única entre todas, capaz de procurar la verdadera felicidad a los hombres.

25 Lo único en que nos diferenciamos de los demás seres vivos resplandece en esta vida, en la que no se da algo fortuito o de escaso valor. Algunos pequeños rasgos de racionalidad y sensatez hay también en aquéllos, pero están desprovistos enteramente de sabiduría contemplativa, porque ésta sólo la poseen los dioses, del mismo modo que, por sus sensaciones e impulsos, el hombre es inferior desde luego a muchos animales en astucia y fuerza. Y éste es realmente el único bien[22] que no se le puede quitar, al que reconocen que comprende la noción de bien, siendo así que el hombre virtuoso en esta clase de vida en modo alguno se somete a los avatares de la fortuna, sino que se libera plenamente de todas sus servidumbres. Por lo cual, mientras se mantenga en esta vida, es posible tener valor como resultado de una decisión plena. En efecto, ¿de qué se le va a privar a quien, desde hace tiempo, está a salvo de ser privado?, y el que se mantiene a sí mismo, vive dentro de sus posibilidades y se alimenta de lo suyo y del inconmensurable bienestar de la

[21] Aquí situó una laguna Vitelli.
[22] La vida, según el intelecto.



divinidad, ¿a quién está ligado? Tales resultan, pues, para nosotros las recomendaciones pitagóricas a la excelsa prudencia.

Pero puesto que conversamos con hombres, no con los 6 que tienen a mano la participación divina en la vida, es necesario unir a tales recomendaciones las exhortaciones a una vida ciudadana y práctica. Hablemos, pues, de este modo: lo que está supeditado a nuestra vida, como, por ejemplo, el cuerpo y lo referente al cuerpo, nos está sometido como una especie de órganos, cuyo uso es peligroso, y más pernicioso resulta para los que los usan indebidamente. Es preciso, por tanto, aspirar a la ciencia, adquirirla y usarla convenientemente, y gracias a ella todo esto lo pondremos en orden. Debemos filosofar, en consecuencia, si queremos vivir correctamente como ciudadanos y llevar una vida de un modo útil.

Existen incluso otras ciencias que procuran cada una de 2 las ventajas de la vida; otras que se aprovechan de ellas; otras que las sirven y otras que dictan órdenes; entre éstas, como ciencias que pueden ser de una gran autoridad, está lo que es un bien excelente. Por consiguiente, si la única ciencia que posee la rectitud de juzgar, que usa la razón y contempla el bien en su integridad (ésa es la filosofía) puede por naturaleza usarlo todo y mandar en todo, hay que filosofar sea como sea, por entender que únicamente la filosofía encierra en sí un recto juicio y una reflexión rectora que no está sujeta al error.

Incluso, también, puesto que todos preferimos lo posible 3 y lo útil, debemos demostrar que estas dos cosas pertenecen a la filosofía y que la dificultad de su consecución es inferior al tamaño de la utilidad. En efecto, todos trabajamos con mayor agrado en lo que es más fácil. Es muy fácil, sin duda, demostrar que somos capaces de asimilar la ciencia

relacionada con la justicia, con la utilidad, e incluso con la naturaleza y el resto de la verdad. Pues siempre es más conocido lo anterior que lo posterior y lo que es mejor por naturaleza es más fácil de aceptar que lo de peor condición. Pues la ciencia versa más sobre definiciones y prescripciones que sobre lo contrario, e incluso más sobre las causas que sobre los efectos. Los bienes están definidos y ordenados más que los males, del mismo modo que un hombre valioso lo está más que un hombre insignificante, porque es necesario que entre sí mantengan la misma diferencia. Lo anterior es más causa que lo posterior (porque si se suprime aquello, se suprime lo que tiene su razón de ser por ello, esto es, líneas por números, superficies por líneas, volúmenes por superficies, y los elementos fonéticos por las llamadas sílabas).

4 De manera que si realmente el alma es mejor que el cuerpo (por naturaleza, está más capacitada para el mando), y ciencias y disciplinas que afectan al cuerpo son la medicina y la gimnasia (porque las consideramos ciencias y decimos que algunas se adquieren), evidentemente también sobre el alma y sus virtudes existe un cuidado y una técnica, y somos capaces de asimilarla, si es que lo somos también de cosas sobre las que tenemos un desconocimiento muy grande y son muy difíciles de conocer.

5 Igualmente también conocemos los temas de la naturaleza: forzosamente el conocimiento de las causas y de los elementos es muy anterior al de los resultados. Éstos, en efecto, no pertenecen a lo más elevado, ni de ellos derivan de un modo natural los primeros principios, sino manifiestamente de aquellos primeros, y a través de ellos se originan y constituyen los demás.

6 Si el fuego, el aire, el número o algunas otras realidades son causas y principios de las demás, es imposible conocer alguna de las demás si se ignoran aquellas primeras. En efecto, ¿cómo se puede conocer una palabra, si se ignoran las sílabas? O bien: ¿cómo se pueden saber las sílabas sin conocer ninguna de las letras?



7 Pues bien, quede dicho que existe una ciencia de la verdad y de la virtud del alma y que somos capaces de asimilarla; y que es el más grande y el más útil de todos los demás bienes, resulta evidente por lo que sigue. Todos estamos de acuerdo en que es necesario que ejerza el mando el más responsable y el más valioso por naturaleza, y que solamente la ley es imperativa y soberana. Y ésta es una especie de prudencia y un razonamiento sobre ella.

8 Incluso, ¿qué norma o límite muy exacto de los bienes tenemos, salvo que se trate de una persona sensata? En efecto, lo que éste elija, haciéndolo de acuerdo con la ciencia, eso es el bien, y lo contrario, el mal. Pero puesto que todos eligen de acuerdo con su propia esencia (el justo, una vida en justicia; el valiente, una vida en el valor, y, del mismo modo, el sensato, vivir en la sensatez), es evidente que el prudente elegirá, por encima de todo, la prudencia, porque ésta es la labor de esta facultad. De manera que es notorio que, de acuerdo con un juicio muy valioso, la sensatez es el mejor de los bienes.

9 Ciertamente, no se debe dejar de lado la filosofía, si ella es, como creemos, la adquisición y uso de la sabiduría, y ésta es uno de los más grandes bienes. Por causa de las riquezas no hay que navegar a las columnas de Hércules, exponiéndose al peligro en multitud de ocasiones; en cambio, a causa de la prudencia, tampoco hay que afrontar molestias ni gastos. Por supuesto, es de condición servil aspirar a vivir, pero no a vivir bien, seguir la opinión de la mayoría, pero no pretender que la mayoría siga la nuestra y buscar la riqueza, pero no preocuparse en absoluto de las cosas valiosas.

10 Sobre la utilidad e importancia del tema, pienso que ha habido una demostración suficiente. Y de que su adquisición es mucho más fácil que la de otros bienes, se puede uno persuadir por lo siguiente: la gente no da un salario a los que filosofan, por el que se afanen con gran esfuerzo, y dado que han cedido en gran medida ante otras disciplinas y que, sin embargo, las han superado a la carrera al poco tiempo, en exactitud, parece que es una prueba de bienestar en el ámbito de la filosofía.

11 E incluso el hecho de que todos se apasionen por ella y quieran dedicarse a ella libres de todo lo demás no es una prueba pequeña de que la asiduidad conlleva placer, porque nadie quiere fatigarse durante mucho tiempo. Además de esto, su uso difiere muchísimo de todos lo demás, pues ninguna cosa necesita para su realización, ni de instrumentos ni lugares, sino que, en el punto de la tierra en que sitúe su pensamiento, desde cualquier parte igualmente alcanza la verdad como si estuviera presente.

12 Por consiguiente, queda demostrado que la filosofía es posible y que es el más grande de los bienes y muy fácil de conseguir, de manera que por todo ello está justificado el dedicarse a ella con entusiasmo.

7 Se podría comprender lo mismo con mayor claridad mediante lo que sigue. La reflexión y el conocimiento son deseables en sí para los hombres (pues no les es posible vivir como hombres sin ellos), y les resulta útil para su vida. En efecto, no se nos presenta bien alguno que no se culmine tras haberlo reflexionado y activado mentalmente. Y, sin duda, si una vida feliz consiste en estar alegre, en poseer la virtud o en la inteligencia, se ha de filosofar en consonancia con todo esto. Porque estos bienes se nos presentan específica y claramente gracias a la filosofía.



Además también, una de nuestras partes es el alma, otra el cuerpo; la una manda y la otra obedece; una usa y la otra está sometida como un instrumento. Siempre, pues, el uso del súbdito y del instrumento se ajusta al elemento rector y usuario. En el alma es la razón la parte que por naturaleza manda y decide sobre nosotros, mientras que la otra sigue y, por naturaleza, está destinada a obedecer. Todo está bien organizado conforme a la propia perfección, pues conseguir ésta es un bien. 2

Y siempre que lo específico, lo extraordinario y lo muy estimable alcanza la perfección, se da entonces una buena organización. Por supuesto, de lo que es naturalmente mejor, la perfección natural es mejor. Y lo mejor por naturaleza es el elemento rector y guía, tal como ocurre con el hombre respecto a los demás seres vivos. En consecuencia, el alma es mejor que el cuerpo (pues es rectora) y es mejor en el alma la parte que posee razón e inteligencia, porque es semejante lo que ordena y lo que prohíbe, y dice lo que se debe o no se debe hacer. Así, pues, cualquiera que sea la perfección de esta parte, es necesario que, sencillamente, sea la más deseable entre todas, para todos y para nosotros, porque igualmente, creo yo, se puede plantear esto, que única y específicamente nosotros somos esta parte. 3

Incluso, además, cuando la labor natural de cada cosa, no de casualidad sino, como en sí se dice, se culmina perfectamente, también entonces debe decirse que esto es un bien, y debe considerarse extraordinaria esta perfección, de acuerdo con la cual cada ser está dotado naturalmente para llevar a cabo esto mismo. 4

En consecuencia, son muchas y diferentes las actividades de lo que está compuesto y es divisible, pero de lo que es simple por naturaleza, y no posee una esencia que guarde 5

relación con algo determinado, es necesario que haya en sí, con toda propiedad, una perfección única.

6 Si el hombre es un ser vivo simple y su esencia se configura de acuerdo con la razón y la mente, no es otra su actividad que una única verdad muy exacta y proclamar la realidad sobre los seres. Pero si consta por naturaleza de muchas facultades, es evidente que la mejor tarea que puede llevar a cabo es siempre aquella que le dota para conseguir muchos resultados, tal como la del médico es la salud y la del piloto, la seguridad de la nave. Pues no podemos enunciar ninguna tarea mejor, de la reflexión o de nuestra alma pensante, que la verdad. La verdad, ciertamente, es la tarea más importante de esta porción del alma. Y esto lo consigue en general con ayuda de la ciencia y cuanto mayor sea ésta, más se logra, y tiene ésta como fin supremo la contemplación. Pues siempre que de dos cosas una es deseable a causa de la otra, es mejor y más preferida aquella por la cual también la otra es deseable, como, por ejemplo, el placer sobre los placeres particulares y la salud frente a las cosas saludables. En efecto, se dice, estas cosas son causantes de las otras.

7 Por consiguiente, nada hay más deseable que la inteligencia de la que decimos es la facultad de lo más valioso que existe en nosotros, para comparar una situación con otra situación, porque la parte conocedora, por separado o en composición, es mejor que toda el alma y su virtud es la ciencia.

8 Por supuesto, no es tarea suya ninguna de las llamadas virtudes particulares. Pues es mejor que todas, y la finalidad creadora es muy superior a la ciencia creadora; ni siquiera toda la virtud del alma es su tarea sin más, ni tampoco la felicidad, porque si es creadora, lo será de cualquier cosa distinta de ella, tal como la construcción de una vivienda, que



no es parte de la vivienda; sin embargo, la inteligencia es una parte de la virtud y de la felicidad, pues decimos que la felicidad procede de ella o bien que es ella.

9 En consecuencia, es imposible también que, de acuerdo con este razonamiento, la ciencia sea creadora, porque siempre debe ser mejor el resultado final que lo que engendra, y nada es mejor que la inteligencia, salvo algo de lo que se ha dicho, pero ninguna otra cosa diferente de estas es tarea suya. Hay que decir, pues, que esta ciencia es contemplativa, porque es imposible que el fin sea la creación.

10 Sin duda, el pensar y contemplar son tareas de la virtud y es esto lo más deseable de todo para los hombres, como lo es también, supongo, el ver con sus ojos lo que se desearía poseer, aunque no tuviera lugar por ello otra cosa que la vista en sí. Además, si apreciamos la vista por sí misma, eso atestigua suficientemente que todos deseamos extremadamente pensar y conocer.

11 Incluso, si se aprecia una cosa concreta en función de un accidente que lo acompaña, es evidente que se deseará más aquello que posee esa cualidad en mayor medida. Así, por ejemplo, sucede cuando alguien prefiere pasear porque es sano; pero si fuera más saludable correr y tuviera la posibilidad de llevarlo a cabo, elegirá esto con mayor razón y rápidamente lo elegiría en cuanto se diera cuenta. Por consiguiente, si una opinión verdadera es una cosa semejante al pensamiento, siempre que la opinión verdadera sea preferible a ese respecto, y, en la medida en que es semejante al pensamiento a causa de la verdad, si realmente pertenece al pensamiento, en mayor medida, más deseable será el pensamiento que la opinión verdadera.

12 La vida se distingue de la ausencia de vida por la percepción, y por la presencia y facultad de esa percepción se define la vida, y si se la suprime no merece la pena vivir, tal

como si se eliminara la vida misma con la pérdida también de la sensación. Entre las sensaciones, la facultad de la vista se distingue porque es muy significativa, y a causa de esto también la preferimos mucho más. Toda sensación es una potencia cognoscible a través del cuerpo, como el oído percibe el ruido por las orejas. En consecuencia, si la vida es preferible a causa de la sensación, y la sensación es una especie de conocimiento, también preferimos la vida porque el alma gracias a ella puede conocer. Puesto que anteriormente dijimos que de dos cosas siempre es más deseable aquella que posee su cualidad en sí en mayor medida, es necesario que, entre los sentidos, sea la vista el más deseado y apreciado. Pero más deseada que ella, que todos los demás sentidos y que la vida misma es el conocimiento[23] como más poseedor de la verdad, de manera que todos los hombres aspiran especialmente a pensar.

13 En efecto, si desean vivir, desean pensar y conocer, porque ninguna cosa valoran que no sea a través de la sensación y, especialmente, de la vista, ya que parece que aprecian en gran medida esta facultad. Pues ésta es sencillamente, frente a los demás sentidos, como una especie de ciencia.

8 No es mala cosa, incluso, tratar el tema propuesto a partir de nociones comunes, esto es, a partir de lo que se muestra manifiestamente a todos. Para cualquiera es evidente esto: que nadie elegiría vivir con los más grandes recursos y poder de los hombres, después de haber perdido, por lo demás, la razón y volverse loco, ni siquiera en el caso de que fuera a llevar una vida de disfrute de placeres muy intensos, como la llevan algunos de los que pierden la razón. En consecuencia, todos evitan sobre todo, según parece, la insensatez. La razón es contraria a la insensatez y, en los contrarios, se debe evitar uno y elegir el otro.

[23] En griego, *phrónēsis*.



2 Del mismo modo que se debe evitar la enfermedad, así también debemos preferir la salud. Por consiguiente, según parece, la prudencia de acuerdo con esta demostración se evidencia como lo que más se debe desear de todo, no a causa de cualquiera de los accidentes, como atestiguan las nociones comunes, porque, si se tuviera todo, pero se estuviera alterado y enfermo mental, no sería deseable la vida, pues ninguna utilidad tendrían en ese caso los demás bienes. De manera que todos, en la medida en que perciben la sensatez y pueden gustar de su ejercicio, consideran que lo demás no es importante y, por este motivo, ni uno solo de nosotros soportaría que toda su vida transcurriera en estado de embriaguez, ni en una situación de puerilidad.

3 Por esto también el sueño es muy agradable, pero no deseable, aunque supongamos que todos los placeres se le presentan al que duerme, ya que las apariciones en el sueño son falsas, mientras que las de la vigilia son reales. En nada, en efecto, se diferencia el sueño y la vigilia, salvo en que, en esta situación, el alma posee la verdad, mientras que el que duerme se encuentra siempre en el error. En efecto, todas las visiones de los sueños son apariencia y mentira.

4 La aversión a la muerte de la mayoría demuestra el afán de aprender del alma. En efecto, rehúye lo que desconoce, lo tenebroso, lo oscuro y busca, por naturaleza, lo visible y lo cognoscible. Por lo cual también decimos que hay que honrar y respetar a los causantes de que veamos el sol y la luz, esto es, al padre y a la madre como causas de nuestros más grandes bienes, porque, según parece, aquéllos son responsables del pensamiento y de la vista. Por esto mismo también nos alegramos con los asuntos y personas que nos son familiares, y a estos conocidos los llamamos amigos. Estas

cosas muestran, pues, que lo conocido, lo visible y lo evidente son deseados; y si lo conocido y lo claro lo es, es evidente también que forzosamente lo sea, de igual modo, el conocimiento y el pensamiento.

5 Además de esto, como ocurre a propósito del patrimonio, por parte de los hombres, la adquisición no resulta la misma con vistas a vivir que con vistas a vivir bien, así también, con relación a la inteligencia, creo yo, no precisamos de la misma para el mero vivir que para vivir cómodamente. Así, pues, la mayoría tiene una gran excusa para hacer esto (porque desea ser feliz, y se conforma con poder vivir tan sólo), pero quien crea que no se debe aceptar eso de cualquier modo, ha de soportar, en consecuencia, cualquier fatiga y afrontar cualquier esfuerzo, para conseguir la inteligencia que conlleva el conocimiento la verdad.

6 Se podría conocer también esto mismo por lo siguiente: si se contempla la vida humana a la luz del día, se encontrará que todo lo que parece grande a los ojos de los hombres es el bosquejo de una sombra. Por ello se dice con propiedad que el hombre nada es y nada consistente hay en la condición humana. En efecto, fuerza, talla y hermosura son risibles y de ningún valor; la belleza parece que no es otra cosa que no ver nada exactamente. Porque si se pudiera ver tan agudamente, como dicen de Linceo[24], que veía a través de las paredes y de los árboles, ¿parecería entonces que era una visión soportable, al contemplar de qué defectos se está compuesto? Los honores y el prestigio, que concitan la envidia más que todo lo demás, rebosan de una estupidez indescriptible, porque, para el que dirige su mirada a los temas eternos, será una necedad dedicarse a esas cosas. Y ¿qué es más duradero o permanente en los asuntos humanos? Pero a causa de nuestra debilidad, supongo, y de la brevedad de la vida también esto parece mucho. ¿Quién, en efecto, fijándose en esto, creería ser feliz y afortunado, si desde un principio estamos todos constituidos, como dicen los que hablan de los misterios, como para sufrir un castigo? Esto dicen los antiguos de un modo divino: aseguran que el alma sufre su castigo y que nosotros vivimos para expiar unos graves delitos.

[24] Uno de los argonautas, famoso por su penetrante vista.



7 En efecto, la unión del alma con el cuerpo ciertamente se asemeja a cualquier cosa de esta índole. Del mismo modo que, se dice, los tirrenos torturan con frecuencia a sus prisioneros, amarrándolos vivos a cadáveres, cara a cara, ajustando un miembro a otro, así también el alma parece situarse y fijarse sólidamente a todos los miembros sensibles del cuerpo.

8 Así, pues, nada divino o bienaventurado tienen los hombres, salvo sólo aquello que merece un esfuerzo que reside en nosotros como componente de la mente y del pensamiento, pues esto es lo único que tenemos que parece ser inmortal y divino. Y en cuanto a poder participar de tal facultad, aunque la vida sea penosa y dura por naturaleza, sin embargo está organizada de un modo tan agradable, que el ser humano parece ser un dios frente a todo lo demás. En efecto, «la mente en nosotros es dios», dijo Hermótimo o Anaxágoras[25]; también: «La vida mortal forma parte de una divinidad». Dicen, pues, que hay que filosofar o decir adiós a la vida y salir de aquí, porque todo lo demás parece ser una gran tontería y necedad.

[25] Ambos son de Clazómenas, en el Asia Menor. Hermótimo pasa por ser un adivino, por lo que no se entiende bien su relación con el filósofo presocrático Anaxágoras, aparte de su paisanaje.

9 De este modo se pueden resumir debidamente las aproximaciones, tomadas de las nociones ⟨comunes⟩[26], que exhortan al deber de filosofar de un modo contemplativo y a vivir, en la medida de lo posible, la vida de acuerdo con la ciencia, la vida de la mente.

9 Comenzando desde arriba, desde la intención de la naturaleza, progresamos hacia la misma exhortación del modo siguiente. Entre las cosas existentes, unas se originan como consecuencia de una reflexión y de una capacitación técnica, como, por ejemplo, una casa y un barco (pues la causa de estas dos cosas es una técnica y un estudio); otras tienen lugar sin dependencia de técnica alguna sino gracias a la naturaleza. En efecto, la naturaleza es la causa de los seres animados y de las plantas, y todo lo que es de este tipo tiene lugar de acuerdo con la naturaleza. Pero algunas de las cosas surgen merced al azar; porque las que no se deben a una técnica, ni a la naturaleza, ni son fruto de la necesidad, afirmamos que la mayoría de ellas se deben al azar.

2 Consecuentemente, nada de lo que nace por azar, nace por un motivo determinado, ni tiene una finalidad. Pero lo que se origina por medio de una técnica tiene una finalidad y una razón de su existencia (pues siempre el que posee una técnica te dará una razón por la que diseñó y su objetivo), y esta finalidad es mejor que lo que nace por su causa. Me estoy refiriendo a cuantas cosas tienen por causa natural una técnica en sí y no se deben a un accidente; porque a la medicina le asignaríamos preferentemente como objetivo suyo la salud más que la enfermedad, y a la arquitectura la construcción de una casa, pero no su demolición. Todo lo que está sujeto a una técnica se origina, en consecuencia, por un objetivo determinado, y ésta es su mejor finalidad; sin embargo, lo que tiene lugar por azar no tiene un fin concreto, porque puede acontecer algún bien del azar, pero con todo, por ajustarse a él, y en la medida en que a él se debe, no es un bien, y lo que se origina, de acuerdo con el azar, es una cosa indefinida.

[26] Añadido por Kiessling.



3 En cambio, la obra de la naturaleza surge con una finalidad y siempre está constituida por algo mejor que lo que lo está realizado por el arte, porque la naturaleza no imita al arte, sino éste a la naturaleza, y existe para acudir en ayuda de la naturaleza y suplir sus carencias. En efecto, la propia naturaleza parece poder llevar a cabo unas cosas por sí misma sin necesitar ayuda alguna; en cambio, parece que otras las hace con dificultad y que enteramente es incapaz, como, por ejemplo, en lo que respecta a las germinaciones. Algunas semillas caen en un terreno cualquiera y crecen sin cuidado, pero otras necesitan de la labor del agricultor. De un modo parecido, en los seres vivos, unos consiguen todo su desarrollo, mientras que el hombre necesita de muchas técnicas para su supervivencia, en el primer momento de su nacimiento y después, además, en su alimentación.

4 Ciertamente, si el arte imita a la naturaleza, de ésta se deriva también para las artes el hecho de que toda germinación se realice por algún motivo. En efecto, todo lo que se origina correctamente podríamos considerar que nace por un motivo determinado. Así, pues, lo que nace bien nace correctamente; y todo lo que se origina o se ha originado nace bellamente, y también lo que se ha originado conforme a la naturaleza, si bien lo que existe en contra de la naturaleza es malo y la germinación natural se origina por un objetivo determinado.

5 Y esto se podría ver también por cada uno de nuestros miembros. Por ejemplo, si se considerara el párpado, se podría ver que no se ha originado en vano sino para ayuda de

los ojos, a fin de ofrecerles descanso y apartar lo que caiga a la vista. Pues bien, lo mismo es el motivo por el que algo ha nacido que el motivo por el que debe nacer: por ejemplo, un barco cuya existencia se deba al transporte por mar, para lo que precisamente ha sido creado.

6 Por supuesto, los seres vivos forman parte de los nacidos naturalmente ⟨y conforme a la naturaleza⟩[27], todos en absoluto o los mejores y más apreciados, porque nada importa si se cree que la mayoría de ellos han nacido en contra de la naturaleza para una destrucción y un perjuicio. El hombre es, por lo menos, el más valioso de los seres de este mundo, de manera que es evidente que ha nacido naturalmente y conforme a la naturaleza.

7 ¿Cuál es pues, en el ámbito de los seres, el motivo por el que la naturaleza y Dios nos engendró? A la pregunta [sobre cuál es el motivo][28] respondió Pitágoras: «para contemplar el cielo», y afirmaba que él mismo era un contemplador de la naturaleza y que por esta razón había venido a la vida. También dicen que Anaxágoras, cuando se le preguntó la razón por la que se podría elegir nacer y vivir, respondió: «para contemplar el cielo, los estrellas que lo acompañan, la luna y el sol», dando a entender que todo lo demás carecía de valor.

8 Porque si siempre el fin de toda cosa es lo mejor (pues todo lo que nace se origina en virtud de un fin determinado, y el fin es lo mejor y lo más valioso de todo), y el fin que establece la naturaleza es el cumplimiento natural del fin último marcado en el origen, con lo que el origen alcanza su fin sin interrupción, sin duda en un principio consiguen su fin los elementos corporales del hombre, mientras que los del

[27] Añadido por Vitelli.

[28] Suprimido por Zuntz.



alma lo alcanzan después y, en cierto modo, el fin de lo mejor se pospone a la generación. Por consiguiente, el alma es posterior al cuerpo y el pensamiento se presenta como lo último del alma. En efecto, vemos que esto sucede de un modo natural en último lugar en los hombres, por lo cual también la vejez sólo pretende este bien. Por supuesto, para nosotros cierto pensamiento, conforme a la naturaleza, es el objetivo y reflexionar es el motivo último por el que hemos nacido. Por consiguiente, si hemos nacido, es evidente que también vivimos para pensar y aprender.

Bellamente ha dicho Pitágoras, al menos en consonancia 9 con este razonamiento, que todo hombre fue creado por la divinidad para conocer y contemplar. Pero hay que plantearse como objeto de nuestro conocimiento si el mundo existe o alguna otra naturaleza; quizá deba considerarse posteriormente y ahora, por primera vez, nos basta tan sólo este planteamiento. Pues si, de acuerdo con la naturaleza, la finalidad es el pensamiento, lo mejor de todo sería pensar.

De manera que es necesario hacer lo demás por los bie- 10 nes que se originan en sí, y de entre ellos los del cuerpo en relación con los del alma, y practicar la virtud a causa del pensamiento, porque éste es lo más alto. Pero la exigencia de que de toda ciencia se origine algo distinto y de que deba ser útil, es propia de alguien que ignora cuánta distancia media, desde un punto de partida, entre el bien y la necesidad. Pues la distancia es muy grande.

Además, la apetencia de cosas sin las que es imposible 11 vivir debe calificarse de necesaria y coadyuvante, pero aquellas cosas que se apetecen por sí mismas, aunque ninguna otra cosa se desprenda de ellas, deben considerarse con propiedad como bienes. Así, pues, no se puede elegir esto en función de aquello, y aquello en función de lo otro, y así, en progresión, hasta el infinito, sino que en algún sitio se de-

tiene ésa. Por supuesto, sería enteramente ridículo buscar de cualquier cosa una utilidad distinta al margen de ella misma, y formular la pregunta, ¿qué beneficio tenemos? y ¿qué utilidad? Pues verdaderamente es lo que decimos, tal persona parece que en modo alguno conoce lo bello y lo bueno, ni distingue la causa y el medio.

12 Se podría ver que, por encima de todo, a esto lo llamamos verdad, si se nos trasladara con el pensamiento a las Islas de los Bienaventurados, porque allí no puede necesitarse nada, ni hay utilidad de alguna otra cosa, solamente nos queda reflexionar y contemplar la vida que ahora llamamos libre. Y si esto es verdad, ¿cómo no sentiría vergüenza con razón aquel que, entre nosotros, teniendo esa posibilidad, fuera incapaz por sí mismo de vivir en las Islas de los Bienaventurados? Sin duda no es despreciable para los hombres el salario que obtienen de la ciencia, ni es modesto el bien que se origina de ella. Porque, como dicen los poetas sensatos, en el Hades recibimos los dones de la justicia, del mismo modo que en las Islas de los Bienaventurados recibimos los de la prudencia, según parece. En efecto, no es extraordinario, si la prudencia no parece que sea necesaria ni útil, pues no decimos que es útil sino buena, y no conviene que se la elija por otra razón sino por sí misma. Porque del mismo modo que nos trasladamos a Olimpia por el espectáculo en sí, aunque no pudiera derivarse nada más de él (pues la contemplación en sí vale más que mucho dinero), y contemplamos las festividades dionisíacas no para obtener algo de los actores, sino que también, al pagar por ello, preferiríamos otros muchos espectáculos a mucho dinero, así también se debe preferir la contemplación del universo a todas las cosas que parecen ser útiles. Pues no hay que encaminarse con gran afán a contemplar a unos hombres que imitan a mujerzuelas y esclavos, o bien a luchadores y corredores, y no es preciso sustentar la creencia de contemplar gratuitamente la naturaleza de los seres y la verdad.



13 De este modo, en consecuencia, partiendo de la intención de la naturaleza, exhortamos a reflexionar como si se tratara de algo bueno y apreciado por sí mismo, aunque nada útil para la vida humana se origine de ello.

10 Pero que la reflexión contemplativa proporciona a la vida humana las más grandes ventajas se comprobará fácilmente por las habilidades técnicas. En efecto, del mismo modo que los médicos diestros y la mayoría de los expertos en gimnástica están de acuerdo, más o menos, en que es necesario que los que desean ser buenos médicos y gimnastas sean expertos en temas de la naturaleza, así también es necesario que los buenos legisladores sean conocedores de la naturaleza, incluso mucho más que aquéllos, porque los unos son sólo artífices de la salud del cuerpo, mientras que los otros lo son de la salud del alma, pretextando impartir lecciones sobre la prosperidad y la adversidad de la ciudad, necesitan mucho más de la filosofía.

2 Porque tal como en las demás habilidades artesanales se obtienen, a partir de la naturaleza, los mejores instrumentos, como, por ejemplo, la plomada, la regla y el compás en la albañilería, debiéndose unos al agua, otros a la luz y al resplandor de los rayos del sol, de acuerdo con los cuales emitimos nuestro juicio y comprobamos rápida y llanamente el grado de suficiencia que se da en nuestra percepción, del mismo modo también es necesario que el político esté limitado por la propia naturaleza y la verdad, y, según ellas, juzgue lo que es justo, bello y útil. En efecto, igual que en este terreno estos instrumentos marcan una diferencia respecto a todos los demás, así también la ley más hermosa es precisamente la que está fundada en la naturaleza. Pero esto no es capaz de hacerlo quien no filosofa ni quien desconoce la verdad.

3 También de las demás artes conocen más o menos los instrumentos y las normas más exactas, no por la aceptación de los primeros principios en sí, sino de los segundos, de los terceros y de otros múltiples, y obtienen las justificaciones de su experiencia. Únicamente el filósofo, entre todos, practica la imitación partiendo de los propios principios exactos, que él contempla, pero no de las imitaciones. Pues bien, del mismo modo que el buen constructor no es aquel que no emplea la regla ni ninguno de los demás instrumentos de ese tipo, sino que se ajusta a otros edificios, probablemente, del mismo modo también, si alguien promulga leyes para las ciudades o realiza actividades poniendo su vista o imitando otras realizaciones, ya se trate de constituciones de pueblos como las de los lacedemonios, cretenses o de otros semejantes, no es un legislador bueno ni diligente, porque no es posible que sea bella una imitación de lo que no es bello, ni inmortal y sólido lo que por su naturaleza no es divino ni sólido, sino que, evidentemente, entre los artesanos, es el filósofo el único cuyas leyes son sólidas y sus actividades rectas y bellas. En efecto, es el único que vive con su mirada puesta en la naturaleza y en lo divino, y, como si se tratara de un consumado piloto, adapta fijamente los principios de su vida a lo eterno y duradero, progresa y vive en su propia norma. Ésta es, pues, la ciencia contemplativa, y, sin embargo, nos ofrece, de acuerdo con ella, realizarlo todo.

4 En efecto, tal como la vista no hace ni elabora nada (porque su labor es únicamente discernir y mostrar cada uno de los objetos visibles), pero nos concede actuar gracias a ella, y nos ayuda a nuestros actos del mejor modo posible (porque, privados de ella, estaríamos casi completamente inmóviles), así también es evidente que, incluso tratándose de una ciencia contemplativa, realizamos infinidad de cosas de acuerdo con ella, sin embargo unas las asumimos y otras las evitamos, y, en una palabra, todos los bienes los adquirimos gracias a ella.



11 A partir de aquí, puede ser evidente que los que han elegido la vida intelectual también disfrutan de una existencia especialmente placentera. Parece que el vivir se dice de dos maneras, esto es, una según la potencia y otra según el acto. En efecto, decimos que son videntes cuantos seres vivos poseen vista y están naturalmente dotados para ver, y en el caso de que tengan los ojos cerrados, emplean esa facultad y dirigen su vista.

2 De un modo semejante ocurre con el saber y el conocer, esto es, decimos que una cosa es usarlos y contemplarlos y otra adquirir la posibilidad y poseer la ciencia.

3 Ciertamente, si definimos el vivir y el no vivir por la sensación y la sensación es doble, propiamente, por una parte, por la experiencia de las sensaciones y, por otra, por la posibilidad de una sensación (porque, a lo que parece, solemos afirmar que incluso el que está durmiendo siente) es evidente que también el vivir, en consecuencia, resultará que se dice de dos maneras. En efecto, se debe decir que el que está despierto vive real y propiamente, y que el que está durmiendo vive por la posibilidad de cambiar a esta situación, según la cual decimos que se halla despierto y percibe cualquiera de las cosas. [Por eso, y dirigiendo nuestra vista a esto] [29], cuando se predica, pues, una misma cosa de cada una de dos realidades, y una de ellas se predica bien en sentido activo bien en sentido pasivo, concederemos en mayor medida el predicado a este sentido activo, como, por ejemplo, el saber a quien lo utiliza más que al que posee la ciencia, y el ver a quien lo ejerce más que al que puede aplicar su vista.

---

[29] Suprimido por Strycker.

4 Pues no sólo decimos «más» respecto a una cantidad de determinadas cosas cuya definición es única, sino también respecto a lo que tiene lugar con anterioridad y posterioridad, como por ejemplo, decimos que la salud es un bien en mayor medida que lo saludable, y lo que es preferido por sí mismo, de acuerdo con su índole natural, más que lo que lo crea. Sin embargo, vemos que la definición que se predica de los dos conceptos no es la misma en sentido absoluto, porque hablamos del bien tanto en función de su utilidad como de su perfección. Hay que decir, pues, que vive más el que está despierto que el que está durmiendo, y el que está en actividad con su alma más que el que solamente la posee. Decimos, en efecto, con referencia al primero, que el segundo también vive, porque tiene capacidad, como el primero, para ser sujeto pasivo y activo.

5 Por consiguiente, el uso de cualquier cosa supone esto: cuando hay la posibilidad de servirse de una cosa concreta, eso es lo que se lleva a la práctica, y si hay una gran abundancia de posibilidades, entonces se emplea la mejor de ellas, como, por ejemplo, en el uso de la flauta, ciertamente sólo se utiliza, en general, cuando es tocada. Quizá decimos esto también respecto a lo demás. Así, pues, se debe decir también que saca mejor partido quien hace un uso correcto. En efecto, el objeto y el modo natural de una cosa corresponde al que ejerce un uso bello y exacto.

6 También es, en verdad, una labor del alma, única o superior a todas, el reflexionar y el razonar. Por supuesto, esto es sencillo y muy fácil de entender para cualquiera, que vive con mayor plenitud quien reflexiona correctamente y, por encima de todos también, quien proclama sobre todo la verdad, y esa persona es el que medita y especula de acuerdo con la ciencia más rigurosa. Sin duda, en este caso hay que conceder la vida perfecta a éstos, es decir, a los que reflexionan con sensatez.



7 Y si el vivir es para cualquier ser vivo lo mismo que el existir, es evidente que la persona sensata existirá con mayor plenitud y con mayor propiedad que los demás, y en especial en cualquier momento cuando esté activo y contemple al más conocido de los seres[30]. Pero la actividad perfecta y sin impedimento posee en sí la alegría, de tal modo que la actividad contemplativa puede ser la más grata de todas.

8 Todavía hay otra cuestión, a saber, sentir placer al beber o beber por placer, porque nada impide, en efecto, que sin tener uno sed, ni acceder a la bebida con que se disfruta, se alegre al beber, no por el hecho de beber sino por encontrarse sentado al tiempo que mira y es mirado. Por consiguiente, diremos que éste se complace y que siente placer al beber, pero no lo siente por el hecho de beber ni por beber por placer. Del mismo modo, en consecuencia, diremos también de la marcha, del asiento, del aprendizaje y de toda clase de movimiento, que son agradables o molestos, no porque, al presentarse, resulte que nos afligimos o alegramos, sino porque con su presencia todos nos afligimos o nos alegramos.

9 E igualmente consideraremos placentera la vida, cuya presencia es agradable para los que la poseen, y también que viven placenteramente no todos los que podrían disfrutar viviendo, sino aquellos que piensan que la propia vida es agradable y disfrutan con el placer que se deriva de ella. Por tanto el vivir lo otorgamos al que está despierto más que al que está durmiendo, y al prudente más que al insensato, y afirmamos que el placer de la vida, que se origina de su uso, es propio del alma, porque esto es vivir con autenticidad.

10 Ciertamente, existen también muchos usos del alma pero, por supuesto, el más importante de todos es lograr la plenitud del pensamiento. Es evidente que el placer que se

[30] Dios, evidentemente.

deriva de pensar y contemplar es único o en especial procede necesariamente de la vida. Como es sabido, la vida placentera y la alegría auténtica sólo las poseen exclusivamente o en un alto grado los filósofos. Pues la actividad de los pensamientos más auténticos, que se cumple mediante realidades superiores, que contiene constantemente la culminación acordada, es ésta también la actividad más eficaz de todas para la alegría.

11 De manera que incluso por goce en sí de los placeres verdaderos y buenos deben filosofar los que poseen inteligencia.

12 Pero si es necesario considerar esto no sólo a partir de unos elementos de felicidad, sino suponer lo mismo, desde su fundamento, a partir de la felicidad en su totalidad, digamos expresamente que tal como se presenta la filosofía para la felicidad, así también se origina una actitud lo mismo para ser valiosos que para ser defectuosos. En efecto, todos debemos elegirlo todo como vía y consecuencia de esa felicidad, y las cosas, por las que conseguimos la felicidad, unas son necesarias y otras, placenteras.

2 Por consiguiente, consideramos ciertamente que la felicidad es una inteligencia y una especie de prudencia, virtud o, particularmente, alegría o todo esto. Consecuentemente, si es inteligencia, está claro que únicamente los filósofos pueden tener una vida de felicidad; si es una virtud del alma o una alegría, en ese caso, la poseen en exclusiva o en mayor medida que todos los demás. Pues la virtud es lo más importante de lo que nos incumbe, y lo más agradable de todo, como única cosa por sí misma, es la inteligencia.

3 De igual modo, si alguien dice que la felicidad es todo esto en sí, hay que definir su ámbito en la inteligencia. De manera que se debería filosofar por todos los que sean capaces, porque o esto es el vivir bien enteramente, o bien, por



encima de todo, por decirlo con una sola palabra, es una causa de felicidad para las almas.

Pero aquí, a causa de ser quizá nuestro linaje antinatural, 4 es difícil aprender y reflexionar, y con dificultad se puede percibir a causa de una incapacidad natural y de una vida antinatural. Pero si alguna vez fuéramos capaces de salvaguardar el estado del que partimos, es evidente que todos haríamos eso con mayor facilidad y comodidad, porque ahora, privados de los bienes, pasamos el tiempo procurándonos lo necesario, y lo hacen, más que todos, los que, a juicio de la mayoría, parecen ser los más dichosos.

Pero si tomamos el camino del cielo y fijamos nuestra 5 vida a una estrella que nos es afín, entonces filosofaremos llevando una vida auténtica y contemplando la belleza de un extraordinario espectáculo, fijaremos firmemente la mirada del alma en la verdad y contemplaremos el reino de los dioses; contentos y alegres continuamente por la contemplación, disfrutaremos libres de cualquier aflicción. De este modo, pues, encaminándonos a una total felicidad, encontramos la filosofía concorde con nosotros. Por lo cual, merece la pena que nos dediquemos a ella, por estimarla muy importante y conveniente en gran medida para nosotros.

Pero[31] si es necesario hacer una exhortación en este sentido desde reflexiones filosóficas, abordémoslo, pues, to- 13 mándolas como punto de partida, del modo siguiente. Cuantos se dedican correctamente a la filosofía parece que ocultan a los demás que su preocupación no es otra que morir y estar muertos. Y es muy probable que así sea. Pues a la mayoría le pasa inadvertido cómo los auténticos filósofos bus-

[31] A partir de este capítulo 13, hasta el 19, aparecen los resúmenes, paráfrasis y extractos de PLATÓN. En primer lugar, del *Fedón;* después del *Teeteto*, libro VII de la *República, Gorgias* y algún otro. Cf., *supra,* Introducción, n. 1.

can la muerte, por qué merecen la muerte y qué clase de muerte. La muerte, en efecto, no es otra cosa que la separación del alma del cuerpo, y el estar muerto es esto: por una parte, estar separado del alma con el cuerpo aislado en sí mismo y, por otra, el aislamiento del alma en sí misma, separada del cuerpo. Por consiguiente, siendo esto así, razonablemente no es propio de un filósofo dedicarse a placeres de este tipo, como, por ejemplo, la comida, la bebida, ni tampoco los placeres eróticos. Pero igualmente alguien así no considerará merecedores de estima los cuidados dedicados al cuerpo, como, por ejemplo, la adquisición de elegantes vestidos y calzados, y respecto a otros adornos del cuerpo no les hace aprecio, y los menosprecia en la medida en que no tiene una gran necesidad de hacerse con ellos. En general, la actividad de tal persona parece consistir no en mantenerse con su cuerpo, sino en separarse de él, en la medida de lo posible, y encaminarse a su alma.

2 Y en tal circunstancia, ciertamente, es evidente que, por la plena separación del alma respecto a su relación con el cuerpo, el filósofo se distingue del resto de los hombres. Y sin duda a la mayoría de la gente le parece que no le merece la pena vivir por esto a la persona que nada agradable obtiene de tales deleites ni participa en ellos, sino que, en cierto modo, aspira a morir quien se despreocupa de los placeres que se originan por medio del cuerpo. Y, por supuesto, el cuerpo es un obstáculo en la propia adquisición de inteligencia, si en la búsqueda se le toma como colaborador.

3 Esto es lo que os digo: la vista y el oído no suponen verdad alguna para los hombres. En efecto, esto es lo que los poetas siempre nos andan diciendo: nada oímos ni vemos con exactitud. Si embargo, si entre las percepciones físicas éstas no son exactas ni seguras, menos aún lo son las demás, porque todas son, en cierto modo, inferiores a éstas.



Si, consecuentemente, el alma no consigue la verdad cuando emprende con el cuerpo alguna investigación (porque éste, claramente, la engaña), sin duda sobre todo en el razonamiento, más que en ningún otro tema, alguna de las realidades le resulta evidente al alma. Pero, por supuesto, razona muy bien, cuando no la aflige ninguna de estas cosas, esto es, ni el oído ni la vista, ni el dolor ni placer alguno, sino que muy especialmente se mantiene sola en sí misma, renunciando al cuerpo y, en la medida en que puede, sin relacionarse ni contactar con él, aspira al ser. En consecuencia, también en este terreno el alma del filósofo especialmente desprecia el cuerpo y lo rehúye, y busca centrarse en sí misma.

Esto será evidente a partir de la teoría de las Ideas. Lo 4 justo, lo bello y lo bueno en sí, y todo aquello con lo que ratificamos la esencia del ser, jamás se vio con los ojos ni se captó con ningún otro sentido corporal, sino que aquél que de entre nosotros se prepare especialmente y con el máximo rigor para examinar cada idea en sí sobre la que investiga, ése podrá acercarse mucho al conocimiento de cada una de ellas. Por consiguiente, haría esto con mucha pureza aquel que, del mejor modo posible, abordara cada una con el mero pensamiento, sin ayuda de la vista en la reflexión y sin traer ninguna otra sensación al razonamiento; aquel que, empleando la misma reflexión pura en sí, intentara capturar, en su pura esencia, cada una de las realidades, manteniéndose al margen, del mejor modo posible, de los ojos, de los oídos y, por así decir, del cuerpo en su totalidad, por considerarlo perturbador y un obstáculo para que el alma consiga la verdad y la prudencia cada vez que con él se relacione. Pues éste es, más que cualquier otro, el que alcanzará la realidad del ser.

Necesario es, en consecuencia, por todas estas circuns- 5 tancias, que a los filósofos auténticos se les ocurra una re-

flexión tal, de modo que expresen entre sí algunos juicios de este tipo, a saber: es posible en cierto modo, como si se tratara de un camino que nos lleve con la razón en la reflexión, que, mientras tengamos el cuerpo y nuestra alma esté enredada con tal perjuicio, jamás consigamos de un modo conveniente lo que deseamos. Y decimos que esto es la verdad. En efecto, el cuerpo nos ofrece innumerables molestias a causa de su necesario alimento, e incluso, si sobrevienen algunas enfermedades, nos dificultan el apresamiento del ser. Y nos llena de deseos, pasiones, temores, de fantasías de todas clases y de necedad, de manera que, como se dice, por su causa, realmente, nunca se origina en nosotros la sensatez. En efecto, sólo el cuerpo y sus pasiones nos causan guerras, revueltas y disputas, porque todas las guerras se originan a causa de la posesión del dinero, y nos vemos obligados a adquirir el dinero a causa del cuerpo, haciéndonos esclavos a su servicio.

6 Y por su causa, por todos estos motivos, no tenemos tiempo libre para dedicarnos a la filosofía. Y el colmo: si gracias a él tenemos también una oportunidad y nos encaminamos a examinar algo, en las investigaciones, por su parte, nos provoca de improviso un alboroto y una confusión, y nos perturba, de tal modo que por su causa no se puede ver la verdad, sino que realmente nos deja claro que, si alguna vez intentamos saber algo en su pureza, hay que separarse de él y con el alma contemplar los hechos en sí mismos. Y entonces, según parece, tendremos la inteligencia que deseamos, y de la que afirmamos estar deseosos, cuando hayamos muerto, como lo indica esta argumentación, pero no mientras vivamos. En efecto, si no es posible en compañía del cuerpo conocer ninguna cosa en su pureza, una de dos, o de ningún modo es posible conseguir el saber o lo es para los que ya han muerto, porque entonces el alma,



separada del cuerpo, estará en sí misma, pero antes no. Y mientras vivamos, al parecer, estaremos lo más cerca del saber, si nos tratamos lo menos posible con el cuerpo, no nos relacionamos con lo que no es enteramente necesario, ni nos contaminamos de su naturaleza, sino que quedamos limpios de su contacto, hasta que la propia divinidad nos libere.

7 Y de este modo, puros, a salvo de la insensatez del cuerpo, como es natural, estaremos con tales seres y conoceremos por medio de nosotros mismos toda la autenticidad. Y esto, quizá, es la verdad, porque a una persona impura no le está permitido, supongo, contactar con la pureza.

La purificación, como se dice antiguamente en la norma[32], consiste en separar muy especialmente el alma del cuerpo y en habituarla a sí misma a reunirse y recogerse desde todas partes del cuerpo, y a vivir, en la medida de lo posible, sola por sí misma, tanto en el momento presente como en el futuro, desligada del cuerpo, como si se tratara de unas ataduras. Y esto se llama muerte, liberación y separación del alma del cuerpo. Al menos, como venimos diciendo, los únicos que especialmente se afanan siempre por liberarla son los que filosofan correctamente, y ésta es la preocupación propia de los filósofos: la liberación y separación del alma del cuerpo. De manera que la filosofía, que nos proporciona el más grande bien, a saber, la liberación de las ataduras que tiene el alma y nuestro nacimiento, debería ser deseada de un modo especial.

8 Pero también el llamado valor conviene en particular a los que adoptan una actitud de esa índole, y la templanza, término en el que coincide la mayoría, esto es, el no entregarse a los deseos, sino mantenerlos en límites restringidos

---

[32] Del orfismo, se supone, con el que está enraizado el antiguo pitagorismo.

y con decoro, conviene únicamente a aquéllos que se despreocupan especialmente del cuerpo y viven en la filosofía. Si quieres comprender el valor y la templanza de los demás, te parecerán extraños, porque sin duda sabes que todos los demás tienen a la muerte entre las grandes desgracias. Por consiguiente, es por el temor a males mayores por lo que los valientes afrontan su muerte, cuando la afrontan. Por tanto, es por la sensación de miedo y por el temor por lo que todos son valientes, excepción hecha de los filósofos. Sin embargo, es irracional que alguien sea valiente por temor o cobardía. ¿Y qué pasa con las personas sensatas? ¿No les pasa lo mismo que estamos diciendo? ¿Son sensatos por alguna intemperancia? Con todo, decimos que es imposible, mas sin embargo les acontece una sensación parecida a esa que tiene que ver con su ingenua templanza, porque temiendo ser privados de otros placeres, que precisamente desean, renuncian a unos, dominados por otros. Al menos, sin embargo, llaman intemperancia a ser dominados por los placeres, pero les sucede, con todo, que siendo dominados por los placeres dominan otros placeres. Y esto es parecido a lo que ahora decía: en cierto modo por la intemperancia se hacen sensatos. No es éste, ciertamente, un cambio correcto con vistas a la virtud, que los placeres se cambien por placeres, las aflicciones por aflicciones, el temor por el temor, y lo superior por lo inferior, tal como ocurre con las monedas, pero únicamente ésta es la correcta moneda, la inteligencia, por la que es necesario que todas estas cosas se cambien, y por ella y con ella se compra y se vende realmente todo; y lo mismo ocurre con el valor, la templanza, la justicia y, en suma, la virtud verdadera con inteligencia, con la presencia o ausencia de placeres, temores y todo lo demás de esa naturaleza.

9 Pero separadas estas sensaciones de la inteligencia e intercambiadas mutuamente, tal virtud es una especie de pintura y realmente servil, y nada sano ni verdadero contiene. La verdadera realidad es una cierta purificación de tales sensaciones, y la templanza, la justicia, el valor y la misma inteligencia no es quizás un ritual de purificación. Es probable también que aquéllos que nos instituyeron los misterios no sean unos ineptos, sino que realmente hayan dado a entender, desde antaño, que quien llegue al Hades sin estar iniciado en los misterios ni haber tomado parte en ellos yacerá en el fango, pero quien haya sido purificado e iniciado, una vez que llegue al otro mundo, vivirá con los dioses. Además hay, según los que ofician los misterios, «muchos portadores de tirsos y pocos oficiantes de Baco»[33], y éstos son, en mi opinión, solamente los que se han consagrado a la filosofía.



10 Y si únicamente la filosofía está dotada por naturaleza para proporcionar la perfecta virtud y pureza del alma, merece la pena que nos dediquemos sólo a ella: porque no le está permitido acercarse al linaje de los dioses al que no filosofa y va enteramente limpio; sólo al amante del saber. Pero por causa de esto los filósofos auténticos renuncian a todos los deseos del cuerpo, se hacen fuertes, sin temor a la ruina ni a la pobreza, y no se entregan a ellos, como el vulgo y los avaros. Ni tampoco porque teman la privación del derecho a los cargos públicos y la infamia de la miseria, como los que ambicionan poder y honores, renuncian entonces a ellos. Por supuesto, aquellos a quienes les preocupa algo su alma, pero viven sin preocuparse por la imagen de su cuerpo, dicen adiós a todos estos placeres y no siguen por el mismo camino que los otros, porque éstos no saben a dón-

[33] Verso órfico, según Olimpiodoro (neoplatónico de la escuela de Alejandría, autor de un *Comentario al Timeo de Platón).* Cf. O. Kern, *Orphicorum fragmenta,* fr. 5, pág. 84.

de se dirigen, mas considerando que no deben realizar actos contrarios a la filosofía, por su carácter liberador y purificador, la siguen y se encaminan a donde ella los lleva.

11 Pues saben los amantes del saber que la filosofía recibe su alma y ha sido atada y encolada al cuerpo a la ligera, y obligada a ver la realidad a través de éste, como si de una prisión se tratara, y no ella sola por sí misma; zarandeada en una total ignorancia. Y comprende la filosofía la rareza singular de la prisión: el propio prisionero, a causa de su deseo, en gran medida, está dispuesto a colaborar a su encarcelamiento, y, en consecuencia, esto es lo que digo: saben los amantes del saber que, una vez que la filosofía ha tomado a su cargo sus almas que se encuentran de ese modo, las anima suavemente y se dispone a liberarlas, demostrando que la observación por medio de los ojos está llena de engaño y también la percepción que tiene lugar a través de los oídos y de los demás sentidos, persuadiéndolas por esto a su renuncia en cuanto que no es necesario servirse de ellos, y exhortándolas a reunirse y agruparse en sí mismas y a no confiar en ninguna otra cosa que en ellas, en lo que ellas mismas piensan por sí mismas y en la realidad de las cosas en sí; y si observan, por otros medios, cualquier otra cosa que se da, indistintamente, unas veces en un objeto y otras en otro, a no considerarla verdadera. Lo que es de tal naturaleza es sensible y visible; en cambio, lo que ellas ven por sí mismas es inteligible e invisible.

12 Por consiguiente, creyendo que no hay que oponerse a esta liberación, el alma del auténtico filósofo se abstiene de este modo de los placeres, de los deseos y de las aflicciones en la medida en que puede, considerando que, cada vez que intensamente se siente, se sufre, se teme, o se desea, no experimenta ningún mal tan grande, proveniente de ellos, como se creería, tal como, por ejemplo, al caer enfermo o sufrir alguna pérdida por culpa de las pasiones, sino que el más grande y extremo de todos los males lo sufre y no lo tiene en consideración, porque realmente el alma de cualquier hombre se ve obligada al mismo tiempo a disfrutar intensamente o a entristecerse por algo determinado, y a considerar que eso por lo que especialmente sufre es muy real y verdadero, aunque no sea así. Pero esto tiene que ver esencialmente con lo visible. En consecuencia, en esta experiencia está el alma particularmente ligada al cuerpo, porque cada placer y aflicción, como si se tratara un clavo, la sujeta al cuerpo, la fija y la convierte en corporal, haciéndola creer que son verdaderas estas cosas que el cuerpo le diga. En efecto, por su coincidencia de opinión con el cuerpo y por su complacencia en las mismas cosas, se ve obligada, supongo, a configurarse en una entidad de temperamento y estilo semejante al cuerpo, de modo que jamás llegue en estado de pureza al Hades, sino que siempre repleta de cuerpo se vaya de él, para caer rápidamente de nuevo en otro cuerpo y, como si se la hubiera sembrado, [no][34] enraíce en él y, por este motivo, no sea partícipe de la asociación divina, pura y simple.



13 Así, pues, por causa de esto, los genuinos amantes del saber son ordenados y valerosos, pero no por lo que el vulgo dice. Mas el alma de un filósofo reflexionaría de ese modo, y no pensaría que era necesario que la filosofía se liberara a sí misma; al contrario, si se liberaba, se entregaba de nuevo a los placeres, a las aflicciones y, a su vez, se encadenaba, y realizaba una inacabada obra, como Penélope que se aplicaba a un telar a su pesar. Con todo, logra la calma ante estas pasiones, sigue el raciocinio y se mantiene siempre en esta postura: contempla lo verdadero, lo divino y lo que no está

[34] Suprimido por Kiessling.

sujeto a una opinión y, nutrida por ello, cree que debe vivir así mientras tenga vida y, una vez que muera, encaminándose a lo connatural y a lo que le es adecuado, quedar libre de las desdichas humanas.

14 Por medio de este acceso, la filosofía parece proporcionarnos la disolución de las ataduras humanas, la liberación de la generación, el traslado al ser, el conocimiento de la auténtica verdad y la purificación de las almas. Y si en esto consiste la verdadera felicidad, hay que esforzarse por la filosofía, si realmente queremos ser felices.

15 Pero merece la pena reflexionar lo siguiente: si el alma es inmortal, precisa atención, no sólo por este período de tiempo que llamamos vida, sino por todo momento y, al parecer, sería terrible el peligro, si no se le prestara atención. Porque si la muerte fuera la cesación de todo, vaya suerte que tendrían los perversos que han muerto con librarse al mismo tiempo del cuerpo y, juntamente con el alma, de su maldad. Pero realmente, puesto que parece que el alma es inmortal, ninguna escapatoria ni salvación puede tener de sus desgracias, salvo ser la mejor y la más sensata posible. En efecto, el alma solamente se dirige al Hades con educación y formación, cosas éstas que también, se dice, ayudan o perjudican muchísimo al que ha fallecido, en el primer momento de su partida al otro mundo. Además, la mejor alma vive con los dioses, transita por el cielo y consigue en suerte la mejor parte; en cambio, la que se ha contaminado de acciones injustas y está repleta de sacrilegio y de impiedad, cuando se presenta a los tribunales subterráneos, recibe en compensación el adecuado castigo.

16 Por este motivo, pues, hay que hacerlo todo, para participar en esta vida de la virtud y de la reflexión, porque el premio es bello y grande la esperanza. También por ello debe tener confianza en su alma el varón que, a lo largo de la vida, prescindió de los demás placeres del cuerpo y sus



adornos, por considerar que eran extraños y porque pensaba que le causaban un mayor perjuicio y, en cambio, se esforzó por otros que tienen que ver con el conocimiento, adornando su alma con un ornato no ajeno sino propio, a saber, con la templanza, la justicia, el valor, la libertad y la verdad, y de este modo aguarda su marcha al Hades, para ponerse en camino cuando el destino lo llame.

Así, pues, siendo esto así, no hay que preocuparse de la riqueza, para que sea lo más abundante posible, ni de la fama y del honor, sino de la prudencia, la verdad y el alma, para que ésta sea de la mejor condición posible: porque no es justo considerar en muy poca estima lo que es de mucho valor y, en cambio, tener en mucha consideración lo que es de escasa valía. Ni tampoco, en principio, hay que preocuparse del cuerpo ni de la riqueza, ni tan intensamente como se debe hacer con el alma, para que sea lo mejor posible, pues la virtud no se origina de la riqueza, sino que la riqueza y todos los demás bienes, tanto en el orden privado como público, surgen para los hombres de la virtud. 17

Por consiguiente, es necesario considerar esta única verdad: un hombre bueno no tendrá ninguna desgracia, ni en vida ni una vez muerto, ni tampoco sus asuntos son descuidados por los dioses, de manera que todos los bienes que conducen a la felicidad están a su alcance, y el que se encuentre en una posición muy próxima a ésa podrá pasar su vida en un estado de suma dicha. 18

Tales resultan ser los recursos, derivados de estos argumentos, que nos llevan a la exhortación a la filosofía. 19

Y es necesario también que hagamos la exhortación a partir de la vida de los corifeos de la filosofía[35], de acuerdo 14

[35] Expresión tomada del *Teeteto,* 173b7. A partir de aquí las referencias a PLATÓN aluden al pasaje de este diálogo.

con los consejos de Pitágoras. Pues tales personas sin duda, desde muchachos, no siguen, al principio, el camino que lleva al ágora, ni al tribunal, al consejo o a algún otro organismo público de la ciudad, y no ven ni escuchan las leyes y los decretos que se discuten de palabra o se redactan por escrito; las rivalidades de las asociaciones políticas para aspirar a los cargos públicos, las reuniones, comidas y francachelas con flautistas, ni siquiera en sueños se les ocurre participar en ellas. Uno es de origen ilustre o de baja condición en una ciudad, o bien le afecta alguna desgracia que le viene de sus antepasados, debida a hombres o mujeres; ello le pasa desapercibido al filósofo más que los proverbiales congios del mar. Y ni siquiera sabe que todo esto lo ignora, porque no se aparta de ello por su reputación, sino que realmente sólo su cuerpo se queda allí, en la ciudad, donde fija su residencia, pero su mente, considerando insignificante y negativo todo esto, lo desprecia y vuela por doquier, como dice Píndaro, midiendo las profundidades de la tierra y su superficie, y sobre el cielo observa los astros e investiga en toda su dimensión la naturaleza de cada uno de los seres en su totalidad, sin acomodarse a cosa alguna que esté en su proximidad.

2 Así también se cuenta de Tales que, mientras miraba el firmamento y dirigía su vista a lo alto, se cayó a un pozo, y una criada tracia, atenta y agradable, le censuró que se esforzara por saber los fenómenos celestes y, en cambio, le pasara desapercibido lo que tenía por detrás y a sus pies. Y el mismo reproche se aplica a todos los que pasan su existencia filosofando, ya que a tal individuo la persona cercana y el vecino le pasan desapercibidos, no sólo en todo lo que hace, sino casi también en la percepción de ⟨si⟩[36] es una

[36] Viene en Platón (cf. n. ant.), lo omiten los códices



persona u otra criatura. Naturalmente, busca y tiene dificultades cuando investiga qué es el hombre y por qué se distingue por naturaleza de los demás seres en su actividad o pasividad. Por consiguiente, tal es en sus relaciones con cada persona, tanto en lo privado como en lo público, cuando se ve obligado a exponer, en un tribunal o en cualquier otro sitio, sobre temas de dominio público que están a la vista, causa risa no sólo a las tracias sino también al resto de gente, cayéndose a los pozos o viéndose en una situación del todo apurada, debido a su inexperiencia; también su tremenda torpeza le otorga el calificativo de estúpido.

Y en las injurias no puede, en modo alguno, ofender a 3 ninguna persona, porque no conoce ninguna mala acción de nadie, por no haberse preocupado de ello. Consecuentemente, por su incapacidad, parece ridículo. Y en los elogios y arrogancias de los demás no parece adoptar una postura de circunstancias, sino que con su risa evidencia claramente su necedad. En efecto, si se está elogiando a un tirano o a un monarca, piensa que está oyendo hablar de un pastor, bien se trate de un porquero, de un ovejero o de un vaquero que se tiene por feliz ordeñando abundante leche. Y considera que estos soberanos apacientan y ordeñan un animal más difícil y receloso que los de los pastores, y forzosamente tal individuo resulta agreste y rudo, tanto como los pastores, a causa de su falta de ocio, cercado en un recinto amurallado en una montaña. Y cada vez que escucha que alguien, por haber conseguido diez mil pletros[37] de tierra o incluso más, adquiere una posesión admirable, le parece una propiedad totalmente insignificante, acostumbrado a dirigir su mirada

[37] El pletro, como medida de superficie, equivale a cien pies cuadrados; como medida de longitud, equivale a cien pies lineales, o a la sexta parte del estadio.

a toda la tierra. Pero, en lo que respecta a las genealogías, cuando se celebra que un noble puede exhibir siete antepasados ricos, considera que es enteramente el elogio propio de cortos de vista, que, por su falta de formación, son incapaces de mirar constantemente el conjunto, ni de pensar que cada uno tiene un incalculable número de antepasados y ancestros, en el que, quienquiera que sea, cuenta, en varias veces diez mil, con ricos, pobres, reyes, esclavos, bárbaros y griegos. Por otra parte, cuando se vanaglorian de una relación de veinticinco antepasados, que se remontan hasta Heracles, el hijo de Anfitrión, ⟨le parece un rasgo extraño de mezquindad, el tenerse por descendiente de Anfitrión⟩[38], para ser en la línea de ascendencia ⟨el vigesimoquinto⟩[39], como le acordó el destino, y, ocupando ese lugar en el orden de descendencia, se ríe de ellos, porque no pueden calcular ni alejar la vanidad de su irreflexiva alma.

4 Tal persona, en todos estos casos, recibe las burlas de la mayoría porque, unas veces, adopta un aire de superioridad, según parece, y otras desconoce lo que está a sus pies y, en cada caso, se muestra indeciso. Pero cuando se arrastra a alguien hacia las alturas y se le quiere llevar —fuera de la pregunta de «¿qué perjuicio te hago yo o tú a mí?»—, al examen, a su vez, de la justicia y de la injusticia, de su esencia y de su diferencia con todo lo demás o entre sí, o al margen de la pregunta sobre la realeza, de si el rey es feliz porque posee mucho oro y, en general, sobre la felicidad y desdicha humana, para llegar también a su examen, esto es, cuáles son sus características, y de qué modo conviene a la naturaleza humana adquirir una de ellas o eludir la otra, cuando debe dar sobre todo esto una explicación aquel individuo insignificante, de alma punzante e intrigante, paga a su vez también lo que le corresponde. Suspendido desde su altura siente vértigos, mira desde el aire hacia abajo, angustiado por la falta de costumbre, sin saber qué hacer, balbucea y no es precisamente objeto de irrisión para las tracias ni para ninguna otra persona sin formación (porque ni siquiera se dan cuenta de ello), sino para todos los que se eduquen de un modo distinto al de los esclavos.

5 Éste es ciertamente el modo de vida de uno y otro. Uno es realmente propio del que crece en libertad y en el ocio, a quien se denomina precisamente filósofo ⟨a quien⟩[40] no le molesta parecer un simple y no ser útil para nada, cuando desciende a ocupaciones serviles, como, por ejemplo, porque no sepa preparar un cobertor de cama ni aderezar una comida o discursos arrogantes.

6 A su vez, el modo de vida del otro es propio del que puede acometer todo esto con eficacia y prontitud, ⟨pero⟩[41] no sabe echarse la capa sobre el hombro derecho, a la manera de un hombre libre, ni emplear la armonía de las palabras para celebrar dignamente la auténtica vida de los dioses y de los hombres afortunados.

7 Creo, en consecuencia, que, si los hombres hicieran caso de esto, habría mucha más paz y muchas menos desgracias entre ellos.

Sin duda no es posible que desaparezcan las desgracias (pues es necesario que siempre haya una contraposición al bien) ni que éstas se den entre los dioses, sino que deambulan fatalmente por la naturaleza humana y por este ámbito

[38] Lo añadió Arcerio, basándose en Platón.

[39] *Idem*, n. ant.

[40] Aparece en el mencionado pasaje del *Teeteto* de PLATÓN, y lo omiten los códices.

[41] *Idem*, n. ant.

terrenal. Por ello, es necesario también intentar salir de aquí lo más rápido posible.

8 Y la huida es la asimilación a la divinidad[42] en la medida de lo posible. Y la asimilación es hacerse justo y piadoso con prudencia. Por supuesto, no es muy fácil persuadir de que no es por lo que la mayoría dice que se debe evitar la maldad y buscar la virtud, esto es, por lo que se debe practicar la una pero no la otra, para no parecer ser un malvado y pasar por hombre de bien. Esto, me parece, es lo que se dice un cuento de viejas.

9 Pero la verdad la expresamos de la siguiente manera. De ningún modo, ni en ningún caso, Dios es injusto, sino que en alto grado es muy justo, y no hay nada más semejante a Él que aquel de nosotros que se hace lo más justo posible. Con esto también tiene que ver la verdadera habilidad de un hombre, y su nulidad y cobardía. En efecto, el conocimiento de esto es sabiduría y verdadera virtud, y su desconocimiento, ignorancia y maldad manifiesta.

10 Y las demás pretendidas habilidades y destrezas, si tienen lugar en los poderes políticos, resultan molestas y, en las artes, vulgares. Por tanto, ante el que delinque, blasfema o realiza un acto impío, lo mejor, con mucho, es no admitir que se le teme por su malicia. En efecto, se ufanan del reproche que se les hace y creen escuchar que no son insignificantes, lastre sin más de la tierra, sino hombres que hay que salvaguardar en una ciudad. Hay que decir, en consecuencia, la verdad: que cuanto menos lo creen, tanto más son realmente lo que no suponen ser. En efecto, desconocen la sanción por la injusticia, lo que precisamente de ningún modo deben desconocer, porque no es la que ellos creen,

[42] La «asimilación» *(homoíōsis,* en griego) con la divinidad es uno de los puntos capitales de la filosofía neoplatónica.



golpes y ejecuciones, de los que, en ocasiones, salen indemnes siendo culpables, sino aquella de la que no pueden escapar. Se encuentran en el ser ejemplos significativos: uno, divino, muy afortunado; otro ⟨carente de divinidad⟩[43] muy desdichado. No ven que esto es así y, por desgracia o irreflexión extrema, no se dan cuenta de que se asocian al segundo, a causa de sus injustas acciones, y de que se apartan del primero.

11 Por ello tienen su merecido llevando la vida habitual a la que se habían asociado. Y si decimos: si no renuncian a su habilidad, no les acogerá, cuando hayan muerto, aquel lugar libre de desdichas, y aquí tendrán siempre la asimilación consigo mismos en su devenir, malvados que coexisten con malvados; sin duda, como hábiles y astutos que son, esto lo escucharán enteramente como si se tratara de charlas de unos chiflados, mostrándose en exceso arrogantes.

12 Sin embargo una sola cosa les ocurre: cuando se precisa particularmente dar y solicitar una explicación sobre lo que censuran, y quieren aguantar gallardamente durante mucho tiempo y no huir ignominiosamente, entonces de una manera extraña, al final, no se sienten a gusto con sus propias palabras, y se marchita, en cierto modo, esa brillante retórica, de manera que nada parecen diferenciarse de unos niños.

13 Si esto es así, también la vida de los que viven en la filosofía parece ser la más divina y la más feliz. Ninguna otra cosa se debe hacer salvo dedicarse decididamente a la filosofía.

15 A continuación, se debe representar nuestra naturaleza respecto a la educación y a la ignorancia, mediante la siguiente situación. Considera, por ejemplo, a unos hombres en una vivienda subterránea, en forma de cueva, que posee

[43] Lo expresa PLATÓN (en el citado pasaje del *Teeteto).*

un acceso, que se extiende a lo largo de toda la cueva y se abre hacia la luz. En ella se encuentran desde su infancia, con los pies y el cuello encadenados, de manera que permanecen fijos y miran sólo al frente, y no pueden girar en círculo sus cabezas por las ataduras, y, detrás de ellos la luz de un fuego arde por arriba y de lejos. Entre el fuego y los encadenados se eleva un camino a lo largo del cual se ha edificado un muro, tal como los que mueven las marionetas, delante de la gente, colocan sus tablados y muestran sus habilidades por encima de éstos. Incluso, además, imagínate a unos hombres que, a lo largo de este muro, portan toda clase de objetos que sobresalen del muro, a saber, estatuas e incluso animales, hechos, como es natural, en piedra, madera y en cualquier clase de material, y, entre los portadores, pasan unos hablando y otros en silencio.

2 Considera, en consecuencia, que esta extraña representación y estos extraños prisioneros son semejantes a nosotros. ¿Crees que tales personas, en principio, han visto de sí mismos y de entre ellos algo distinto de las sombras proyectadas por el fuego en la pared de la cueva frente a ellos? Ninguna otra cosa. Pues, ¿cómo podría ser, si han sido obligados a mantener sus cabezas inmóviles de por vida? ¿Y qué pasa con los objetos que pasan a su lado? ¿No ocurre lo mismo? ¿Cómo no? Por supuesto, si pudieran conversar entre ellos, ¿no crees que designarían como reales las cosas que vieran? Necesariamente. ¿Y qué ocurriría también si la prisión produjera un eco en la pared de enfrente, cada vez que alguno de los que pasara hablara? ¿Crees que pensarían que lo que hablaba no correspondía a la sombra que pasaba? De ninguna manera. En efecto, enteramente tales personas pensarían que la realidad no era otra que las sombras de lo que se había urdido. Por fuerza. Examina, en consecuencia, cuál sería su liberación y la disolución de sus ataduras y de su



sinrazón, si les sucediera de un modo natural. Cada vez que uno de ellos se liberara y se le obligara a levantarse de repente, a girar el cuello, a caminar y a mirar hacia la luz, al hacer todo esto sentiría dolor y sería incapaz, a causa del resplandor, de reconocer aquellas cosas cuyas sombras había visto antes. ¿Qué crees que respondería, si se le dijera que hasta entonces había visto tonterías y, en cambio ahora, mucho más próximo a la realidad y, vuelto a la esencia más real, vería con mayor precisión? ¿Y si, además, se le mostrara cada una de las cosas que pasaban y se le obligara con preguntas a responder lo que era? ¿No crees que quedaría perplejo y consideraría más real lo que había visto antes que lo que se le mostraba ahora? Sin ninguna duda.

Pues bien, ¿si se le obligara a mirar la luz, sentirían dolor sus ojos y se apartaría, volviéndose hacia aquello que pudiera ver, y consideraría realmente esto más auténtico que lo que se le estaba mostrando? ¿Y si alguien lo sacara a la fuerza de allí por el áspero y empinado acceso, y no lo soltara hasta arrastrarlo a la luz del sol, sentiría dolor y se irritaría por el maltrato? ¿Y, una vez que llegara a la luz, sus ojos, cegados por el resplandor, ni siquiera podrían ver una sola de las cosas que ⟨ahora⟩[44] se dicen verdaderas, cuando de repente se encontrara con ellas? Necesitaría acostumbrarse, pienso yo, para ver la realidad de arriba. 3

Y primeramente vería con comodidad las sombras y, a continuación, las imágenes de los hombres y de las demás cosas, reflejadas en el agua y, por último, los mismos objetos en sí. Después, cuando dirigiera su mirada a la luz de las estrellas y de la luna, contemplaría los objetos celestes y el propio cielo de noche con mayor facilidad que el sol y su luz, durante el día. Finalmente, creo yo, no contemplaría el 4

[44] En Platón, también.

reflejo del sol reflejado en el agua ni siquiera su reflejo en una superficie extraña, porque ya podría contemplar al propio sol en su lugar y reconocer su esencia. Y después de esto, concluiría sobre ello, que éste es el causante de las estaciones, los años, y que todo lo dirige en el mundo visible y, en cierto modo, es el responsable de todo aquello que ellos veían, porque es evidente que, después de esa situación, pasaría a la siguiente.

5 ¿Cómo es eso, pues? Al acordarse de su anterior residencia, de sus conocimientos de allá bajo y de sus compañeros de cautiverio, ¿no crees que se felicitaría por el cambio y se compadecería de aquéllos? Sin duda. Y si entre ellos se tributaban, mutuamente, honores y elogios, esto es, presentes para el que divisara perspicazmente los objetos que pasaban de largo y recordara en especial lo que, con anterioridad y posterioridad a aquellas sombras, solía también transitar simultáneamente y, como consecuencia de ello, vaticinara con mucha posibilidad lo que iba a llegar, ¿crees que ansiaría esos honores y que envidiaría a los que entre ellos los poseen y están en el poder? O bien, ¿le pasaría lo que dice Homero, es decir, desearía vehementemente, en su condición de labriego, servir junto a un hombre indigente y pasaría por cualquier experiencia en vez de creer aquellas cosas y vivir de aquella forma? Yo lo creo así, aceptaría sufrir todo tipo de cosas a llevar aquella vida.

6 Reflexiona también lo siguiente: si tal persona descendiera de nuevo y se situara en ese mismo asiento, ¿no tendría, lógicamente, sus ojos plenos de oscuridad, al llegar de repente de la luz solar? Por supuesto. Y si fuera preciso de nuevo que, al juzgar aquellas sombras, contendiera con aquellos prisioneros de siempre, en tanto viera defectuosamente, hasta fijar la mirada, y si ese tiempo de habituación no fuera muy pequeño, ¿no ofrecería sin duda lugar a la risa, y



se diría de él que, habiendo subido, había bajado con la vista dañada, y que no merecía la pena intentar subir, y al que intentara desatarlos y subirlos, si podían cogerlo y [darle muerte][45] lo matarían? Sin duda.

Toda esta imagen, pues, ha de relacionarse realmente con lo que se ha dicho: la sede que aparece ante nuestra vista se compara con el edificio de la prisión y la luz del fuego que en ella hay con la fuerza del sol; y si consideras la subida y la contemplación de lo de arriba como la ascensión del alma al lugar de lo inteligible, no faltarás a la verdad. 7

Y ésta sin duda aparece como la última en lo cognoscible, la idea del bien, y ofrece dificultad para verse, pero una vez que ha sido vista, es necesario concluir que ésta es para todos la causa de todo lo recto y bello, y que en lo visible también es la que engendra la luz y a su soberano y en lo inteligible es la soberana que proporciona la verdad y la inteligencia; igualmente que es necesario percibirla si se va actuar sensatamente tanto privada como públicamente. 8

Pero si esto es una tarea propia de formación, y representa una diferencia tan grande respecto a la incultura, ¿qué otra cosa correspondería salvo consagrarse a la educación y a la filosofía, y renunciar a lo que ahora parecer ser de lo más serio para la mayoría, por entender que ninguna influencia importante posee para la consecución de la felicidad? 9

Incluso también, si esto es verdad, se debe plantear la siguiente reflexión al respecto: la educación no es tal como algunos aseguran y proclaman que es. Pretenden, en efecto, introducir en el alma una ciencia que en ella no existe, como si se tratara de colocar la visión en unos ojos que no ven. La presente argumentación revela este poder existente en cada uno en su alma y el instrumento por el que aprende, como si 16

[45] Eliminado como glosa por A. B. Drachmann.

la vista no fuera capaz de dirigirse más que con todo el cuerpo hacia la luz desde la oscuridad. De este modo con toda el alma hay que girar desde el devenir, hasta que sea capaz de hacer frente a la visión del ser y de lo más brillante del ser. Y afirmamos que esto es el bien.

2 Ciertamente, habría un arte de esto mismo, es decir, del giro, precisando de qué modo se efectuará lo más fácil y útil posible el movimiento circular, no para implantarle la visión al órgano, porque ya la tiene, sino como no está orientado correctamente ni mira a donde debe, es necesario idear este giro. Por supuesto, las otras denominadas virtudes del alma parecen aproximarse a las virtudes del cuerpo (porque al no existir realmente con anterioridad, se adquieren después por el hábito y el ejercicio), pero la del conocimiento sobre todo pertenece, según parece, a algo muy divino que nunca pierde su poder, mas por influjo del movimiento giratorio resulta útil y provechoso pero, por otra parte, inútil y perjudicial. ¿Acaso no te has percatado todavía de los llamados malvados, y astutos, cómo mira intensamente su diminuta alma y distingue agudamente aquello hacia lo que propende, porque no tiene una visión defectuosa y se ve obligada a servir a la perversidad, de manera que cuanto más intensamente mira tantas más maldades realiza? Sin embargo, si un rasgo de tal índole, cercenado al punto desde la infancia, hubiera sido truncado en sus relevos generacionales como pesados bloques de plomo, que tienen lugar con comilonas y placeres de este tipo, con la glotonería, y giran la visión del alma hacia abajo; y si esa condición natural se viera libre de tales cargas y se orientara hacia la verdad, también ese mismo órgano agudamente ⟨vería, como⟩[46] ve aquello hacia lo que ahora se dirige.

[46] Arcerio lo añadió basándose en Platón; los códices muestran en este lugar una laguna.



3 Ahora, pues, ya que nos encontramos aquí, la misión de la filosofía es tal como parece, y que es apreciable, se hace evidente, en consecuencia, porque la supresión del devenir del alma y la purificación de su facultad de razonar, especialmente le conviene. Éste es, en consecuencia, el mejor modo de vida, esto es, vivir y morir, ejercitando la justicia y el resto de las virtudes. Así, pues, sigamos en esta línea, si realmente queremos ser felices

17 Pero si, a partir de antiguos discursos[47], de sagrados mitos y, en particular, de aquellos de los pitagóricos, es necesario hacer un recordatorio a los oyentes a la misma exhortación, empecemos aquí con ellos. Rectamente se dice que son felices los que nada necesitan, y que es terrible la vida de los que tienen deseos sin límites; porque no me puedo asombrar de que Eurípides esté en lo cierto, cuando dice: «¿quién sabe, si la vida no es una muerte y la muerte una vida?»[48]. Probablemente, también nosotros estamos muertos en realidad, porque, por mi parte, yo también oí de una persona sensata, que ahora estamos muertos, y nuestro cuerpo es un sepulcro y que la parte de nuestra alma en la que se encuentran los deseos se deja seducir y moverse de arriba abajo; y en relación a esta parte del alma, a causa de su docilidad y credibilidad, precisamente un agudo varón, siciliano tal vez o en todo caso itálico, urdió una fábula alterando el término y la denominó tinaja, y a los insensatos, no iniciados.

2 Pero esta parte del alma, propia de insensatos, donde se encuentran los deseos, que es irrefrenable y se encuentra al descubierto, supuso que sería una tinaja perforada a causa

[47] Puede (y quizá deba) entenderse una alusión a la doctrina órfica. Luego, hay una referencia directa al pitagorismo. Cf., *supra*, 13, 7, n. 44.

[48] Atribuido al *Poliidos*; fr. 638 (A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, editado con nuevos fragmentos, a cargo de B. Snell, Hildesheim, 1964).

de su insaciabilidad. Contrariamente a la mayoría de los hombres, éste muestra que entre aquellos que están en el Hades (habla de lo invisible) los más desgraciados son los no iniciados, por tener que llevar agua a una tinaja perforada con una criba, igualmente perforada. Y, como es natural, dice (según me afirmaba en su conversación) que la criba es el alma; y el alma de los insensatos la comparó a una criba, por estimar que estaba perforada, dado que no podía retener nada a causa de su incredulidad y de su olvido. Esto, que se encuentra adecuadamente bajo una apariencia un tanto extraña, ilustra sin embargo lo que yo quería demostrar: que es necesario pasar de una vida de hartazgo y desenfreno a otra ordenada, suficiente y que se basta con los recursos que en cada caso tiene; y convencerse de que son más felices los ordenados que los desordenados.

3 Ea, pues, voy a exponerte también otra imagen, tomada de la misma escuela. Considera, en efecto, sobre la vida de cada uno de ellos, del sensato y del desordenado, lo siguiente: por ejemplo, que cada uno de los dos hombres tuviera muchas tinajas, y uno de ellos las tuviera sustanciosas y abundantes, esto es, una de vino, otra de miel, otra de leche y otras muchas de variados líquidos, y, además, fueran los líquidos de cada tinaja raros y difíciles, de una consecución penosa y molesta. Este hombre, por lo demás, una vez que las tuviera llenas, no las vertería, y en cierto modo no se preocuparía de ellas y mantendría la calma ante este hecho. El otro, como aquél, tendría la posibilidad de procurarse aquellos líquidos, pero con esfuerzo, y las tinajas estarían perforadas y deterioradas, y se vería obligado constantemente a llenarlas por la noche y por el día, o, en caso contrario, afrontaría penas extremas.

4 ¿Es que, ante esta clase de vida, no será más dichosa la del hombre ordenado que la del desenfrenado? Pues éste



consigue la felicidad por el hecho de que deja que haya un vertido lo más abundantemente posible, con lo que grande es la necesidad no sólo de que se produzcan escapes, sino también de que haya algunos orificios grandes para el paso de los líquidos, y esto no es otra cosa que llevar una vida de chorlito. El otro, en cambio, las deja llenas de una vez de sus bienes propios y, durante todo el tiempo, permanece siempre autosuficiente. Tal es, pues, la recomendación, de venerable antigüedad, a la práctica de la virtud.

18 Emparentado con la anterior, hay también otra apelación que, por analogía, parte de las evidentes manifestaciones del cuerpo hacia las desdichas y bienes del alma, no sólo alejando nuestra voluntad de la maldad, sino también haciéndola hostil a la desvergüenza. Y exhorta a ocuparnos de los bienes con todo el esfuerzo y habitúa a nuestro pensamiento, por todos los medios, a lo bello. Por ejemplo, si hay que evitar las pasiones y enfermedades del cuerpo, mucho antes sin duda hay que eludir las del alma, y si la enfermedad del cuerpo hace imposible nuestra existencia, mucho antes sin duda la injusticia, que es una enfermedad del alma resulta insoportable para el que la tenga. Y si nuestro cuerpo posee una constitución inarmónica y anula la perfección de nuestra alma, cuando nuestro principio vital se encuentra en desorden y en pugna consigo mismo, no es posible llevar una vida recta.

2 Vayamos entonces también al otro tema del mismo modo. En efecto, tal como nuestros cuerpos pueden ser útiles, si consiguen orden y disciplina, y perniciosos si se encuentran en desorden, así también nuestra alma, si se halla en desorden, será perversa, y útil si ha obtenido cierto orden y disciplina. En consecuencia, en el cuerpo la situación, que se origina del orden y de la disciplina, se llama salud, vigor; a su vez, en el alma la situación que proviene del orden y de

la disciplina recibe el nombre de norma y ley. Así como concedemos lo saludable a la ordenada disposición del cuerpo, por el hecho de que en él se origina la salud y el resto de las virtudes corporales, así también, para la recta disposición del alma, se habla de ley, por el hecho de que se hacen los ciudadanos legales y disciplinados. Y esto es lo que constituye la justicia y la templanza.

3 Por consiguiente, aquellos que tienen cierto interés por su propia alma, fijando su mirada en estos temas, dirigirán a las almas los discursos que pronuncien, y les concederán todas sus actuaciones y los dones que les otorguen y les suprimirán lo que tengan que suprimir, cuidando siempre de que la justicia se origine en sus almas, y la injusticia esté ausente, de que también se origine en ellas la templanza y esté fuera el desenfreno, y, finalmente, que el resto de las virtudes esté en ellas, y se encuentre ausente la maldad. Porque ¿de qué vale que a un cuerpo enfermo, que se encuentra en una mala disposición, se le proporcione abundante alimento y otras exquisiteces, bien se trate de bebida o de otro tipo de ingesta, que no le va a beneficiar en alto grado, o bien, al contrario, en una justa consideración, le va a ser de una mínima utilidad? Así es eso. En efecto, no creo que sea útil para un hombre vivir con un cuerpo lamentable, porque necesariamente, de ese modo, la vida es también lamentable. Por consiguiente, para satisfacer los deseos, como comer y beber cuanto se quiera, cuando se tenga hambre o sed, los médicos se lo conceden la mayoría de las veces al que está sano, pero al que está enfermo, por así decir, jamás le permiten realizar sus deseos.

4 Con todo, también la cuestión respecto al alma es esta: en tanto sea malvada, por ser insensata, desenfrenada, injusta e impía, es necesario apartarla de sus deseos y no consentirle hacer nada, salvo aquello que la mejore. Ciertamente, no es eso lo mejor para la propia alma. En efecto, privarla de sus deseos es un castigo. Sin duda, el castigo es mejor para el alma que el desenfreno, como cree la mayoría, y ser ordenado y disciplinado está por encima del desorden y de la indisciplina, de tal modo que, por el medio que sea, hay que ejercitar la justicia y la templanza en lugar de actitudes contrarias. Sea esto así también para nosotros.



Se podría abordar el tema propuesto a partir de los bienes del alma, mostrando su perfección y la importancia de la felicidad que conllevan, porque cuanto más supera el alma al cuerpo, tanto más destacan también sus bienes, y lo que atañe al cuerpo será despreciable, mientras que lo que pertenece al alma será apreciado y venerable. El bien, por supuesto, no es lo mismo que lo agradable, y por causa del bien hay que hacer lo placentero; no el bien a causa de lo agradable. Y lo placentero es aquello que disfrutamos cuando llega, y el bien nos hace buenos con su presencia. 19

Pero somos buenos, nosotros y todo lo demás, que es un bien, gracias a la presencia de una calidad. Mas precisamente el valor de cada cosa, herramienta, cuerpo, alma, y cualquier ser vivo, no se presenta de casualidad y óptimamente, sino por el orden, por la rectitud y por la habilidad que a cada uno corresponde. El valor de cada cosa es algo establecido y organizado por medio de un orden, como diría alguien que reflexione de un modo sensato ***[49], porque en cada cosa ⟨el orden⟩[50] propio de cada uno proporciona cada uno de los bienes de los seres. Por lo cual, ciertamente, el alma que posee su orden propio es mejor que el alma sin orden. Pero el alma que posee orden es ordenada y, por su- 2

[49] Situó aquí Pistelli una laguna, aunque el sentido no es muy confuso.
[50] Lo añadió Kiessling, basándose en Platón.

puesto, el alma ordenada es sensata y, sin duda, el alma sensata es buena. En consecuencia, digo que el alma sensata es buena y que es mala aquella a la que le pasa lo contrario de la sensata; ésta es irracional y desenfrenada. Totalmente de acuerdo. Y, por lo demás, el sensato se supone que hará lo apropiado respecto a dioses y hombres, pues no obraría con sensatez si no hiciera lo apropiado.

3 También, al hacer lo conveniente respecto a los hombres, obraría justamente, y al hacerlo respecto a los dioses realizaría un acto de piedad. Y es necesario que, si actúa justa y piadosamente, sea justo y piadoso. También, necesariamente, será valiente, pues no es propio de un hombre sensato ni buscar ni rehuir lo que no conviene, sino rehuir y buscar lo que deba: asuntos, personas, placeres y aflicciones, y resistir donde sea preciso, aguantando. Por tanto, es muy necesario que el hombre sensato, como hemos expuesto, dado que es justo, valiente y piadoso, sea perfectamente un hombre bueno, que el hombre bueno haga bien y con elegancia lo que hace, que el que realiza el bien es afortunado y feliz y que el malvado y el que hace el mal es desdichado; éste sería el caso opuesto al hombre sensato, el desenfrenado.

4 Si esto es verdad, según parece, el que quiere ser feliz debe buscar y practicar la templanza, y cada uno de nosotros evitar el desenfreno a toda prisa, y prepararse sobre todo para no tener necesidad de castigo, y si lo necesitara, él personalmente o algún otro de sus allegados, un particular o la ciudad, hay que imponerle una pena y aplicarle un castigo, si quiere ser feliz. Ésta me parece que debe ser la meta, según la cual debe vivir fijando su mirada en ella y, centrando todos sus esfuerzos y los de la ciudad en ello, para que la justicia y la templanza asistan a quien desea ser dichoso; actuar en esa línea, sin permitir que existan deseos



desenfrenados con el intento de satisfacer estas iniquidades, esto es, una maldad interminable, cuando se lleva una vida propia de un bandido. En efecto, tal persona no sería grata a otro hombre ni a la divinidad, porque es incapaz de vivir en sociedad; si con tal persona no se puede mantener una relación, tampoco puede haber amistad. Dicen los sabios[51] que el cielo, la tierra, los dioses y los hombres mantienen entre sí relaciones de amistad, respeto, templanza y justicia, y a causa de esto lo denominan en su conjunto universo, no desorden ni desenfreno.

Pero el que no presta atención a estos hechos no se da cuenta de que la igualdad geométrica, en los dioses y en los hombres, tiene un gran poder; a causa de estas cosas cree que debe practicar la avaricia, pues se desentiende de la geometría. 5

Esto es todo sobre la vida feliz. A continuación viene el hecho de que se prefiere gustosamente morir, en caso de que se viva sin honor, a exponer al bochorno a hijos y descendientes y a deshonrar a los padres y a todo el linaje de los antepasados. Al que avergüenza a los suyos no le merece la pena la vida; a tal persona no le es ya afecto ningún hombre ni ningún dios ni en la tierra ni bajo tierra, después de muerto. Es necesario, en consecuencia, que todo hombre, si se ejercita en algo, que se ejercite en la virtud, sabedor de que sin esta práctica toda riqueza y ocupación es vergonzosa y vil, porque ni la riqueza aporta esplendor al que la ha adquirido sin hombría (pues tal persona crea riqueza para otro, pero no para sí), ni tampoco la belleza y fortaleza física, asociadas a un perverso y malvado, parecen adecuadas, sino inadecuadas y ponen más en evidencia al que las posee y pregonan 6

[51] Se supone que pitagóricos.

también su villanía; toda la ciencia sin justicia y sin el resto de la virtud se muestra como astucia, no como sabiduría.

7 Por lo cual, en primer lugar, ulteriormente y siempre, es necesario intentar tener constantemente un deseo general, de superar, en especial, a los antepasados en renombre; y si no, de igualar su prestigio. Además, en estos asuntos la victoria produce honor y la derrota, si se produce, bochorno. Especialmente se puede triunfar en este aspecto, si uno se dispone a no abusar de la reputación de sus antepasados, ni a dilapidarla, muy consciente de que, para quien se cree ser algo, no hay una cosa más vergonzosa que hacerse honrar no por sí mismo, sino por la fama de sus antepasados. Bello y precioso tesoro es que los hijos posean la fama de sus progenitores, pero que utilicen el tesoro de las riquezas y de los honores y no se lo entreguen a sus descendientes, por falta de sus propios recursos y de reputación, es una cosa bochornosa y vil. En efecto, es necesario comenzar por todos los bienes propios y por los que conducen a la notoriedad y a la felicidad, pues de siempre el dicho «Nada en exceso» parece que se enuncia con propiedad, ya que realmente está bien expresado. El hombre que se impone a sí mismo todo lo que tiende a la felicidad, o próximo a este objetivo, y no lo hace depender de otros hombres, junto a los que, por irles bien o mal sus asuntos, se vería obligado a estar en suspenso; además, está mucho mejor preparado para la vida, ése es sensato valiente e inteligente, y hará caso especialmente del proverbio, cuando se originen las riquezas y los niños, y cuando se pierdan. Ni se mostrará, en efecto, contento ni afligido en exceso porque confía en sí mismo. Estimamos que tales personas son buenas, porque no se irritan ni tienen temor en exceso, si es necesario morir de pronto o si tienen que sufrir alguna otra prueba humana.

8 Pues es necesario conservar con todo empeño esta opinión: que el hombre bueno, que es sensato y justo, es feliz y afortunado, ya sea grande y poderoso, ya sea pequeño y débil, ya sea rico o no. Y si, por supuesto, fuera más rico que Ciniras y Midas, y fuera injusto, es un desdichado y vive lamentablemente. «Y no podría recordar», dice el poeta[52], si es que lo expresa correctamente, «ni prestaría atención a un hombre» que no hiciera o adquiriera con justicia todo lo que se dice bello y, siendo de tal condición, «atacara a los enemigos, acosándolos de cerca», pero si es injusto, «que no tenga valor para presenciar la sangrienta matanza», ni venza en la carrera al «tracio bóreas», ni jamás consiga ninguno de los llamados bienes.

9 Además, lo que se denomina bienes por la mayoría no se expresa correctamente, pues se dice que «lo mejor es tener salud, lo segundo es la belleza y, en tercer lugar, la riqueza». Y se habla de otros bienes innumerables, porque, por un lado, está el ver y el oír con agudeza y, por otro, el tener en buenas condiciones todo lo que pertenece a los sentidos, incluso también, siendo un tirano, hacer lo que se quiera, y el colmo de toda felicidad, una vez que se ha conseguido todo esto, hacerse inmortal lo más rápidamente posible. Pero mi argumentación expresa lo siguiente, que todas estas adquisiciones son las mejores para los hombres justos y piadosos; en cambio, para los injustos todas ellas son muy perniciosas, comenzando por la salud. Efectivamente, la vista, el oído, la sensación y la vida en su conjunto son una calamidad muy grande durante todo el tiempo, cuando se es inmortal y se han adquirido todos los bienes mencionados, salvo la justicia y la virtud en su totalidad, y un mal insignificante, si tal individuo vive muy poco tiempo.

10 Pues yo digo claramente que «los llamados males son bienes para los hombres injustos, y desgracias para los jus-

[52] Se está refiriendo al poeta Tirteo.

tos, y los bienes son auténticos bienes para los buenos y desdichas para los malvados». Y el que vive injustamente y con soberbia necesariamente vive de un modo bochornoso, y si es así, también vive de un modo perverso, de tal modo que vive de una manera indecorosa y sin utilidad para sí. Pues afirmando que los dioses identifican la vida placentera y excelente diremos toda la verdad.

11 En consecuencia, si los bienes también se acomodan especialmente a una vida virtuosa, y entonces son realmente bienes, y la alegría acompaña únicamente a la filosofía, es necesario por todo ello que los que quieren verdaderamente ser felices elijan esta vida.

20 Por consiguiente, creo que no está aquí fuera de lugar la exhortación, por medio de máximas, que en cierto modo se aproxima a la indicación de cómo se debe vivir, y especialmente aclara que no están separadas las partes del discurso filosófico sino que todas están relacionadas entre sí.

2 Así, pues, de acuerdo con este método empezamos, en primer lugar, por lo más apreciado, esto es, la forma en que se debe practicar la piedad. Y ésta no tendría lugar, si no se asemejara el culto a la persona que es objeto de él, pero esa asimilación sólo la proporciona la filosofía. Mas es necesario prestar mucha atención a la veracidad, porque decir la verdad ante los dioses, por un lado, de acuerdo con la verdad divina y, ante los hombres, conforme a su verdad, figura entre nosotros a la cabeza de todos los bienes divinos y humanos. Por ser ésta la índole de la verdad, sólo surge a través de la filosofía, pues solamente los filósofos se consagran a la contemplación de la verdad.

3 Por tanto, conviene incluso conocer el alcance de cada una de las leyes, y el modo de usarlas, pero no es posible que esto lo sepan los que no conocen la virtud, a la cual referimos el alcance y uso de las leyes; y la práctica de la virtud se produce a través de la filosofía. De manera que también, respecto a ésa, la filosofía es guía.



4 Incluso también es preciso saber cómo hay que relacionarse con los hombres, pero esto no se podría precisar sin analizar en toda acción la razón de su conveniencia, y saber también el mérito y demérito de cada hombre y poder distinguir el carácter y naturaleza de cada uno, las facultades de su alma y las palabras congruentes con toda esta situación. Pero, por supuesto, sin filosofía ninguna de estas cosas surge, y, sin duda, por este motivo sería útil.

5 Y si la norma que regula el valor aconseja enfrentarse a los hombres violentos y dominar las fieras más peligrosas, y si es necesario que marchemos resueltamente contra los peligros y nos acostumbremos a hacerles frente, veamos frente a esto qué ciencia o poder nos capacita para ello. Según creo, ninguna otra puede ser, salvo la filosofía, pues ésta practica la resistencia y el desprecio a la muerte, y a lo largo de toda la vida se ocupa de la fortaleza y se ejercita noblemente ante las dificultades y desprecia totalmente los placeres. De ésta única se deben ocupar quienes quieran participar de todos los bienes divinos y humanos.

6 En efecto, para decirlo simplemente, cualquier cosa que se quiera llevar a cabo hasta un fin perfecto, ya se trate de sabiduría, valor, elocuencia y virtud —en su totalidad o parcialmente considerada—, se puede conseguir mediante las condiciones siguientes. En primer lugar, es necesario estar naturalmente dotado, y atribuirlo como un regalo del azar, y el hombre que posee esta condición se aficiona a lo bello y bueno, al esfuerzo y, desde muy pronto, al saber y pasa mucho tiempo en ello. Pero si falta una sola cosa de éstas, no es posible culminarla completamente, pero cuando se poseen todas ellas, surge esa cosa insuperable que es la práctica de un hombre tal.

7 Y si esto es correcto en las demás ciencias, ¿cuánto más lo es a propósito de la filosofía, la mayor conductora de todas las artes? Necesario es asumir noblemente todas las fatigas y consumir mucho tiempo en el estudio y poner un grandísimo esfuerzo en ello. Además de esto, por el hecho de que se quiere conseguir fama entre los hombres y aparecer tal cual se es, es necesario al punto, desde joven, iniciar el estudio y continuar practicándolo sin cesar y sin que varíen las circunstancias. En efecto, cada una de estas posibilidades se desarrolla a un tiempo, al punto comienza y, aumentando hasta el fin, logra una fama segura y gloria por el hecho de que infunde una confianza que ya no ofrece duda, y no interviene la envidia de los hombres, a causa de la cual no se ensalzan unos hechos ni se proclaman elogiosamente; de otros, en cambio, declaran su falsedad, censurándolos más allá de lo que es justo. En efecto, no es agradable para los hombres honrar a cualquier otro (pues consideran que se les priva de algo), pero cuando son dominados por la propia necesidad y son sometidos completamente en poco tiempo, se convierten, sin embargo, en elogiadores, incluso a su pesar. Pero al mismo tiempo también, no se plantean si un hombre así se muestra tal cual es, o anda en acechanzas y captura la fama por engaño, y embellece sus actos, engatusando a los hombres.

8 Pero la virtud, cuando se ejercita de la manera aquella que antes dije, inspira sobre sí misma confianza y prestigio; y los hombres que ya han sido capturados a la fuerza ni pueden ya ser envidiosos ni tampoco se creen engañados. E incluso el tiempo que se da en cada acto y acción es mucho, y se refuerza su ejercicio por una gran extensión de tiempo, mientras que un corto espacio de tiempo no facilita su conclusión. Y alguien que indagara en el arte del discurso y lo aprendiera, podría ser igual a su maestro en un corto espacio de tiempo, pero la virtud, que es resultado de muchas actuaciones, no puede ser llevada a término por alguien que ha empezado tarde y dispone de poco tiempo, sino que es necesario crecer y desarrollarse con ella, absteniéndose de palabras y conductas malas, por una parte, y, por otra, practicando y logrando determinados hechos con mucho tiempo y cuidado. Pero al mismo tiempo también, por una reputación efímera, se presenta el siguiente perjuicio: a los que, de repente y en un corto espacio de tiempo, se hacen ricos, sabios, buenos o valientes los hombres no los aceptan con agrado.



9 Por tanto, si lo que decimos es cierto, y no es posible que la ecuanimidad, la firmeza y constancia de un carácter surja por otra vía distinta a la de la filosofía únicamente, la consecuencia de ello es clara: si queremos ser buenos a la perfección y participar realmente de la fama y de la felicidad, no debemos hacer otra cosa que filosofar.

10 Por lo demás, esta recomendación conduce al mismo fin, a saber, cuando se aspira a alguna de esas cosas y se consigue hasta su culminación, ya sea la elocuencia, la sabiduría o el vigor físico, es necesario emplearse con vistas al bien y a la norma. Pero si el bien existente se utiliza para una finalidad injusta e ilegal, tal acción es la más perversa de todas y es mejor que falte a que esté presente. Y del mismo modo que el que posee alguna de estas cualidades se hace perfectamente bueno cuando las usa para una buena finalidad, así también, inversamente, el que las utiliza para una finalidad perversa se convierte totalmente en un malvado. Pero el que aspira a una valía total debe considerar en qué palabras u obras puede destacar más. Para la gran mayoría, puede sobresalir el que es útil. Si favorece a los amigos dando dinero, forzosamente será un malvado cuando, al contrario, les recoja dinero. Consecuentemente, no podría

reunir tal abundancia de dinero, que no le faltara mientras diera y regalara. A continuación, se añade a su vez esta segunda desgracia, después de reunir el dinero, si pasa de rico a pobre y de propietario a indigente. ¿Cómo, pues, sin repartir dinero, sino por algún otro medio, se puede ser bienhechor de la humanidad, y precisamente sin maldad, pero con virtud? Y, además, haciendo regalos, ¿cómo se puede ejercer una donación perpetua? Por consiguiente, esto será así, si se sirve a las leyes y a la justicia. Pues esto es lo que hace que coexistan y se mantengan unidas las ciudades y las personas.

11 Y, a su vez, también de este hecho acontece lo siguiente: si la filosofía concede auténticamente el recto uso de todas las cosas de la vida y la distribución de la mente que llamamos ley, ninguna otra cosa deben hacer los que quieren participar en una vida perfecta que filosofar con autenticidad.

12 Y es necesario, por supuesto, que todo hombre sea especialmente dueño de sí. Y puede serlo del mejor modo, si se sobrepone al dinero, ante el cual todos se corrompen, y, sin preocuparse de su vida, se dedica a la justicia y persigue la virtud, pues en estos dos puntos la mayoría se desenfrena. Y estas cosas pasan a causa de lo siguiente: son amantes de su alma, porque el alma es aquello por lo que viven. En consecuencia, la respetan y la desean por su amor a la vida y por la costumbre de desarrollarse juntos; y son amantes del dinero por aquello que los asusta. Pero ¿qué es eso? Las enfermedades, la vejez, los castigos repentinos, y no me refiero a los castigos que imponen las leyes (porque de éstos es posible precaverse y cuidarse), sino a unos determinados, como los incendios, la muerte de criados, de animales domésticos y, por otro lado, a otras desdichas, que acechan al cuerpo, al alma y a nuestro patrimonio. En consecuencia, es por todos estos motivos por los que todo hombre aspira a la



riqueza, para poder hacer uso del dinero con esa finalidad. También hay algunas otras razones, en no menor medida que las mencionadas anteriormente, que impulsan a las gentes al enriquecimiento, a saber, las rivalidades mutuas, las envidias, los poderes públicos, en los que se tiene muy en cuenta el dinero, porque contribuye a todos esos objetivos. Pero todo aquel varón que es realmente bueno no busca la fama con un orden extraño, de prestado, sino con su propia valía.

13 Por lo cual, ya que la filosofía logra, para el hombre bueno, que todo dependa de él mismo, y lo aparta de las pasiones y de la necesidad externa, puede ser la más útil de todas las posibilidades para una vida feliz.

14 Y sobre el amor por la vida se puede uno convencer del siguiente modo: si le ocurre a la persona en cuestión, salvo que muera a manos de otra persona, que no le afecte la vejez y sea inmortal por siempre, se le podrá excusar su respeto por la vida. Pero puesto que la vida de los hombres arrastra una vejez demasiado penosa y no conlleva la inmortalidad, y la ignorancia ya es grande, y además su familiaridad con palabras y deseos perversos, la conservan para su desprestigio, pero en su lugar no queda un rasgo de inmortalidad, sino un prestigio perenne y vivo en vez de su mortalidad.

15 Por consiguiente, si sólo la filosofía proporciona la preocupación y desprecio por la muerte, nos lleva a una vida inmortal y eterna, nos enseña razonamientos perennes y nos acostumbra a desearlos, no habría nada más útil que ella.

16 Por consiguiente, no es necesario ya lanzarse a la ambición, ni considerar que el poder que se da en la superioridad es una virtud, y que respetar las leyes es una cobardía. Pues ésta es una reflexión muy perversa, y de ella se

origina todo lo opuesto al bien, a saber, la maldad y el daño. Porque, si los hombres, por su condición natural, fueron incapaces de vivir individualmente, y se agruparon entre sí cediendo a la necesidad, y han descubierto toda una vida y los recursos técnicos para ella, y no fue posible coexistir entre sí y vivir sin leyes (pues un castigo mayor se les origina por aquel sistema de vida individual), por todas estas exigencias, pues, la ley y la justicia ejercen su dominio entre los hombres y de ningún modo se pueden cambiar en sí mismas, porque están fundamentadas por una sólida naturaleza.

17 Pero si existiera alguien que originariamente tuviera la siguiente condición natural: invulnerable de piel, libre de enfermedades, sin padecimientos, de una naturaleza extraordinaria, y robusto de cuerpo y alma; tal persona quizás creería que le bastaba la fuerza de su prepotencia (pues tal individuo, sin ceder a la ley, podría quedar impune), y ciertamente no tendría razón en lo que pensara. Si hubiera tal persona (lo que no sería posible) que se aliara con las leyes y con la justicia, fortaleciéndolas, y usara su fuerza para ese objetivo y para lo que a éste coadyuva, ese individuo en cuestión se salvaría de esa forma, pero de otra manera no podría sobrevivir. En efecto, parece que todos los hombres se constituirían en enemigos de una persona de tal índole a causa de su propio respeto por la ley, y la multitud, por su habilidad o poder, podría superar y dominar a tal hombre. Así también el poder en sí (el que es realmente poder) se evidencia a salvo por medio de la ley y a causa de la justicia. Independientemente de esto, el propio derecho debe ser preferido por sí mismo, y estamos dotados por naturaleza para ello. Y si ninguna ventaja externa tiene lugar, y si acontece algún quebranto humano, merece la pena obrar en justicia, por entender que esto es muy apreciado para todos.



Merece la pena también saber, referente a la legalidad e ilegalidad, en cuánto difieren entre sí, y que la [legalidad][53], por un lado, es lo mejor, tanto pública como privadamente y, por otro, la [ilegalidad] es lo peor, porque los daños repentinos se originan de la ilegalidad. Empecemos, pues, por mostrar en principio las ventajas que surgen de la legalidad. 18

De la legalidad nace una primera prueba de confianza que sirve de gran ayuda a todos los hombres, y este es uno de los grandes bienes, porque por ella la riqueza se hace común, y de este modo, aunque sea poca, es suficiente porque, con todo, circula; en cambio, sin la legalidad ni siquiera es suficiente aunque sea mucha la riqueza. 19

También las vicisitudes del azar que afectan al dinero y a la vida, buenas o malas, han sido determinadas para los hombres por la legalidad del modo más provechoso. En efecto, los afortunados disfrutan de una suerte segura y sin trampa, y los desdichados, en cambio, se ven auxiliados por los afortunados a causa de su comunicación y la confianza que la legalidad engendra. 20

A su vez, el tiempo, gracias a la legalidad, no lo malgastan los hombres en asuntos públicos, sino que lo emplean en las tareas de su vida cotidiana. 21

En la legalidad, los hombres se liberan de una preocupación muy desagradable y conviven con la más grata. Pues la preocupación por los asuntos públicos es muy ingrata y es muy agradable la que tiene que ver con el trabajo. 22

Por otra parte, los hombres que se disponen a dormir (lo que supone para ellos un descanso de sus males), se aprestan a ello sin temor y sin preocupaciones que los aflijan, y cuando se despiertan, experimentan otra cosa parecida y no 23

[53] Suprimido por Pistelli, como «ilegalidad» que viene más adelante, también entre corchetes.

se encuentran de repente asustados, y de esa manera, después de un cambio muy agradable, esperan en ese estado a que amanezca, pero las tareas de la vida las consideran ocupaciones placenteras libres de molestias, y las fatigas las minimizan merced a sus esperanzas bien fundadas en la confianza y en la espera de obtener bienes en compensación, cuya causa de todo ello es la legalidad.

24 Y lo que proporciona a los hombres los mayores males es la guerra, que lleva a la ruina y a la esclavitud, y esto afecta más a los ilegales y menos a los legales.

25 En la legalidad tienen su fundamento otros muchos bienes, que nacen de ella como auxiliares para la vida y respiro de las dificultades. En cambio, de la ilegalidad los males que surgen son los siguientes:

26 Los hombres, en principio, no encuentran tiempo para sus trabajos y se ocupan de lo más desagradable, de los asuntos políticos en lugar de sus tareas, y atesoran riqueza por desconfianza y por su aislamiento en lugar de relacionarse, y de este modo resulta escasa, aunque sea mucha.

27 La mala y la buena suerte provocan efectos contrarios, porque la buena fortuna no es segura en la ilegalidad, al contrario, está expuesta a acechanzas, y la desdicha no es rechazada pero se robustece por la desconfianza y el aislamiento.

28 De la misma causa proceden la guerra exterior y la discordia civil, y si antes no existen, entonces surgen. Y en los asuntos públicos resulta que se plantean siempre por los complots mutuos, ante los cuales se mantienen constantemente en guardia y responden mutuamente a las amenazas.

29 Los que están despiertos no tienen ocupaciones placenteras ni tampoco tienen un relajamiento agradable, cuando se van a dormir, sino temeroso; y el despertar infunde miedo y atemoriza al hombre con llevarlo a repentinos recuerdos



de males. Éstos y todos los demás males que anteriormente se han dicho provienen de la ilegalidad

También la tiranía, un mal de tanta importancia y consecuencias, se origina exclusivamente de la ilegalidad. Creen algunos hombres, sin tener razón en lo que opinan, que el tirano se establece por algún otro motivo, y que los hombres se ven privados de libertad, no porque lo merezcan, sino porque los obliga el tirano que se ha establecido; y no tienen razón los que piensan aquello. Porque todo el que considera que el soberano o el tirano surgen por cualquier motivo distinto de la ilegalidad y de la ambición, es un insensato, ya que cuando todos se inclinan a la maldad, se origina entonces eso, pues no es posible que los hombres vivan sin leyes y sin justicia. Por consiguiente, cuando la mayoría se queda sin estas dos cosas, la ley y la justicia, entonces pasa a depender de uno solo la tutela y cuidado de éstas. Pues ¿cómo podría recaer sin más la monarquía en una sola persona, si no fuera suprimida la ley que es útil a la mayoría? En efecto, es necesario que este hombre que anula la justicia y suprime la ley común y beneficiosa para todos, sea de una dureza extrema, si quiere arrebatar estos bienes a las masas, siendo uno solo entre muchos. No podría hacer esto, si fuera de la misma carne que el resto; pero si deja la oposición en un estado deficiente, podría ejercer de monarca. Por ello también esta circunstancia le pasa desapercibida a algunos hombres.

31 Consecuentemente, si la ilegalidad es la causa de tan grandes desgracias, y la legalidad es un bien tan importante; no de otro modo es posible conseguir la felicidad, salvo que se proponga la ley como guía de nuestra vida privada. Y éste es un recto razonamiento, que nos ordena lo que se debe hacer y nos prohíbe lo que se debe evitar, en todo el universo, en las ciudades, en los hogares privados, y en el ámbito particular de cada uno.

32 Por tanto, si tal razonamiento en cuestión sobre los bienes, los males, lo bello y lo vergonzoso no es posible aprenderlo de otro modo y, una vez que se ha conocido, culminarlo, a no ser que se filosofe perfectamente, hay que practicar la filosofía por esta razón, más que todas las actividades humanas.

21 Consideramos como último recurso a la exhortación el que deriva de los símbolos: en un caso es propio de la secta y está vedado a las demás escuelas; en otro, es popular y común con aquéllas y, junto a estos recursos, un tercero que está en medio de ambos, y en absoluto es popular ni abiertamente pitagórico, pero tampoco se aparta totalmente de los otros dos.

2 Pues una vez que hemos expuesto los símbolos llamados pitagóricos[54], cuantos nos parecen dignos de recuerdo y presentan el género exhortativo, hemos resuelto hacer la exégesis adecuada a una recomendación, pensando por tal medio proporcionar a los lectores una completa y perfectísima exhortación a la filosofía, en mayor medida que si hubiéramos utilizado muchas líneas para redactar nuestra exhortación. Por lo cual, en consecuencia, a tal procedimiento aportamos algunas soluciones exotéricas[55] y comunes a toda filosofía, y en este mismo sentido hay que considerar que se apartan de la intención pitagórica, y también, por otra parte, le asociamos las valiosísimas opiniones de tales hombres sobre cada tema, en tanto en que, a su vez, debe ser considerada como doctrina propia de los pitagóricos pero ajena a los demás filósofos. Pero, según parece, inadvertidamente

[54] Algunos de estos símbolos (así como otros dichos atribuidos a Pitágoras) se traducen y comentan por L. M. Pino Campos en «Graecorum Philosophorum Aurea Dicta. *Selección de Apotegmas III» Fortunatae* 7 (1995), Universidad de La Laguna, pág. 659.

[55] Distintas de las «esotéricas», propias de la secta pitagórica.



este procedimiento nos desviará de los conceptos exotéricos, pero nos introducirá y asimilará en especial a las recomendaciones propuestas y reglamentadas en esta secta, como una especie de puente y escala de abajo arriba, subiendo en gran medida desde lo profundo a lo alto y elevando el pensamiento de cada uno de los que proceden dignamente.

3 Pues en ese sentido fue configurado, en imitación y adaptación de lo que ya se ha dicho. En efecto, los más antiguos de la escuela, contemporáneos y discípulos de Pitágoras, no emplearon una dicción e interpretación común, popular, habitual para todos los demás, de un modo comprensible y asequible para aquellos que se limitaban a escucharlos y para los que los leían a la ligera, intentando que sus palabras resultaran fáciles de seguir; pero trataron los misterios y los métodos secretos ante los no iniciados de acuerdo con el silencio que les impuso, como una ley, Pitágoras, y por medio de símbolos ocultaban las conversaciones y escritos que entre sí mantenían.

4 Y si no se seleccionaran los símbolos, se desplegaran y se les aplicara una exégesis rigurosa, parecerían, a los que leyeran su contenido, ridículos y propios de viejas, llenos de palabrería y verborrea. Así, pues, para que las palabras queden al descubierto y resulte evidente su utilidad para la exhortación, aportaremos las soluciones, tanto para los de fuera como para los de la secta, de cada uno de los símbolos, sin dejar de explicar los que eran secretos y los que no se podían revelar a los no iniciados. He aquí, pues, los símbolos que se van a explicar:

1. Cuando vayas a un templo a orar, no digas ni hagas entremedias nada profano.
2. Como algo accesorio a un viaje, no se debe entrar a un templo ni en absoluto rezar, ni siquiera aunque te encuentres en las mismas puertas.

3. Sacrifica y ora descalzo.
4. Evita los caminos muy transitados y camina por senderos.
5. Abstente del melanuro[56], porque pertenece a los dioses ctónicos.
6. Contén tu lengua ante los demás y obedece a los dioses.
7. Reverencia el eco de los vientos que soplan.
8. No atices el fuego con la espada.
9. Aparta de ti toda vinagrera.
10. Ayuda al hombre que se echa encima una carga, pero no a dejarla en el suelo, si la descarga.
11. Para calzarte, adelanta el pie derecho, y, para lavarte los pies, el izquierdo.
12. Sobre temas pitagóricos no hables sin luz.
13. No pases por encima de un yugo.
14. Cuando te ausentes de casa, no te vuelvas, pues las Erinias te persiguen.
15. No orines cara al sol.
16. No frotes un asiento con una antorcha.
17. Cría un gallo pero no lo sacrifiques, porque está consagrado a la Luna y al Sol.
18. No te sientes en un quénice[57].
19. No críes nada que tenga garras.
20. No cortes leña en un camino.
21. No acojas en tu casa una golondrina.

[56] Pez de mar, especie de boga, que menciona ARISTÓTELES, *Investigación sobre los animales* VIII 2, 599a15. Más adelante (§ 13) explica Jámblico, en detalle, este símbolo y promete dar más información en su tratado, desaparecido, *Sobre los símbolos*.

[57] Medida de capacidad para cereales de algo más de un litro. Constituía la ración diaria de un hombre (HERÓDOTO, I 192; JENOFONTE, *Anáb.* I 5, 6, etc.)



22. No lleves un anillo.
23. No grabes la imagen de un dios en un anillo.
24. No te mires en espejo junto a una lámpara.
25. No pongas en duda ninguna maravilla sobre los dioses ni sobre las creencias divinas.
26. No te entregues a una risa irresistible.
27. No te cortes las uñas en un sacrificio.
28. No des sin más tu mano derecha a cualquiera.
29. Cuando salgas del lecho, enrolla los cobertores y elimina la huella de tu cuerpo.
30. No te roas el corazón.
31. No te comas el cerebro.
32. Escupe sobre tus cabellos y uñas cortados.
33. No cojas un salmonete.
34. Borra de la ceniza la huella de la olla.
35. No te acerques a una mujer rica, para tener hijos.
36. Prefiere la «figura (geométrica) y su base» a la «figura y a la moneda de tres óbolos».
37. Abstente de las habas.
38. Planta malvas, pero no te las comas.
39. Abstente de los seres vivos.

Todas estas son, en general, recomendaciones para toda virtud, pero individualmente cada una es para cada virtud; corresponden alternativamente a las diferentes partes de la filosofía y de la ciencia, así, por ejemplo, en un principio, las primeras exhortan a la piedad y a la sabiduría divina. 5

En efecto, el dirigirse a un templo a orar, y no decir ni hacer, entremedias, nada mundano guarda la esencia divina que es en sí pura y sin mancha. La pureza se habitúa a relacionarse con la pureza y logra que nada humano se derive hacia el culto divino, porque todo es ajeno y contrario a éste. El mismo planteamiento contribuye grandemente a la cien- 6

cia, pues nada se debe aportar a la ciencia divina de una característica tal como es el pensamiento humano, o que esté sujeto a una preocupación mundana. En consecuencia, ninguna otra cosa se recomienda, en estos casos, salvo que las palabras sagradas y los ritos divinos no se mezclen con los inestables comportamientos humanos.

7 En este símbolo se está de acuerdo con lo siguiente: que «no se debe entrar de paso a un templo ni, de ningún modo, se debe rezar, aunque se encuentre uno en las mismas puertas». En efecto, si lo afín es devoto y partidario de aquello de su misma naturaleza, evidentemente también, al poseer los dioses, en el universo, la esencia más primigenia, es necesario que le dediquemos un culto preferente. Pero si se hiciera por algún otro motivo, se establecerá en un segundo lugar la preeminencia de todo y se trastocará el orden entero de todo el culto y el conocimiento. Incluso no se debe situar los bienes apreciados en un rango inferior a los beneficios humanos, ni tampoco poner al final, y como accesorio, nuestras actividades y pensamientos mejores.

8 La misma exhortación también puede derivarse del siguiente planteamiento. En efecto, la expresión «sacrifica y ora descalzo» muestra una sola cosa, que se debe rendir culto a los dioses y lograr su conocimiento ordenada y comedidamente, sin sobrepasar el orden terrestre, y otra cosa, que se debe practicar el culto y conocimiento de los dioses sin trabas y libre. Y no recomienda el símbolo que esto se lleve a cabo por el cuerpo sólo, sino también por las potencias del alma, para que no sean dominadas por las pasiones ni por la debilidad del cuerpo ni por la generación de nuestro entorno exterior, y lo tengan todo libre y dispuesto para la participación en la convivencia con los dioses.

9 También el siguiente símbolo, semejante a estos, induce a la misma virtud: «no pongas en duda ninguna maravilla



sobre los dioses ni sobre las creencias divinas». En efecto, esta creencia es suficientemente respetuosa y evidencia la preeminencia de los dioses, nos proporciona el sustento y nos recuerda que no es necesario dar testimonio también del poder divino a partir de la comparación con nosotros mismos, pero puesto que somos corpóreos, mortales, perecederos, temporales, sujetos a una multitud de enfermedades, a una condición mediocre, al agobio del movimiento que se dirige hacia el centro, a la somnolencia, a la escasez, a la exageración, a la apatía, a la debilidad, al desánimo y a otras deficiencias, es natural que algunas cosas nos sean inalcanzables e imposibles.

Sin embargo, de este modo tenemos muchas ventajas de 10 la naturaleza, mas con todo quedamos enteramente por debajo de los dioses, y no poseemos, respecto a ellos, ni el mismo poder ni una virtud semejante a la suya. Por consiguiente, este hecho nos plantea el conocimiento de los dioses de un modo especial, a saber, que lo pueden todo. Por esto, pues, nos recomienda que ninguna desconfianza tengamos sobre los dioses. Pero añade «ni sobre las creencias divinas», es decir, de las enseñanzas de filosofía pitagórica, porque éstas, fortalecidas por las ciencias y la investigación científica, son las únicas verdaderas e infalibles, al estar sustentadas por toda clase de demostraciones firmes. Pero en sí éstas pueden también inducirnos a la ciencia sobre los dioses, pues nos recomiendan adquirir tal ciencia, gracias a la cual no desconfiaremos de nada que afecte a los dioses y a las creencias divinas.

Ellas mismas pueden exhortar también a transitar a tra- 11 vés de las ciencias, porque solamente éstas generan la visión e iluminan a todos aquellos que va a examinarlas y contemplarlas. En efecto, por la participación en la ciencia se establece un solo hecho ante todo: no desconfiar de la naturale-

za de los dioses, ni de su esencia, ni de su poder, ni tampoco de las creencias pitagóricas, que parecen relatos fantásticos para los profanos y los no iniciados en la ciencia. De manera que el «no desconfíes» es igual que «busca y adquiere aquello por lo que no desconfiarás», esto es, la ciencia y las demostraciones científicas.

12 Creo que también propende a lo mismo lo que se contiene en estas palabras: «Evita los caminos muy transitados y camina por senderos». En efecto, también esto nos aconseja renunciar a una vida ordinaria y propia de hombres y nos pide que busquemos una apartada y divina, y afirma que es necesario menospreciar los tópicos, tener en mucha estima las opiniones privadas y secretas, desdeñar el goce que lleva a los humanos, considerar en mucho la prosperidad ligada a la voluntad divina, y rechazar las conductas humanas, por considerarlas vulgares y cambiarlas por el culto a los dioses que está por encima de una vida vulgar.

13 También está emparentado con este símbolo el siguiente: «Abstente del melanuro, porque pertenece a los dioses ctónicos». Otras consideraciones aduciremos sobre él en el tratado *Sobre los símbolos,* pero todo lo que tiene que ver con la exhortación aconseja adherirse al viaje celestial y unirse a los dioses intelectuales; separarse de la naturaleza material y encaminarse a una vida inmaterial y pura, y practicar el culto a los dioses, el mejor y el adecuado, especialmente para los dioses supremos.

14 Estos símbolos, pues, procuran la incitación al conocimiento y culto de los dioses; los siguientes, a la sabiduría.

15 «Contén tu lengua ante los demás y obedece a los dioses». En efecto, ésta es la primera tarea de la prudencia, dirigir la palabra hacia sí misma y habituarla a que no salga fuera y a que encuentre la culminación en sí misma y en la conversión hacia su propia esencia y, a continuación, a seguir en el ámbito de los dioses. Pues ninguna otra cosa perfecciona tanto la mente como la conversión hacia sí misma y la compañía de los dioses.



16 La expresión «reverencia el eco de los vientos que soplan» es igualmente un indicio de la prudencia divina, pues significa en el fondo que se debe amar la similitud con las esencias y potencias divinas, y cuando éstas se encuentran en actividad, que se debe honrar y respetar con gran afán la palabra en consonancia con los actos.

17 «No atices el fuego con la espada» es una llamada a la prudencia, porque nos desvela el concepto adecuado a un hombre, lleno de fuego y de cólera, que no debe hacer frente ni contender con una palabra afilada. En efecto, muchas veces moverás con tu palabra al ignorante, lo alterarás y experimentarás cosas terribles y desagradables. Heráclito es el testimonio de lo que se ha dicho. En efecto, dice: «Es difícil luchar contra la cólera, pues todo lo que desea que tenga lugar lo compra a costa del alma». Y con razón lo dijo, porque muchos, por ceder a su cólera, entregaron a cambio su alma y consideraron más apetecible la muerte. Pero por el dominio de la lengua y por la apacibilidad se origina la amistad a partir de la disputa, una vez que se ha extinguido el fuego de la cólera, y tú mismo no parecerás un insensato.

18 Avala también esto el siguiente símbolo: «Aparta de ti la vinagrera». Pues aquél, a quien se le dirija será descubierto. Y esto es un consejo para servirse de la inteligencia, no del corazón, porque la exaltación del alma, que llamamos ardor, se ve privada de raciocinio y reflexión, ya que el ánimo hierve, como un caldero cuando se calienta al fuego, sin pensar [58] en nada de lo que antes sucedió. En consecuencia,

[58] Significado oscuro.

es necesario situar el alma en calma, desviándola [el alma][59] de la cólera, corrigiéndose uno con frecuencia. Tal como un bronce que vibra y resuena se detiene con el tacto, también, consecuentemente, esta pasión debe reprimirse con el razonamiento.

19 El símbolo «ayudar a echarse una carga, pero no a depositarla en el suelo» exhorta al valor. En efecto, todo el que levanta una carga da un ejemplo de esfuerzo y actividad, y el que la deposita, de descanso y sosiego, de tal modo que también el símbolo tiene la siguiente consecuencia: no te hagas, ni por ti mismo ni por otro, partidario de la molicie y de un método de vida blando, porque toda empresa se consigue con esfuerzo. Los pitagóricos proclamaron que este símbolo de Heracles era suyo, sancionado por las hazañas de aquél como si se tratara de un sello. En efecto, cuando vivía entre los hombres, muchas veces regresaba del fuego y de todos los peligros echando en cara la indolencia, pues de la acción y del esfuerzo surge el éxito, pero no de la pereza.

20 La recomendación «Para calzarte, adelanta el pie derecho y, para lavarte los pies, el izquierdo» propende a una reflexión práctica, porque [el símbolo][60] aconseja arropar las acciones diligentes como diestras y desechar totalmente las indolentes como zurdas y lavarlas.

21 El símbolo «Sobre temas pitagóricos no hables sin luz», en especial es una recomendación a la inteligencia sensata. En efecto ésta se asemeja a la luz del alma y, siendo ilimitada, le pone límites y la conduce, por así decir, de las tinieblas a la luz. En consecuencia, en todas las cosas bellas de la vida conviene tener a la mente como guía preeminente,

[59] Suprimido por Pistelli.
[60] Suprimido por Pistelli.



sobre todo en las doctrinas pitagóricas, porque sin luz no es posible conocerlas.

22 El no pasar por encima de un yugo aconseja obrar con justicia, preferir la igualdad y la moderación de un modo admirable y conocer la justicia como la más perfecta virtud, con la cual las demás son complementos y sin ella ninguna utilidad hay de las demás; y es necesario conocerla no de pasada, sino a través de especulaciones teóricas y de una demostración científica. Pero conocer esto no es labor de algún otro arte o ciencia, sino exclusivamente de la filosofía de Pitágoras, que prefiere esencialmente la ciencia matemática a lo demás.

23 A lo mismo lleva también la recomendación de que «Cuando te ausentes de casa, no te vuelvas, pues las Erinias te persiguen». En efecto, esto también exhorta a la filosofía y a la libertad de pensamiento. El símbolo demuestra y proclama claramente: cuando te consagres a la filosofía, sepárate de todo lo corpóreo y sensible, y ejercítate realmente en la muerte, caminando, sin volverte atrás, a través de la adecuada ciencia matemática, hacia lo inteligible e inmaterial, que se mantiene siempre en el mismo tono y de la misma manera. Pues la salida se produce por cambio de un lugar, y la muerte es la separación del alma del cuerpo.

24 Y esta separación es la filosofía auténtica y el uso de una mente pura, sin actividades sensibles y corpóreas, para la captación de la verdad en los seres, que se ha reconocido que es la sabiduría. Por tanto, cuando te dediques a la filosofía, no te desvíes, ni te dejes llevar a las anteriores tendencias corpóreas que se desarrollaron en tu vida. En efecto, te acompañará un gran arrepentimiento por ello, al verte impedido el acceso a la sana comprensión por la oscuridad del elemento corporal. Al arrepentimiento lo denominó Erinia.

25 «No orines cara al sol» plantea la siguiente exhortación: no intentes hacer nada de naturaleza animal, y filosofa mi-

rando al cielo y al sol; la luz de la verdad te guíe y acuérdate de no ser jamás pusilánime en filosofía; asciende a los dioses y a la sabiduría a través del examen de los fenómenos celestes y, consagrándote a la filosofía, purifícate a ti mismo por la luz de la verdad que en ella hay, y, aplicándote a una práctica de esa naturaleza, a la teología, a la fisiología, al conocimiento de los cuerpos esféricos y al origen de todo ello, no hagas ya algo de índole animal o bestial.

26 Lo mismo recomienda también el «No frotes un asiento con una antorcha». En efecto, no sólo porque la antorcha es purificadora, por participar en un fuego muy vivo y abundante, como lo que se denomina azufre, aconseja no mancharla, siendo así que por su naturaleza expulsa las manchas, ni tampoco oponerse a su función natural, al contaminar lo que en ella es contrario a la polución, pero más aconseja no mezclar ni asociar lo que es propio de la sabiduría con lo de índole animal. En efecto, una antorcha la ha comparado, a causa de su resplandor, con la filosofía y, en cambio, un asiento, a causa de su posición sobre el suelo, con la animalidad.

27 «Cría un gallo pero no lo sacrifiques, porque está consagrado a la luna y al sol» nos aconseja mantener, vivificar y no dejar que se pierdan y desaparezcan los grandes signos de la unidad, de la reciprocidad, de la simpatía y de la armonía del cosmos. De modo que nos exhorta a consagrarnos a la contemplación del universo y de la filosofía. Pues, dado que la verdad sobre el universo está oculta por naturaleza, es también bastante difícil de captar. Mas, sin embargo, debe buscarla el hombre y seguir sus huellas, especialmente a través de la filosofía, porque, de esa manera, es imposible conseguirlo por algún otro sistema. Pero la filosofía toma como unos pequeños destellos de la naturaleza y, como si hiciera provisión de ellos, los enciende, los agranda y consigue hacerlos más efectivos a causa de la ciencia matemática que posee. ⟨Así, pues,⟩[61] sería necesario filosofar.



28 La recomendación «No te sientes en un quénice» se podría demostrar partiendo de los mismos presupuestos que anteriormente se emplearon por los pitagóricos. En efecto, puesto que el alimento es computable por la corporalidad, la animalidad y no por un quénice, no te quedes tranquilo, ni permanezcas sin iniciarte en la filosofía, sino que entregándote a ella, cuida más bien de lo que hay más divino en ti, esto es, el alma, y mucho más todavía de la mente que en ella hay, cuyo alimento no se mide con un quénice, sino con la especulación y con la ciencia.

29 «No críes nada que tenga garras» es un consejo muy pitagórico: sé comunicativo, participativo y procura que los demás sean de esa forma, acostumbrándolos a que den y reciban algo sin engaño y sin envidia, y que, en cambio, no lo acaparen todo con avaricia y no den nada. Además, la constitución natural de las rapaces está creada para coger con mucha rapidez y facilidad, pero no para soltar o entregar nada a causa de la forma de sus garras corvas, forma que también poseen por su estructura natural los tenedores para agarrar con mucha rapidez y soltar con dificultad, si no se les gira dándoles la vuelta. La naturaleza nos adaptó las manos, para que por medio de ellas diéramos y recibiéramos, según una norma de relación social, añadiéndoles unos dedos rectos sin más y no corvos, sin necesidad de imitar en esto a las rapaces que han sido formadas de otro modo por el creador, sino más bien para comunicarse y relacionarse mutuamente. Somos exhortados a ello por los mismos que les pusieron los nombres, esto es, los que denominaron la

[61] Añadido por Kiessling.

mano derecha[62] como la más noble no sólo por el hecho de recibir, sino también por ser receptora en una entrega. Es preciso, pues, practicar la justicia y, por este motivo, filosofar, porque la justicia es un cambio y un don recíproco, que, por compensación, equilibra tanto el exceso como el defecto.

30 «No cortes leña en un camino» muestra que la verdad es una cosa única, y la mentira multiforme. Se evidencia por el hecho de que cada entidad se expresa de una sola manera, si se dice correctamente, mientras que lo que no es de esa condición se expresa de modos infinitos. Ciertamente, la filosofía parece ser un camino. En efecto, significa: toma esa filosofía y el camino que lleva a la sabiduría, en el cual no cortarás ni mantendrás tesis contradictorias, sino sólidas y que se afirman por sí mismas merced a una demostración científica a través de la ciencia matemática y de la especulación, esto es, filosofa al modo pitagórico. Pero también el símbolo puede —puesto que la filosofía que transita por lo corporal y lo sensible, de la que hacen un uso excesivo los modernos[63], considerando que constituyen un cuerpo Dios, las cualidades, el alma, las virtudes y todos los principios soberanos de la realidad, resbala fácilmente y no ofrece dificultades derribarla—, como demuestran las argumentaciones muy variadas de los que creen aportar algo al respecto.

31 En cambio, la filosofía que hace su recorrido por las realidades incorpóreas, inteligibles, inmateriales y eternas, que se mantienen siempre idénticas y sin cambio sin aceptar jamás, por lo que a ellas respecta, la destrucción o el cambio, es semejante a aquello en que se fundamenta, infalible y estable, y artífice de una demostración sólida y firme —y, en consecuencia, nos da como consejo la recomendación de que, cuando filosofemos y vayamos por un camino señalado, evitemos el contacto y la admisión de lo corpóreo y multiforme, y nos emparentemos con la esencia de lo incorpóreo, que se mantiene siempre de acuerdo consigo mismo a causa de la verdad y de la infalibilidad inherente en él por naturaleza.

[62] Hay aquí un juego de palabras en el texto griego, difícil de reflejar en la traducción, entre «derecha» *(dexía),* «recibir» *(déchesthai)* y «receptora» *(dektḗn)*

[63] Se refiere, probablemente, a los estoicos. *Vid.* la ya citada edición y traducción del *Protréptico,* de E. des Places, Les Belles Lettres, París, 1989, pág. 144.



«No acojas en tu casa una golondrina» nos aconseja lo 32 siguiente: no admitas en tus enseñanzas a un adepto y amigo indolente, que no se esfuerce continuamente, inestable, porque éstas precisan una atención y constancia continua y muy tensa a causa del cambio y complejidad de las diversos conceptos que en ellas se implican. Utiliza la golondrina como imagen de indolencia y pasatiempo, porque ella vive con nosotros una parte del año y, por un corto período de tiempo, permanece entre nosotros como un huésped, pero la mayor parte está lejos y la perdemos de vista.

«No lleves un anillo», en consonancia con el punto de 33 vista pitagórico, lo aplicamos a la siguiente exhortación: puesto que el anillo aprieta a los que lo llevan como una atadura, no pudiendo, propiamente, ahogar ni causar daño sino, en cierto modo, adaptarse y formar parte de nosotros de un modo natural, y el cuerpo es para el alma una especie de atadura, consecuentemente, el «No lleves un anillo» significa, filosofa realmente y separa el alma de la atadura que la aprieta, porque la filosofía es el ejercicio de la muerte y la separación del alma del cuerpo. Naturalmente, dedícate con gran empeño a la filosofía pitagórica, que se aparta a sí misma, por medio del intelecto, de todo lo corpóreo y se ocupa de los inteligibles y de lo inmaterial por su especulación científica matemática, pero también elimina tus propios erro-

res, los obstáculos e impedimentos de la carne que imposibilitan filosofar, e igualmente los alimentos en abundancia y los excesos intempestivos, que se apoderan del cuerpo, como si de un lazo se tratara, y originan cuidados a sus dolencias y atenciones constantes.

34 La prohibición «No grabes la imagen de un dios en un anillo», de acuerdo con la idea ya expresada, requiere la siguiente recomendación: filosofa y ante todo considera que los dioses son incorpóreos. Pues ésta es la raíz fundamental de la doctrina pitagórica, de la que depende casi todo y por la que se refuerza hasta el fin. Pero no creas que los dioses se sirven de cualquier forma corporal, ni que se vinculan a una sustancia material y a un cuerpo material por una especie de atadura, como los demás seres vivos. Los anillos grabados manifiestan la atadura por medio del propio anillo, la corporeidad, la especie sensible y, por así decir, la imagen de un animal particular por medio de la representación grabada, de la que es necesario especialmente separar el genero divino por entender que es eterno, inteligible y que siempre se mantiene en su misma esencia y de la misma manera, como se ha expuesto particular y profusamente en mi tratado *Sobre Dios*[64].

35 «No te mires en un espejo junto a una lámpara» es una recomendación de lo más pitagórico: filosofa sin recurrir a fantasías sensibles, que aportan cierta luz sobre los conceptos, como una lámpara en apariencia, sin embargo, pero ni es natural ni real; más bien aplícate a los planteamientos científicos del ámbito inteligible, de los que se desprende al ojo del alma una claridad deslumbradora e infalible, ***[65]

[64] Parece que deba leerse *Sobre los dioses*, según A. D. NOCK, *Sallustius*, 1926, pág. XCVI, n. 1.

[65] Advirtió aquí Pistelli una laguna.



proviene de todas las reflexiones, de los inteligibles y de su contemplación, pero no de lo corpóreo y sensible, porque en un flujo y cambio continuo se ha mostrado muchas veces esto, que de ningún modo es estable ni se mantiene en sí mismo, dado que soporta una concepción y un conocimiento seguro y científico como aquellas realidades.

«No pongas en duda ninguna maravilla sobre los dioses 36 ni sobre las creencias divinas» exhorta a buscar y adquirir aquellas ciencias, gracias a las cuales ya no dudarás de los dioses ni de las creencias divinas, al poseer la ciencia matemática y las demostraciones científicas.

«No te entregues a una risa irresistible» significa domi- 37 nar las pasiones por medio de un razonamiento filosófico y contener el elemento inconstante e inestable de las pasiones humanas. Acuérdate de una argumentación correcta, y no te envanezcas por los éxitos ni te dejes abatir por los fracasos sin tener en cuenta, en ninguno de los casos, el concepto del cambio. La risa la denominó Pitágoras representante de todas las pasiones, porque es la única que en especial se manifiesta ostensiblemente, como si fuera una floración y una ligera inflamación del organismo hasta el rostro. Y quizás [lo aconseja][66], puesto que ésta es, frente a los demás seres vivos, propia del hombre (algunos, en efecto, lo definen como un ser propenso a la risa), significa el precepto: no te quedes obstinado e invariablemente en tu condición de hombre sino que, en la medida de lo posible, consigue filosofando la imitación de Dios, sustrayéndote a esa particularidad humana y prefiriendo la racionalidad a la risa, como distinción y diferenciación de los demás seres vivos.

«No te cortes las uñas en un sacrificio» es una exhorta- 38 ción a la amistad. En efecto, entre los parientes y allegados,

[66] Lo suprimió Escalígero.

los más próximos a nosotros en parentesco, por razón de sangre, son los hermanos, los hijos y los padres, porque son como miembros nuestros que, si se nos quitan, nos causan un dolor y una mutilación nada corriente, como pasaría con los dedos, manos, oídos, nariz y el resto. Pero los parientes más lejanos, como primos segundos, tíos paternos o parecidos, se asemejan a los miembros de cualquiera de nosotros que, si se cortan, no originan dolor alguno, como ocurre con pelo, uñas y otros parecidos. Por consiguiente, Pitágoras, queriendo significar que aquellos parientes se descuidan en el decurso del tiempo, a causa de la distancia, utilizó las uñas y dijo: no abandones enteramente a éstos, pero en los sacrificios al menos, aunque hayan sido olvidados en el resto del tiempo, atráetelos y reanuda tu relación de parentesco.

39 «No des sin más tu mano derecha a cualquiera», significa no extiendas sin más tu mano derecha, esto es, no la levantes ni intentes alzarla ofreciéndosela a profanos y no iniciados; pero tampoco incluso a través de lecciones y preceptos, que se otorgan con dificultad a los que se ha probado durante mucho tiempo para hacerse merecedores de participar en la continencia, en el silencio por cinco años y en otras pruebas.

40 «Cuando salgas del lecho, enrolla los cobertores y elimina la huella de tu cuerpo», aconseja lo siguiente: cuando te propongas filosofar, familiarízate desde ese momento con lo inteligible y lo incorpóreo. Así, pues, cuando te levantes de la inconsciencia del sueño y de las tinieblas de la noche, no te lleves contigo nada material a la luminosidad de la filosofía, sino limpia todas las huellas de aquel sueño de tu memoria y hazlas desaparecer.

41 «No te roas el corazón» muestra que no es necesario desgarrar la unidad y la armonía del Todo, incluso todavía más, no seas malicioso, sino humano y participativo. Y a partir de ahí aconseja filosofar, pues ésta es la única entre las ciencias y las artes que no se aflige por la felicidad ajena ni se alegra por la desgracia del vecino, porque demuestra que todos los hombres sin excepción son parientes y allegados por naturaleza, con los mismos padecimientos, sometidos a un destino común y con un futuro imprevisible. Por ello ordena que sean compasivos y afectuosos entre sí, llevando en verdad un sistema de vida sociable y racional.



42 Se parece también a esta recomendación la de «No te comas el cerebro», pues también éste es en sí un elemento rector; es el órgano del pensamiento. En efecto, en sentido figurado significa que no hay que burlarse ni satirizar los asuntos y opiniones que se han deliberado bien; y lo que se ha deliberado bien, que se ha examinado a través del espíritu y del elemento rector en el propio pensamiento, en parecidos términos constituye una cuestión científica; porque no se contempla tal objeto a través de los órganos del aspecto irracional del alma, esto es, del corazón y del hígado, sino a través de un razonamiento puro. Por ello es un desatino enfrentarse a él. El símbolo ordena más bien respetar la fuente de la inteligencia y el órgano más próximo al pensamiento, gracias al cual conseguimos la contemplación, la ciencia y sobre todo la sabiduría, y filosofamos realmente, sin revolver ni borrar las huellas que marca.

43 «Escupe sobre tus cabellos y uñas cortados» significa lo siguiente: despreciable es lo que te es connatural y, en cierto modo, sin alma, como también es muy apreciado lo que está dotado de alma. De este modo, igualmente, cuando te dediques a filosofar, prefiere las particularidades del alma y de la mente que se demuestran, sin aspectos sensibles, a través de la ciencia contemplativa, pero desdeña y escupe sobre las elucubraciones sin luz intelectual que se valen, sencillamen-

te, de sensaciones connaturales, que no valen para acompañar a la eternidad de la mente.

44 «No cojas un salmonete» parece manifestarse simbólicamente de acuerdo con la escueta etimología de la palabra. En efecto, no aceptes a un individuo que no se sonroje y sea un desvergonzado, o, por el contrario, timorato y que, en cualquier momento, se sonroje excesivamente y se rebaje por su falta de espíritu y por su débil pensamiento. Por este motivo significa, no seas de tal condición.

45 El símbolo «Borra de la ceniza la huella de la olla» significa que el que se propone filosofar debe olvidarse de la confusión y el embotamiento propios de demostraciones fundamentadas en lo corpóreo y sensible, y emplear más bien demostraciones pertenecientes al ámbito inteligible. Y la ceniza se toma en lugar del polvo de las tablillas, sobre las que se realizan las demostraciones.

46 «No te acerques a una mujer rica para tener hijos» significa: no te relaciones con una mujer, sino con una secta y con la filosofía, donde lo corpóreo es amplio y lleva a la gravedad, porque de todo lo que hay sobre la tierra el oro es lo más pesado y mantiene una tendencia al centro, lo que es propio de una masa corpórea. Pero acercarse no es sólo unirse, sino también aproximarse y mantenerse cerca.

47 El símbolo «Prefiere la figura (geométrica) y su base a la figura y a la moneda de tres óbolos» recomienda lo siguiente: filosofa y conságrate a fondo a la ciencia matemática y, a través de ella, como por una escalera, encamínate a tu objetivo, pero rechaza lo que aprecia y estima la mayoría, y prefiere la filosofía itálica, que contempla en sí lo incorpóreo, a la jonia, que investiga principalmente lo material[67].

[67] Expresa aquí Jámblico su preferencia por una filosofía pura y especulativa frente a la material y física de los filósofos jonios.



«Abstente de las habas» aconseja precaverse de todo lo que es pernicioso para la relación con los dioses y la mántica divina 48

«Planta malvas, pero no te las comas» significa en el fondo: tales plantas giran con el sol, y exige que se observe el hecho, pero añade, «planta», esto es, dirige tu atención a la naturaleza de la planta, a su tendencia al sol y a su simpatía con él, pero no te contentes con ello ni te quedes en ese hecho, sino transforma tu pensamiento y, por así decir, trasplántalo hacia plantas y legumbres homogéneas, a los seres vivos que no lo son, a las piedras, a los ríos y, sencillamente, a todos los fenómenos naturales. Pues encontrarás una muestra prolífica, multiforme y maravillosamente rica de la unidad y de la armonía del universo, saliendo de la malva como de una raíz o de un punto de partida. En consecuencia, no sólo no te comas ni hagas desaparecer tales observaciones, sino incluso acreciéntalas y multiplícalas al modo de un trasplantador. 49

El «Abstente de los seres vivos»[68] exhorta a la justicia, al respeto por todo lo que es de nuestra especie, a la aceptación de vida semejante a la nuestra y a otras muchas cosas más de este estilo. 50

Así, pues, a través de todos estos argumentos, el modo de exhortación por medio de símbolos resulta evidente que posee una abundante y venerable antigüedad y ciencia pitagórica. Pero puesto que hemos hecho un recorrido a través de todos los modos de exhortación, ponemos fin aquí a todos los argumentos que se han orientado a la exhortación. 51

[68] De hecho, es el lema (y el tema) de su maestro Porfirio en su tratado *Sobre la abstinencia*.

# ÍNDICE DE NOMBRES*



* En la *Vida pitagórica (VP),* los números remiten a los parágrafos. En el *Protréptico (PR),* la primera cifra corresponde al capítulo y la siguiente al parágrafo. Se relacionan nombres de autores, nombres geográficos y nombres de personajes míticos.

# ÍNDICE GENERAL

*Págs.*

VIDA PITAGÓRICA



PROTRÉPTICO